

<http://psikolibro.blogspot.com>

Tomás Ibáñez Gracia

APROXIMACIONES A LA PSICOLOGÍA SOCIAL



Sendai
ediciones

Barcelona 102 C at.º 2.ª l'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Dirección de la colección

Tomás Ibáñez Gracia

Lupicinio Íñiguez Rueda

© Tomás Ibáñez Gracia

© Carto-tec, S.A./Sendai ediciones

ISBN: 84-8672-14-6

D.L.: B. 39.181-1990

Realización: Carto-tec, S.A.

Travesía Industrial, 105 nave 6

l'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Impreso en España por:

Industrias Gráficas Galileo, S.A.

Girona, 23 (Ripollet)

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
PARTE I: LA CONSTITUCIÓN Y EL DESARROLLO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL	9
1. La inexcusable exigencia genealógica	11
2. La constitución moderna de la reflexión sobre lo social	23
2.1. El nacimiento de las primeras «ciencias sociales» y del concepto de «leyes sociales»	25
2.2. El estudio de la sociedad durante la ilustración, y la constitución de la idea de «progreso»	29
2.3. Las ciencias sociales en el siglo XIX	33
2.4. Elementos de conclusión	42
3. La emergencia, la institucionalización y el desarrollo de la psicología social	47
3.1. La emergencia de la psicología social en Europa a finales del siglo XIX	48
3.2. El período «europeo» de las ciencias sociales estadounidenses y la «americanización» de las disciplinas sociales	58

3.3. Emergencia de la psicología social en Estados Unidos (1900-1935)	64
3.4. La consolidación de la psicología social en Estados Unidos (1935-1955)	71
3.5. La situación de la psicología social en Europa entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el final de la Segunda (1914-1944)	86
3.6. La psicología social «moderna» en Estados Unidos (1955-1970)	89
3.7. El retorno «americanizado» de la psicología social a Europa (1950-1970)	105
3.8. Conclusiones	110

PARTE II: LA PSICOLOGÍA SOCIAL

CONTEMPORÁNEA	113
1. La inexcusable exigencia epistemológica	115
2. Las grandes orientaciones teóricas «tradicionales» y sus correspondientes teorías de medio alcance	117
2.1. Las orientaciones socio-conductistas	119
2.2. Las orientaciones socio-gestaltistas	121
2.3. Las orientaciones psicoanalíticas	125
2.4. Las orientaciones de la teoría del rol	127
2.5. Las orientaciones del interaccionismo simbólico	128
3. Los núcleos temáticos de la psicología social antes de la época actual	133
4. La crisis de los años setenta	135
4.1. Los antecedentes de la crisis	136
4.2. Cronología del discurso crítico	138
4.3. Raíces y dimensiones de la crisis	143
4.4. Elementos de reflexión	146
5. La evolución contemporánea de la psicología social: aproximación a partir del <i>Handbook</i> y de manuales recientes	147
5.1. Aproximación a algunas características de la	

psicología social contemporánea a partir de un conjunto de datos bibliográficos extraídos del <i>Handbook</i> 1985 (Lindzey y Aronson)	148
5.2. Aproximación a algunas características de la psicología social contemporánea a partir de la comparación entre los <i>Handbook</i> 1968/69 y 1985	156
5.3. Examen de las modificaciones introducidas en algunos manuales de psicología social	160
5.4. Elementos de reflexión	162
6. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
I. La «cognición social»	165
6.1. La «cognición social»	166
6.2. Los antecedentes de la cognición social	169
6.3. Las teorías de la atribución	171
6.4. El contenido social de la cognición social	173
6.5. Perspectivas de futuro para la cognición social	175
7. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
II. El interaccionismo simbólico, la etnometodología y la problemática del «self»	177
7.1. Actualidad del interaccionismo simbólico	177
7.2. La etnometodología	182
7.3. El redescubrimiento del «self»	186
8. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
III. La psicología social europea	191
8.1. Las características sustantivas de la psicología social europea	192
8.2. Las contribuciones de la psicología social europea	194
9. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
IV. Las corrientes alternativas	203
9.1. El legado de la crisis	203
9.2. La orientación de la Teoría de la acción	211
9.3. La orientación dialéctica	217
9.4. La orientación hermenéutica	225
9.5. La orientación construccionista	227

10. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
V. La cuestión metodológica	233
10.1. Método y conocimiento	233
10.2. Las «batallas» de los métodos	238
10.2.1. La polémica sobre «los dos métodos»: naturalismo versus anti-naturalismo	238
10.2.2. La polémica sobre las «dos disciplinas»	241
10.2.3. Los «otros métodos» y la polémica sobre «cuantitativo» versus «cualitativo»	246
10.3. Las polémicas sobre el método experimental en ciencias sociales	248
10.3.1. Validez y artificialidad	
a) La polémica sobre la validez interna	
b) La polémica sobre la validez externa: los malentendidos crónicos	250
10.3.2. La polémica sobre las pruebas de significación.	256
a) La «paradoja de Meehl» y la «falacia» de la hipótesis nula	257
10.3.3. Las polémicas sobre la inadecuación del método experimental en ciencias sociales	263
10.4. Elementos de reflexión	268
EPÍLOGO	273
BIBLIOGRAFÍA	287

PRÓLOGO

Este libro no es precisamente un «manual» de Psicología Social. No lo es si uno lo compara con los tradicionales libros de texto confeccionados por un autor (o por dos o tres especialistas) con el propósito de exponer de forma didáctica los principales tópicos de la disciplina. Tampoco lo es si se lo compara con los más recientes manuales en los que intervienen un gran número de especialistas, encargándose cada uno de ellos de desarrollar el tema en el que es más competente. Las ventajas y los inconvenientes de ambos tipos de manuales son bien conocidos. El primer tipo de manual proporciona una visión coherente de la disciplina, puesto que todo el corpus de conocimiento se presenta desde la perspectiva teórica de un mismo investigador, pero como nadie puede dominar con igual profundidad todos y cada uno de los tópicos abordados por la psicología social, es obvio que existe una cierta disparidad en cuanto a la calidad del tratamiento que se da a cada capítulo. El segundo tipo de manual presenta los inconvenientes y las ventajas complementarias del primero. Cada tema es tratado por un especialista, con lo cual el nivel de información se mantiene relativamente constante a través de todos los capítulos pero a costa de reducir la coherencia interna del conjunto de la obra.

Realizado por un solo autor, este libro no puede ser, por definición, un manual al estilo del segundo tipo de manual que he mencionado, pero es preciso aclarar por qué no es asimilable tampoco al otro tipo de manual. La razón es bastante sencilla. No se pretende en este libro **transmitir** al lector una información tan extensa y detallada como sea posible so-

bre el conocimiento instituido en el campo de la psicología social. Más que acumular **información**, el propósito que guía esta obra es el de ayudar a hacer **comprender** cuál es la naturaleza del enfoque psicosocial, cuáles son sus características y cuales son sus límites. Para conseguir este objetivo es preciso investigar el **proceso histórico** a través del cual se fueron delineando los conceptos, las orientaciones y los contenidos. Pero esto no es suficiente.

Cuando se rastrea con sentido crítico la «memoria» histórica de la psicología social, aparece inmediatamente que se trata de una disciplina **«problemática»**, estructurada desde sus orígenes por múltiples **líneas de tensión** que la obligan a proceder a un constante examen crítico de sus propias fundamentaciones. Para acceder a una inteligencia de la disciplina es preciso contemplar la **sensibilidad histórica** con una **inquietud epistemológica** capaz de valorar las cuestiones que subyacen en las diversas opciones, a veces radicalmente contrapuestas, que se enfrentan en el marco de la disciplina. Es por esto por lo que se ha intentado en este libro evitar lo que podríamos llamar «el efecto manual», es decir la creación de la impresión de que nos hallamos ante un cuerpo de conocimientos **compacto, estable, consolidado y aproblemático**. En efecto, dar cuenta de la psicología social es dar cuenta de una materia problemática que debe acrecentar las inquietudes y el deseo de saber de quienes se acercan a ella, en lugar de apaciguarlos y calmarlos. Estoy convencido de que este carácter problemático del conocimiento psicosocial es bueno y que en él radica en buena medida la riqueza y el atractivo de esta disciplina.

Barcelona, septiembre de 1989

PARTE I

LA CONSTITUCIÓN Y EL DESARROLLO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

1. LA INEXCUSABLE EXIGENCIA GENEALÓGICA

Refiriéndose a la historia de la psicología social, Robin Gilmour y Steve Duck no dudaban en afirmar, hace algún tiempo, que: «... sería ingenuo pensar que hemos tenido **un** pasado» (Gilmour y Duck, 1980, p.110).

Esta afirmación es trivial si se limita a decir que la psicología social está configurada por diversas orientaciones teórico-empíricas y que cada una de ellas arranca de una tradición particular que ha seguido un proceso de desarrollo histórico específico.

Tomada en un sentido más fuerte, la afirmación de que un mismo objeto actual, en este caso la psicología social, tiene **«varios pasados»**, abre un debate, sin duda muy interesante, en cuanto a la **naturaleza del discurso histórico**, por una parte, y en cuanto a la **naturaleza de la causalidad social** por otra parte. No quiero eludir este debate y mi postura quedará reflejada a lo largo de este libro, pero tampoco está en mi intención abordarlo de entrada. Basta por el momento con apuntar a una evidencia que nadie tendrá dificultad en admitir y que no es otra que la constatación de que existen **varias formas de escribir la historia** de una realidad actual. Nadie encontrará tampoco dificultad alguna en admitir que la forma en que se escribe la historia puede afectar, con menor o mayor fuerza, la configuración misma del presente. El que se deduzca a partir de estas dos premisas que **la forma de relatar el pasado influye necesariamente sobre el futuro**, puesto que afecta al presente, o que se deduzca simplemente que ese relato **pueda influir** sobre el futuro, dependerá esencialmente de que se participe o no de un credo determinista. Pero en cual-

quiera de los casos queda claro que ninguna historiografía es «inocente».

Así, por ejemplo, la historia de la psicología social publicada por Gordon Williard Allport en el *Handbook of social psychology* de 1954 (Allport, 1954), convertida, como es conocido, en la historiografía estándar de la disciplina, contribuyó probablemente a fortalecer la orientación positivista, individualista y experimentalista de la psicología social, en conformidad con la postura defendida por su hermano Floïd Henry Allport en los años veinte (Allport, 1924).

Hasta hace pocos años, los tópicos historiográficos establecidos por G. W. Allport en su famoso capítulo del *Handbook* se daban por supuestos en casi todas las presentaciones históricas de la psicología social. En efecto, pocos manuales se olvidaban de recordarnos que:

- La investigación científica en psicología social se inauguraba en 1897 con los experimentos del entonces estudiante Norman Triplett (Triplett, 1897).
- La aparición académica de la psicología social acontecía en el año 1908 con la publicación de los dos primeros manuales de la disciplina, el del polémico psicólogo inglés William McDougall (McDougall, 1908) y el del sociólogo estadounidense Edward Alsworth Ross (Ross, 1908), testimoniando así, desde un buen principio, la doble filiación genealógica de la psicología social.
- La psicología social tenía ciertamente una rica ascendencia europea, pero que era en «suelo americano» donde había conseguido germinar, florecer y dar sus frutos más genuinamente científicos.

G. W. Allport explicaba también en su capítulo el sentido en que se podía considerar que la psicología social había sido «**descubierta**» por Auguste Comte, entronizando así al filósofo positivista como «padre fundador» de la disciplina.

Tuvieron que transcurrir muchos años antes de que se empezara a cuestionar seriamente cada uno de estos tópicos.

Por ejemplo, no era cierto que la experimentación en psicología social apareciese con Triplett, ni tampoco existía razón alguna para destacar especialmente el año 1897 (Haines y Vaughan, 1979). Por otra parte, el manual de E. A. Ross se limitaba a familiarizar al lector anglófono con una serie de aportaciones elaboradas en Europa (Lubeck, 1981; Pepitone, 1981a), y el instintivismo que rezumaba de la obra de McDougall nunca consiguió cuajar en el seno de la psicología social, a pesar de las múltiples reediciones de su manual. Además, 1908 no constituía ninguna fecha inaugural, ya que varios textos generales de psicología social, que portaban o no la mención «psicología social» en su título, habían sido publicados

con anterioridad (véase a este respecto el capítulo dedicado a la emergencia de la psicología social en Europa).

Por otra parte, si bien era cierto que la psicología social había conocido su más intenso desarrollo en suelo americano, esto no podía interpretarse más que como el resultado lógico de un proceso mucho más general de «americanización» del conjunto de las ciencias sociales (Manicas, 1987). Por fin, era muy aventurado situar en Auguste Comte el «descubrimiento» de la psicología social, ya que su concepción de la «moral», ciencia que se correspondía según Allport con la psicología social, guardaba escasísima relación con las dimensiones básicas de esta disciplina y que, además, Comte nunca pudo elaborar su anunciado libro sobre esta materia. Por si esto fuera poco, la presentación que hacía Allport de la postura de Comte adolecía de múltiples sesgos y de considerables errores fácticos (Samelson, 1974).

Una vez que la historiografía de Allport fue despojada de su pretendida «objetividad», quedó al descubierto la **función ideológica** desempeñada por los principales puntos de referencia históricos **elegidos** por la persona a quien se encargó presentar la historiografía «oficial» de la disciplina. El relato de Allport se quedaba en una ejemplificación típica de la llamada historia **Whiggish**, es decir, de una historia escrita por los vencedores y orientada a:

«... producir una historia que no es sino la ratificación e incluso la glorificación del presente» (Butterfield, 1931, pág. V de la edición americana de 1951).

La historiografía Whiggish trata, en definitiva, de legitimar el presente buscando en el pasado la confirmación de las creencias y de los valores actuales. Así, por ejemplo, en lugar de conceder un relieve particular al año 1908, Allport hubiera podido elegir muchas otras fechas para ilustrar la aparición de los «primeros» tratados de psicología social, citando por ejemplo los *Études de psychologie sociale* de Gabriel Tarde, publicados diez años antes (1898), o el trabajo de Charles A. Ellwood *Some prolegomenas to social psychology* de 1899, reeditado en forma de libro en 1901. Por supuesto, la cuestión no tendría mucha trascendencia si se limitase a una simple disputa cronológica, pero las implicaciones van más allá de la elección, siempre polémica, de una fecha inaugural. En lugar de fomentar la impresión de una nítida y brusca irrupción de la psicología social en el mundo académico, emergiendo desde la psicología y desde la sociología como Atenea surgiendo ya equipada con su casco de la cabeza de Júpiter, lo que se hubiera enfatizado con la elección de fechas más re-

motas es la confusa, lenta y multifacética emergencia de la disciplina.

Así mismo, Allport hubiera podido situar en Gianbatista Vico, por ejemplo (Vico, 1725), el «descubrimiento» de la psicología social, en lugar de atribuirlo a Auguste Comte, pero es evidente que de esa forma no hubiera conseguido dotar a la disciplina de una legitimación positivista. Las elecciones «fundacionales» de Allport fueron las que fueron, y la autoconsciencia histórica de los psicólogos sociales resultó en buena medida de esas elecciones... Que no se me malinterprete, no estoy sugiriendo que Allport distorsionó conscientemente la historia de la psicología social en pro de unos objetivos ideológicos.

Es más, se puede decir que Allport ofreció, escrupulosamente, la «auténtica» tradición histórica de la psicología social tal y como se estaba construyendo efectiva y mayoritariamente en los años cincuenta. El experimentalismo de Triplett y el positivismo de Comte constituían sin duda puntos de referencia perfectamente adecuados para caracterizar **esa** psicología social estadounidense. El problema es que la versión historiográfica de Allport no se limitaba a tener una dimensión puramente descriptiva, sino que también engendraba **efectos prescriptivos**, legitimando históricamente una determinada concepción de la psicología social.

Estos efectos fueron tanto más potentes cuanto que la aceptación **a-crítica** de la historia elaborada por Allport se vio fuertemente favorecida por dos factores nada desdeñables:

- el desinterés mayoritario de los psicólogos sociales por la historia en general, y por la historia de su propia disciplina en particular,
- y la constante reedición del texto de Allport a lo largo de las sucesivas nuevas ediciones de una de las más influyentes obras de referencia de la psicología social: el *Handbook of social psychology*.

El desinterés de los psicólogos sociales por la historia era, hasta hace pocos años, un hecho notorio:

«Los psicólogos sociales no se han interesado mucho por la historia de su disciplina» (Samelson, 1974, p. 217).

«... es evidente que en los últimos cincuenta años los psicólogos sociales han mostrado una preocupación mínima por su pasado» (Morawski, 1979, p. 44).

Se han formulado diversas explicaciones para dar cuenta de este desinterés manifiesto. Clide Hendrick lo achaca por ejemplo al «a-historicismo» introducido por Kurt Lewin en el seno de la disciplina (Hendrick, 1976). Con mayor acierto a mi entender, Stokings indica que el desinterés por

la historia es una función directa del grado en que se profesa una **concepción «cientifista»** de una disciplina determinada (Stokings, 1965). En la línea apuntada por Stokings, es preciso insistir en que el desinterés por la historia constituye una opción que tiene consecuencias bien determinadas para la configuración sustantiva de una disciplina, y más si se trata de una disciplina de carácter social:

«... una ciencia sin memoria está a la merced de las fuerzas del día. La historia de la psicología social, concebida como un análisis crítico del pasado para alcanzar una mejor comprensión del presente, aún queda por escribir. Quizás el rechazo del “mito del origen” construido por Allport constituya un primer paso en esa dirección» (Samelson, 1974, p. 229).

En esa misma línea, Serge Moscovici sentenciaba hace poco:

«... una ciencia social que asuma que puede romper con el pasado desde el cual ha surgido perderá inevitablemente la perspectiva de futuro hacia el cual debería tender» (Moscovici, 1986, p. 1).

El cientifismo y la filosofía positivista constituyen, en efecto, un dispositivo sumamente eficaz para neutralizar el examen de las diversas condiciones socio-históricas que inciden en la producción de los conocimientos científicos. Así es, se argumenta que si estos conocimientos son auténticamente científicos, entonces trascienden necesariamente sus particulares condiciones sociales e históricas de elaboración. En este sentido, es muy difícil que cuando un científico está convencido de que se limita a «descubrir» unas leyes o unos mecanismos que son «objetivos», éste pueda sentir una preocupación particular para dilucidar los determinantes socio-ideológicos del saber que produce. Una sociología de los conocimientos psicológicos o psicosociales, tal y como la ha propugnado por ejemplo Allan R. Buss (Buss, 1975), se torna, evidentemente, un mero ornamento superfluo a partir del momento en que lo que «descubre» un científico no está afectado por su modo de descubrimiento ni por las características de quienes proceden al descubrimiento. Sin embargo, en cuanto se resquebraja la «fe positivista», se impone con claridad la idea de que las disciplinas científicas, lejos de constituir «productos naturales», son el resultado de un conjunto de **prácticas sociales**, históricamente situadas, y propias de una sociedad determinada. En consecuencia, se torna imprescindible calibrar con la máxima atención la naturaleza de las determinaciones sociales que inci-

den sobre ellas y que conforman sus características. Parafraseando lo que escribiera Karl Manheim en 1936, refiriéndose a determinadas formas de pensamiento, podríamos decir que las formas de conocimiento que caracterizan hoy por hoy a la psicología social no pueden ser entendidas adecuadamente mientras «sus **orígenes sociales** permanezcan ocultos».

Se podría objetar que estoy extremando la situación y que los psicólogos sociales siempre han manifestado alguna preocupación por la historia de su disciplina. Sin embargo la existencia de este desinterés es innegable y basta con repasar la literatura psicosocial anterior a los años setenta para convencerse de ello. Pese a la existencia de honrosas excepciones, como por ejemplo la obra de F.B. Karpf (Karpf, 1932), pocas han sido las publicaciones que hayan tratado la cuestión con cierto rigor. Pero es más, el hecho mismo de que el capítulo publicado por Allport en 1954 haya sido reproducido tal cual casi quince años más tarde en la segunda edición del *Handbook of social psychology* (Lindzey y Aronson, 1968-69) y de nuevo, aunque con «aligeraciones», en la tercera edición, es decir, más de **treinta años** después de su primera redacción (Lindzey y Aronson, 1985), constituye una clara muestra de menosprecio por la importancia de la investigación histórica. Bien es cierto que, en la edición de 1985, Edward E. Jones se encargó de repasar la historia de la psicología social durante las cinco décadas que preceden a la fecha de publicación del tercer *Handbook*, es decir, desde 1935; pero Jones utiliza precisamente la existencia del capítulo de Allport para justificar la inutilidad de relatar nuevamente los primeros años de la disciplina. Es como si lo dicho por Allport en cuanto a los antecedentes y a la formación de la psicología social fuese absolutamente **definitivo** e incuestionable. Es curioso, sin embargo, comprobar que entre las páginas de Allport que se han suprimido en esta tercera edición, figuran precisamente las que tan extensamente había dedicado a gloriar la figura de Auguste Comte. Cabe preguntarse si la razón estriba en que el positivismo ha dejado de constituir un signo de identidad apetecible para asentar el prestigio de una disciplina, o si se trata simplemente del efecto demoledor que tuvo el artículo crítico de Franz Samelson (Samelson, 1974). En cualquier caso, es posible discernir en estas aligeraciones un signo esperanzador de que la **asunción acrítica** del legado historiográfico de Allport está llegando a su fin.

Se ha especulado mucho con el alcance real de la «**crisis**» que se manifestó en el seno de la disciplina durante los años setenta. Para muchos, no fue sino un breve momento de agitación y de vacilación, favorecido sin duda por el clima «contestatario» que impregnó la vida universitaria en los últimos sesenta. Este breve paréntesis crítico se cerró, según ellos, sin que dejara huellas notables en la producción científica de los psicólo-

gos sociales. Discutiré detalladamente esta cuestión llegado el momento, pero considero oportuno adelantar ya una de mis conclusiones. En efecto, entiendo que una de las huellas dejadas por la «crisis» es precisamente la **emergencia del interés por la historia** de la psicología social y quizá no sea inútil recordar en este momento que uno de los textos que suscitó mayor polémica durante el período de «efervescencia crítica» se titulaba precisamente *La psicología social como historia* (Gergen, 1973). Es razonable pensar que la reflexión crítica sobre las características dominantes de la psicología social, así como el malestar expresado en relación al estado actual de la disciplina, condujeran lógicamente hacia una preocupación por estudiar la trayectoria que había conducido a la psicología social hasta ese supuesto impás teórico y metodológico, tomando quizá nueva consciencia de algo que nunca debiera haberse olvidado:

«Las formas presentes tienen su particular naturaleza en virtud de su pasado, con lo cual la comprensión del presente exige la comprensión de su génesis» (Manicas, 1987, p. 274).

Además, la necesidad de encontrar y de escrutar minuciosamente los principales puntos de «bifurcación» en donde se habían decidido los caminos a seguir se hizo tanto más acuciante cuanto que algunas de las propuestas alternativas que surgían frente a la psicología social dominante («mainstream») parecían entroncar precisamente con posibles líneas de desarrollo de la psicología social que se habían visto truncadas en diversos momentos del desarrollo de la disciplina.

Se suele decir que el interés prestado a la propia historia constituye un indicador fiable del grado de madurez alcanzado por una disciplina. Si esta afirmación es cierta, y me inclino por admitir que lo es, entonces se puede considerar que la psicología social empieza a evidenciar, desde hace algunos años, que está alcanzando una fase de madurez. En efecto, desde principios de los años setenta, se acumulan indicios de un creciente interés por la historia de la disciplina. Así, por ejemplo, en 1973 aparece en Estados Unidos un boletín dedicado específicamente a la historia de la Psicología Social. Se trata de la ***Newsletter of the History of Social Psychology Group***, editada por la Society for the Advancement of Social Psychology. Por otra parte, el *Journal for the Theory of Social Behavior*, creado en 1971 al calor de la «crisis», no duda en dar cobijo en sus páginas a numerosos textos de carácter histórico. Otras revistas más «ortodoxas», como por ejemplo el ***American Psychologist***, editada por la American Psychological Association (A.P.A.), también abren sus columnas a excelentes artículos historizantes, como por ejemplo el que publica el veterano

psicólogo social norteamericano Albert Pepitone bajo el título: «Lecciones desde la historia de la psicología social» (Pepitone, 1981a), defendiendo la necesidad de reflexionar sobre la historia de la disciplina. En esta misma línea, se constituye a principios de los ochenta, en Alemania Federal, un **Grupo de estudios sobre los cambios históricos en psicología social** que aúna los esfuerzos de varios psicólogos sociales europeos y que edita sus primeros trabajos a partir de 1986 (Graumann y Moscovici, 1986). En 1984 se publica un libro titulado *La psicología social histórica* (Gergen y Gergen, eds. 1984). Encontramos otra clara indicación del interés por la historia en el hecho de que, durante el período que arranca de principios de los setenta hasta nuestros días, se torna cada vez más frecuente encontrar en la literatura afirmaciones como la siguiente:

«El desarrollo futuro de la psicología social se beneficiará de que volvamos la vista — quizá más cuidadosamente, más constructivamente y más analíticamente — hacia el pasado» (Gilmour y Duck, 1980, p. 109).

Resultaría farragoso seguir acumulando evidencias en torno al resurgir de la preocupación por la historia entre los psicólogos sociales, pero quizá sea útil aportar algunas indicaciones complementarias acerca de los lugares en donde parece manifestarse más intensamente este interés y sobre los investigadores que están impulsando con mayor energía el reencuentro entre la psicología social y la sensibilidad histórica.

En Inglaterra, y más precisamente en la London School of Economics, Robert Farr está reconstruyendo desde hace varios años las múltiples influencias teóricas que se ejercieron sobre los pioneros de la psicología social. En Estados Unidos, en el Swarthmore College (Pensylvania) más concretamente, Kenneth J. Gergen se afana en propiciar una psicología social histórica. En Alemania Federal, Carl F. Graumann, de la Universidad de Heidelberg, anima al activo grupo de «estudios sobre los cambios históricos en psicología social». En Francia, Robert Pagés, del Laboratoire de Psychologie Sociale de la Sorbonne, ha sido pionero con sus trabajos acerca de las fuentes Fourieristas de la experimentación en psicología social. Erica Apfelbaum, miembro del mismo laboratorio, se dedica, junto con el canadiense Ian Lubeck, de la Universidad de Guelph, a desvelar los orígenes de la psicología social gala. En ese mismo país, Serge Moscovici contribuye, desde su Laboratoire Européen de Psychologie Sociale, a realizar y a promover acercamientos historiográficos a la psicología social. Jill G. Morawski, graduada en la Universidad canadiense de Carleton y actualmente en la Wesleyan University de Estados Unidos (Connecticut),

toma parte activa en la consolidación de una orientación sensible a la historia en psicología social. Por fin, en España, José Ramón Torregrosa, de la Universidad Complutense de Madrid, está comprometido con el fomento de una sensibilidad histórica, realizando él mismo investigaciones sobre las fuentes hispanas del pensamiento psicosocial (Torregrosa, 1986). Más generalmente, el interés por la historia de la disciplina se nota en nuestro país a través de una serie de aportaciones, como por ejemplo, el manual de José M. Blanch, de la Universidad Autónoma de Barcelona, sobre la historia de las psicologías sociales (Blanch, 1982), el estudio de Florencio Jiménez Burillo, de la Universidad Complutense, sobre la historia de la psicología social en España (Jiménez Burillo, 1976), el interés manifestado por Amalio Blanco, de la Autónoma de Madrid, por la constitución de la psicología social en Alemania (Blanco, 1982), la documentada reconstrucción de las fuentes marxistas de la psicología social que, desde la Universidad de Barcelona, presenta Federico Munné (Munné, 1982). Esta somera relación no pasa por supuesto de ser meramente indicativa de una sensibilidad histórica que también se manifiesta en muchos otros lugares y a través de muchos otros autores.

Ahora bien, entiendo que la preocupación por la historia sólo se torna realmente fructífera a partir del momento en que deja de ceñirse a una preocupación «meramente historiográfica» como la que podemos encontrar por ejemplo en la obra de William S. Sahakian *Psicología social sistemática*, publicada en 1974 y reeditada con el nuevo título de *Historia y sistemas de la psicología social* (Sahakian, 1975). Hace algún tiempo, Jürgen Habermas nos exhortaba a «sacar la historia fuera de los museos». En efecto, lejos de encerrar la historia en un museo, se trata, por el contrario, de utilizarla como un instrumento para **forjar el futuro de la psicología social esclareciendo su presente**.

El conjunto de consideraciones que he expuesto hasta aquí me ha incitado a dedicar un amplio tratamiento al análisis histórico de la psicología social. No se trata, por supuesto, de presentar una simple perspectiva «cronologista», acertadamente criticada por Federico Munné (Munné, 1986). Tampoco se trata de ofrecer un enfoque meramente «internalista», ignorando la importancia de los factores externos que han contribuido a dibujar el aspecto actual de la psicología social y que han incidido sobre esta disciplina con una fuerza incluso mayor que en otros campos del saber. De lo que se trata es de realizar un análisis historiográfico que constituya a la vez un análisis **contextualista** y un análisis **crítico**.

Contextualista, porque no se puede entender adecuadamente la psicología social si no se la sitúa en el amplio movimiento de ideas que tardó varios siglos en fragmentarse para dar paso a las diversas disciplinas que

constituyen las actuales ciencias sociales y humanas. Cada una de estas disciplinas, hoy celosamente aferradas a su especificidad e independencia, sigue guardando las huellas, más o menos profundas, de un **pasado indiferenciado**. Es precisamente en el lento proceso de diferenciación disciplinar donde residen algunos de los factores explicativos de las actuales características de esas disciplinas. Las posibilidades de acceder a la inteligencia de la psicología social quedarían sin duda mermadas por el hecho de desarrollar una «**historia separada**» para esta disciplina, perdiendo de vista el fondo común que la vincula con las restantes disciplinas que forman parte de su contexto de conocimiento. Es más, cometeríamos una falacia imperdonable al proyectar hacia el pasado la actual estructuración disciplinar de las ciencias sociales. Esto supondría que la actual diferenciación disciplinar ha estado **virtualmente** presente desde que se inició la reflexión sobre lo social. El presente es, sin duda alguna, el fruto del pasado, y se puede afirmar incluso que el pasado, sedimentado y transformado, late en el presente y que sigue teniendo, en este sentido, una plena actualidad. Pero estas afirmaciones no implican en absoluto que tengamos que suscribir una postura «pre-formista» y aceptar que el presente estuviese «pre-contenido» en el pasado. En otras palabras, **el presente emerge del pasado pero no está pre-inscrito en él**.

Queda claro por lo tanto que, desde este punto de vista, carece de sentido buscar trazas de la psicología social en las obras de Thomas Hobbes, John Locke, Adam Smith, Auguste Comte, o Karl Marx, y menos aún en los legados de Platón o de Aristóteles. Es cierto que no se puede entender la psicología social actual sin entender, por ejemplo, el pensamiento de Hobbes, pues ese pensamiento constituye una de las muchas condiciones antecedentes a partir de las cuales se ha fraguado la psicología social. Pero se forzaría indebidamente el pensamiento de Hobbes si se buscaran en él categorías similares, próximas, o incluso precursoras de las categorías que conforman hoy la psicología social. La **genealogía** consiste en indagar el pasado desde el punto de vista del presente, con el propósito de hacer que el presente sea inteligible. Pero la perspectiva genealógica no admite ni la **falacia teleológica**, que considera el presente como el objetivo hacia el cual avanzaba necesariamente el pasado, ni tampoco la **falacia presentista**, que contempla el pasado desde las categorías que instituyen el presente.

La presente historiografía debe ser contextualista en el sentido de que debe abarcar el **tronco común** de la reflexión sobre lo social, con independencia de las actuales fronteras disciplinares, pero el contextualismo sería muy insuficiente si se redujese a una «historia de las ideas». En efecto, es preciso atender también a las condiciones sociales que incidieron

en la configuración última de la psicología social. En este sentido, no se pueden ignorar acontecimientos como la revolución francesa, ni procesos sociales como la industrialización de las sociedades europeas, ni tampoco coyunturas históricas tales como el auge del poderío militar-industrial (y por lo tanto el auge del poderío científico e ideológico) de Estados Unidos. No se trata, por supuesto, de caer en un delirio «holístico», donde todo está relacionado con todo, ni tampoco de difuminar los aspectos esenciales en un bosque de detalles. La presente exposición será necesariamente limitada, esquemática, simplificadora e incompleta. Pero, dentro de estas limitaciones, intentaré enfatizar la idea de que cualquier acercamiento a la historia de la psicología social que no se sitúe en una perspectiva suficientemente contextualista constituye una tentativa baldía.

He dicho que esta historiografía, además de ser contextualista, pretendía ser también una **historiografía crítica**. Lo que quiero significar con esto es, en primer lugar, que una de las principales funciones que asigno a la investigación histórica consiste en poner al descubierto los **supuestos implícitos** y las tomas de partido enmascaradas que subyacen en muchas de las formulaciones que «se dan por sentadas» en una disciplina. Por su mismo carácter de «evidencias a-problemáticas», estas formulaciones se sustraen a todo cuestionamiento crítico mientras no se pone de manifiesto su carácter social e históricamente construido. En segundo lugar, pretendo indicar simplemente cierta distanciación con las formas académicamente dominantes de la psicología social (la psicología social «mainstream»), o por lo menos mostrar idéntica receptividad hacia las posturas alternativas, sin que la fuerza otorgada por una mayor o menor implantación académica intervenga en el crédito que merezcan los diversos planteamientos, tanto si son «dominantes» como si son marginales.

Arrancando, por razones que expondré más adelante, desde el período en que se empezó a constituir la **moderna racionalidad científica**, este análisis historiográfico nos conducirá hasta el examen de la disciplina psicosociológica propiamente dicha. Es decir, de una disciplina que se configura a lo largo de las seis décadas que se extienden en torno al inicio del siglo XX, desde los años setenta del siglo XIX hasta los años treinta del siglo XX, una disciplina que inicia su consolidación a lo largo de la década que precede a la Segunda Guerra Mundial y que adquiere su reconocimiento institucional durante la década siguiente. A partir de entonces, es decir, durante los años sesenta y setenta, la expansión de la psicología social presenta las características «normales» de una disciplina que, aun siendo «joven», goza de una identidad académicamente reconocida.

Aunque todo el apartado histórico no constituye sino un acercamiento particular a la inteligencia de la disciplina y a la dilucidación de su natura-

leza, hemos considerado más conveniente reservar el análisis de la psicología social «contemporánea», es decir, de la psicología social tal y como se ha desarrollado a lo largo de la década de los setenta y de los ochenta, para el apartado específicamente dedicado a discutir la naturaleza de la disciplina.

2. LA CONSTITUCIÓN MODERNA DE LA REFLEXIÓN SOBRE LO SOCIAL

Han sido muchas las maneras en que se ha adjetivado la palabra «animal» para poder calificar la «diferencia específica» del ser humano: «animal social», «animal racional», «animal hermenéutico», etc.

Todas estas adjetivaciones son ciertamente sugestivas, pero me parece que la más englobante, puesto que implica cada una de las que hemos mencionado, es la que califica al ser humano en términos de **«animal reflexivo»**, refiriéndose a su capacidad de **tomarse a sí mismo como objeto de reflexión**, es decir, de elaborar conocimientos sobre sí mismo y sobre su propia condición. El hecho mismo de que el ser humano sea un «animal reflexivo» en el sentido que he indicado, nos advierte sobre la inutilidad de partir en busca de las «primeras» ideas acerca del hombre y de sus relaciones con los demás. Si el ser humano es realmente un animal reflexivo, estos conocimientos se remontan sin duda a los albores mismos de la condición humana. Tampoco parece de gran utilidad buscar unas primeras reflexiones sobre estas cuestiones en los textos de Platón o de Aristóteles. No es que dude de su extraordinaria riqueza, pues es obvio que, por citar un ejemplo, un texto como *La Retórica* de Aristóteles nos permite valorar cuán poco han conseguido añadir a sus formulaciones los modernos investigadores de la «Teoría de la Comunicación Persuasiva» (Billig, 1987).

Sin embargo, el estudio de los textos griegos parece más apropiado para entender la sociedad helénica y para analizar la formación de la racionalidad.

dad occidental que para dilucidar la naturaleza de la psicología social. Es más, me parece que repetir, junto con las «historiografías estándar», que existen antecedentes de la psicología social en *La República* de Platón o en *La Política* de Aristóteles, contribuye a enmascarar, o por lo menos a difuminar, un hecho absolutamente capital: la psicología social forma parte de las **«ciencias sociales»** y éstas se insertan a su vez en una **nueva forma de construir los conocimientos que nace en los siglos XVI y XVII** con las formulaciones de Copérnico, Descartes, Galileo, Bacon, Newton, etc. (Manicas, 1987). Por supuesto, no se trata de una creación «ex-nihilo» y es obvio que se pueden encontrar elementos antecesores a lo largo de los siglos anteriores, pero, en rigor, hay que esperar al siglo XVI para que se constituya un nuevo tipo de acceso del hombre al conocimiento de la «naturaleza», propiciado por ese importantísimo conjunto de prácticas que designamos habitualmente con la expresión **«ciencia moderna»**.

Sin duda alguna, los saberes populares siempre han encerrado conocimientos extraordinariamente finos y ricos sobre el ser humano, sobre la condición social y sobre las relaciones interpersonales. También es cierto que los «grandes» pensadores de todos los tiempos han realizado valiosísimas contribuciones a la inteligibilidad del ser social. Pero no se trata de analizar aquí **los** saberes sobre lo social, sino de dilucidar las características de **un** determinado tipo de saber y de la **«disciplina»** que lo elabora. No se trata, en otras palabras, de analizar la evolución de las ideas sobre el ser social, sino de dar cuenta de una construcción social particular que recibe el nombre de psicología social, que tiene sus normas y sus mecanismos de funcionamiento específicos, que se caracteriza por una forma institucionalizada de promover la producción de conocimientos, de aceptarlos o de rechazarlos, de transmitirlos o de sepultarlos, que dispone de sus laboratorios, de sus cátedras y de sus revistas, así como de procedimientos para identificar a sus miembros. Este conjunto específico de prácticas, de instituciones y de productos **no** tiene antecedentes en la época griega ni tampoco en el medioevo, y de poco nos serviría remontarnos hasta allí si es que nuestro propósito consiste en **dar cuenta de la psicología social**.

Bien es cierto que la psicología social tampoco existía en los siglos XVII o XVIII y que no aparece hasta finales del XIX y principios del XX. Sin embargo, considero imprescindible arrancar esta indagación historiográfica a partir **del siglo XVI** por la sencilla razón de que **el tipo de empresa de la que forma parte la psicología social arranca precisamente de esas fechas**. Es en el marco de esa empresa, es decir, en el marco de la enorme aventura intelectual y social constituida por la ciencia moderna, donde se elaboran los planteamientos de los que surge, tres siglos más tarde,

la disciplina psicosocial. En este sentido, parece claro que no se puede alcanzar la inteligencia de la naturaleza de la psicología social sin tomar en cuenta los desarrollos del pensamiento sobre lo social que se fueron produciendo al amparo de la formación y de la expansión de la moderna racionalidad científica. Lo que ocurrió a partir de los primeros balbuceos de la ciencia moderna fue decisivo para establecer las señas de identidad de la disciplina psicosocial tal y como la conocemos en la actualidad.

2.1. El nacimiento de las primeras «ciencias sociales» y del concepto de «leyes sociales»

No debería extrañarnos que las ciencias sociales empezaran a construirse en torno al problema del **«orden social»** y que la primera de estas ciencias en aparecer sobre la escena pública fuese la **ciencia política**. Entre las múltiples razones que permiten entenderlo, tres parecen revestir una importancia capital:

- a) la renovación de la problemática propiamente política, planteada por el proceso de construcción de los **Estados modernos**,
- b) la importancia **práctica** que reviste el ejercicio y el disfrute del **poder político**,
- c) el isomorfismo que existe entre los efectos de **poder sobre la naturaleza** engendrados por la **racionalidad científica moderna**, y los efectos de **poder social** que se desprenden de esta misma racionalidad.

a) No es éste el lugar para analizar el conjunto de factores que propiciaron la constitución de los Estados modernos. Pero lo que sí parece razonable admitir es que la unificación y refundición del medio millar de entidades políticas independientes y sumamente diversificadas en cuanto a sus características, que existían en Europa al iniciarse el siglo XVI y que quedaron integradas en algunas decenas de Estados, imprimió un **giro cualitativo** al problema del «orden social». No se trata tan sólo de un problema cuantitativo relacionado con una **«modificación de escala»** en cuanto a las poblaciones y a los territorios que se encontraron supeditados a una misma administración, sino de las consecuencias cualitativas de ese cambio de escala. En efecto, la diversidad cultural, lingüística, étnica y religiosa de las poblaciones que fueron paulatinamente integradas en los Estados en construcción planteó, bajo una nueva perspectiva, el problema del mantenimiento del orden social. Es cierto que el problema de la **heterogeneidad** ya se había presentado en otros períodos de la historia con el fenómeno de los grandes imperios, pero la novedad radicaba en que

ya no se trataba de mantener amplios territorios bajo la dependencia militar de un centro, sino de **integrar** múltiples poblaciones en un mismo sistema político-administrativo, suficientemente **asumido** por todos para que se pudiera prescindir de una constante presión militar. El problema de la compatibilización de unos intereses divergentes por una parte, y de la convivencia social más o menos pacífica por otra parte, situó en primer plano la cuestión del orden social, y esto no fue sino una de las consecuencias de la **aparición del Estado moderno** como forma política dominante.

b) En estrecha vinculación con el desarrollo del Estado moderno, pero desbordando los límites de ese fenómeno, es obvio que el **ejercicio del poder político** reviste una importancia **práctica** que está, por lo menos, suficientemente documentada por las sangrientas luchas libradas a lo largo de la historia para adquirirlo o para mantenerlo. No es aquí el momento de proceder a un análisis del poder (véase por ejemplo Ibáñez, 1983), pero es razonable afirmar que la capacidad de ejercer el más amplio poder político posible constituye, desde hace muchos siglos, un privilegio extraordinariamente apetecible para muchos agentes sociales. El advenimiento del Estado moderno no podía sino conferir una nueva dimensión y una acentuada importancia al problema del poder político.

c) Por fin, la emergencia moderna de un tipo de conocimiento enfocado hacia el dominio de la naturaleza y hacia el control de sus fuerzas, es decir, de un saber eminentemente instrumental, no podía dejar de tener efectos sobre una cuestión igualmente práctica e instrumental como es la cuestión del dominio y del control de la sociedad. Por supuesto, los seres humanos siempre han elaborado saberes que les han permitido articular, con mayor o menor eficacia, los medios necesarios para dominar la naturaleza o para dominar a sus semejantes. Pero esos saberes, muchas veces implícitos, se generaban en el seno mismo de la práctica y pertenecían esencialmente al ámbito del «saber-hacer» más que al campo del conocimiento teórico y formal. La gran diferencia introducida por la **«racionalidad científica moderna»** consiste en que los efectos prácticos del saber se desprenderán a partir de entonces de los **conocimientos teóricos** contruidos para dar cuenta de los fenómenos naturales y sociales.

La conjunción de los tres factores que he mencionado, es decir, surgimiento del Estado moderno, centralidad de la cuestión del poder político y construcción de la racionalidad científica, comienzan a transparentar sus efectos en los análisis presentados por Nicolás **Maquiavelo** en su famoso *El príncipe* (Maquiavelo, 1513), en los *Essais* de Michel de **Montaigne**

(Montaigne, 1586) e incluso en las utopías sociales de Thomas Moro (1516) o de Francis Bacon (1627). Sin embargo, aunque en la época de Maquiavelo ya se han iniciado los procesos de constitución del Estado moderno y de la nueva racionalidad científica, sus agudas observaciones y sus atinados consejos relativos al ejercicio del poder no evidencian aún de forma clara la impronta del pensamiento científico. En realidad, aún será necesario esperar un siglo después de la publicación de *El príncipe*, para que se formalice el primer intento notable de abordar científicamente el problema social. Este intento será conducido de la mano de Thomas **Hobbes** en su célebre *Leviatán* (Hobbes, 1651).

Lo que menos importa, desde el punto de vista que pretendo desarrollar aquí, son los contenidos sustantivos de los análisis de Hobbes, tales como, por ejemplo, su concepción del «contrato social» que, a pesar de ser duramente criticado por David Hume marcaría muchos de los debates desarrollados durante la Ilustración. Lo que me interesa destacar es el nuevo entendimiento de lo social que nace con su obra y los nuevos supuestos sobre los que se asienta el análisis de la sociedad. En primer lugar, la sociedad pasa a ser considerada como un objeto susceptible de recibir el mismo tipo de tratamiento que las ciencias naturales aplican a sus propios objetos. En efecto, lo que pretende Hobbes es elaborar una «**física social**» que permita realizar en el campo de lo social lo que la nueva física está realizando en el ámbito del mundo natural.

En segundo lugar, se produce un cambio de conceptualización de la cuestión política. Ya no se trata de analizar, como lo hace por ejemplo Aristóteles, la forma en que los miembros de la «polis» gestionan, ellos mismos, el ámbito de lo político, sino de dilucidar la forma en que se ejerce el gobierno **sobre** la gente. La vieja idea romana de «**societas**», entendida como la reagrupación voluntaria de ciudadanos para conseguir determinados fines, va transformándose paulatinamente hasta desembocar en el concepto de una agrupación, ya sea voluntaria, ya sea resultante de las circunstancias, que se caracteriza por la sumisión a unas normas comunes y por la aceptación de **ciertos principios de legitimidad** más que por la necesidad de unirse para conseguir ciertos resultados prácticos.

En tercer lugar, y probablemente porque Hobbes carece aún del concepto de «**estructura social**», que aún tardará en aparecer, se perfilan en su obra las bases de lo que más tarde se denominará el «**individualismo metodológico**», es decir, la idea de que la sociedad no es sino el resultado del conjunto de las características de los miembros que la componen. Salvando escasas excepciones, como la de Giambattista Vico, o Charles de Montesquieu, este principio será generalmente asumido por los analistas de la sociedad durante la Ilustración, enmarcándose en una duradera

polémica filosófica y científica, de orden más general, acerca del tipo de relación que se establece entre un «todo» y sus «partes».

Con la tentativa hobbesiana de trasladar al análisis de la sociedad los nacientes principios de la «racionalidad científica» y con sus esfuerzos para focalizar este análisis sobre la cuestión del **«orden social»**, la reflexión sobre la sociedad queda centrada en el problema del **«gobierno de la sociedad»**, asentándose así las bases de la **«ciencia política»** como la primera de las **ciencias sociales emergentes**.

Sin embargo, Hobbes participaba aún de una concepción del «gobierno» entendido como mero **árbitro social** cuyo papel se limita a intervenir para obligar a que los individuos respeten las «reglas del juego» propias de la colectividad. La idea de un gobierno que incide de forma más directa en la propia organización de la sociedad aún tardaría algún tiempo en aparecer. Pero, a partir del momento en que apareció esta nueva conceptualización, los debates del siglo XVIII se centraron en un problema del que surgiría la segunda de las ciencias sociales en formación, es decir, la **«economía política»**.

En efecto, la idea de que el «gobierno» consiste también en unas formas de gestionar la sociedad, de incidir sobre su rumbo y de ordenar su actividad, alumbró a su vez tres ideas importantes:

— la función del gobierno no consiste simplemente en asegurar el «orden social», sino que debe preocuparse también por asegurar con la mayor eficacia posible el **«bien común»**, es decir, el bienestar generalizado de los miembros de la sociedad, velando por el incremento de la riqueza de la nación;

— por consiguiente, la actuación del gobierno puede **medirse** en términos de su «eficacia» para la realización del bien común, y esto permitía discutir sobre la **eficacia comparada** de los distintos tipos de gobierno;

— pero sobre todo, se empieza a perfilar la idea de que para gestionar adecuadamente la sociedad y conseguir modular su rumbo **es preciso disponer de un saber suficientemente preciso sobre la propia sociedad**. La fórmula baconiana según la cual para «poder se necesita saber» penetra así en el campo de lo social y encuentra en el modelo de las ciencias físicas su fuente de inspiración más sugestiva.

El conocimiento de la sociedad, imprescindible para un gobierno racional de la misma, pasa evidentemente por la **recolección de datos** acerca de sus características. Se alumbraba así la idea de la **«investigación so-**

cial» con su doble exigencia de técnicas de recogida de la información por una parte, y de procedimientos de tratamiento de la información por otra, es decir, de una **«matemática social»** que desembocaría, como es conocido, en la constitución de la estadística. Pero, sobre todo, este conocimiento de la sociedad pasa también por la dilucidación de **los mecanismos reguladores de la sociedad**. La investigación social sólo presenta una utilidad para orientar la intervención social del gobierno en la medida en que existe paralelamente una **«ciencia social»** que permite comprender el funcionamiento de la sociedad. Aunque habría que esperar a Max **Weber** para disponer de una diferenciación contundente entre la investigación social y la ciencia social, la complementariedad de ambos aspectos estaba ya presente en la idea misma de un «gobierno racional» de la sociedad.

Un siglo largo después de la publicación del *Leviatán* de Thomas Hobbes, la idea fundamental de que existían **«leyes sociales»** cristalizaba en la investigación llevada a cabo por Adam **Smith** sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones (Smith, 1776). Después de la ciencia política aparecía así la «economía política», es decir, la primera **ciencia social** que podía reivindicar un estatus «realmente» científico, puesto que descansaba sobre la existencia de leyes sociales y promulgaba la necesidad de descubrirlas. La «economía política» no tardaría sin embargo en dar paso a la «ciencia económica», y este incremento de especialización abriría a su vez un espacio para la constitución y el ulterior desarrollo de la «sociología».

2.2. El estudio de la sociedad durante la Ilustración y la constitución de la idea de «progreso»

Los comentarios sobre Adam Smith nos han adentrado ya en el período histórico que, sucediendo a la llamada «edad clásica», se abrió con las aportaciones del pensamiento liberal inglés y se cerró con el auge del «romanticismo» que sucedió a la Revolución francesa.

Situado, a grandes rasgos, entre 1690 y 1790, el **Siglo de las Luces**, o «Ilustración», se caracterizó por una enorme efervescencia del pensamiento sobre lo social. La creencia poco menos que «militante» en las virtudes del conocimiento, así como el poderío absoluto conferido a la razón, y el convencimiento, propiciado por la obra de Newton (1687), de que la ciencia tornaría inteligibles todos los «misterios» de la naturaleza, constituyen unos elementos que aparecen claramente en los filósofos liberales ingleses y en los «enciclopedistas» franceses, traducéndose a nivel político en el «despotismo ilustrado» de los soberanos europeos.

Es entonces cuando la idea de «progreso», que tiene ya antecedentes en el siglo XVII y especialmente en el pensamiento de Francis Bacon, adquiere una importancia que alcanzará su clímax en el siglo XIX. De hecho, las controversias y los análisis que se realizan durante el período de la Ilustración despejarán el camino para que emerja, a finales del siglo XVIII, una nueva inteligencia de lo social: los cambios sociales que se han vivido intensamente en los dos últimos siglos dejan de conceptualizarse como meros «cambios», y se toma conciencia de que existe una **direccionalidad** del cambio social, de que existe un proceso evolutivo que está vectorizado, y de que se pueden reconocer etapas y fases por las que transcurre el cambio social. El terreno queda abonado de esta forma tanto para Comte como para Hegel y para Marx, abriéndose la gran polémica acerca de si existen o no **«leyes de la historia»**. Pero antes de entrar en esa problemática, es preciso reflexionar más a fondo sobre las aportaciones al análisis de lo social realizadas durante la Ilustración. Como ya dije en el apartado anterior, no se trata tanto de examinar el contenido sustantivo de las reflexiones sobre la sociedad que se producen entonces, como de acotar cuáles fueron las aportaciones básicas para la conceptualización misma de lo social y para su análisis. Es por esta razón por la cual no se recogen aquí los penetrantes, y a veces heurísticos, ensayos de los primeros liberales ingleses que matizan las posturas de Hobbes acerca del contrato social (Locke, 1690), o que las critican acerbamente (Hume, 1739); tampoco analizaré los planteamientos utilitaristas (Bentham, 1789), ni las brillantes intuiciones de Jean Jacques Rousseau (Rousseau, 1762) o los enciclopédicos análisis de François Marie Voltaire (Voltaire, 1756), limitándome, puesto que ya he hablado de Adam Smith anteriormente, a unos breves apuntes sobre las aportaciones básicas de Montesquieu, de Vico y de Herder.

Independientemente de su interés sustantivo, la obra de Charles de **Montesquieu** (Montesquieu, 1748) merece una atención especial por dos razones. La primera de ellas radica en que las tesis de Montesquieu representan una de las primeras **oposiciones al individualismo metodológico** pregonado por Thomas Hobbes. El «holismo» de Montesquieu anticipa en este sentido las posturas que desarrollarían más tarde Comte, Marx y Durkheim. La segunda razón consiste en que aparece con Montesquieu un planteamiento alternativo al **modelo fisicista** para analizar la sociedad. En efecto, Montesquieu rechaza el modelo hobbesiano de una «física social» y se decanta claramente por un enfoque más próximo al que utilizan los naturalistas, es decir, un modelo centrado en la descripción y la reflexión analítica más que en la formulación de leyes, y encaminado a presentar una «historia natural» de las sociedades, más que un catálogo de

principios nomothéticos. Por lo tanto, se plantea ya el dilema entre, por una parte, un acercamiento positivista a un **«sistema»** social y, por otra parte, una **explicación histórica** de la sociedad.

Giambatista **Vico**, que comparte el holismo de Montesquieu, enfatiza aún más el aspecto histórico de las sociedades y la necesidad de recurrir por lo tanto a una «ciencia de los procesos históricos» para dar cuenta de lo social. Su análisis acerca de cómo se genera históricamente el conjunto de «significados compartidos» que define a una comunidad apunta a un problema que se erigirá en motivo de reflexión esencial para algunos de los pioneros de la psicología social (Shotter, 1986; Lana, 1986). Pero Vico realiza otra aportación que también será capital. En efecto, Giambatista Vico insiste con fuerza en que el mundo social es una **construcción** realizada por los propios seres humanos y que este simple hecho otorga un estatus particular al tipo de conocimiento que se puede elaborar sobre la realidad social (Vico, 1725). En efecto, aquello que hemos construido **nosotros mismos** es lo único que nos es cognoscible de forma directa e integral, por lo tanto, como a nadie sino a nosotros mismos se puede achacar la construcción de la sociedad, es obvio que la forma en que podemos conocerla es, necesariamente, mucho más profunda que la forma en que podemos conocer la naturaleza física. La concepción vichiana del **«verum factum»** anuncia ya la gran polémica que presidirá el nacimiento de las ciencias sociales modernas y que enfrentará a los defensores del «monismo metodológico» con los defensores de la especificidad metodológica de las ciencias sociales.

Por su parte, Johan Gottfried **Herder** desarrolló una fuerte concepción historicista que marcaría los grandes análisis sociales desarrollados durante la segunda mitad del siglo XIX. Herder no sólo participa de la idea de Vico según la cual la sociedad es un producto humano, como también lo haría Marx más tarde, sino que anticipa en cierta medida a Nietzsche y a la sensibilidad «post-moderna» a través de su cuestionamiento de la idea de progreso y de sus dudas acerca de la omnipotencia del método científico. Pero sobre todo, Herder defiende dos ideas interrelacionadas que incidirán fuertemente tanto en la «Völkerpsychologie» de Wilhelm **Wundt**, como en la sociología interpretativa de Max **Weber**. Se trata por una parte de la **peculiaridad de lo «concreto»** frente a las características de las abstracciones «generales» y, por otra parte, de las consecuencias que se derivan de esta dicotomía para el estudio de las sociedades. Según Herder, las causas que intervienen en los fenómenos concretos, tales como las realizaciones históricas, son necesariamente multivariadas y no pueden entenderse desde los principios de la causalidad humeana.

Weber recogerá esta idea cuando explique que, aun obedeciendo a prin-

cipios deterministas, las sociedades, en tanto que son realidades concretas, no pueden dar lugar a un conocimiento que se formule en términos de leyes y que tenga un poder predictivo. En efecto, aunque cada una de las causas que intervienen en la producción de un fenómeno concreto obedezcan a un principio determinista, la **conjunción de causas** implicadas en la producción del fenómeno diluye las relaciones deterministas y desemboca en un resultado que sólo puede ser explicado a posteriori. Herder enfatiza por lo tanto el carácter particular de cada nación y la necesidad de considerar la peculiaridad de sus lenguas, de sus canciones, de sus tradiciones, de su «Geist», para poder entenderla, prefigurando así las bases de la «Völkerpsychologie» y del proyecto wundtiano (Herder, 1784-1791). Herder contribuirá notablemente al surgimiento del concepto moderno de «**nación**», entendida como una **comunidad de personas** que tienen unas tradiciones, unas instituciones, unas actividades y unos intereses que son comunes. Esta concepción, que ya se vislumbra en las obras de Vico, de Montesquieu y de Voltaire, enriquecerá el concepto de «**sociedad**», acercándolo prácticamente a su sentido actual. El desarrollo de los fenómenos nacionalistas a partir de mediados del siglo XIX actuará, en cierta forma, como una validación histórica de la importancia que revisten las aportaciones de Herder. De hecho, al igual que ocurrirá con Saint-Simon, Herder, formado en la época de la Ilustración, no sólo anuncia la crítica de la filosofía ilustrada, sino que ya pertenece de hecho al siguiente de los períodos históricos que debemos analizar.

Breve sinopsis del período clásico y del período de la Ilustración

MAQUIAVELO, N. (1469-1527) 1513: *El príncipe*.

MONTAIGNE, M. (1533-1592) 1580: *Les essais*.

HOBBS, T. (1588-1679) 1651: *Leviatán*.

LOCKE, J. (1632-1704) 1690: *Ensayos en relación con la comprensión humana*.

NEWTON, I. (1642-1727) 1687: *Principia*.

VICO, G. (1668-1744) 1725: *La scienza nuova*.

MONTESQUIEU, Ch. (1689-1755) 1748: *L'esprit des lois*.

HUME, D. (1711-1776) 1739: *A treatise of human nature*.

ROUSSEAU, J.J. (1712-1778) 1755: *Discurso sobre el origen de la desigualdad*; 1762: *El contrato social*.

SMITH, A. (1723-1790) 1759: *Theory of moral sentiments*.

HERDER, J.G. (1744-1803) 1772: *Origen del lenguaje*; 1784: *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad* (4 vols.).

BENTHAM, J. (1748-1832) 1789: *An introduction to the principles of morals and legislation*.

2.3. Las ciencias sociales en el siglo XIX

Durante el siglo XIX, a la par que se va fortaleciendo el Estado moderno y desarrollando el proceso de la industrialización de Europa, se producen una serie de nuevos planteamientos en el campo del análisis social que conducirán a la creación de las diversas disciplinas que conforman las ciencias sociales de nuestros días. Hacia finales del siglo XIX, la economía política habrá consumado su separación de la ciencia política, convirtiéndose en ciencia de la economía, mientras que la sociología habrá hecho su aparición separándose a su vez tanto de la ciencia económica como de la historia. La separación radical entre la ciencia por una parte y la filosofía por otra quedará firmemente establecida y se extenderá durante un período de más de un siglo de duración, cuyo final tan sólo se empieza a vislumbrar en la actualidad. Pero sobre todo, el proyecto globalizador de una ciencia social habrá perdido la batalla frente a la especialización y a la fragmentación disciplinar. Antes de ver más detalladamente cuáles fueron las grandes aportaciones y los grandes debates del siglo XIX, debo precisar que excluiré de este relato aquellos autores del siglo XIX que desempeñaron un papel particular en la constitución de la psicología social, así como los filósofos, psicólogos y sociólogos estadounidenses de finales del siglo XIX. La razón no es otra que su posterior tratamiento en apartados más detallados.

Las grandes síntesis suelen ser, por definición, escasamente respetuosas con los matices. La simplificación que permiten conseguir se suele pagar con una cierta caricaturización y con una cierta distorsión de la realidad que se pretende condensar. Sin embargo, me arriesgaré a incurrir en esas distorsiones por considerar que las esquematizaciones también ayudan a veces a evidenciar ciertos elementos clarificadores. Así, de forma esquemática, se puede decir que en el siglo XIX se dibujan dos grandes tradiciones que arrancan ya de períodos anteriores, como es lógico, pero que adquieren en ese momento su más genuina expresión. Encontramos, por una parte, la **tradición alemana**, habitualmente calificada de «idealista», pero que se caracteriza esencialmente por el énfasis puesto sobre la **dimensión histórica** de las realidades sociales y por la resistencia frente a los planteamientos positivistas. Frente a esta tradición, encontramos por otra parte un «frente» **Franco-Británico** donde coinciden las tradiciones empiricistas inglesas y las formulaciones **positivistas** francesas. Exis-

ten, por supuesto, excepciones notables en ambos bandos, como es el caso del positivismo y del empiricismo austro-alemán de Ernst Mach, o el historicismo y el antipositivismo del francés Henri Bergson.

Así mismo, nos encontramos con formulaciones que son irreducibles a cualquiera de estas dos grandes orientaciones pero que recogen notables influencias de ambas, como es el caso de las aportaciones de Karl Marx; y, por fin, existen también ciertos avances del conocimiento, como por ejemplo el que propició Charles Darwin, que ejercieron una notable influencia tanto en el sector empiricista-positivista como en el sector historicista. Pero, salvando estas excepciones y estas matizaciones, estoy convencido de que la contraposición entre las dos grandes tradiciones que he mencionado se ajusta con bastante fidelidad a la realidad, y encierra un cierto poder heurístico, permitiendo entender mejor el desarrollo de las ciencias sociales en el siglo XIX.

Si en algo coinciden ambas tradiciones es sin duda en una misma valoración positiva de la idea de evolución y de la idea de **progreso**. Marx no escapa a la seducción ejercida por estos conceptos sobre los pensadores del siglo XIX. Es más, con independencia de sus méritos intrínsecos, se puede pensar que la obra de Darwin sobre el origen de las especies (Darwin, 1859) no hubiera alcanzado la influencia que tuvo en realidad de no ser porque sintonizaba plenamente con la fascinación del siglo XIX por el concepto de progreso.

a) La tradición franco-británica: El empiricismo inglés, constituido durante la Ilustración, sigue plenamente vigente a lo largo del siglo XIX y buena parte del siglo XX, ejerciendo su influencia sobre el desarrollo de las ciencias sociales. Pero fue sobre todo la aparición del positivismo francés quien marcaría más profundamente la evolución de estas ciencias durante el siglo XIX. Fue un hombre de la Ilustración, Henri de Saint-Simon, quien realizó las primeras contribuciones sistemáticas al planteamiento positivista, abogando por la separación entre ciencia y filosofía, o «Arte», jerarquizando las diversas ciencias y estableciendo una serie de estadios por los que parecía transcurrir el progreso de las sociedades y del conocimiento (Saint-Simon, 1825). Pero, como es bien sabido, fue Auguste **Comte** quien elaboró la expresión formal del positivismo, legitimando con ello una determinada concepción de las ciencias sociales (Comte, 1830-1842). En efecto, la «filosofía positiva» de Comte no sólo ejerció un impacto decisivo sobre la conceptualización general de la ciencia hasta mediados del siglo XX, sino que marcó profundamente a pensadores tan importantes en la historia de las ciencias sociales como son John Stuart Mill, Karl Marx, Vilfredo Pareto, Emile Durkheim, y a través de ellos a una infinidad de

investigadores de la realidad social. Los aspectos básicos de su planteamiento pueden resumirse en los siguientes:

— siguiendo a Saint-Simon, y en contra tanto de Hobbes como de buena parte de los filósofos ingleses y franceses de la Ilustración, Comte rechazó con fuerza el individualismo metodológico, dejando claro que el entendimiento del individuo **presupone** el entendimiento de la sociedad y que nunca se debe seguir el proceso inverso:

«(la sociedad)... no es más reductible a individuos de lo que podría serlo una superficie geométrica a líneas, o una línea a puntos» (Comte, 1851, Vol.II, p. 181).

Esta postura sería compartida por Marx y más radicalmente aún por Durkheim, pero curiosamente no lograría convencer a su fiel lector John Stuart **Mill**. El énfasis sobre la preeminencia de los aspectos sociales conduciría a Comte a conceptualizar la sociedad como un **«sistema»** cuyos elementos constituyentes difícilmente pueden ser analizados por separado, puesto que deben precisamente su naturaleza a las relaciones sistémicas en las que están prendidos,

— curiosamente, Comte coincide con el idealismo alemán neokantiano, cuando recoge la idea de que la mente es esencialmente un producto social y que el pensamiento resulta de una construcción social. Junto con otros motivos, esta postura le conducirá a reducir drásticamente el objeto de la psicología (y en esto sí que será seguido por Mill), limitando su campo de estudio a los aspectos lindantes con la fisiología. La herencia neo-kantiana que encontramos en Comte se expresará con toda nitidez en los planteamientos ulteriores de Wilhem Wundt.

—Comte elabora, de forma más sistematizada, pero recogiénola en su integridad, la **concepción humeana de la legalidad**. Tanto para Comte, como para Mill, el concepto de causalidad en su acepción realista no tiene cabida en el pensamiento científico. En efecto, la ciencia debe limitarse estrictamente al establecimiento de **«leyes»**, es decir, a la formulación de funciones matemáticas que den cuenta de las regularidades observables entre variables. Esta postura anti-realista conduce simultánea y necesariamente a un fenomenalismo pretendidamente anti-metafísico, y a una concepción políticamente conservadora de la sociedad.

—La asunción comtiana de la causalidad humeana, junto con el determinismo social implicado en la idea de «sistema», conduce lógicamente a defender el **«monismo metodológico»**, trazando una simili-

tud de principio entre las «leyes de la naturaleza» y las «leyes sociales». Se justifica de esta forma la necesidad de recurrir a unos mismos procedimientos metodológicos de investigación en el campo de las ciencias naturales y en el campo de las ciencias sociales.

—Comte, que no será seguido en esto por Mill, y que será parcialmente corregido por Spencer, considera que la historia obedece, ella también, a un sistema de «leyes» (Spencer está de acuerdo, pero contempla unas leyes tan sumamente generales —el principio de neguentropía— que la concepción legaliforme de la historia queda prácticamente vaciada de contenido). Al mismo tiempo, Comte defiende una concepción eminentemente **antihistoricista**, sin que se produzca contradicción entre ambas posturas, ya que lo que hace Comte es reducir la historicidad de los fenómenos sociales a un proceso legaliforme análogo al que rige en los sistemas físicos.

—Por fin, Comte contribuye potentemente, seguido en esto por Marx, a escindir radicalmente la ciencia, por una parte, y la filosofía o metafísica por otra. Esta gran división del conocimiento (o del conocimiento y del pseudo-conocimiento según algunos) ha constituido el aspecto del positivismo que más tiempo ha tardado en resquebrajarse.

La filosofía de Comte está en absoluta consonancia con el proceso de industrialización que transforma las sociedades europeas en el siglo XIX, a la vez que anuncia ya el matrimonio entre ciencia y tecnología que se celebrará en las últimas décadas de ese siglo. Sus alegatos en favor de la sociología, situada en las cimas de la jerarquía de las ciencias, también están en sintonía con la «emergencia de la **cuestión social**» propiciada por la industrialización. En efecto, los disturbios sociales engendrados por el desarrollo del capitalismo hacen aún más imprescindible una rigurosa ciencia de la sociedad. No es de extrañar que tras un barniz que hoy llamaríamos progresista, Comte, al igual que Durkheim, sean esencialmente reaccionarios en su visible preocupación por salvaguardar un orden social que legitima las desigualdades establecidas.

John Stuart Mill difundió entre los lectores anglófonos las principales tesis de Auguste Comte, asegurando su influencia en esa área cultural, pero las diferencias que manifestaba, como hemos visto, con su admirado colega, le condujeron a despojar la aportación de Comte de sus escasos aspectos positivos, defendiendo por ejemplo una concepción individualista del ser social. El positivismo de Comte, amputado sin embargo de su anti-individualismo metodológico, fue perfectamente asimilado, como veremos más adelante, por la disciplina psicossociológica. Junto con Auguste Comte y John Stuart Mill, otros autores del siglo XIX expandieron la perspectiva empírico-positivista de las ciencias sociales, pero me limitaré

a mencionar aquí la influencia de Pareto y de Durkheim.

Poco diré de Vilfredo Pareto, si no es que su marcada orientación positivista contribuyó a orientar las ciencias sociales hacia una concepción de la sociedad en términos de un sistema cerrado, gobernado por leyes deterministas, y de que perdió finalmente la batalla «pan-sociologista» que pretendía integrar la «economía» como una parte constitutiva de la sociología (Pareto, 1907). Parece más interesante centrarnos sobre las formulaciones de Durkheim, aunque dejaré para un examen ulterior aquellos planteamientos suyos que repercutieron más directamente sobre la psicología social.

Emile Durkheim fue extraordinariamente sensible al «**emergentismo social**», es decir, al hecho de que el «todo» que constituye la sociedad es irreducible a las características de sus componentes. El sistema social presenta propiedades que no poseen ninguna de sus partes... así quedaba justificado el **anti-psicologismo** de Durkheim en relación con la explicación de los hechos sociales. Junto con el anti-individualismo metodológico, Durkheim recogió también el anti-historicismo y el determinismo de Comte, buscando establecer las «leyes» del sistema social (Durkheim, 1895). Sin embargo, hecho curioso e interesante, Durkheim demuestra en su crítica a la doctrina de la pluralidad causal de Mill que no comparte la visión humeana de la legalidad y, por decirlo de alguna forma, traiciona uno de los grandes dogmas positivistas al defender una concepción «realista» de la causalidad. Según Durkheim, entre la causa y el efecto tiene que haber algo más, epistemológicamente hablando, que una simple regularidad o una concomitancia entre un antecedente y un consecuente, debe existir un **mecanismo productivo** que relaciona **necesariamente** el efecto y la causa. Esta concepción realista de la causalidad social, que Comte hubiera tachado sin duda de puramente «metafísica», constituye a mi entender uno de los aspectos más interesantes del pensamiento de Durkheim. En esta misma línea de simpatía hacia ciertos planteamientos de Durkheim, señalemos por fin que Durkheim infundirá en sus seguidores una especial sensibilidad hacia la importancia que tienen las **estructuras sociales** y hacia los efectos constrictivos que estas estructuras ejercen sobre la actividad de los seres sociales. Sin embargo, cegado sin duda por su anti-psicologismo radical, Durkheim será incapaz de conceptualizar la dialéctica entre las estructuras sociales y los agentes sociales, como muy bien ha anotado Peter Manicas (Manicas, 1987).

Frente a la concepción empiricista y positivista franco-británica, que desembocará en una sociología donde el peso de las «estructuras» y de las «leyes» deja escaso lugar tanto para la consideración de las dimensiones simbólicas, como para el estudio de la acción humana y para los plantea-

mientos genuinamente históricos, se alza, como ya he dicho, una tradición, cultivada esencialmente en Alemania, y cuya complejidad acarrea el peligro de transformar en caricaturesca una exposición tan breve y tan resumida como la que presentaré a continuación.

b) La tradición alemana: Ya hemos visto que Herder, con su concepción de la «nación», su marcado historicismo y su desconfianza hacia la pretendida omnipotencia del conocimiento científico, se incluye más adecuadamente en el llamado «idealismo alemán» del siglo XIX que en el período «hiperracionalista» de la Ilustración. El gran constructor de sistemas teóricos que fue Georg Friedrich **Hegel**, enfatizará también el tema de la nación, pero la desarraigará del asentamiento «natural» que le había dado Herder. En efecto, Hegel cortará el hecho nacional de sus ataduras **concretas** expresadas en términos del conjunto de las peculiaridades culturales y de singularidades lingüísticas que caracterizan cada nación de forma irreductible. De esta manera, Hegel llevará la nación al terreno de las **entidades abstractas**, disolviéndola en una pura forma política que tomará la figura del **Estado**. Es así como la **nación-comunidad** de Herder se transforma en el moderno concepto de **Estado-Nación**. Por otra parte, Hegel, extremadamente sensible a la importancia que representa el fenómeno de la historia, formulará una interpretación neo-platónica que marcará profundamente el pensamiento de Marx pese a sus prevenciones contra Hegel. En efecto, la historia tiene, según Hegel, una **dirección** marcada por la realización cada vez más adecuada y perfecta de ciertas formas «ideales», a través de un proceso dialéctico. Es así, por ejemplo, como las ideas de libertad y de razón que guían el desarrollo de la historia alcanzan su realización más idónea en la forma política del Estado (Hegel, 1830-1831). Marx invertirá el planteamiento viendo la realización última de la historia en la disolución del Estado. Tanto para Hegel como para Marx, la historia se construye por medio de la actividad concreta de las personas, pero ambos perciben claramente que no se trata de un proceso intencional. Para conciliar el papel activo de las personas en el desarrollo histórico y la no-intencionalidad del mismo, Hegel formulará un planteamiento, que será desarrollado por Marx, y que se tornará esencial para las ciencias sociales: las acciones voluntarias de las personas tienen una serie de consecuencias que van más allá de los efectos que éstas se proponen conseguir, son esos efectos no pretendidos, y de los que no se tiene conciencia, los que construyen la historia.

Coetáneo de Hegel, Friedrich **Schleiermacher** tendría un lugar asegurado en la historia de las ciencias sociales aunque sólo fuera por su temprana conceptualización de la «**acción recíproca**» y de la «interacción so-

cial», así como por su diferenciación entre **comunidad y sociedad** (Gemeinschaft und Gesellschaft), que más tarde desarrollaría Ferdinand Tönnies (Tönnies, 1887), y por fin, por su decisiva influencia sobre Wilhelm Dilthey. Pero lo que más me interesa destacar, de cara al futuro desarrollo de las ciencias sociales, es su contribución a la elaboración de una perspectiva **hermenéutica** que parece constituir en el momento actual un tema de renovado interés entre los sociólogos, los psicólogos sociales y los filósofos (Schleiermacher, notas de 1804, publicadas en 1959).

Wilhelm **Dilthey** recogerá el legado hermenéutico de Schleiermacher, y contribuirá a acentuar el **«anti-naturalismo»** del pensamiento alemán. En efecto, Dilthey alimentará decisivamente el gran debate de finales del siglo XIX y principios del XX en torno a las posibilidades de construir unas ciencias sociales basadas en los principios metodológicos y epistemológicos de las ciencias naturales. Su postura es **aparentemente** radical en esta cuestión. Según él, resulta imprescindible que las ciencias humanas se emancipen del paradigma naturalista de la misma forma que las ciencias naturales supieron separarse de la metafísica. Según Dilthey, existe una diferencia de principio entre las ciencias del «espíritu» (**Geisteswissenschaften**) y las ciencias de la «naturaleza» (**Naturwissenschaften**); las primeras nos permiten acceder a la **«comprensión»** de los fenómenos analizados, mientras que las segundas conducen a la **«explicación»** de sus objetos de análisis. Sin embargo, detrás de esta oposición radical al «monismo metodológico» pregonado por los positivistas, se esconde una confluencia básica entre el punto de vista de Dilthey y las posturas humeanas de Comte. En efecto, Dilthey participa plenamente del credo empiricista según el cual la **«transdicción»**, es decir, el salto desde los fenómenos empíricamente aprehensibles hacia la realidad que supuestamente está detrás de ellos, constituye una estricta imposibilidad lógica. En otras palabras, es inútil intentar conocer las causas de los fenómenos, puesto que sólo podemos acceder a la observación de regularidades. Dilthey acepta, por lo tanto, el modelo positivista siempre que se ciña al campo de las ciencias naturales. Su negativa a considerarlo válido en el campo de las ciencias sociales arranca de una convicción que nos recuerda claramente las tesis de Giambattista Vico: la realidad socio-histórica, al contrario de la realidad «natural», no es una realidad que nos sea externa, puesto que somos nosotros mismos quienes la construimos. La gran consecuencia que se desprende del «verum factum» de Vico es que podemos escapar, en ciencias sociales, a la imposibilidad lógica que afecta a las ciencias naturales y a la que me he referido anteriormente. En efecto, las **causas** de los fenómenos sociales se tornan cognoscibles, puesto que resultan de nuestra propia actividad. El problema planteado por Hume queda así anula-

do, o mejor dicho, limitado al ámbito de los fenómenos naturales. La dualidad entre el objeto de conocimiento y el sujeto productor de conocimiento se disuelve, en el caso de las ciencias socio-históricas, abriendo un acceso privilegiado al estudio de los fenómenos sociales:

«... la primera condición para la posibilidad misma de una ciencia histórica radica en el hecho de que soy, yo mismo, un ser histórico» (Dilthey, pág. 143 de sus «selected writings» publicados en 1976).

Volveré más adelante sobre esta cuestión, pero es importante insistir aquí sobre el hecho de que el dilema planteado por Dilthey sólo tiene sentido en la medida en que se acepta la validez del principio humeano.

La llamada polémica de la «comprensión versus explicación» que agitó los principios del siglo XX (Dilthey, 1883) fue perdiendo virulencia a medida que se producía el desarrollo formal de las «disciplinas» sociales, aunque ha vuelto a surgir con cierta fuerza en el marco de los planteamientos post-positivistas que se han desarrollado últimamente.

En su época, Max Weber terció con fuerza en esta polémica, sugiriendo una tercera vía que daría origen a la **«sociología interpretativa»** pero que no podía satisfacer ni a los positivistas ni tampoco a los hermenéuticos más radicales. En efecto, Weber rechazaba la argumentación de Dilthey y reconocía la validez de principio del monismo metodológico, pero mantenía que, a pesar de que existieran leyes de lo social, no era posible aplicar en el ámbito de las ciencias sociales el modelo positivista de la «subsunción» de los casos particulares bajo las leyes generales. La razón de esta imposibilidad no radicaba, como pensaba Dilthey, en una diferencia fundamental entre lo social y lo natural, sino en la irreductibilidad, señalada por Herder, de las manifestaciones concretas a los modelos abstractos. La naturaleza de los procesos causales implicados en los fenómenos **concretos**, tanto en el campo de la naturaleza como en el ámbito de lo social, entraña un **principio de «incalculabilidad»** que imposibilita toda cuantificación y toda tentativa de elaborar modelos predictivos. Las ciencias de lo concreto no pueden seguir las pautas del paradigma positivista y, lejos de caracterizarse por su capacidad predictiva, los conocimientos sociales tan sólo pueden pretender elaborar esquemas de inteligibilidad que permitan comprender lo que ya ha ocurrido (Weber, 1901). Esos fenómenos concretos e históricos que son las sociedades no pueden estudiarse, por lo tanto, desde los métodos y las concepciones propios de las ciencias de la naturaleza.

Aunque Karl **Marx** compartiese algunos de los supuestos positivistas,

tales como la necesidad de separar la ciencia y la filosofía, la creencia en las leyes de la historia, o la crítica del idealismo alemán, no he querido mencionar sus aportaciones en el apartado dedicado al positivismo porque Marx pertenece, en lo esencial, y a veces a pesar suyo, al radio de influencia del historicismo alemán. Ya he comentado, a propósito de las aportaciones de otros autores, algunos aspectos de los análisis de Marx; me limitaré por lo tanto a señalar aquí la influencia decisiva que ejerció Marx para alejar las ciencias sociales del estudio de las creencias que los pueblos desarrollan acerca de ellos mismos, y centrarlas sobre el estudio de las prácticas sociales concretas y de las relaciones «reales» que se establecen entre los agentes sociales. No es, en efecto, como diría Marx, la conciencia de las personas lo que determina su existencia, sino que es su existencia social quien determina su conciencia (Marx, 1859). La historia no se explica, por lo tanto, por la acción consciente de las personas, sino por aquellos factores sociales que determinan la historia a la vez que la propia conciencia. La focalización sobre este aspecto del pensamiento de Marx conducirá, en los años sesenta, a algunos marxistas a descalificar rotundamente el interés que mostró la psicología social francesa por el estudio de las «representaciones sociales». Sin embargo, el pensamiento de Marx es mucho más matizado y también contempla el papel primordial que desempeñan las personas, y su conciencia, en la evolución de la historia social. Aunque sea en buena medida a través de las consecuencias no intencionadas de sus actos, son en definitiva los agentes sociales quienes determinan en última instancia el acontecer histórico.

No podemos cerrar este esquemático examen de las ciencias sociales en el siglo XIX sin antes mencionar la obra de Herbert **Spencer**. Creador de la expresión referida a la «supervivencia de los más aptos», que tantas veces se atribuye al propio Darwin, Spencer desarrolló una concepción organicista y evolucionista de la sociedad, fuertemente marcada por las formulaciones de Charles Darwin. La fidelidad de Spencer al individualismo metodológico propio del empiricismo inglés le condujo a ofrecer una concepción en cierta forma psicologista de la sociedad y a enmarcarse finalmente en la tradición del pensamiento liberal, abogando por el «laissez faire» y por la limitación del intervencionismo estatal frente a los intereses de los individuos. Su aportación no merecería ser destacada de forma especial si no fuera por la influencia que ejerció, como veremos más adelante, en la naciente sociología de Estados Unidos (Spencer, 1873).

Antes de ofrecer unas breves conclusiones sobre la panorámica histórica que he bosquejado hasta aquí, parece conveniente sintetizar, en un escueto cuadro sinóptico, algunos puntos de referencia para situar las ciencias sociales en el siglo XIX. Como ya he señalado anteriormente, una serie

de figuras tan importantes como por ejemplo Giddings, Herbart, James, Le Bon, Tarde y Wundt, no figuran en este cuadro debido a que se examinarán en ulteriores apartados más específicos.

Breve sinopsis del período decimonónico

- SAINT-SIMON, H. (1760-1825) 1825: *Nouveau christianisme*.
HEGEL, G.F. (1770-1831) 1806: *Fenomenología del espíritu*; 1830: *Lecciones sobre la filosofía de la historia*.
SCHLEIERMACHER, F. (1768-1834) 1804: *Hermeneutick* (editado en 1959).
COMTE, A. (1798-1857) 1830: *Cours de philosophie positive*; 1844: *Discurso sobre el espíritu positivo*.
MILLS, J.S. (1806-1873) 1864: *Utilitarianism*; 1843: *System of logic*.
DARWIN, C. (1809-1882) 1859: *The origin of species*; 1872: *Expression of the emotions*.
MARX, K. (1818-1883) 1859: *Contribución a la crítica de la economía política*; 1848: *Manifiesto comunista*; 1867: *Das kapital* (vol.1).
SPENCER, H. (1820-1903) 1873: *The study of sociology*.
DILTHEY, W. (1833-1911) 1883: *Introducción al estudio de las ciencias humanas*.
PARETO, V. (1848-1923) 1907: *L'économie et la société*; 1917: *Traité de sociologie générale*.
TÖNNIES, F. (1855-1936) 1887: *Comunidad y sociedad*.
DURKHEIM, E. (1858-1917) 1895: *Las reglas del método sociológico*.
SIMMEL, G. (1858-1918) 1908: *Sociology*.
WEBER, M. (1864-1920) 1901: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

2.4. Elementos de conclusión

Durante los tres siglos que anteceden el inicio del siglo XX, se suceden una serie de planteamientos y de confrontaciones sobre la **naturaleza de la sociedad** y sobre las **características de su conocimiento**, que están íntimamente ligados a dos grandes procesos sociales. Se trata, por una parte, de la formación de esa institución social particular que es la **Ciencia Moderna** y se trata, por otra parte, de la formación del **Estado Moderno** a lo largo del proceso de desarrollo del capitalismo y de la indus-

trialización. De nada serviría intentar encerrar los planteamientos de esa época en las coordenadas actuales de las diversas ciencias sociales. En efecto, las ideas y los análisis que se desarrollan en los siglos XVII, XVIII y principios del XIX son, **indistintamente**, filosóficos, sociológicos, históricos, o psicológicos. Ni siquiera se puede caracterizar la situación que existe durante ese período diciendo que se produce una permanente y fluida circulación de las ideas entre los diversos campos que acabamos de mencionar, pues la metáfora espacial, expresada en términos de «terrenos», «campos» y «fronteras», nos lleva a engaño. Nada de eso existe claramente hasta finales del siglo XIX, y la reflexión se presenta hasta entonces bajo una forma omnicompreensiva.

Con la emergencia de la moderna reflexión sobre lo social, se va configurando lentamente la idea de «**societas**», considerada primero como una simple agregación de individuos ligados entre sí en base a la eficacia instrumental que confiere la unión de fuerzas, y obligados únicamente por el respeto de las normas contractuales que posibilitan la convivencia colectiva.

Más tarde, se conceptualizará la «societas» como una **nación** basada en culturas, tradiciones y significados compartidos que unen a las personas más allá de la simple satisfacción de intereses comunes. Las propias exigencias de la conformación del Estado moderno (y del capitalismo) conducirán a una modificación del concepto mismo de «gobierno» y ejercerán una presión constante para que se elabore un conocimiento de lo social que sea homologable con el tipo de conocimiento propio de la ciencia moderna. El **control** de los fenómenos sociales lo exigía claramente.

A medida que se elabora el conocimiento sobre lo social, se van perfilando las grandes polémicas que agitan aún hoy en día el campo de las ciencias sociales:

- el holismo, más o menos reificador de lo social, frente al individualismo metodológico, atomizador y en cierta medida disolvente de lo social. La tensión constante entre el papel de los agentes sociales, por una parte, y la incidencia de las estructuras sociales por otra,
- el monismo metodológico, basado en el dogma de la uniformidad de la razón científica, frente a la especificidad metodológica fundamentada en las características privilegiadas del objeto social,
- el carácter legaliforme y sistémico de lo social frente a las propiedades idiográficas de las comunidades históricamente constituidas y reguladas (siguiendo la distinción establecida por Wilhelm Widelband entre lo nomotético y lo idiográfico [Widelband, 1894]).

Pero, sobre todo, se van perfilando una serie de rupturas fundamentales que marcarán profundamente las ciencias sociales del siglo XX, aca-

reando unas consecuencias que fueron, a nuestro entender, catastróficas para el conocimiento de lo social:

- la ruptura entre ciencia y filosofía,
- la ruptura de «la» ciencia social en un mosaico de disciplinas específicas y separadas, y sobre todo la institución de la historia como una disciplina exterior a las demás ciencias sociales.

La gran batalla entre la alianza empiricista/positivista franco-británica y el historicismo alemán se decantó claramente a favor de los primeros por diversas razones. Una de las más decisivas fue sin duda la **industrialización de la ciencia**. En efecto, a mediados del siglo XIX los saberes científicos comenzaron a traducirse en aplicaciones tecnológicas tremendamente productivas y tremendamente espectaculares a los ojos de la opinión pública. Hasta entonces, la industrialización había recurrido a una tecnología nacida del ingenio de los saberes prácticos más que del conocimiento proporcionado por la ciencia, pero hacia 1850 la ciencia química, concretamente la química orgánica, permitió el desarrollo de una potente industria química en torno a la producción de colorantes, anilinas, fibras, etc. Otras ciencias, como por ejemplo la electro-magnética, seguirían rápidamente los pasos de la química, convirtiendo a la ciencia en una extraordinaria fuerza productiva cuya utilidad práctica no necesitaba ser demostrada a través de grandes discursos (Manicas, 1987). La concepción positivista de la ciencia recibía así un ímpetu que barrería durante más de un siglo todas las concepciones alternativas: para controlar e intervenir eficazmente era preciso prever, y para prever, era preciso que los objetos obedecieran a regularidades cognoscibles.

La **predicción** se convertía así en la piedra de toque del saber eficaz, plenamente identificado con el saber científico. El historicismo y la «comprensión» no podían constituir sino meros entretenimientos más o menos filosóficos; la tradición alemana estaba condenada. Tanto más cuanto que se percibía, con mayor o menor claridad, que existía una cierta afinidad entre el enfoque historicista y las propuestas subversivas de Marx. Esta proximidad entre Marx y el historicismo alemán explica en parte las reticencias manifestadas por las instituciones sociales hacia el historicismo y su apoyo al positivismo, pero no deja de ser paradójico que los partidarios de unas ciencias sociales críticas y emancipadoras contribuyeran también a hacer la cama del positivismo.

La debacle historicista obedece también a factores internos. En efecto, el historicismo sostiene que toda existencia concreta tiene una naturaleza histórica y que todas las ideas y los valores humanos son históricos, es decir, en definitiva, **contingentes** a situaciones que «son lo que son» sin que presida en ello ninguna necesidad. Estas situaciones podrían perfec-

tamente haber sido distintas y no cabe duda de que cambiarán con el paso del tiempo, modificando así los valores y las ideas. Consideraciones como las que acabo de mencionar fragilizan los puntos de referencia seguros y firmes que necesita la propia «racionalidad», haciendo aparecer en el horizonte el temido espectro del **relativismo**. Mientras prevaleció una concepción **neo-platónica** de la historia, es decir, mientras se consideró, como Hegel, que la historia realizaba una idea o, como Marx, que la historia seguía una dirección, el espectro del relativismo podía mantenerse alejado. Pero a partir del momento en que el historicismo abandona esos supuestos, surge de nuevo un relativismo que muy pocos pensadores están dispuestos a asumir, porque cuestiona nada menos que la propia validez de su actividad intelectual. En estas condiciones, no debe extrañarnos que el historicismo entre en crisis y sea tachado, entre otras cosas, de auto-contradictorio.

Ya hemos visto que la consolidación de los Estados modernos demanda, a la vez, una **ciencia social** de corte positivista que proporcione herramientas para la **intervención social**, y una **investigación social** que permita conocer y controlar la situación de la sociedad en cada momento. Es difícil hoy en día pensar en un Gobierno de cualquier Estado Moderno que no disponga de servicios estadísticos, encuestas de opinión, indicadores sociales constantemente actualizados, censos fiables y estratificados de la población, etc. Esta demanda creciente de «datos» sobre la sociedad explica algunas de las características de las ciencias sociales. En efecto, la investigación social fue intensamente promovida desde múltiples instancias y no es inútil recordar aquí que ya en 1857 se creaba oficialmente en Inglaterra la «Asociación Nacional para la Promoción de la Ciencia Social», seguida treinta años más tarde por la fundación en Alemania de la «Verein für Sozialpolitik», que perseguía los mismos objetivos instrumentales.

3. LA EMERGENCIA, LA INSTITUCIONALIZACIÓN Y EL DESARROLLO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Los tres siglos de aportaciones y de debates que marcan el pensamiento moderno sobre la sociedad y el ser humano desembocan en las últimas décadas del siglo XIX en una situación donde ya es perceptible la diferenciación de temas y de enfoques que conducirá al nacimiento de las diversas disciplinas que conforman actualmente las ciencias sociales.

La psicología social es una de las disciplinas que emergen lentamente a lo largo de esas décadas, al lado de una psicología que ya tiene en ese momento más de un siglo de existencia, pero que no constituye aún el dominio reservado de los psicólogos, permaneciendo abierta, durante todo su desarrollo anterior, a las aportaciones de los multifacéticos pensadores del Siglo de las Luces y del siglo XIX.

La psicología social está también flanqueada por una sociología que, si bien tarda más que la psicología en alcanzar una individualización nítida, constituye sin embargo un foco de interés, a veces apasionado, en el prolijo universo del pensamiento social anterior al siglo XX. Es obvio que las formulaciones decimonónicas a partir de las cuales se individualizará y se desarrollará la disciplina psicosociológica no pueden ser separadas del entramado discursivo constituido por los tres siglos de historia a los que nos hemos referido. Sin embargo, comienza a configurarse en esos años un discurso propiamente psicosociológico que analizaré a continuación.

3.1. La emergencia de la psicología social en Europa a finales del siglo XIX

Ya sea porque Alemania, Inglaterra y Francia fueron realmente los lugares donde se produjo la mayor fermentación de planteamientos psicosociales, o simplemente porque se trata de los tres países europeos donde los historiadores de la psicología social han desplegado hasta ahora la mayor actividad, el resultado es en cualquier caso que esos tres países deben centrar la atención del apartado dedicado a la emergencia europea de la psicología social.

Bien es cierto que Italia desempeñará un cierto papel con las muy precoces aportaciones de Carlo **Cattaneo**, que ya disertaba en 1864 sobre «la anátesis como método de la psicología social» (Cattaneo, 1864), o con los trabajos de Scipio **Sighele**, muy próximos a los planteamientos de Gustave Le Bon sobre la conducta de las masas (Sighele, 1895), y que **P. Orano** publica en 1902 un libro que lleva el título de «Psicología social» (Orano, 1902), pero la repercusión de estas obras sobre el desarrollo ulterior de la psicología social parece haber sido escasa.

a) Inglaterra. En Inglaterra, casi todas las aportaciones que los historiadores catalogan como específicamente psicosociales se sitúan bajo la **influencia de Charles Darwin**. Así por ejemplo, Herbert Spencer, que ha sido mencionado anteriormente, se presenta como un claro difusor de las ideas darwinianas (Spencer, 1873). Según él, la socialidad se basa en determinados **instintos**, por ejemplo el instinto sexual, y, a través de la evolución de la especie, estos instintos conducen a desarrollar una serie de conductas que aseguran la supervivencia de los más aptos. Así mismo, Walter **Bagehot**, y más tarde Graham **Wallas**, desarrollan planteamientos en una línea claramente darwiniana (Bagehot, 1869; Wallas, G. 1908), ofreciendo, el primero de ellos, unas reflexiones sobre la **imitación** que anticipan sin duda las ulteriores aportaciones de Gabriel Tarde, y centrándose el segundo sobre lo que podríamos llamar la dinámica de los instintos en la existencia social. Pero será sobre todo William **McDougall** quien ejercerá mayor influencia en la psicología social a partir de esta línea darwiniana.

McDougall. Como es sabido, William McDougall presentó en 1908 un tratado de psicología social que adquirirá celebridad histórica y que suscitará numerosas controversias debido al importante uso que en él se hace del concepto de «instinto» (McDougall, 1908). Un segundo texto publicado en 1920 pasó también a la historia debido a la fuerte polémica que desencadenó el concepto de «**mentalidad grupal**» que en él se desarro-

llaba (McDougall, 1920). El impacto que estas dos obras ejercieron sobre la naciente psicología social estadounidense nos obligará a analizar más detenidamente la obra de McDougall en un ulterior apartado, pero quizá sea bueno anticipar aquí algunas consideraciones. Los dos libros de McDougall a los que acabo de referirme han pasado a la historia como dos libros independientes el uno del otro y separados entre sí por un largo intervalo. Sin embargo, es más exacto considerar que el «manual» de psicología social elaborado por McDougall constaba en realidad de **dos tomos** que se complementaban entre sí. Es erróneo, por lo tanto, presentar el «primer tomo» de 1908 como si reflejara la concepción de la psicología social que propugnaba McDougall. En efecto, al final de este libro se anunciaba ya el segundo tomo, y no fueron sino las circunstancias históricas, como por ejemplo el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, las que retrasaron interminablemente su edición (Farr, 1986). Desde estas consideraciones históricas, no cabe duda que el significado de la obra de McDougall adquiere nuevas dimensiones y de que se atenúa considerablemente el **psicologismo** que se ha atribuido a su concepción de la psicología social.

La contribución inglesa a la psicología social en los finales del siglo XIX y principios del XX tiene, como hemos visto, un sabor claramente darwiniano. Por otra parte, la tradición filosófica del empiricismo británico y de sus desarrollos utilitaristas imprimirá a la psicología social una marcada orientación **individualista**. Se configura así una psicología social enmarcada en el **individualismo metodológico** y que contribuye a situar el tema de la **imitación** social como un tema central de la disciplina.

b) Francia. En Francia, la influencia de Darwin es también notable, pero serán sobre todo otras dos fuentes de influencia las que marcarán el inicio de la reflexión psicosocial. Se trata, por una parte, de las formulaciones **positivistas** de Auguste Comte y, por otra, de las investigaciones sobre la **sugestión** y la hipnosis que enfrentaban entonces a la Escuela de Nancy, con Bernheim a su cabeza, y la Escuela de La Salpêtrière, liderada por Charcot. Para entender la situación en la que se configura la psicología social francesa, conviene añadir a estos elementos el clima de **enfrentamientos sociales** que culminó con el levantamiento de la «Commune» de París (1870). El psicólogo social canadiense Ian Lubeck (Lubeck, 1981) y la psicosocióloga francesa Erika Apfelbaum (Apfelbaum, 1981, 1985a; Apfelbaum y Lubeck, 1982; Apfelbaum y McGuire, 1986) han reconstruido detalladamente los orígenes de la psicología social en Francia, mencionando un considerable número de autores que se encuentran vinculados a dichos orígenes. Por mi parte, me limitaré a los autores «principales», remitiendo al lector a las obras de Apfelbaum y Lubeck para mayor infor-

mación y para que pueda apreciar las cualidades de una investigación historiográfica sumamente rigurosa.

Tarde. Este autor es conocido esencialmente por su influyente formulación de las «**Leyes de la imitación**» (Tarde, 1890), sin embargo, su contribución a la psicología social es mucho más amplia. Es preciso recordar que tan tempranamente como en 1887, Tarde entrega a su editor un tratado en dos tomos titulado *La psicología social. Ensayo sobre la ciencia de la sociedad*, aunque ciertas razones de tipo comercial harán que en lugar del mencionado tratado de psicología social se publiquen dos libros separados, en los que desaparece de los títulos la referencia a la psicología social. En efecto, la primera parte del tratado, titulada las *Leyes de la imitación*, se edita en 1890, mientras que la segunda parte no sale hasta 1895 con el título de *La lógica social* (Tarde, 1895). Más adelante, en 1898, se publica un compendio de artículos escritos por Tarde bajo el título general de *Estudios de psicología social* (Tarde, 1898).

Tarde reacciona contra los planteamientos positivistas en la doble vertiente del holismo sociológico, por una parte, y del enfoque naturalista y casi fisicista de lo social, por otra. Su desacuerdo con Comte se manifestó con fuerza en el debate que mantuvo con Durkheim entre 1893 y 1905 y que culminó en 1903-1904 cuando después de impartir cada uno de ellos una lección sobre «Sociología y ciencias sociales», en la Escuela de Altos Estudios Sociales de París, se organizó un tercer debate con la presencia de ambos pensadores (Farr, 1981). Esta **oposición al positivismo** le conducirá a privilegiar una postura **individualista** y a buscar en las interacciones sociales, tales como por ejemplo la conversación y la imitación, la fuente de la dinámica social y de las estructuras sociales. Claramente psicologizante en un principio, la postura de Tarde evolucionó hacia formulaciones expresadas en términos de «**intermentalidad**» y de «**interpsicología**» que prefiguran una auténtica psicología social, tan alejada de los mecanismos psicológicos «internos» como de una determinación mecánica del individuo a partir de las instituciones sociales.

Después de la muerte de Gabriel Tarde, se publica *La opinión y las masas* (Tarde, 1901), donde queda de manifiesto, al igual que ocurre en la obra de Gustave Le Bon, tanto la influencia de las teorías de la sugestión como el temor ante los comportamientos colectivos que los acontecimientos de la «Commune de París» habían inspirado a la burguesía francesa. La obra de Tarde caerá en un olvido relativo a lo largo del siglo XX, pero el hecho de que la psicología social estadounidense ignorase por completo su concepción de la «inter-psicología», recogiendo tan sólo sus aportaciones al estudio de la imitación, constituye un dato extraordinariamente interesante y muy sintomático.

Poco tiempo después de su muerte, su hijo A. Tarde lanzaría en 1907 la que sería quizá la **primera revista** que llevó el nombre de «psicología social» en su título: *La Revue de Psychologie Sociale*, cuyo contenido fue en realidad escasamente psicosocial, tendría tan sólo una breve duración, desapareciendo en 1908, después de que se hubieran publicado 10 números.

Le Bon. Si otorgamos crédito a las palabras de Gordon W. Allport, el libro de Gustave Le Bon *La psicología de las masas* (Le Bon, 1895) es quizás

«... el libro más influyente que jamás se haya escrito en la psicología social» (Allport, 1985, p.18).

Por suerte, no parece que esa opinión sea muy acertada, pero lo que sí es cierto es que el texto de Le Bon ocupa un lugar envidiable en las historiografías de la psicología social. Sin duda, la idea de que los fenómenos psicológicos individuales se modifican en las situaciones colectivas tiene claras resonancias psicosociales y, en este sentido, el trabajo de Le Bon no puede ser ignorado en la historia de la psicología social. Pero el análisis que realiza Le Bon es más instructivo sobre la mentalidad de su época que sobre la propia «psicología» de las masas. El interés suscitado por las tesis de Charcot acerca de la sugestibilidad humana, interés que desbordó los estrictos círculos de los especialistas, alcanzando una gran parte del público culto, proporcionó a Le Bon las bases teóricas para expresar, en forma aparentemente científica, una **descalificación radical** de «las masas» y de su conducta. Ensayo eminentemente ideológico, la *Psicología de las masas* no hacía, en realidad, sino reflejar la preocupación de la burguesía francesa por las explosiones revolucionarias que acompañaban el proceso de industrialización.

Binet. Es poco habitual encontrar referencias a Alfred Binet en la literatura psicosocial. Sin embargo, su obra del año 1900 *La sugestibilidad* (Binet, 1900) es, en cierta medida, más genuinamente psicosocial que la del propio Gustave Le Bon. En efecto, Binet consigue separar el fenómeno de la sugestión de sus connotaciones patológicas, y tratarlo como un fenómeno «normal» que está presente en las relaciones interpersonales de la vida cotidiana. Anticipando las ulteriores explicaciones de la **conformidad social**, Binet elabora de esta forma las bases para un estudio sistemático de la **influencia social** recurriendo a una metodología de tipo experimental. Es curioso observar que, a finales del siglo XIX, Binet utilizaba ya un dispositivo experimental que prefiguraba con extraordinaria semejanza los estudios que llevara a cabo Solomon Asch sobre el conformismo

social medio siglo más tarde. En efecto, Binet estudiaba en situaciones de grupo los efectos que tenían las sugerencias del experimentador sobre las respuestas de niños que debían comparar la longitud de distintas líneas. Por fin, también es digno mencionar que Binet, entonces prestigioso y reconocido psicólogo, no dudó en embarcarse en la efímera aventura de la *Revue de Psychologie Sociale*, por deferencia quizás hacia la memoria de su amigo Gabriel Tarde.

c) Alemania. La emergencia de la psicología social en el área germánica (Alemania y Austria) es más compleja, más prolongada y más diversificada que en los dos países antes citados. Johan Friedrick **Herbart**, sucesor de Immanuel Kant en la cátedra de la Universidad de Königsberg, no sólo constituye una referencia clave para la psicología, sino que también mostró una sensibilidad particular hacia el fenómeno de la socialización y, más generalmente, hacia la importancia de los factores sociales, convencido, como escribió en 1825, de que:

«el hombre no es nada sin la sociedad» (Herbart, 1825).

La influencia de Herbart se hizo notar en tres líneas de planteamientos ulteriores. Una de ellas conduciría, a través de teóricos como K. Lamprecht, a una **concepción socio-psicológica de la historia**, que anticipa en cierta forma la moderna «**Historia de las mentalidades**», tan cercana a algunos de los planteamientos actuales de la psicología social. Lamprecht no dudaría en afirmar, por ejemplo, que:

«La historia moderna es, en primer lugar, una ciencia socio-psicológica» (Lamprecht, 1900).

Las otras dos líneas afectan más directamente a la psicología social, y merecen un examen más detallado. Se trata, por una parte, de la línea que pasa por Moritz Lazarus y Herman Steintal, culminando en Wilhelm Wundt y, por otra parte, de la línea que pasa por Gustav A. Lindner y Albert Schoeffe.

Lazarus y Steintal. Recogiendo el concepto de «**Völkerpsychologie**» que fue acuñado por Wilhelm von Humboldt (Lück, 1987), **Lazarus y Steintal** crearon en 1860 la famosa revista *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, que se transformaría años más tarde en una revista exclusivamente etnológica, pero que empezó su carrera con un fuerte interés por la **psicología de los pueblos**. Además de las influencias de Herbart y de Von Humboldt, estos autores encontraron en Herder una

fuentes de inspiración para desarrollar su interés tanto por el lenguaje como por las «comunidades nacionales», y recogieron de Hegel el énfasis sobre la importancia de la dimensión histórica. Su conciencia del carácter social de los seres humanos aparece claramente en estas palabras de Lazarus:

«La psicología nos enseña que los humanos son, por encima de todo, seres sociales... Nadie se ha constituido en lo que es a partir de sus propios recursos, sino como resultado de la influencia de la sociedad» (Lazarus, 1860, p.15).

Wundt. Wilhelm Wundt se inscribe también en esa múltiple herencia que proviene de Herbart, Humboldt, Herder y Hegel, pero es sensible, además, a la potente influencia de las ideas de Darwin. Figura preeminente en su época, Wilhelm Wundt recibió la visita y contribuyó a la formación de muchos de los «padres fundadores» de la psicología estadounidense. También fueron a trabajar con él, como veremos más adelante, algunos de los personajes que construirían la sociología norteamericana, así como teóricos tan relevantes para la propia psicología social como es, por ejemplo, George Herbert Mead. Le visitaron además destacados universitarios europeos como, por ejemplo, el propio Durkheim. La influencia de Wundt fue por lo tanto notable. Pero si bien se le rinde tributo como incontestable fundador de la psicología científica, se ha menospreciado, e incluso ignorado con demasiada frecuencia, su contribución específica a la psicología social a través de los diez tomos de su *Völkerpsychologie* (Wundt, 1900-1920). La razón no es otra que la que he expuesto para dar cuenta de la derrota de la tradición historicista alemana frente al positivismo que arraigó en las ciencias sociales estadounidenses. Wundt, como es bien sabido, trazó una dicotomía clara entre, por una parte, los procesos «psicológicos» que eran susceptibles de ser estudiados por una ciencia psicológica «de laboratorio» y, por otra, los fenómenos «psico-sociales» que, según él, escapaban por su propia naturaleza a un enfoque naturalista. Para Wundt, los procesos mentales superiores que intervienen en la relación del individuo con sus semejantes y que permiten el desarrollo de la vida en sociedad, no son susceptibles de un análisis experimentalista.

En efecto, estos procesos mentales participan de una naturaleza social e histórica, puesto que están íntimamente ligados al **lenguaje** y a la **cultura** de una sociedad. Entender la dimensión psico-social (término éste que no agradaba a Wundt debido a su doble raíz griega y latina) del ser humano pasa necesariamente por dilucidar ese **fenómeno mental colectivo** que es el lenguaje de un pueblo. Esta investigación no se puede llevar a cabo a partir del estudio de las conciencias individuales, sino que debe realizar-

se en base a la **historia de la colectividad** tal y como se manifiesta en sus mitos, costumbres y tradiciones. Las resonancias herderianas son claras, pero también se nota la influencia de Darwin, en la medida en que Wundt sitúa precisamente en los gestos la fuente de la constitución del lenguaje, de la misma forma en que Darwin situaba en ellos la expresión de las emociones. Más precisamente, Wundt supo situar en un contexto claramente social las observaciones que Darwin había realizado sobre las prácticas gestuales (Farr, 1980). El **anti-individualismo** de la psicología social de Wundt, su **anti-experimentalismo**, así como su **historicismo** y su énfasis sobre la importancia del **lenguaje**, constituyeron motivos más que suficientes para explicar el ostracismo que manifestó la psicología social «mainstream» hacia la obra monumental de Wilhelm Wundt.

Lindner y Schäeffle. La tercera línea influenciada por Herbart pasa, como he dicho, y según los análisis de Geck (Geck, 1929), por **Lindner** y por **Schäeffle**. El psicólogo austríaco Gustav Lindner fue en efecto el primero que utilizó, en el contexto germánico, la expresión «Sozialpsychologie», encabezando la segunda sección de su libro, publicado en 1871 con el título *Fundamentos de psicología social*, y desarrollando una serie de tópicos claramente psicosociales desde una perspectiva que definió de la siguiente forma:

«...la tarea de la psicología social consistirá en deducir y explicar, a partir de la mutua afiliación de cierto número de individuos en la sociedad, los fenómenos y las leyes de la vida afiliativa humana» (Lindner, 1871).

Por su parte, el sociólogo Albert Schäeffle dedicaría 300 páginas de su obra *Estructura y vida de los cuerpos sociales* (Schäeffle, 1875-78) a presentar unos «esbozos de psicología social» en la línea de Lindner, pero siguiendo también el organicismo de Herbert Spencer. Por su lado, el militar austríaco Gustav **Ratzenhofer** recogería en su obra de 1898 (Ratzenhofer, 1898) un capítulo intitulado «Sozialpsychologie», donde se presenta una visión de la materia que simpatiza con los planteamientos positivistas. La proximidad que presenta esta tercera línea descendiente de Herbart, con los supuestos individualistas por una parte y los positivistas por otra, no justificaba, como en el caso de Wundt, un rechazo por parte de la corriente que dominó académicamente la psicología social; sin embargo, probablemente por desconocimiento, no parece haber influido notablemente en ella.

Conclusiones

En definitiva, parece claro que, lejos de empezar con Triplett en 1898 y con los tan profusamente citados manuales de 1908, la psicología social presenta ya por esas fechas **varias décadas** de incipiente existencia en Europa. No es solamente, como dice Allport, que la psicología social tenga unas «raíces profundas» en las tradiciones del pensamiento europeo, sino que es además el propio alumbramiento de la psicología social el que se produce indudablemente en suelo europeo.

Un examen del período durante el cual emerge lentamente la psicología social hace aparecer que esta gestación se organiza en torno a **tres temas fundacionales**, y que se produce en el marco de **dos grandes paradigmas** antagónicos. Empecemos por los temas fundacionales:

a) La reproducción de la sociedad. La naciente psicología social encuentra en el fenómeno de la **imitación** uno de sus primeros objetos de estudio, por lo menos en Inglaterra y en Francia. Este interés por la imitación responde sin duda a la preocupación por dilucidar los mecanismos del **aprendizaje social** y de la socialización, o si se prefiere, los mecanismos de la **interiorización de las normas** y de los valores sociales.

Lo que ya se perfila detrás de esa preocupación es una de las grandes cuestiones con las que se encontrará confrontada la psicología social: ¿cuáles son los procesos y mecanismos que permiten la constante **reproducción de las sociedades** a través de la **actividad de cada uno de los individuos** que la integran? Las primeras respuestas de la psicología social en términos de «imitación» son sin duda simplistas, pero no debería extrañarnos que se haya comenzado precisamente por ese tipo de explicación. En efecto, la imitación constituye, en términos de conductas humanas, el análogo conceptual más inmediato del fenómeno mismo de la **reproducción** o replicación.

Ahora bien, en la medida en que la imitación surge del individuo y constituye, si se quiere, un proceso intrínseco, o auto-generado, lo que se encuentra planteado es la necesidad de descubrir cuáles son los mecanismos que lo promueven. El biologismo de la época, y quizá la influencia de Darwin, sugieren una respuesta a ese problema en términos de **instintos**. La psicología social seguirá ampliamente esa sugerencia.

Es interesante constatar que uno de los primeros temas que aborda la psicología social plantea ya el problema de la **autonomía** del sujeto, puesto que es en el propio sujeto donde radica el principio de la imitación que asegura la reproducción de la sociedad. Pero al mismo tiempo se señalan ya las constricciones **biológicas** que pesan sobre esa autonomía, puesto

que el sujeto está **determinado** a imitar en virtud de sus instintos. Desde esta perspectiva, lo social encuentra en la biología su condición de posibilidad y tan sólo interviene como tal para proporcionar los modelos y los contenidos que alimentarán la conducta imitativa. Pero esos contenidos y esos modelos se encuentran determinados ellos mismos por exigencias de orden biológico, ligadas a las condiciones de supervivencia de la especie, puesto que sólo perviven los modelos que se revelan más adecuados para esta finalidad. Pensar en términos sociales en lugar de términos biológicos exige un nivel de abstracción para el cual no parecía estar preparada la naciente psicología social.

b) La construcción social de la persona. Otro gran tema fundador de la psicología social viene a compensar en cierta medida el sesgo individualista que caracteriza al concepto de la imitación, dando cuenta de las determinaciones extrínsecas al propio sujeto. Se trata del fenómeno de la **sugestión**. En efecto, la voluntad del sujeto queda anulada por el fenómeno de la sugestión y la persona reproduce lo que «**desde fuera**» se le indica que debe reproducir.

Este segundo tema encierra otra de las grandes cuestiones que no han dejado de preocupar a la psicología social: ¿Cuáles son los mecanismos a través de los cuales las instituciones, las estructuras, o las situaciones sociales **imponen** al sujeto las formas de actuación **socialmente requeridas**, sin que el sujeto tenga necesidad de ser consciente de ello? Aquí también, la respuesta en términos de sugestión es obviamente simplista, pero la obra de Binet nos muestra que no es preciso modificar drásticamente el planteamiento de la sugestión para desembocar en temas tan genuinamente psicosociales como son los de la influencia y del conformismo. El examen de la génesis de la psicología social nos enseña que, tanto a través del fenómeno de la imitación como del de la sugestión, la preocupación por la **reproducción** de la sociedad y por la **reproducción** social de los individuos es, sin duda, primera en orden de aparición. De la misma forma que es más fácil pensar en términos de objetos biológicos que en términos de objetos sociales, también es más fácil pensar en términos de reproducción de un objeto que en términos de transformación de ese objeto. Esto otorga un mérito aún mayor a Gabriel Tarde por haber sabido vincular el fenómeno de la reproducción social con el fenómeno del **cambio social** o de la **innovación social**.

No olvidemos, en efecto, que el segundo tomo de su primera obra presentaba, bajo el título de «La lógica social», un estudio de las leyes de la **«invención social»**. No se trata aún de una toma en consideración plena del proceso de cambio social, pero la idea está ya presente.

c) **La conducta colectiva.** El tercer tema fundacional de la psicología social gira, tanto en Francia como en Italia, en torno a la **psicología de las masas**. Está claro que este tema no prefigura, lamentablemente, ninguna de las preocupaciones de la psicología social actual, a no ser que la psicología ambiental o la psicología del deporte consigan reactualizarlo. En efecto, la psicología social fue reduciendo paulatinamente la dimensión de su objeto de interés, pasando de las masas al **grupo**, del grupo a la **díada**, y de la díada a los procesos cognitivos que «transcurren» en la cabeza del **individuo**. Sin embargo, este tercer tema fundacional se revela útil para detectar dos características de la psicología social. Se trata, por una parte, de su sensibilidad ante las **demandas sociales**, más o menos implícitas, que emanan de las instancias socialmente dominantes. En efecto, el **miedo a las masas**, sentido por la burguesía europea, no es ajeno a la emergencia de la psicología de las masas como tema de investigación en la naciente psicología social. Y, por otra parte, se trata de la facilidad con la que los aspectos **ideológicos** se infiltran subrepticamente en los análisis y en los planteamientos de la disciplina, manteniendo la apariencia de cientificidad.

Después de estas reflexiones sobre los «temas fundacionales» pasemos ahora al dualismo paradigmático. En efecto, otra constatación que se puede extraer del estudio del nacimiento de la psicología social es que coexisten desde el principio dos grandes «paradigmas» que se mantendrán, aunque con una importancia muy desigual, a lo largo de la historia de la disciplina. Efectivamente, junto con los planteamientos psicologizantes, y en cierta medida, próximos al naturalismo positivista que caracterizan a los estudios sobre la imitación o la sugestión, aparecen también planteamientos más genuinamente sociales, sin ser por ello sociologizantes. Conviene citar aquí los planteamientos que formula el «segundo Tarde» en términos de **«inter-mentalidad»** y de **«inter-psicología»**, así como los que aparecen en la **psicología de los pueblos**, cuyo héroe epónimo es sin duda Wilhelm Wundt, y que se enmarcan en una concepción historicista de lo social. Tanto el planteamiento de Tarde como el de Wundt fueron masivamente ignorados por la psicología social académicamente dominante en las Universidades de Estados Unidos.

Al decir que ambos paradigmas coexistieron de forma desigual en el desarrollo posterior de la psicología, es obvio que he recurrido a un eufemismo; hubiera sido más exacto decir que una de esas dos orientaciones, a pesar de haber estado intensamente presente en el nacimiento de la psicología social, se vio literalmente truncada debido a una serie de razones que irán apareciendo a lo largo de este análisis historiográfico.

Breve sinopsis de la emergencia de la psicología social en Europa

- HERBART, J.F. (1776-1841) 1825: *Psychologie als wissenschaft*.
SPENCER, H. (1820-1903) 1873: *The study of sociology*.
STEINTAL, H. (1823-1899) 1860.
LAZARUS, M. (1824-1903) 1860: *Einleitende gedanken über Völkerpsychologie*.
BAGEHOT, W. (1826-1877) 1869: *Physics and politics*.
LINDNER, (1828-1887) 1871: *Ideen zur psychologie der gesellschaft als grundlage der socialwissenschaft*.
SCHÄEFFLE, A. (1831-1903) 1875: *Bau und leben des socialen körpers*.
WUNDT, W. (1832-1920) 1879: *Primer laboratorio de psicología en Leipzig* 1900-20: *Völkerpsychologie*.
LE BON, G. (1841-1931) 1895: *Psychologie des foules*.
RATZENHOFER, G. (1842-1904) 1898: *Die sociologische erkenntnis*.
TARDE, G. (1843-1904) 1890: *Les lois de l'imitation*.
BINET, A. (1857-1911) 1900: *La suggestibilité*.
WALLAS, G. (1859-1932) 1908: *Human nature in politics*.
SIGHELE, S. (1868-1913) 1895: *Psychologie des sectes*.
MCDOUGALL, W. (1871-1938) 1908: *Introduction to social psychology*; 1920: *La mente del grupo*.

3.2. El período «europeo» de las ciencias sociales estadounidenses, y la «americanización» de las disciplinas sociales

Las condiciones socio-históricas que presidieron la formación de Estados Unidos de América explican obviamente que sus primeras tradiciones, y que toda su cultura, proviniesen directamente de tierras europeas. Pero, si bien la lengua que se impuso en la sociedad norteamericana fue el inglés, la cultura propiamente académica, y hasta el modelo de universidad, se importaron esencialmente de Alemania.

En efecto, a partir de la creación en 1876 de la primera universidad norteamericana, la «John Hopkins University», la rápida proliferación de instituciones universitarias a lo largo y ancho de Estados Unidos se nutrió fundamentalmente de profesores formados en las entonces prestigiosas universidades alemanas, siendo esta tendencia especialmente notable en el campo de las ciencias sociales y humanas. Bien pocos de los «grandes nombres» de la ciencia social americana, es decir, de los que se consideran hoy como sus pioneros y sus «padres fundadores», resistieron a la ten-

tación de visitar durante períodos más o menos largos alguna de las universidades alemanas.

Así por ejemplo, John W. Burgess, fundador en 1880 del primer Programa de Licenciatura en Ciencias Sociales en la Escuela de Ciencias Políticas de Columbia, recibió su formación en la universidad alemana, siguiendo las enseñanzas de Johann Gustav Droysen (señalemos de paso que este primer programa universitario de ciencias sociales no ofrecería una asignatura específica de «Sociología» hasta el año 1891). El historiador y luego sociólogo Albion Small, creador en 1890 del primer Departamento de Sociología del mundo en la Universidad de Chicago, también recibió su formación en tierras germánicas. La lista de quienes cruzaron el océano para nutrirse de las ciencias alemanas incluye, entre muchos otros, figuras tan relevantes como James Mark Baldwin, James McKenn Cattell, G. Stanley Hall, William James, George Herbert Mead, William I. Thomas... Pero con independencia de que realizaran o no estancia en Europa, **todos** los universitarios americanos de finales del siglo XIX tuvieron que acudir a la producción intelectual europea para poder desarrollar posteriormente sus propias contribuciones. No se puede entender la constitución de las ciencias sociales en Estados Unidos sin tener presente este hecho histórico fundamental.

El pensamiento de Wundt, de Dilthey, de Spencer, de Comte, de Darwin, de Tarde, de Durkheim, marcó fuertemente una ciencia social norteamericana naciente que adoptaría en un primer momento los grandes postulados del modelo alemán: **holismo** frente al individualismo metodológico, **historicismo** frente a la consideración de la sociedad como «sistema», **unidad de la ciencia social** frente al desmembramiento disciplinario.

Herbert Spencer, y Darwin a través de él, influenciarían notablemente a Franklin H. Giddings, de la Universidad de Columbia, a William G. Sumner, afincado en Yale, y a Lester F. Ward, de la Universidad de Brown, por citar algunos de los nombres más prominentes de la época. Giddings incluiría en su manual de sociología de 1896 un capítulo dedicado específicamente a la psicología social y, junto con las tesis spencerianas difundiría también en Estados Unidos las aportaciones de su amigo Gabriel Tarde (Giddings, 1896).

Sumner llevaría las tesis de Spencer hacia una postura radicalmente determinista, excluyendo cualquier incidencia de la voluntad humana en el desarrollo de la sociedad, mientras que Ward complementaría la aportación de Spencer con las tesis de Comte contribuyendo a orientar la sociología hacia planteamientos positivistas (Ward, 1883).

Wilhelm Wundt, y aquí también Darwin a través de él, impactaría con fuerza en algunos de los miembros más notables de la «Escuela de Chi-

ago», tales como George Herbert **Mead**, sobre quien volveremos más adelante, o William I. **Thomas**, cuyo concepto de «actitud» presenta evidentes afinidades con el concepto wundtiano de espíritu colectivo, o de conciencia colectiva, y que estuvo con Wundt en los años 1907-1908.

Gabriel Tarde ejercería por su parte una clara influencia sobre James M. **Baldwin**, de la Universidad de Princeton, sobre Edward E. **Ross** en Winsconsin y sobre Charles A. **Ellwood**, en Chicago. Baldwin se inspiraría ampliamente en *Las leyes de la imitación* y la similitud de sus planteamientos con los de Tarde le acarrearía incluso alguna sospecha de plagio formulada por los amigos de Tarde.

Baldwin ejercería a su vez cierta influencia sobre Charles Ellwood, quien centraría parte de su Tesis Doctoral sobre las aportaciones de Tarde (Ellwood, 1901), e incluso sobre Charles Holton **Cooley** (señalemos de paso que la revista fundada en 1894 por Baldwin, la *Psychological Review*, incluiría de entrada una sección de comentarios titulada «Psicología Social»). Ross, por su parte, también reflejaría extensamente la obra de Tarde en su famoso manual de 1908.

Conviene añadir a este conjunto de influencias europeas la influencia de lo que constituye quizás el único sistema filosófico genuinamente norteamericano, es decir el **Pragmatismo** de William **James**, John **Dewey** y Charles Sanders **Pierce**. Esta corriente filosófica influiría sobre todo en los investigadores de la Universidad de Chicago, en la cual estaba John Dewey, y en donde George Herbert Mead contribuiría no sólo a difundirla, sino también a enriquecer sus planteamientos.

Chicago. La conjunción que se dio en Chicago de varias corrientes de pensamiento europeo y de la original formulación pragmatista creó un clima de creatividad intelectual que perduraría durante varias décadas asegurando el dominio de la Escuela de Chicago sobre el conjunto de la Sociología americana hasta la década de los treinta, momento en que empezó a tomar el relevo el funcionalismo estructural de Harvard y Columbia (Deutscher, 1984). Curiosamente, la corriente que sucedería a la hegemonía de Chicago, y que mantendría su predominio hasta finales de los sesenta, también se fraguó en un ambiente «pluri-disciplinar» propiciado por la creación del «**Departamento de relaciones sociales**» en Harvard.

Volviendo a los años que giran en torno al cambio de siglo, encontramos en Chicago un importante grupo de investigadores que, entre otras actividades, se dedican a formular las bases conceptuales de una «Psicología social». Algunos están en distintos departamentos de la propia Universidad de Chicago, como Dewey, Ellwood, Mead, Park, Small o Thomas; otros pertenecen a otras universidades, como Cooley, que enseña en Michigan, o Ross, que está en Wisconsin, pero todos ellos comparten una

misma preocupación por entender la manera en que la **naturaleza social** de los individuos les permite crear a su vez la sociedad. Los fenómenos que parecen necesitar el mayor esfuerzo de dilucidación desde esta perspectiva giran en torno al «**Self**» y especialmente al concepto de «**Social self**», para los cuales tenemos, según los matices que se quieran enfatizar, las palabras «yo», «sí-mismo», «identidad», «identidad social», etc. También preocupa en primerísima instancia el concepto de «construcción social de la realidad» que hace referencia en la perspectiva de Chicago a la elaboración de los significados sociales y al desarrollo de las interacciones sociales que engendran la realidad social. Se puede afirmar que la psicología social de Chicago consiste en una psicología social para la cual tanto el individuo como la sociedad constituyen **meras abstracciones** y no dejan de serlo hasta que se funden en una entidad **indisociable**:

«un individuo aislado es una abstracción de la que no tenemos ninguna experiencia, y esto mismo ocurre con la sociedad cuando la contemplamos independientemente de los individuos» (Cooley, 1902, p. 1).

George Herbert Mead. Dentro del contexto de Chicago, el itinerario de George Herbert Mead merece especial atención por la importante repercusión que tendrá su obra en la psicología social, o más precisamente, en una de las corrientes de la psicología social, puesto que, como dice Anselm Strauss:

«Mead se transformó en el psicólogo social de los sociólogos» (Strauss, 1956, p. 11 de la edición revisada de 1977).

George Herbert Mead conoció de primera mano la naciente filosofía pragmatista, puesto que estudió con Josiah Royce en Harvard y vivió en casa de William James (Miller, 1982), pero en el año 1888 decidió, como tantos otros universitarios norteamericanos, trasladarse a Alemania para completar su formación (William James ya había efectuado esta peregrinación a Alemania en el año 1867). Allí tuvo la oportunidad de estudiar con Wundt y de iniciar una tesis con Dilthey, volviendo a Estados Unidos en 1891. Tres años más tarde se integraría en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Chicago, a petición de John Dewey, e iniciaría sus **cursos de psicología social** hacia 1900 o 1901 siendo, sin duda alguna, pionero en la docencia específica de esta nueva materia. Tras su inesperada muerte en 1931, Herbert Blumer le sustituyó en sus clases, acuñando en 1937 la expresión «**interaccionismo simbólico**» para deno-

minar la psicología social de George Herbert Mead (Blumer, 1969). Muy parco en publicaciones durante su vida (no escribió ni un solo libro), Mead supo suscitar el interés de sus alumnos, que publicaron en 1934 los apuntes de sus cursos (Mead, 1934). La encomiable labor de estos alumnos permitió difundir un pensamiento que pocos sociólogos y psico-sociólogos conocían hasta entonces (Ellworth Farris fue uno de los pocos que intentó dar a conocer los análisis de Mead entre los sociólogos), pero que no tardaría en imponerse como un pensamiento clave para la psicología social.

Ya hemos visto que Wundt se había inspirado en Darwin en dos aspectos esenciales. El primero consistía en elaborar una suerte de **historia natural** de la humanidad, que permitiese dar cuenta del **proceso evolutivo** que, partiendo de las formas más remotas de las agrupaciones humanas, desembocó en las características que conforman la **psicología de los pueblos**. El segundo consistía en enmarcar la función de los **gestos** en una perspectiva claramente social. La importancia cardinal que revestía el **lenguaje** para hacer posible la evolución desde los gestos primitivos desembocaba en la compleja y rica psicología de los pueblos, se impuso rápidamente a Wundt. George Herbert Mead coincidió plenamente con la lectura wundtiana de Darwin y, convencido él también de que el lenguaje era la llave de la psicología social, emprendió la elaboración de una historia natural de la **emergencia de la mente** y de la **auto-conciencia** en la especie humana. Este trabajo le condujo a la conclusión de que el pensamiento constituía una actividad de naturaleza fundamentalmente social, así como al descubrimiento de los procesos por los cuales el «Self» y la mente **emergen** en el propio transcurso de la **interacción social**. El libro que influyó decisivamente en Wundt y en Mead, o en Mead a través de Wundt, fue el que Darwin publicó en 1872 bajo el título de *La expresión de las emociones* (Darwin, 1872). En esta obra, Darwin analizaba por ejemplo el fenómeno de la timidez como consecuencia de la consciencia de sí mismo ante la presencia de los demás. Mead desarrolló esta idea en los términos más generales de consciencia de **sí mismo como objeto para los demás**, aportando así un elemento clave para el entendimiento de la constitución del ser social. Así mismo, Mead elaboró con gran profundidad la relación que une los gestos con el lenguaje, situando los gestos como los **objetos simbólicos** en base a los cuales se establecen los primeros **significados compartidos**. Giambattista Vico había formulado ya un planteamiento muy similar cuando ubicó en las reacciones corporales que los primeros hombres manifestaban en común ante ciertos acontecimientos naturales (truenos, etc.) el lugar desde donde brotaron los primeros significados compartidos. Darwin y Wundt (y, por supuesto, también James y Dewey) constituyen por lo tanto referencias clave para entender el pensamiento

de Mead. Quizá fuesen las resonancias darwinianas del manual de McDougall las que hicieron que Mead decantara sus preferencias por este manual frente al de Ross en una revisión crítica de ambos que publicó en 1909 —una de las pocas publicaciones que realizó en vida— (Mead, 1909). Es bien sabido que Mead se autodefinía como «**conductista social**» y que esta apelación ha suscitado cierta perplejidad y ha alimentado una polémica contra la lectura «simbolista» de Mead difundida por Blumer, propiciando incluso algunas tentativas de recuperar la obra de Mead desde una perspectiva menos «simbólica» y más «conductista» (McPhail y Reratt, 1979). A pesar de su autodefinición como conductista social, explicable entre otras cosas por la importancia que Mead concedía a las manifestaciones gestuales, lo cierto es que Mead siempre fue reacio al conductismo tal y como lo planteaba Watson, y que pese a sus simpatías darwinistas, siempre tendió, contra Watson, a acentuar la diferencia radical entre el ser humano por una parte y los animales por otra, en base precisamente a la reflexividad y a la importancia del lenguaje (Harré y Lamb 1986).

A través de esta rapidísima semblanza de Mead y de algunos aspectos de su obra, así como a través de este breve sobrevuelo del período fundacional de la ciencia social estadounidense, se desgajan algunas características importantes. En sus primeros años, la ciencia social norteamericana está íntimamente vinculada a los planteamientos de la ciencia social europea, y en especial a los análisis realizados por la ciencia social alemana, tan criticada por los seguidores de las doctrinas empírico-positivistas de Francia y de Inglaterra. En efecto, salvo raras excepciones, como la de Summer, los americanos aceptaban que la ciencia social debía tener una dimensión histórica intrínseca.

Sin embargo, pocas décadas después del inicio del siglo XX, la situación era drásticamente distinta y se presentaba ya con características casi idénticas a las que imperan en nuestros días. Los lazos con el pensamiento europeo se habían roto y la mayoría de los investigadores en ciencias sociales ignoraban absolutamente lo que se hacía fuera de Estados Unidos. El positivismo campaba por sus anchas en todas las ciencias sociales, cuidadosamente compartimentadas en una serie de disciplinas fuertemente incomunicadas entre sí. La historia, lejos de constituir una dimensión presente en cualquier investigación social, formaba una disciplina separada, y los viajes para completar la formación de los universitarios se hacían ahora desde Europa hacia Estados Unidos:

«... debido a razones históricas particulares, las prácticas que hoy en día nos son familiares y las divisiones disciplinarias de las ciencias humanas se constituyeron en los 20 o 30 años que

rodean el inicio del siglo XX, y mantengo que esto ocurrió en los Estados Unidos» (Manicas, 1987, p. 5).

En efecto, a mediados de los años 20, la **americanización** de las ciencias sociales se ha consumado prácticamente. Los departamentos universitarios presentan la forma que les conocemos hoy, respondiendo a la creencia de que la **especialización** a ultranza es la mejor condición para incrementar la **productividad** de una ciencia social esencialmente **ahistórica** enfocada a producir conocimientos **predictivos**, los únicos que, al parecer, presentan una **utilidad** real.

3.3. Emergencia de la psicología social en Estados Unidos (1900-1935)

Después de que Le Bon, Lindner, Spencer, Tarde, Wundt y algunos más hubieran perfilado en Europa las bases de una psicología social con unas características ciertamente polimorfas, y mientras Cooley, Ellwood, Mead, Thomas y otros elaboraban una psicología social centrada sobre la formación del ser social y sobre la construcción de la realidad social, cuya expresión más acabada desembocaría en el llamado «interaccionismo simbólico», se fueron perfilando en Estados Unidos los fundamentos de **otra** psicología social que se impondría con el tiempo como **la forma dominante de la disciplina**. Esta operación se apoyó esencialmente en la disciplina psicológica y tuvo en Floyd Henry **Allport** uno de sus artífices más eficientes.

Desde sus comienzos, esta psicología social se mostró reticente ante aquellos planteamientos demasiado generales que pretendían explicar la génesis del «self», la constitución social de la mente, o la regulación del orden social, y se centró decididamente en el estudio empírico de ciertos mecanismos psicosociales, mucho más limitados, pero que presentaban la ventaja de que podían ser estudiados desde unos procedimientos cercanos a los que utilizaban las ciencias naturales, prescindiendo, por supuesto, de toda perspectiva historicista. Se trataba, claro está, de una **opción metodológica** entrelazada indisolublemente con **opciones epistemológicas**. El conocimiento que debía proporcionar la psicología social era un conocimiento que debía ser **homologable** con el conocimiento producido por las ciencias naturales y que debía apoyarse sobre lo que por aquel entonces se suponía que eran los fundamentos epistemológicos y metodológicos de dicho conocimiento científico, es decir, la filosofía positivista de la ciencia. Se trataba, por lo tanto, de producir **datos** acerca de fenómenos abordables desde el **Método Científico** y de descubrir a

partir de ahí **las leyes** a las que obedecían esos fenómenos, posibilitando de esta forma la constitución de un conocimiento **predictivo**. Esta opción implicaba necesariamente que se excluyeran del campo de la psicología social aquellos fenómenos que no se prestaban a un tratamiento acorde con las exigencias positivistas y que se redujera drástica y deliberadamente la **complejidad** de los objetos psicosociales. Se abrió así el camino que conduciría al estudio de mecanismos cada vez más **elementales** y cada vez más circunscritos a la esfera del **individuo** por contraposición al campo de los procesos colectivos.

A partir de estos supuestos, no es de extrañar que el primer tema sustantivo que ocuparía la atención de la nascente psicología social fuese el de la **facilitación social**, inaugurado en su formulación **experimentalista** por las investigaciones del entonces estudiante Norman Triplett en la Universidad de Chicago (Triplett, 1898). Este tema, que ocuparía el centro de la psicología social durante las tres primeras décadas del siglo (Dashiell, 1930; Gates, 1924; Husband, 1931; Travis, 1925), se encontraba además en consonancia con una característica de la psicología social que ya ha sido mencionada anteriormente, y que consiste en la sensibilidad de la disciplina ante las **demandas sociales** más o menos explicitadas. Sin duda, los factores que intervenían en la **productividad**, o en el rendimiento, de los agentes sociales, constituían por aquel entonces una preocupación sumamente «relevante» desde las exigencias del sistema industrial, de la misma forma que en la década de los ochenta las nuevas tecnologías, y especialmente las tecnologías de la información, fomentan el interés de los psicólogos por los «errores» que cometen los sujetos en sus procedimientos de tratamiento de la información, abriendo paso al auge de la psicología social cognitivista.

Floïd Henri Allport contribuyó notablemente a fomentar las investigaciones sobre la facilitación social, al mismo tiempo que abogaba por una restricción de la psicología social al ámbito de las conductas individuales:

«No hay psicología de los grupos que no sea esencial y totalmente una psicología de los individuos. La psicología social no puede presentarse en contradistinción (sic) con la psicología de los individuos; **es una parte de la psicología de los individuos**, cuyo comportamiento estudia en relación a ese sector de su entorno que está formado por sus semejantes» (Allport, 1924, p. 4).

La publicación en 1920 del texto de McDougall, que se editó con el título **La mente del grupo**, después de que el autor descartara titularlo

«**La psicología colectiva**» como había pensado hacerlo en un primer momento (Farr, 1986), brindó a Allport una inmejorable oportunidad para denunciar vehementemente la «**falacia grupal**». Le fue fácil presentarla como una construcción netamente metafísica, argumentando que no existe nada en nuestra experiencia que pueda parecerse a una entidad grupal, y mucho menos a una mente extra-individual. Sin duda conviene precisar que McDougall nunca habló de una «consciencia grupal», y que tuvo mucho cuidado en precisar que la consciencia era una propiedad que sólo se podía atribuir lógicamente a los individuos, pero quizás el descrédito que ya rodeaba a McDougall por su defensa de los «instintos» como factor explicativo de las conductas sociales (McDougall, 1908), ayudó a que Allport venciera con facilidad en su ataque conductista contra McDougall. Lo que estaba en juego en la polémica, más que la cuestión puntual de una hipotética mentalidad de grupo, era la cuestión de si la psicología social debía ser una **ciencia de los procesos colectivos**, al estilo de Wundt, o por el contrario una **ciencia de los factores sociales que inciden sobre el individuo**. George Herbert Mead formularía claramente la cuestión, terciando por supuesto en contra del reduccionismo individualista:

«En psicología social no construimos el concepto del grupo social en términos del comportamiento de los individuos separados que lo componen, por el contrario, partimos de una determinada totalidad constituida por una actividad grupal compleja, en cuyo seno analizamos (en tanto que elementos) la conducta de cada individuo separado que la compone» (Mead, 1934, p. 7).

Lo que estaba en juego, de forma más general, era una determinada concepción del tipo de relación que se establece entre **el todo** y **sus partes** y de cuál era el nivel de análisis más adecuado. Se trata de una vieja polémica entre elementarismo y holismo que sobrepasa el ámbito de la psicología social pero que subyace en las controversias que decidieron sobre su conformación disciplinar. Merece la pena señalar aquí que Allport matizaría considerablemente su postura bastantes años más tarde, cuando ya se había retirado de la vida activa en psicología social (Steiner, 1986):

«... cualquier “entidad” o “cosa”, en cualquier nivel que la consideremos, siempre parece desmembrarse en una colección cuando bajamos de nivel» (Allport, 1961, p. 27).

Y Allport concluía, según comenta Ivan Steiner, que:

«... las objeciones que había planteado contra el hecho de considerar a los grupos como entidades podían aplicarse con idéntica validez contra las entidades individuales y hasta contra los átomos. La totalidad era, a su entender, una consecuencia de la mutua interdependencia de las partes actuantes, y era el equipo y no el jugador individual quien marcaba los goles.» (Steiner, 1986, p. 257).

De cualquier forma, las tesis del primer Allport se impusieron claramente, desembocando en:

«la individualización de lo social y la desocialización del individuo» (Grauman, 1986, p. 27).

Durante los años veinte, otro tema sustantivo fue apareciendo en el campo de la psicología social, al lado de la facilitación social y del rendimiento de los grupos. Se trataba del tema de las **actitudes**, que pronto se convertiría en casi coextensivo con la propia definición de la psicología social. La Universidad de Chicago fue especialmente activa en la construcción de este concepto y en su instrumentalización empírica, destacando la labor de William I. **Thomas** y Florian **Znaniecki** quienes presentaron entre 1918 y 1920 un minucioso estudio sobre las actitudes de los campesinos polacos en Europa y en Estados Unidos. Pocos años más tarde, un antiguo alumno de Chicago, Emory S. **Bogardus**, entonces profesor en la Universidad de California Sur, diseñó un procedimiento para medir la «distancia social» y obtener así un indicador de las actitudes hacia diversos grupos étnicos o sociales (Bogardus, 1925). Pero la consolidación definitiva del concepto de actitud en el seno de la psicología social se debe a las investigaciones realizadas por Louis Leon **Thurstone**, también de Chicago, que desembocaron en un procedimiento escalar para medir específicamente el constructo actitudinal (Thurstone, 1928; Thurstone y Chave, 1929). Más tarde, Rensis **Likert**, alumno de Gardner Murphy en la Universidad de Columbia, desarrollaría en su tesis doctoral un procedimiento mucho más manejable para efectuar esas mediciones (Likert, 1932).

La psicología social empezaba a configurarse así como una disciplina en todo el sentido de la palabra, con libros de texto o manuales, temas sustantivos que le eran específicos, tales como la facilitación social o las actitudes, instrumentos de investigación que también le eran propios, como las escalas de actitud, declaraciones programáticas, como la formulada por Floïd Allport, resultados empíricos obtenidos en el laboratorio o por medio de procedimientos de campo estandarizados... La psicología social dis-

pondría incluso, si no de una revista académica propia, sí de parte de una revista, puesto que Morton Prince decidió en 1921 transformar el *Journal of Abnormal Psychology* en el *Journal of Abnormal and Social Psychology*, captando a Floïd H. Allport como co-director de la revista. Unos años más tarde, Carl Murchison y John Dewey fundarían en 1930 la primera revista específicamente psicosocial de Estados Unidos, titulada *Journal of Social Psychology*.

En 1931 empezaría a funcionar en la Universidad de Yale el «**Instituto de Relaciones Humanas**», al cual su promotor, James Rowland Angell, asignó el cometido de investigar: «el problema básico de la naturaleza humana y del **orden social**». En un clima dominado por la figura de Clark Hull y de Kenneth W. Spence, el Instituto de Relaciones Humanas de Yale pronto comenzaría a producir una importante serie de resultados psicociológicos de la mano de John **Dollard**, Neal E. **Miller**, y más tarde Carl I. **Hovland**.

El arsenal metodológico de la psicología social se enriquecería en los años treinta con nuevos instrumentos para medir las relaciones sociales en el seno de los pequeños grupos. En efecto, Jacob L. **Moreno**, que había emigrado desde Viena a Estados Unidos en 1925, ofrecería en 1934 sus **tests sociométricos** para evaluar las relaciones interpersonales en los pequeños grupos naturales (Moreno, 1934).

Paralelamente, se desarrollaba en Harvard un estudio en colaboración con la «Western Electric Company» de Chicago, para valorar los factores que incidían en la productividad, en la motivación y en la satisfacción de los trabajadores. Esta investigación, desarrollada en la factoría de Hawthorne a partir de 1927, y conducida por Elton **Mayo**, Thomas North Whitehead y Fritz J. Roethlisberger, contribuiría notablemente a asentar la idea de que la psicología social podía proporcionar resultados **socialmente beneficiosos** (Mayo, 1933).

Gardner **Murphy** también contribuiría, por su parte, a institucionalizar la psicología social desde su Universidad de Columbia, editando el primer manual de psicología social experimental (Murphy y Murphy, 1931), impulsando las investigaciones de alumnos que alcanzarían posteriormente una fama tan notable como la que alcanzaron Muzafer Sherif o Rensis Likert, promoviendo, junto con David Krech, una asociación de psicólogos sociales, «**The Society for Psychological Study of Social Issues**», que iniciaría su constitución en 1936 y de la que Murphy sería presidente en 1938, y por fin, editando en 1937 la revista *Sociometry. A Journal of Interpersonal Relations*, dirigida por Moreno.

Fue precisamente en Columbia, la universidad de Murphy, donde se desarrolló durante los años veinte, bajo la influencia de Franz Boas, una

antropología cultural que plantearía la problemática de las relaciones entre cultura y personalidad de una manera bastante afín a las preocupaciones de la psicología social. Las obras de Margareth Mead, Ruth Benedict, Ralph Linton y Abraham Kardiner no dejarían insensibles a los psicólogos sociales, e incluso influenciarían profundamente los planteamientos de algunos de ellos, como por ejemplo Otto Klineberg (Mead, 1928; Benedict, 1934; Kardiner, 1939; Klineberg, 1940; Linton, 1945).

Este período concluye con la publicación del primer **Handbook** de psicología social, editado por Carl Murchison en 1935. En efecto, esa obra presenta unas características que pocos años después se habrán vuelto inaceptables para el «establishment» de la psicología social académicamente dominante, indicando claramente que la psicología social había entrado en una nueva época. De inconfundible resonancia wundtiana, el manual de Murchison tan sólo incluye, entre sus 23 capítulos, un texto que presenta una fuerte orientación experimentalista, el de J. F. Dashiell sobre la «facilitación social». Bien es verdad que también incluye un capítulo sobre las actitudes, redactado por Gordon W. Allport, pero en ese capítulo se inicia ya el **giro individualista** que, arrancando las actitudes del **anclaje social** establecido por Thomas y Znaniecki, las transformó en un constructo puramente individual. La comparación del Handbook de Murchison con el que presentarían Gardner Lindzey y Elliot Aronson en 1954, muestra claramente las transformaciones radicales que sufrió la psicología social durante las dos décadas transcurridas entre ambas publicaciones.

Durante el período que se extiende desde principios de siglo hasta mediados de los años treinta, los rasgos que definirán la psicología social se van conformando lentamente en Estados Unidos, dentro de un ambiente de controversias programáticas marcadas por una pluralidad de orientaciones igualmente influyentes. No existe durante esa época un claro predominio del método experimental, como metodología privilegiada para la investigación psicosocial, ni tampoco una supremacía incuestionable del enfoque individualista. La verdad es que tampoco en esos años existe un reconocimiento institucional-académico de la psicología social que avale la utilidad y la necesidad de la disciplina. De hecho, los esfuerzos por asentar la disciplina psicosocial se concentran en unas pocas universidades, tales como Chicago, Columbia, Harvard y la Universidad de Syracuse, donde se encuentra Floyd Allport. Sin embargo, a mediados de los años treinta, la disciplina ya ha perfilado prácticamente su especificidad sustantiva y su bagaje instrumental propio, centrándose en el fenómeno de las actitudes como objeto cuasi definitorio de su campo de investigación específico. Pero, sobre todo, ya se han empezado a perfilar durante ese período formativo las pautas dominantes que marcarán el desarrollo ulterior de la psicología

social, convirtiéndola en una **disciplina de corte empírico-positivista enmarcada en un fuerte reduccionismo individualista y psicologista**.

Obviamente, son muchos los factores que contribuyeron a encauzar la psicología social hacia el positivismo y el individualismo; algunos de estos factores son de orden «externo», como por ejemplo el **individualismo** predominante en la ideología socio-política norteamericana (Sampson, 1977), el **cientifismo** impuesto a la investigación universitaria por la demanda de un saber **predictivo**, «socialmente» útil, o los criterios empiricistas establecidos para otorgar la respetabilidad disciplinar. Otros factores son de índole «interno», como por ejemplo la mayor facilidad con la que se pueden producir datos, justificando así la propia «productividad» científica del investigador, si se recurre a la experimentación de laboratorio y se trabaja sobre fenómenos individuales como unidad de análisis. Pero, con todo, no conviene subestimar el papel que desempeñaron determinados investigadores para proporcionar las justificaciones teóricas que legitimaron la nueva singladura de la disciplina. Los hermanos Allport tuvieron en este aspecto una intervención capital:

«Bajo la influencia de F. H. Allport y de su hermano G. W. Allport, la psicología social en América dejó pronto de ser genuinamente social y se centró en el comportamiento de los individuos» (Farr, 1986, p. 93).

Breve sinopsis del período «europeo» de la ciencia social norteamericana y de la fase de emergencia de la psicología social en Estados Unidos hasta 1935

- 1883 - Ward, L. F. (1841-1913): *Dynamic sociology*.
- 1890 - James, W. (1842-1910): *Principles of psychology*.
- 1894 - Small, A. W. (1854-1926): *Introduction to the study of society*.
- 1896 - Giddings, F. H. (1855-1931): *The principles of sociology*.
- 1897 - Baldwin, J. M. (1861-1934): *Social and ethical interpretations in mental development: a study in social psychology*.
- 1897 - Triplett, N.: *The dynamogenic factors in pacemaking and competition*.
- 1899 - Veblen, T. (1857-1930): *The theory of the leisure class*.
- 1901 - Ellwood, C. A. (1837-1946): *Some prolegomena to social psychology*.
- 1902 - Cooley, C. H. (1864-1929): *Human nature and the social order*.
- 1904 - Thomas, W. I. (1863-1947): *The province of social psychology*.

- 1906 - Summer, W. G.: *Folkways*.
1908 - Ross, E. A. (1866-1951): *Social psychology: an outline and a sourcebook*.
1908 - McDougall, W. (1871-1938): *Introduction to social psychology*.
1918 - Bogardus, E. S.: *Essentials of social psychology*.
1918 - Thomas, W. I.; Znaniecki, F.: *The polish peasant in Europe and America*.
1920 - McDougall, W. (1871-1938): *The group mind*.
1921 - Burgess, E. W. (1886-); Park, R. E. (1864-1944): *Introduction to the science of sociology*.
1922 - Dewey, J. (1859-1925): *Human nature and conduct. An introduction to social psychology*.
1924 - Allport, F. H.: *Social psychology*.
1925 - Bogardus: *Measuring social distance*.
1925 - Znaniecki, F.: *The laws of social psychology*.
1928 - Mead, M.: *Coming of age in Samoa*.
1929 - Thurstone, L. L.; Chave: *The measurement of attitudes*.
1931 - Murphy, G.; Murphy, L. B.: *Experimental social psychology*.
1932 - Likert, R.: *A technique for measurement of attitudes*.
1933 - Mayo, E.: *The human problems of an individual civilization*.
1934 - Benedict, R.: *Patterns of culture*.
1934 - Mead, G. H. (1836-1931): *Mind, self, and society*.
1934 - Moreno, J. L.: *Who shall survive?*
1935 - Murchinson, C.: *Handbook of social psychology*.
1937 - Faris, E. (1874-): *The human nature and other essays in social psychology*.

3.4. La consolidación de la psicología social en Estados Unidos (1935-1955)

Curiosamente, Europa que, como hemos visto, ya había desempeñado un papel de primer orden en la formación de las ciencias sociales norteamericanas a finales del siglo XIX, volvería a incidir sobre éstas, y especialmente sobre la psicología social, por una serie de razones muy distintas a las que habían motivado su primera influencia. En efecto, fueron esta vez una serie de **factores socio-políticos** europeos quienes repercutieron de forma decisiva sobre el desarrollo de las ciencias sociales norteamericanas. El auge del nacionalsocialismo en Alemania provocó, como es sabido, una importante fuga de cerebros hacia norteamérica, y acabaría im-

plicando a los propios Estados Unidos en una guerra que dejaría huella en la conformación de la psicología social.

El importante contingente de filósofos, sociólogos y psicólogos que la barbarie nazi empujó hacia Estados Unidos contaba entre sus filas a investigadores tan notables como: Paul Lazarsfeld, Egon Brunswich, Fritz Heider y Alfred Schütz, todos ellos provenientes de Austria, y desde Alemania: Theodor Adorno, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Eric Fromm, Kurt Koffka, Wolfgang Köhler, Max Wertheimer y Kurt Lewin. La presencia entre ellos de las máximas figuras de la **psicología de la Gestalt** revitalizaría esta corriente en Estados Unidos y contribuiría a sentar las bases de un futuro **giro cognitivista** en el seno de la psicología social. Por otra parte, el esfuerzo de guerra norteamericano contribuyó notablemente a la **institucionalización** de la disciplina, como veremos después de efectuar un breve repaso a la situación de la psicología social en los años que antecedieron inmediatamente a la entrada en guerra de Estados Unidos.

Durante la segunda mitad de los años treinta, la psicología social se enriqueció con la aparición de nuevos temas de investigación, como por ejemplo el tema de los «niveles de aspiración» o de la «dinámica grupal», pero, sobre todo, se asistió a una generalización del empleo del método experimental, circunscrito hasta entonces, salvo escasas excepciones, al estudio de la «facilitación social». Así por ejemplo, se publican en 1936 los resultados de las investigaciones que realizó Muzafer **Sherif** mientras estudiaba en Columbia con Gardner Murphy (Sherif, 1936), siguiendo una línea inaugurada por los trabajos de H. T. Moore (Moore, 1921). Con su ingeniosa operacionalización de la ambigüedad situacional, Sherif mostró que se podía estudiar experimentalmente un fenómeno aparentemente tan complejo como la **formación de las normas sociales**, abriendo así una fructífera línea de investigación sobre **la presión uniformadora del grupo** y sobre **la conformidad social**. Esta línea dio paso, un poco más tarde, a los notorios experimentos de Solomon Asch, y se ha prolongado en nuestros días con los trabajos sobre influencia minoritaria.

Kurt Lewin y sus colaboradores de la Universidad de Iowa sumaron sus esfuerzos a la **legitimización del método experimental** en psicología social, investigando diversos «**climas sociales**» creados artificialmente en pequeños grupos (Lewin y Lippitt, 1938; Lewin, Lippitt y White, 1939). Simultáneamente, Lewin fue publicando, a partir de 1935, una serie de textos que proveyeron a la psicología social con un nuevo marco meta-teórico de claras resonancias gestaltistas (Lewin, 1935, 1936, 1938). El experimentalismo recibió un impulso suplementario, esta vez desde unas posturas próximas al neo-conductismo hulliano, cuando desde el «Institute of Human Relations» de Yale se publicó la teoría de la **frustración-agresión**

(Dollard, Doob, Miller y otros 1939), pronto seguida de la formulación de una teoría del **aprendizaje social** centrada en los procesos de imitación (Miller y Dollard, 1941). Exceptuando, claro está, a los «culturalistas» de Columbia, tan sólo permanecieron al margen de la creciente ola de experimentalismo los discípulos de Mead en Chicago, donde Blumer institucionalizó en 1937, dándole nombre, la corriente del «interaccionismo simbólico» (Blumer, 1937).

Entrando ya en los años de la Segunda Guerra Mundial, cabe señalar algunas contribuciones notables a la psicología social, como la de H. H. Hyman, quien elabora el concepto de «**grupo de referencia**» (Hyman, 1942), la investigación de William F. Whyte sobre las **bandas juveniles** (Whyte, 1943), el famoso **estudio «Bennington»** de Theodor Newcomb sobre la formación de las actitudes en una residencia de estudiantes (Newcomb, 1943). Sin embargo, el hecho más notable de esos años consiste en la **integración de la psicología social en el aparato de guerra estadounidense**, con unas consecuencias que tendrán un enorme alcance para la disciplina.

En efecto, Carl Hovland deja en 1942 el Instituto de Relaciones Humanas de Yale para pasar a desempeñar las funciones de Psicólogo Jefe en el Departamento de Guerra de Estados Unidos, bajo las órdenes del sociólogo Samuel Stouffer. En torno a ellos se constituye un potente equipo de investigación que tiene por misión estudiar los factores psicosociológicos susceptibles de mejorar la moral y la eficacia del ejército norteamericano, así como investigar los medios para contrarrestar los efectos negativos de las operaciones psicológicas promovidas por el aparato de guerra alemán. Gran parte de estas investigaciones serán publicadas, en varios volúmenes, por Stouffer pocos años después de la guerra (Stouffer y otros, 1949), y Carl Hovland dará cuenta, en esa misma serie, de sus investigaciones sobre la **comunicación persuasiva** (Hovland, Lumsdaine y Sheffield 1949). Con independencia del interés sustantivo que pudieran presentar las investigaciones psicosociológicas del Departamento de Guerra, el hecho fundamental fue que la psicología social apareció como una disciplina que podía ser sumamente **útil** desde el punto de vista de sus aplicaciones sociales. Cuando después de la guerra los psicólogos sociales regresaron a sus respectivas universidades, se encontraron con que ya no era preciso demostrar la viabilidad de una disciplina psicosocial, y se beneficiaron de una disposición favorable de las instituciones para subvencionar la investigación psicosocial. Como es conocido, el propio Lewin, desde su puesto en la Universidad de Iowa, participó en el esfuerzo de guerra americano estudiando la forma de cambiar los hábitos alimentarios de la población (Lewin, 1943). Una vez finalizada la guerra, el ejército

norteamericano siguió promoviendo durante muchos años la investigación psicosocial, sobre todo a partir de la «U.S. Navy», y tanto la «OTAN» como la «Navy» siguen financiando hoy en día diversos simposios y congresos de psicología social.

El resultado de todo ello fue, como lo relata Edward E. Jones (Jones, 1985), que se produjo una auténtica explosión de la investigación psicosocial en Estados Unidos. Muchos de los aspectos que ahora analizaré para dar cuenta del período que transcurre desde el final de la guerra hasta mediados de los cincuenta guardan una estrecha relación con el acicate proporcionado por la Segunda Guerra Mundial. Éste es el caso, por ejemplo, del programa de Yale sobre la comunicación persuasiva, o del enorme desarrollo que conoció en Michigan el «Institute for Social Research». La comparación entre la situación de la psicología social antes y después de la Segunda Guerra Mundial ha conducido a que ciertos autores afirmaran tajantemente que no se puede considerar que la psicología social existiera como disciplina antes de 1945 (Cartwright, 1979). Lo cierto es que los focos universitarios donde se elaboraba una psicología social acorde con los cánones de la cientificidad «útil», es decir, positivista, se fortalecieron considerablemente después de la guerra. En efecto, aunque se produjeran aportaciones muy notables a la psicología social desde varias universidades americanas, como por ejemplo las de Fritz Heider, integrado en la Universidad de Kansas a partir de 1947, o las de Theodor Adorno, llevadas a cabo en la Universidad de Berkeley, es un hecho que el grueso de la producción psicosocial provendría de unas pocas universidades: **Yale** con su «Institute of Human Relations», **Michigan** con su «Institute for Social Research», **Harvard** con su «Department of Social Relations» y **Columbia**. Antes de examinar las notables aportaciones que también se elaboraron en otros centros, puede ser esclarecedor analizar la situación y la producción de las cuatro universidades a las que me acabo de referir.

a) Yale: el Institute of Human Relations

De clara tradición neo-conductista, en la línea trazada por Clark Hull, el Instituto desarrolló en los años 30 una importante labor de investigación que se materializaría en las obras publicadas por John Dollard, Neal E. Miller y otros a finales de los treinta y principios de los cuarenta. Carl **Hovland**, que trabajaba en el Instituto antes de la guerra, se llevó con él una serie de jóvenes post-graduados de Yale cuando le encomendaron, en 1942, los servicios psicológicos del Departamento de Guerra. Entre ellos figuraban algunos de los nombres que dejarían huella en la historia ulterior de la disciplina, como Irving Janis, Nathan Maccoby, M. Brewster-Smith, A. Lumsdaine o F. D. Sheffield.

Cuando se reintegró en Yale en 1945, Carl Hovland se rodeó de un brillante equipo de investigadores y, con la ayuda de la **fundación Rockefeller**, orientó la psicología social del Instituto hacia el estudio del fenómeno de la **influencia social** y de la **comunicación persuasiva**, articulando un programa de investigación que siguió siendo productivo hasta comienzos de los sesenta. Junto con investigadores que compartían entonces su orientación general, como por ejemplo Irving Janis, quien le sucedería tras su muerte en 1961, M. J. Rosenberg, R. P. Abelson y A. A. Lumsdaine, Hovland recurrió a investigadores de orientación más ecléctica, como por ejemplo Muzafer **Sherif** —quien disfrutó de una beca de investigación en Yale desde 1947 hasta 1949 pero que siguió colaborando después de esas fechas con Hovland tras integrarse en la Universidad de Oklahoma—, o como William J. **McGuire**, y no dudó incluso en recurrir a investigadores que provenían del área de influencia lewiniana y festingeriana, como Harold H. **Kelley**, Jack W. **Brehm** o Arthur R. **Cohen**. El resultado de este enorme esfuerzo de investigación se concretó en un considerable número de artículos y de contribuciones a diversos libros, así como en una serie de cuatro volúmenes en los que se daba cuenta de los principales resultados del programa de investigación (Hovland, Janis y Kelley, 1953; Hovland y otros, 1957; Rosenberg y otros, 1960; Sherif y Hovland, C., 1961), sin contar las publicaciones de numerosas monografías, como por ejemplo la de Hovland y Janis sobre la relación entre los rasgos de personalidad y la persuasibilidad (Hovland y Janis, 1959). Los resultados conseguidos por Hovland y su equipo, sin ser ni espectaculares ni sorprendentes, contribuyeron a esclarecer algunos aspectos de la persuasión, tales como los efectos del orden de presentación de los argumentos y de los mensajes, los mecanismos de resistencia a la persuasión (McGuire, 1961), o el «efecto postergado» («Sleeper effect») descubierto por el entonces estudiante Walter Weiss (Weiss, 1953), etc. Señalemos de paso que uno de los efectos nada desdeñables del trabajo de Hovland consistió en reforzar la línea experimentalista trazada por Lewin y Sherif.

b) Michigan: el Institute for Social Research

El que, probablemente, sigue siendo hoy en día el mayor instituto de investigación social del mundo (Cannell y Kahn, 1984), nació en 1948 a partir de la fusión entre el **Survey Research Center** de Rensis Likert (que también participó en el «esfuerzo de guerra» norteamericano) y el **Research Center for Group Dynamics** fundado por Lewin en el Massachusetts Institute of Technology pero que se trasladó ese mismo año a la Universidad de Michigan. La fuerte influencia que ejerció Lewin sobre la psicología social de Michigan y, a través de ésta sobre la psicología so-

cial norteamericana en su conjunto, nos obliga a abrir aquí un largo paréntesis para seguir más detenidamente el itinerario de Lewin en Estados Unidos.

Kurt Lewin (1890-1947). Llegado a Estados Unidos en 1933 y tras efectuar una breve estancia en la Universidad de Cornell, Lewin se establece en la Universidad de Iowa en 1935. Allí encuentra a profesores como J. R. **French** y Alex **Bavelas**, y a jóvenes investigadores como Ronald **Lippitt** y Ralph **White**, quienes muy pronto se ponen a trabajar con Kurt Lewin dando lugar a los famosos estudios sobre los **estilos de liderazgo** en los grupos y sobre los efectos de diversos «climas sociales». En 1939, Leon **Festinger** se agregará al grupo de estudiantes y de profesores que Lewin ha sabido aglutinar en torno a su persona. Pocos años más tarde, en 1944, Lewin, Festinger y Lippitt se trasladan al Massachusetts Institute of Technology, donde les espera Dorwin **Cartwright**, para fundar el «Research Center for Group Dynamics» (R.C.G.D.) y, más tarde, el «National Training Laboratory» de Bethel (Maine). En el MIT, se encuentran ya investigadores tan notables como G. W. **Allport** y Jerome S. **Bruner**, pero la incorporación de Lewin desencadenará una intensa actividad investigadora que se traducirá en el desarrollo de una fructífera tradición de estudio de los pequeños grupos (Training Groups o «T» groups, grupos de base, grupos de formación, grupos de sensibilización, etc.). El fenómeno de Iowa se volverá a repetir en el MIT, testimoniando la gran capacidad que tiene Lewin para suscitar el entusiasmo, motivar a quienes le rodean y aunar voluntades. En efecto, pronto se aglutinan en torno a Lewin y a Festinger una serie de brillantes estudiantes que dejarán huella en la psicología social moderna. Kurt **Back**, Morton **Deutsch**, Harold **Kelley**, Stanley **Schachter**, John **Thibaut**, son algunos de los estudiantes que rodean a Lewin en la época en que también estudia en el MIT Gardner **Lindzey**.

Cuando Lewin muere prematuramente en 1947, el impulso que ha dado a la psicología social es ya imparable. Un año más tarde, Cartwright y Festinger, empeñados en proseguir la obra de Lewin, trasladan el R.C.G.D. a la Universidad de Michigan, contando con la ayuda de Rensis Likert, entonces director del «Survey Research Center» de Michigan. Allí les siguen J. R. French y Ronald Lippitt, reuniéndose con Theodore Newcomb, Daniel Katz y Alvin Zander, que ya se encuentran en Michigan.

Cartwright asume la dirección de la nueva singladura del R.C.G.D., reforzado por la integración de algunos estudiantes de Festinger, como Elliot **Aronson**, Richard **Nisbett**, Jerome **Singer**, Robert **Zajonc** y A. R. **Cohen**.

Basta con repasar la lista de los nombres que he mencionado para darse cuenta de que el gran contingente de investigadores directamente influenciados por Lewin, por sus estudiantes, y luego por los estudiantes

de sus estudiantes (Festinger, 1980), representan una parte muy sustancial de la psicología social moderna. En 1951, Festinger trasladará a Minnesota la influencia de Lewin, encontrándose allí con Stanley Schachter, que le ha precedido, y atrayendo a Jack Brehm y a William J. McGuire, que estaban trabajando anteriormente en Yale con Hovland, así como a H. Riecken.

Con la incorporación del R.C.G.D., la influencia de la Universidad de Michigan irradia con fuerza sobre la psicología social norteamericana, como lo indican los breves datos presentados a continuación. Newcomb publica en 1950 un influyente manual de psicología social y presenta en 1953 su teoría de los **actos comunicativos** (Newcomb, 1950, 1953). Cartwright y Zander editan en 1953 un compendio de textos sobre dinámica de grupos que conocerá múltiples reediciones y sigue siendo útil en la actualidad (Cartwright y Zander, 1953). Kelley y Thibaut, entonces en el R.C.G.D., presentan los primeros elementos de su teoría de los grupos (Kelley y Thibaut, 1954). Clyde H. Coombs elabora sus sofisticadas técnicas de medición de las actitudes (Coombs, 1952). Leon Festinger presenta su **teoría de la comunicación informal**, que pronto será seguida por su influyente **teoría de la comparación social**, y publica en 1950, junto con un nutrido grupo de miembros del R.C.G.D., un conjunto de investigaciones realizadas en Michigan (Festinger, 1950, 1954; Festinger, Back, Schachter, Kelley y Thibaut, 1950). Morton Deutsch, entonces vinculado al R.C.G.D., inicia la aplicación de la **teoría de los juegos** al estudio de la cooperación y de la competición interpersonal (Deutsch, 1949).

c) Harvard: el Department of Social Relations

En 1946 fue creado en Harvard un departamento que presentaba la originalidad de reagrupar en su seno varias disciplinas, entre las cuales figuraba la psicología social.

Con Talcott **Parsons** a la cabeza, el nuevo departamento pluridisciplinar no tardaría en dar sus frutos y en arrebatar a la Universidad de Chicago la influencia predominante que ejercía sobre la sociología americana. Pero la influencia de Harvard en la década siguiente a la post-guerra no se limitó a la sociología, sino que se extendió también a la psicología social. En 1950, Robert F. **Bales** dio a conocer sus categorías para analizar las interacciones en los pequeños grupos, creando una técnica que sería ampliamente utilizada por los psicólogos sociales: «**el análisis de los procesos de interacción**» (*Interaction Process Analysis*, Bales, 1950). El mismo año, George C. **Homans**, influenciado por las tesis de su colega de Harvard, Burrhus F. Skinner, presentó sus estudios sobre «el grupo humano», contribuyendo notablemente a sentar las bases de la **teoría del**

intercambio social e influenciando, entre otros, los planteamientos ulteriores de Thibaut y Kelley (Homans, 1950) y, aún más adelante, de Peter M. Blau (Blau, 1964). Unos años antes, Gordon W. Allport, entonces en Harvard con Leon Postman, se había hecho eco de una de las preocupaciones del tiempo de guerra, elaborando una influyente investigación sobre la **difusión de los rumores** (Allport y Postman, 1947). El mismo Postman colaboraría con Jerome S. **Bruner** y Elliot McGinnies para realizar, con las subvenciones del Laboratorio de Relaciones Sociales de Harvard, una investigación que abriría una importante vía de desarrollo para los **planteamientos cognitivistas** en psicología social (Postman, Bruner y McGinnies, 1948). En efecto, esta investigación, junto con otra anterior de Bruner y Goodman realizada en 1947 (Bruner y Goodman, 1947), sentaba las bases del «**New look in perception**», orientación que motivaría durante la década de los cincuenta innumerables polémicas e investigaciones en el campo de la percepción social. Por fin, el psicólogo de Harvard Henry A. Murray estaría en el origen de las investigaciones de David C. **McClelland** sobre el **motivo de logro**, iniciadas algún tiempo antes de que McClelland se incorporara a Harvard en 1956 (McClelland, 1955).

d) Columbia

Gardner **Murphy**, que ya tuvo el acierto de dirigir en los años treinta las investigaciones de algunos estudiantes que luego se harían tan famosos como Rensis Likert o Muzafer Sherif, siguió impulsando vigorosamente la investigación psicosocial durante los años de la guerra, colaborando por ejemplo con Harold M. **Proshansky** (Proshansky y Murphy, 1942), quien después de ser uno de los animadores de la escuela **transaccionista** (Ames, 1951; Cantril, 1948; Ittelson, 1960; Kilpatrick, 1961), pasaría a ser uno de los fundadores de la **psicología ambiental**. La labor de Murphy se prolongaría en la post-guerra, pero lo que más merece ser destacado durante ese período es quizá la investigación que en 1946 realizó Solomon **Asch** sobre la **formación de impresiones**, partiendo de una óptica inconfundiblemente gestaltista (Asch, 1946). Es esa misma óptica gestaltista la que daría su tonalidad al influyente manual de psicología social que publicó Asch en 1952, una vez que ya hubiera abandonado su docencia en Columbia para trasladarse al Swarthmore College de Pennsylvania (Asch, 1952).

Paralelamente a las investigaciones realizadas en las cuatro universidades que dominaron la psicología social norteamericana durante su época de consolidación, merece la pena destacar otras aportaciones que también marcaron fuertemente el desarrollo de la psicología social durante ese período.

Desde el campus universitario de Berkeley, en la Universidad de California, Theodor **Adorno**, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford, realizaron su conocida investigación sobre los fundamentos de la **personalidad autoritaria** (Adorno y otros, 1950). Pese a que la metodología utilizada, las famosas escalas «F», fuese criticada de forma demoledora algunos años más tarde (Hyman y Sheatsley, 1954), la aportación de Adorno y sus colaboradores sigue constituyendo un clásico de la psicología social de orientación psicoanalítica. Mucha mayor trascendencia para el futuro desarrollo de la psicología social tendrán sin embargo dos textos publicados por Fritz **Heider** en 1944 y en 1946. El primero de ellos, un estudio sobre la causalidad fenomenológica, estableció las bases para el desarrollo de las **teorías de la atribución** en los años sesenta (Heider, 1944), y el segundo, centrado sobre la percepción de las personas (Heider, 1946), inspiró las **teorías de la coherencia cognitiva** que se desarrollarían fuertemente a finales de los cincuenta. Aunque la más conocida de esas teorías es sin duda la teoría de la **disonancia cognitiva** de Festinger, también es preciso recordar aquí que Charles Osgood y Percy H. Tannenbaum ya presentaron a principios de los cincuenta una primera aplicación de las ideas de Heider con la formulación de su **teoría de la congruencia** (Osgood y Tannenbaum, 1955).

Por fin, no se puede cerrar esta retrospectiva sobre el período que concluye a mediados de los años cincuenta sin mencionar que el impulso dado por Lewin al estudio de los grupos se concretizó en numerosas investigaciones, entre las que destacan la de Stanley Schachter sobre el fenómeno de la desviación en el seno del grupo (Schachter, 1951), y la de **Leavitt** sobre las **redes comunicacionales** en los grupos, inspirada en los trabajos de Bavelas (Leavitt, 1951).

En definitiva, se puede decir que la psicología social conoció entre 1935 y 1955 un intenso período de investigación que, con la ayuda de la Segunda Guerra Mundial, culminó en su consolidación definitiva como una disciplina con rango académico indiscutido. Durante ese período, tanto Sherif como Lewin y Hovland contribuyeron decisivamente a orientarla hacia la utilización preferente del método experimental, mientras que su encapsulamiento académico en el seno de los departamentos de psicología acentuó sus marcadas tendencias individualistas y psicologistas (Pepitone, 1981). Los temas dominantes de la década de los treinta, es decir, los temas de las actitudes y de la facilitación social, se ampliaron y se diversificaron considerablemente, extendiéndose hacia los procesos de influencia, la dinámica de grupos, la percepción social, la comparación social, el liderazgo, las motivaciones sociales, etc., etc. Este período de consolidación se cierra con la publicación del Handbook de Lindzey y Aron-

son en 1954, cuyo contenido contrasta fuertemente con el que publicó Murchison en 1935, pero que no desentona en absoluto con los contenidos que ofrecerán las sucesivas ediciones del Handbook en 1968 y en 1985. Reforzando la idea de que la mitad de los años cincuenta marca efectivamente un punto de transición entre dos momentos de la psicología social, es interesante anotar también que, precisamente el año 1955, se realiza ya, en la Universidad de Colorado, un primer **simposium sobre psicología social cognitiva**, en el que participan Fritz Heider, Leon Festinger, Charles Osgood, y Jerome S. Bruner entre otros (Bruner y otros, 1957).

La «otra» psicología social. Ya hemos visto que una parte de la psicología social se resistió a las seducciones del experimentalismo y del neopositivismo. Por lo tanto, antes de concluir este capítulo es preciso analizar de forma separada la situación por la que pasó el interaccionismo simbólico durante el período considerado.

Después de la publicación del libro de George Herbert Mead en 1934 (Mead, 1934) y de la denominación de su enfoque teórico en términos de «interaccionismo simbólico» por Herbert **Blumer** en 1937 (Blumer, 1937), esta corriente de la psicología social tardará aún algunos años en dar origen a un primer manual de psicología social (Lindesmith y Strauss, 1949) y en promover investigaciones claramente enmarcadas en esta orientación. Es cierto que W. Waller publica en 1938 un análisis de la familia inspirado en Mead (Waller, 1938), que Charles W. Mills desarrolla en 1940 un análisis interaccionista del vocabulario de los motivos (Mills, 1940), y que K. Reizler estudia en 1943 el sentimiento de vergüenza como resultado de una inadecuación del «yo percibido» con el «yo ideal» (Reizler, 1943), pero habrá que esperar hasta después de la Segunda Guerra Mundial para que la orientación interaccionista simbólica inicie una intensa actividad investigadora que se mantendrá hasta finales de los cincuenta (Stryker, 1987). Es a partir de entonces cuando aparecen varios textos teóricos de Blumer (Blumer, 1951, 1954) y, como reacción ante su rechazo de los métodos al uso en la ciencia convencional, se dibuja en la Universidad de Iowa una orientación interaccionista más empiricista que pretende ser reconocida como metodológicamente «respetable» (Kuhn y McPartland, 1954). Sin embargo, la orientación de la escuela de Chicago también se muestra capaz de realizar investigaciones empíricas, como las que ofrecerán H.S. **Becker** sobre la adicción a la marihuana (Becker, 1953), A.R. **Lindesmith** sobre el opio, o T. **Shibutani** sobre los grupos de referencia (Shibutani, 1955). Paralelamente al afianzamiento del interaccionismo simbólico, el desarrollo de la **teoría del rol** a partir de los trabajos de Ralf Linton, de Georg Simmel y también de Max Weber vendrá a reforzar las

orientaciones alejadas del reduccionismo psicologista de la psicología social dominante. T. R. **Sarbin** y más tarde B. J. Biddle y E. J. Thomas impulsarán con fuerza esta corriente que, como veremos más adelante, **Stricker** intentará sintetizar con el interaccionismo simbólico (Sarbin, 1954; Biddle y Thomas, 1966; Stricker y Statham, 1985). Aunque de una forma menos espectacular que la que caracterizara a la psicología social de Lewin, de Hovland, de Sherif o de Murphy, la psicología social nacida de la obra de George Herbert Mead también se consolida, pues, durante el período 1935-1955.

Sinopsis del período de «consolidación» de la psicología social en Estados Unidos (1935-1955)

- 1935 - Lewin, K.: *The conflict between aristotelian and galilean modes of thought in contemporary psychology.*
- 1936 - Sherif, M.: *The psychology of social norms.*
- 1936 - Lewin, K.: *Principles of topological psychology.*
- 1937 - Blumer, H.
- 1938 - Lewin, K.; Lippitt: *An experimental approach to the study of autocracy and democracy.*
- 1938 - Lewin, K.: *The conceptual representation and measurement of psychological forces.*
- 1939 - Lewin, K.; Lippitt; White: *Patterns of aggressive behavior in experimentally created «social climates».*
- 1939 - Dollard y otros: *Frustration and aggression.*
- 1940 - Mills, C. W.: *Vocabulary of motives.*
- 1941 - Miller; Dollard: *Social learning and imitation.*
- 1942 - Hyman, H. H.: *The psychology of social status.*
- 1943 - Whyte, W. F.: *Street corner society.*
- 1943 - Newcomb, T.: *Personality and social change.*
- 1943 - Lewin, K.: *Forces behind food habits and methods of change.*
- 1944 - Heider, F.: *Social perception and phenomenal causality.*
- 1946 - Heider, F.: *Attitude and cognitive organization.*
- 1946 - Asch, S.: *Forming impressions of personality.*
- 1947 - Allport, G. W.; Postman, L.: *The psychology of rumors.*
- 1947 - Bruner; Goodman: *Value and need as organizing factors in perceptions.*
- 1948 - Postman; Bruner; McGuinies: *Personal values as selective factors in perception.*
- 1949 - Lindesmith, A. R.; Strauss, A. L.: *Social psychology.*

- 1949 - Deutsh, M.: *An experiemental study of the effects of coopera-
tion and competition upon group processes.*
- 1950 - Adorno, T.: *The authoritarian personality.*
- 1950 - Festinger, L.; Schachter, S.; Back: *Social pressures in informal
groups: study of huusling project.*
- 1950 - Festinger, L.: *Informal social communication.*
- 1950 - Bales, R. F.: *Interaction process analysis.*
- 1950 - Homans, G. C.: *The human group.*
- 1950 - Newcomb, T.: *Social psychology.*
- 1951 - Schachter, S.: *Deviation, rejection, and communication.*
- 1951 - Leavitt, H. J.: *Some effects of certain communication patterns
on group performance.*
- 1951 - Weiss.
- 1952 - Asch, S. E.: *Social psychology.*
- 1952 - Coombs: *A theory of psychological scaling.*
- 1953 - Hovland; Janis; Kelley: *Communication and persuasion.*
- 1953 - Newcomb. T.: *An approach to the study of communicative
acts.*
- 1953 - Cartwright, D.; Zander: *Group dynamics: research and the-
ory.*
- 1954 - Kelley, H. H.; Thibaut, J. W.: *Experimental studies of group
problem solving and process.*
- 1954 - Festinger, L.: *A theory of social comparison process.*
- 1954 - Lindzey, G.; Aronson, E.: *The handbook of social psycho-
logy.*
- 1954 - Kuhn, M. H.; McPartland, T. S.: *An empirical investigation on
self-attitudes.*
- 1954 - Sarbin, T. R.: *Role theory.*
- 1955 - McClelland: *Studies in motivation.*
- 1955 - Osgood, C.; Tannenbaun, P.: *The principle of congruity in the
prediction of attitude change.*

* * *

Antes de iniciar la siguiente etapa, centrada en la psicología social euro-
pea, me gustaría presentar algunas reflexiones generales y proporcionar
algunos datos que permitan situar cuál es la vigencia actual de la andadu-
ra que recorrió la psicología social antes de entrar en lo que denominaré
su «período moderno».

Obviamente, es absurdo fechar en un año preciso el punto exacto en

que concluye una época y se inicia otra. Algunos de los elementos que pertenecen ya a la nueva fase aparecen sin embargo en las postrimerías de la fase anterior, y ésta a su vez, lejos de extinguirse repentinamente, se perpetúa, de forma más o menos prolongada, en la nueva época. No existe por lo tanto ningún corte nítido entre dos épocas cualesquiera de una disciplina, sino que se produce una transformación **gradual** de la una en la otra a lo largo de un período de transición cuyas fronteras suelen ser más o menos borrosas y difíciles de acotar.

En el caso que nos ocupa no tiene gran sentido, por supuesto, afirmar que tal obra publicada en 1955 pertenece a la fase de consolidación de la psicología social mientras que tal otra aparecida en 1956 forma ya parte de la era moderna de la disciplina. Sin embargo, la fijación de ciertas fechas que representan **puntos de inflexión** significativos ayuda a delinear con mayor claridad la historia de una disciplina, a condición de que siempre se tenga presente que, en rigor, la historia de una disciplina constituye un proceso evolutivo desprovisto de exabruptos tajantes. Es por ello por lo que me he permitido recurrir al cómodo, aunque inexacto, procedimiento que consiste en elegir y señalar unas fechas emblemáticas.

Llegados al punto en que, alrededor de 1955, se cierra la fase de consolidación de la psicología social y, concluido el período «programático» de la disciplina, se abre ante ella una época de «ciencia normal» (Katz, 1978), parece conveniente marcar una pausa e intentar comprobar cuál es la vigencia **explícita** del paso de la psicología social en su configuración moderna. Para ello, he realizado un tratamiento del material bibliográfico incluido en la obra que constituye sin duda el principal punto de referencia para la psicología social académicamente dominante, es decir, el *Handbook of Social Psychology*.

La bibliografía del «Handbook», en su edición de 1985, se presenta en forma segmentada, ya que cada uno de los treinta capítulos que lo componen concluye con una bibliografía específica. La ausencia de un índice bibliográfico conjunto plantea una seria dificultad para lograr una perspectiva global, pero sin embargo, tras identificar los cerca de 10.000 ítems bibliográficos distintos (9.919 según mis cálculos) que lo componen, he podido establecer un ranking de los textos más frecuentemente citados, poniendo como criterio el que sean referenciados como mínimo en tres capítulos distintos. De estos textos, 44 pertenecen al período que se inicia al final del siglo XIX y concluye en 1955. La relación que presento a continuación tiene, por supuesto, un valor meramente indicativo, pero que proporciona una valiosa información acerca de quiénes son los psicólogos sociales que ya eran activos en la primera mitad de siglo y que aún sirven de referencia a los psicólogos sociales de hoy.

a) Ordenación alfabética por autores de los textos más frecuentemente citados en el *Handbook of Social Psychology* 1985.*

- ABERLE, D. F. et al. (1950): *The fuctional prerequisites of a society*.
ADORNO, T. W. et al. (1950): *The authoritarian personality*.
ALLPORT, G. W. (1935): *Attitudes*.
ALLPORT, G. W. (1937): *Personality: a psychological interpretation*.
ALLPORT, G. W. (1954): *The nature of prejudice*.
ASCH, S. E. (1946): *Forming inpressions of personality*.
ASCH, S. E. (1952): *Social psychology*.
BARTLETT, F. C. (1932): *Remembering: a study in experimental and social psychology*.
BINET, A. (1900): *La suggestibilité*.
BRUNER, J. S.; GOODMAN, C. C. (1947): *Value and need as organizing factor in perception*.
COOLEY, C. H. (1902): *Human nature and the social order*.
DEUTSCH, M.; GERARD, H. B. (1955): *A study of normative and informational social influences on individual judgements*.
DOLLARD, J.; MILLER, N. E. (1950): *Personality and psychotherapy*.
EDWARD, W. (1954): *The theory of decision making*.
FESTINGER, L. (1950): *Informal social communication*.
FESTINGER, L. (1954): *A theory of social comparison processes*.
FESTINGER, L.; SCHACHTER, S.; BACK, K. (1950): *Social presures in informal groups*.
HEIDER, F. (1944): *Social perception and phenomenal causality*.
HEIDER, F. (1946): *Attitude and cognitive organization*.
HOVLAND, C. I.; LUMSDAINE, A. A.; SHEFFIELD, F. D. (1949): *Studies in social psychology in World War II. Vol.3 Experiments on mass communication*.
JAMES, W. (1890): *Principles of psychology*. (2 vols.).
KELLEY, G. A. (1955): *The psychology of personal constructs*. Vol.1.
LAPIERE, R. T. (1934): *Attitudes versus action*.
LEWIN, K. (1926): *Comments concerning psychological forces and energies, and the structure of the psyche*.
LEWIN, K.; LIPPIT, R.; WHITE, R. K. (1939): *Patterns of aggressive behavior in experimentally created «social climates»*.
LUCHINS, A. S. (1942): *Mechanization in problem-solving. The effect of Einstellung*.
MCDUGALL, W. (1908): *Introduction to social psychology*.
MEAD, G. H. (1934): *Mind, self and society*.
MILLER, N. E.; DOLLARD, J. (1941): *Social learning and imitation*.

- MORENO, J. L. (1934): *Who shall survive?*
 MURPHY, G.; MURPHY, L. B.; NEWCOMB, T. M. (1937): *Experimental social psychology*. (rev. ed.).
 MURRAY, H. A. (1938): *Explorations in personality: a clinical and experimental field study of fifty men of college*.
 MYRDAL, G. (1944): *An American dilemma*.
 NEWCOMB, T. M. (1943): *Personality and social change*.
 NEWCOMB, T. M. (1953): *An approach to the study of communicative acts*.
 OSGOOD, C. E.; TANNENBAUM, P. H. (1955): *The principle of congruity in the prediction of attitude change*.
 SCHACHTER, S. (1951): *Deviation, rejection, and communication*.
 SHERIF, M. (1935): *A study of some social factors in perception*.
 SHERIF, M. (1936): *The psychology of social norms*.
 SIMMEL, G. (1950): *Secrecy and group communication*.
 STOUFFER, S. A. ET AL. (1949): *The American soldier: adjustment during army life*.
 SUMMER, W. G. (1906): *Folkways*.
 THURSTONE, L. L.; CHAVE, E. J. (1929): *The measurement of attitude*.
 WEBER, M. (1947): *The theory of social and economic organization*.

b) Ranking de los 10 autores más frecuentemente citados

AUTOR	N.º CITAS	N.º TEXTOS
FESTINGER, L.	16	3
ALLPORT, G. W.	11	3
LEWIN, K.	9	2
ASCH, S.	8	2
ADORNO, T. W.	7	1
JAMES, W.	7	1
SHERIF, M.	7	2
HEIDER, F.	6	2
NEWCOMB, T.	6	2
MEAD, G. H.	5	1

*Estos textos pertenecen al período inicial de la psicología social hasta el año 1955.

3.5. La situación de la psicología social en Europa entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el final de la Segunda (1914-1944)

Los años turbulentos que vivió Europa a partir de 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial, y más tarde con la inseguridad política de unos años treinta donde se fraguaba ya la Segunda Guerra Mundial, explican quizá que la psicología social no haya prosperado en proporción a lo que cabía esperar a la vista de los debates y de las publicaciones de principios de siglo. Pero ésta no es sin duda la única razón. En Francia, por ejemplo, la psicología social se encontró laminada por la presión de dos potentes fenómenos circunstanciales que, incluso teniendo signos opuestos, confluyeron en un mismo resultado adverso para la psicología social. Se trata, por una parte, del éxito de las tesis de Durkheim, quien logró formar una influyente escuela, y cuyo «**sociologismo**» dejó escaso lugar para la expresión de posturas semejantes a las de un Gabriel Tarde.

Por otra parte, la sucesión a la cabeza del «Institut de Psychologie de París» y de «L'Année Psychologique» de Alfred Binet por el prestigioso Henri Pieron, también contribuyó a cerrar toda posibilidad de expresión a una psicología social que no constituía a los ojos de Pieron más que una vertiente «aplicada» de la psicología. Ni «L'Année Sociologique», ni «L'Année Psychologique» veían por lo tanto con simpatía la posible institucionalización de una psicología social. Así mismo, en Alemania, la psicología social que podía haber madurado en el seno de la teoría crítica de Frankfurt se vio cortada de raíz por el éxodo a Estados Unidos del Instituto frankfurtiano de Investigación Social.

En cualquier caso, es obligado constatar que, frente al exuberante desarrollo de la psicología social en Estados Unidos, es muy difícil encontrar en la Europa de los años veinte, treinta e incluso cuarenta, elementos suficientes para nutrir una historiografía de la disciplina.

En **Inglterra**, después de la marcha de McDougall hacia Estados Unidos, solamente podemos mencionar una aportación que, por cierto, no es nada desdeñable a juzgar por sus repercusiones en la moderna psicología social cognitiva.

Se trata de la investigación de Sir Frederic Charles **Bartlett** sobre la memoria, considerada en sus dimensiones y en sus determinaciones psicosociales (Bartlett, 1932). Bartlett había publicado con anterioridad varios estudios de psicología social, como por ejemplo: *Organización grupal y comportamiento social* (Bartlett, 1925), pero fue sin duda su investigación sobre la memoria la que le convirtió en un «clásico» de la psicología social.

En ella, no sólo se anticipan aspectos y conceptos que serán retomados

por la psicología social cognitiva, y especialmente por el *New Look in Perception*, sino que aparecen una serie de formulaciones que conducen directamente al estudio de la difusión de los rumores tal y como lo desarrollarían unos años más tarde Leon Postman y Gordon W. Allport. El desarrollo ulterior de la psicología social en Gran Bretaña se realizaría en estrecha conexión con los enfoques organizacionales y las problemáticas del trabajo, orientación ésta en la que colaboraría decisivamente Marie Jahoda tras abandonar Austria para instalarse en Inglaterra.

En **Francia**, la psicología social conoce un largo período de letargo durante las décadas consideradas, y tan sólo cabe mencionar una introducción a la psicología colectiva que publica Charles **Blondel** en 1928 (Blondel, 1928). En campos afines a la psicología social, se puede destacar el estudio de Maurice **Halbwachs** sobre los marcos sociales de la memoria, que le llevaría a polemizar con Charles Blondel y cuya similitud temática, aunque no metodológica, con el estudio de Bartlett, conviene señalar (Halbwachs, 1925). También se puede hacer referencia, aunque con mayores reservas, a los estudios antropológicos que lleva a cabo durante esa época Lucien Levy-Bruhl (Levy-Bruhl, 1922).

En **Austria**, sin embargo, la psicología social conoce un momento de intensa productividad antes de que el nazismo la destruya por completo. Antes de trasladarse a Estados Unidos en 1925, Jacob L. **Moreno** ya ha comenzado a perfilar las bases de su enfoque sociométrico que acabará de elaborar en Norteamérica (Moreno, 1923). Marie **Jahoda**, junto con Paul **Lazarsfeld** y H. Zeizel, realizaron un notorio estudio sobre los efectos del paro en la comunidad de Marienthal (Jahoda, Lazarsfeld y Zeizel, H., 1933). Alfred **Schütz**, influenciado por Dilthey, por Weber y por Husserl, había publicado en 1932 su influyente libro sobre la fenomenología del mundo social, antes de abandonar Viena para irse a Estados Unidos en 1939 (Schütz, 1932). Gustav **Ichheiser**, polaco emigrado a Austria antes de tener que exiliarse a Estados Unidos en 1940, y cuya contribución fundamental a la formulación de la teoría de la atribución se está descubriendo últimamente (Rudmin y otros, 1987), había publicado, entre muchos otros escritos, su texto sobre la «mis-atribución» (Ichheiser, 1934). Por supuesto, tampoco pueden dejar de mencionarse las conocidas aportaciones de Sigmund **Freud**, y en particular su *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921). Marie Jahoda, realizando, según sus propias palabras, «un ejercicio de memoria a largo plazo», ha dado un interesante testimonio de la época formativa de la psicología social en Viena, al que se puede acudir con provecho (Jahoda, 1983).

En **Alemania**, el comprometido grupo de filósofos y sociólogos aglutinados en torno al Instituto de Investigación Social de Frankfurt elabora una **teoría crítica** de la sociedad, de indudable interés para la psicología social, antes de que la diáspora provocada por el nacional-socialismo disperse a sus miembros por el territorio de Estados Unidos. H. L. **Stoltenberg** publica en 1914 en Berlín su Tesis Doctoral bajo el título de *Sociopsychologie* (Stoltenberg, 1914). Walther **Moede** realiza antes de la Primera Guerra Mundial unos estudios experimentales sobre psicología de las masas que serán publicados en 1920 y que influenciarían los estudios de Floyd H. Allport sobre la «facilitación social» (Moede, 1920). Por fin, Willi **Hellpach**, antes de ser nombrado ministro de la educación en Baden, ocupa en 1920 el primer puesto universitario dedicado a la enseñanza de la psicología social en Alemania, y funda en 1921 el primer Instituto de Psicología Social, que desaparecerá en 1933. Claramente influenciado por Wundt, Hellpach publica en 1938 su investigación sobre la psicología de los pueblos (Hellpach, 1938; Blanco, 1982; Lück, 1987).

En la **Unión Soviética**, Lev Semenovich **Vigotsky** realizará en su corta existencia (1896-1934) unas contribuciones extremadamente valiosas para la psicología social, y que presentan indudables afinidades con los planteamientos de George Herbert Mead. Para Vigotsky, al igual que para Mead, el juego infantil constituye el instrumento a través del cual se consigue dominar el **simbolismo social**, pero sobre todo, Vigotsky insiste en la prioridad temporal de lo **inter-psicológico** sobre lo intra-psicológico. Para él, al igual aquí también que para Mead, la existencia social constituye una **pre-condición** de la conciencia individual, y es en los procesos sociales donde se originan los procesos mentales superiores (Vigotsky, 1931; Wertsch, 1985).

Por fin, en **España** también se producen algunas aportaciones a la psicología social que se encuentran minuciosamente detalladas en dos estudios de José Luis Pinillos, por una parte, y de Florencio Jiménez Burillo por otra (Pinillos, 1965; Jiménez Burillo, 1976). Remitiendo a estos textos para un estudio más detallado, me limitaré a señalar aquí el texto de V. **Viqueira** *La psicología contemporánea* donde, según Jiménez Burillo, se presenta un aceptable resumen del pensamiento de Wundt y se expone el pensamiento de autores como Dilthey o William James. También conviene mencionar la labor de divulgación realizada por la editorial Daniel Jarro, donde aparecen traducciones de Wundt en 1926, de James en 1930, realizadas por Santos Rubiano, quien les agrega, como en el caso del libro de James, interesantes comentarios introductorios. Esta mis-

ma editorial publica varios estudios de psicología social escritos por Baldwin, por Le Bon, por Tarde y por Duprat. Por fin, es obvio que existen en la obra de los grandes pensadores españoles materiales extraordinariamente valiosos para la psicología social. En este sentido, cabe destacar particularmente la obra de **Ortega y Gasset**, y más específicamente sus publicaciones de 1930 sobre *La rebelión de las masas*, y de 1936 sobre *La historia como sistema* (Ortega y Gasset, 1930, 1936):

«Hay en Ortega una psicología social sustantiva cuyas implicaciones para la teoría y la investigación habría que estudiar en profundidad» (Torregrosa, 1985, p. 61).

3.6. La psicología social «moderna» en Estados Unidos (1955-1970)

Si bien la Segunda Guerra Mundial trajo como consecuencia un considerable auge de la psicología social, este desarrollo quedó limitado, como hemos visto, a unos pocos centros universitarios de Estados Unidos. Hasta bien entrados los años cincuenta no eran muchas, en efecto, las universidades que podían ofrecer un programa de psicología social consistente y amplio. La proliferación de la psicología social en las universidades norteamericanas se produjo entre 1955 y 1970, desembocando en una espectacular multiplicación de los programas de doctorado en psicología social (Jones, 1985). La vitalidad de la psicología social durante esos años conduce a la creación en 1965 del ***Journal of Personality and Social Psychology***, que se independiza así del *Journal of Abnormal Psychology*, y a la edición ese mismo año del ***Journal of Experimental Social Psychology***. Estas revistas se suman al ***Journal of Social Psychology***, fundado en 1930, y al ***Journal of Social Issues***, fundado en 1945 como órgano de expresión de la *Society for the Psychological Study of Social Issues* (SPSSI). Así mismo, en 1964 se inician los famosos ***Advances in Experimental Social Psychology***, editados por Leonard Berkowitz, que darán cuenta anualmente de los adelantos realizados en la disciplina. Si se considera que el *Journal of Personality and Social Psychology* admite preferentemente investigaciones experimentales, y que en 1966 se funda, frente a la SPSSI, que presenta una orientación más ecléctica y un talento más socialmente comprometido, una ***Society for Experimental Social Psychology***, tan elitista que diez años después de su fundación sólo contará con 216 miembros cuidadosamente seleccionados, cabe concluir que el talante experimentalista de la psicología social deja poco lugar a dudas.

No se trata, sin embargo, de un experimentalismo ceñido a temas conductistas, como ocurre entonces con la psicología experimental dominante en Estados Unidos. En efecto, el programa neo-conductista, articulado por Carl Hovland en la Universidad de Yale, aún producirá frutos notables después de 1955 (Hovland y otros 1957; Rosenberg y otros, 1960; Sherif y Hovland, C. 1961), pero su vitalidad se agotará con el final de la década de los cincuenta. El resto de aportaciones relacionadas con los diversos tipos de conductismos provendrán: a) de quienes trabajan en la óptica de la teoría del intercambio, **Homans** por supuesto, pero también J. S. **Adams** con sus estudios sobre la «equidad»; b) de quienes, como **Berkowitz** y **Bandura**, intentan ensanchar la perspectiva de la Universidad de Yale sobre la teoría del aprendizaje social por imitación, o sobre la teoría de la frustración-agresión; c) de quienes formulan interpretaciones alternativas a las de la teoría de la disonancia cognitiva, como **Behm** o como **Rosenberg**; d) de quienes inician la fructífera investigación de la atracción interpersonal, como **Byrne** por ejemplo; e) y por fin de quienes siguen, como Robert **Zajonc**, en la línea de la facilitación social. Salvo estas notables excepciones, y algunas más, el grueso del experimentalismo psicosocial se nutre, durante el período considerado, de las formulaciones teóricas que fueron elaboradas desde la **corriente gestáltica**, adaptada a la psicología social por Kurt **Lewin**, Solomon **Asch** y Fritz **Heider**. Entre los seguidores de Lewin, Leon **Festinger** será sin duda quien conseguirá el mayor éxito combinando el legado lewiniano con la línea marcada por Heider en su texto de 1946 sobre percepción social. De hecho, su **Teoría de la Disonancia Cognitiva** animará el campo de la psicología social desde finales de los cincuenta hasta finales de los sesenta y le convertirá en la figura claramente dominante de la disciplina desde 1955 hasta 1970, a tal punto que algunos hablarán incluso de la «**era Festinger**» para caracterizar ese período. Pero la vitalidad de la psicología social es entonces suficientemente intensa para dar cabida, al lado de las teorías de la consistencia cognitiva, a muchos otros enfoques que detallaré a continuación.

Después de haber realizado una serie de investigaciones que dio a conocer parcialmente en 1951, Solomon **Asch** publica en 1956 una monografía sobre el **conformismo** que manifiestan las personas ante la presión social ejercida por un grupo (Asch, 1951, 1956). Estas investigaciones, cuyos resultados, vale la pena anotarlos, contradicen las propias expectativas de Asch, tienen lejanos antecedentes en los trabajos de Alfred Binet, como ya hemos visto, y guardan cierta relación con la investigación de Sherif sobre la formación de las normas sociales, sólo que sustituyendo los estímulos «ambiguos» de Sherif por estímulos perceptivos carentes de

toda ambigüedad. Los resultados de Asch renovarían profundamente el estudio de la influencia social en situación de grupo y suscitarán múltiples variaciones en torno a la investigación del llamado «efecto Asch», siendo la realizada por Crutchfield una de las que presentan un mayor grado de sofisticación metodológica (Crutchfield, 1955). Pero sobre todo, estos resultados suscitarán, años más tarde, dos fructíferas líneas de investigación. Una de ellas, sobre la que volveré ulteriormente, fue desarrollada en Europa por Serge **Moscovici** y se tradujo en un amplio programa de investigación sobre el fenómeno de la influencia minoritaria y los procesos del cambio social. La otra desembocó en las ingeniosas y ampliamente divulgadas experimentaciones de Stanley **Milgram** sobre la obediencia de las personas en situaciones donde una autoridad les pide que dañen físicamente a otras personas sin que éstas les hayan hecho nada que lo justifique (Milgram, 1963, 1974).

El mismo año que se publicó la monografía de Asch, salió a la luz un estudio realizado por Festinger, Riecken y Schachter sobre la intensa reestructuración cognitiva a la que proceden los miembros de un grupo social; se trataba en este caso una secta apocalíptica, cuando sus profecías son desmentidas por los acontecimientos (Festinger, Riecken, H. W. y Schachter, 1956). Este estudio, junto con el libro que presentó Festinger al año siguiente (Festinger, 1957), lanzan al éxito la **teoría de la disonancia cognitiva**, arrebatando a Hovland la preeminencia en la investigación de los cambios de actitud. En los años siguientes, una multitud de investigaciones vienen a enriquecer la base empírica de la teoría de la disonancia (Festinger y Carlsmith, J. M., 1959; Festinger y Aronson, 1960; Aronson y Carlsmith, 1963; Brehm y Cohen, 1962; etc., etc.).

Paralelamente al entusiasmo suscitado por la teoría de la disonancia cognitiva, también surgen importantes polémicas, protagonizadas esencialmente por el ala neo-conductista que niega la validez de la explicación motivacional postulada por Festinger. Es en efecto difícil admitir, desde una postura conductista, que una supuesta «necesidad» de coherencia cognitiva motiva a los individuos para que ajusten sus creencias sobre sus conductas cuando perciben una contradicción entre ambas (Rosenberg, 1965). Pero sin duda, la crítica más interesante fue la que formuló Daryl Bem desde posturas afines al conductismo radical skinneriano. La tesis doctoral que presentó Daryl Bem en 1964 tuvo inmediatamente una fuerte resonancia en el mundo de la psicología social. En su tesis, Bem asentaba las bases de una **teoría de la auto-percepción** que permitía explicar de forma sencilla los resultados conseguidos por Festinger y sus colaboradores. Según Bem, no es que el individuo ajuste sus creencias sobre sus conductas para evitar el malestar psicológico creado por un supuesto estado

de disonancia cognitiva, como pretende Festinger, sino que el sujeto infliere sencillamente cuáles son sus propias creencias en función de la manera en que él mismo se comporta (Bem, 1965). Señalemos de paso que la larga polémica que se desarrollará entre las tesis de Festinger y las de Bem presenta la particularidad de ilustrar la validez de algunas de las tesis de Thomas Khun sobre la naturaleza de la ciencia. En efecto, ningún experimento «crucial» puede decidir a favor de uno u otro de los planteamientos confrontados, ya que los resultados obtenidos adquieren distinto significado según la postura teórica desde la que se contemplan (Greenwald, 1975).

En 1968, R. P. Abelson y otros publican una extensa monografía sobre el conjunto de las teorías de la coherencia cognitiva (Abelson y otros 1968), pero curiosamente, la publicación de este magno tratado coincidirá prácticamente con el final de la hegemonía de la teoría de la disonancia cognitiva en psicología social, frente al creciente auge de los enfoques atribucionales. Una importante derivación de la teoría de la disonancia dio lugar en 1966 a la formulación por Jack Brehm de su **teoría de la reactancia psicológica** (Brehm, 1966). En efecto, las investigaciones de Brehm sobre la forma en que los procesos de reducción de disonancia intervienen en las tomas de decisiones llamaron su atención sobre los efectos que produce el hecho de forzar una decisión. Aunque el resultado de una conducta coincida con el resultado deseado por su autor, éste se sentirá frustrado si considera que esa conducta no sesultó de su propia elección; en consecuencia, toda imposición engendrará mecanismos de recuperación del sentimiento de libertad por parte de los sujetos.

Otro de los desarrollos interesantes que conoció el planteamiento de Festinger dio lugar a una importante monografía sobre el control cognitivo de la motivación publicada por Philip G. **Zimbardo** en 1969. En sus investigaciones, Zimbardo puso de manifiesto la incidencia que tienen los factores cognitivos sobre los mecanismos psicofisiológicos. La «necesidad» de reducir la disonancia tiene una intensidad suficiente para modular incluso los funcionamientos fisiológicos de las personas (Zimbardo, 1969).

La influencia de Festinger no se limitó exclusivamente a la que ejerció por medio de su teoría de la disonancia cognitiva. En efecto, la **teoría de la comparación social**, que Festinger había formulado en 1954 recogiendo parte de la teorización sobre los grupos de referencia, inspiró los trabajos de Stanley **Schachter** llevándole a formular su **teoría de la afiliación** (Schachter, 1959). Según Schachter, el proceso de comparación social empuja a los individuos a buscar la compañía de quienes se encuentran en las condiciones psicológicas más próximas a las que ellos mismos experimentan. Pocos años más tarde, Schachter desarrollará, en colabora-

ción con Jerome E. Singer, la recíproca de la teoría de la afiliación, mostrando, en un experimento que se ha convertido en un clásico de la psicología social, cómo se utilizan las indicaciones proporcionadas por las conductas de los demás para catalogar, y con ello determinar, los propios estados anímicos en que se encuentra el individuo (Schachter y Singer, 1962). Esta investigación, que dio origen a la **teoría bi-factorial de las emociones** de Schachter, no sólo sirvió de acicate para incrementar el interés prestado por los psicólogos sociales al fenómeno de las **emociones**, sino que agudizó, por una parte, la atención prestada a los procesos de atribución y, por otra parte, coincidió, curiosamente, con algunos de los planteamientos elaborados desde la tradición del interaccionismo simbólico. En efecto, la investigación de Schachter y Singer reencuentra una idea básica de Mead (¡y de Vigotsky!), en el sentido de que establece claramente que los procesos psicológicos intra-individuales nacen desde la esfera socio-relacional. Así mismo, los resultados de Schachter presentan evidentes afinidades con la **teoría del «labelling»**, o «etiquetaje», elaborada desde la psicología social fenomenológica.

Fritz **Heider**, el investigador que proporcionó a Festinger algunos de los elementos teóricos básicos para elaborar su **teoría de la disonancia**, también proporcionó, curiosamente, las bases teóricas para construir la orientación teórica que desbancaría finalmente en los últimos sesenta la teoría de Festinger; me estoy refiriendo, por supuesto, a la **teoría de la atribución**. Tanto la teoría de la disonancia como la teoría de la atribución están prefiguradas en los ya mencionados artículos que publicó Heider en 1944 y en 1946, pero es en el libro de Heider sobre la psicología de las relaciones interpersonales (Heider, 1958) donde se formulan con mayor precisión los fundamentos de ambas teorías. En mi opinión, este texto de Heider es sin duda, junto con el de Mead, el que mayor influencia sustantiva ha ejercido hasta ahora en el campo de la psicología social. En 1965, Edward E. **Jones** y K. E. Davis se inspirarán en Heider para formular una primera aproximación a la **teoría de la atribución** (Jones y Davis, 1965), y dos años más tarde Harold K. **Kelley** aportará una formulación complementaria en términos de **atribuciones causales** (Kelley, 1967). Ambas formulaciones generaron un impresionante cúmulo de investigaciones que dominaron la década de los setenta y sobre las cuales volveré por lo tanto más adelante.

La **teoría del intercambio social** también conoció, durante los 15 años que estamos contemplando, importantes desarrollos (Morales, 1981). John **Thibaut** y Harold **Kelley** presentaron en 1959 una influyente monografía sobre la **psicología de los grupos** (Thibaut y Kelley, 1959). En ella están presentes, sin duda, notables influencias lewinianas, pero también inciden,

por una parte, las aportaciones de Morton **Deutsch** sobre la aplicación de la **teoría de los juegos** a las negociaciones interpersonales en los procesos de cooperación-competición y se nota, por otra parte, una fuerte influencia de las formulaciones de George **Homans**. Este último integrará a su vez ciertos aspectos de la obra de Thibaut y Kelley en su monografía «intercambista», publicada dos años más tarde, sobre las formas elementales del comportamiento social (Homans, 1961). Así mismo, la teoría del intercambio servirá de fundamento a J. Stacy **Adams** para construir su **teoría de la equidad**, que verá la luz en 1963 (Adams, 1963). Por fin, la teoría del intercambio contribuirá al desarrollo de lo que pronto iba a convertirse en una sustantiva área de investigación en psicología social en torno al estudio de los fenómenos de la **atracción interpersonal**. Si Newcomb podía afirmar en 1956 que no existía por aquel entonces ninguna teoría adecuada acerca de la atracción interpersonal, sus propias formulaciones presentadas en 1961 (Newcomb, 1961) se sumarían a las aportaciones de la sociometría de Moreno, del equilibrio estructural de Heider, de la teoría de la afiliación de Schachter y de la teoría del intercambio de Homans, para engendrar durante la década de los sesenta una amplia eclosión de teorías sobre este fenómeno social (Berscheid y Walster, 1969).

En 1961, una investigación publicada por **Stoner** (Stoner, 1961) originará en el campo de la psicología social un brusco e intenso interés por el fenómeno de la toma de decisiones en asuntos que implican un determinado grado de riesgo. Durante casi diez años, el tema del «**risky shift**» movilizará a numerosos investigadores (Kogan y Wallach, 1964; Pruitt, 1962), para desaparecer, de forma bastante repentina, de la lista de las preocupaciones de la psicología social a principios de los setenta (Cartwright, 1973). Antes de desaparecer de la escena, el «**risky shift**» dio origen, sin embargo, al concepto mucho más comprensivo de «**polarización**», elaborado por Serge **Moscovici**.

Desde un neo-conductismo extremadamente «liberalizado», tanto Albert **Bandura** como Leonard **Berkowitz** animaron sendas corrientes de investigación orientadas a modificar sustancialmente los planteamientos de la escuela de Yale sobre el aprendizaje social (Bandura, 1965; Bandura y Walters, 1963) y sobre las conductas agresivas (Berkowitz, 1962, 1969).

Lo que he relatado hasta aquí testimonia más que suficientemente acerca de la prolífica actividad de la psicología social entre 1955 y 1970, pero sería injusto dejar de mencionar, aunque sin entrar en detalles, otras importantes contribuciones que se produjeron durante esa época. Así, Jerome S. **Bruner** elabora en 1957 su influyente concepto de «**categorización**», que tanta incidencia tendrá sobre el desarrollo del cognitivismo

(Bruner, 1957), **Tagiuri y Petrullo** presentan una notable monografía sobre la **percepción social** (Tagiuri y Petrullo, 1958), **Cartwright** formula una de las escasas contribuciones que se hayan hecho al tema de las **relaciones de poder** (Cartwright, 1959), Herbert **Kelman** ofrece una impresionante síntesis teórica sobre los procesos de **influencia** (Kelman, 1958), Daniel **Katz** presenta su **teoría funcional de las actitudes** (Katz, 1960), David **McClelland** publica su texto sobre la **sociedad del logro** (McClelland, 1961), Charles **Osgood** elabora con Suci y Tannenbaum su **diferencial semántico** (Osgood, Suci y Tannenbaum, 1957), Muzafer **Sherif** realiza su famosa investigación sobre «la cueva de los ladrones», contribuyendo notablemente al desarrollo de la psicología de las **relaciones entre los grupos** (Sherif y otros, 1961), Milton **Rockeach** presenta su concepto de **dogmatismo** en los sistemas de creencias (Rockeach, 1960), Edward E. **Jones** articula la **teoría de la congraciación** (Jones, 1964), Robert **Zajonc** da un nuevo impulso al viejo tema de la facilitación social con su **teoría de la «simple exposición»** (Zajonc, 1965), Alexander **Bavelas** prosigue sus investigaciones sobre la **estructura de los grupos** (Bavelas y otros 1965), Roger **Barker** configura la **psicología ecológica** (Barker, 1963, 1968), mientras que **Altman, Sommer, Wohlwill** y otros investigadores asientan las bases de la **psicología ambiental** (Wohlwill, 1970), Jonathan **Freedman** y S. C. Fraser enriquecen el estudio de la influencia con sus investigaciones sobre la **teoría del compromiso mínimo**, que más tarde desarrollaría Charles A. **Kiessler** (Freedman y Fraser, 1966; Kiessler, 1971), F. E. **Fiedler** presenta su **modelo contingente para la eficacia del mando** (Fiedler, 1967), John M. **Darley** y Bibb **Latané** estimulan una importante corriente de investigación sobre las **conductas de ayuda** y la prosocialidad (Darley y Latané, 1968), por fin, Richard **Christie** y F. L. **Weiss** desarrollan sus **escalas de «maquiavelismo»** (Christie y Weiss, 1970).

No cabe duda de que, en esta relación, que ya es de por sí demasiado extensa, aún es posible que se hayan omitido algunas aportaciones relevantes de la época. Sin embargo, esta impresionante «productividad» de la psicología social en el corto período de tres quinquenios, no debería ocultar una creciente oleada de **críticas** contra la falta de interés de los resultados alcanzados por la disciplina, y contra la inoperancia social de sus planteamientos. En efecto, desde finales de los años cincuenta, se empiezan a desarrollar una serie de críticas al quehacer metodológico de la psicología social experimentalista, que desembocarán finalmente, acabándose ya los años sesenta, en la llamada «**crisis**» de la **psicología social**. Robert **Rosenthal**, uno de los máximos exponentes de la «psicología social de la experimentación psicológica», exponía ya en su tesis doctoral

de 1956 algunas dudas sobre la objetividad de los datos producidos en el laboratorio, pero si descartamos el premonitorio estudio de **Rosenzweig** sobre los problemas planteados por la situación experimental (Rosenzweig, 1933), las primeras manifestaciones públicas de la crítica hacia la forma en que se realizaban los experimentos psicosociales serán formuladas en 1962 por Martin T. **Orne** y por Henry W. **Riecken** (Orne, 1962; Riecken, 1962). Les seguirán varios textos de Rosenthal (Rosenthal, 1963a, 1963b), de William J. McGuire, de Herbert Kelman y de Kenneth Ring (McGuire, 1967; Kelman, 1967; Ring, 1967), así como una importante monografía de Rosenthal y Rosnow a finales de la década (Rosenthal y Rosnow, 1969). Con estas obras, estarán servidos los primeros elementos para una larga polémica interna que ocupará buena parte de los años setenta, y que contribuirá quizás a despertar el interés por la «otra» psicología social que revisaré a continuación.

Según el análisis de Sheldon **Stryker** (Stryker, 1987), el **interaccionismo simbólico** conoció un período de declive durante la década de los sesenta y buena parte de los setenta. Entiendo, por el contrario, que si «liberalizamos» suficientemente el interaccionismo simbólico como para incluir en el seno de esa orientación algunos planteamientos afines, como por ejemplo la **etnometodología** de Harold **Garfinkel**, el interaccionismo «**dramatúrgico**» de Erving **Goffman** y las corrientes **constructivistas**, **cognitivistas**, **fenomenológicas** o **interpretativas** de la microsociología, así como las aportaciones de la **teoría de los roles**, se trata por el contrario de unas décadas prodigiosamente fecundas para las orientaciones simbólicas.

En efecto, en 1959 el propio Strycker aplica una perspectiva interaccionista al estudio de la familia (Strycker, 1959), mientras aparece, ese mismo año, una obra de B. M. **Meltzer** sobre la psicología social de George Herbert Mead (Meltzer, 1959). Dos años antes, **Turner** y **Killian** publican un estudio sobre los comportamientos colectivos que simpatiza ampliamente con el enfoque interaccionista (Turner y Killian, 1957). En 1961, T. **Shibutani** edita un manual de psicología social en la línea interaccionista (Shibutani, 1961), que será seguido en 1962 por la publicación de un conjunto de textos básicos editados bajo la dirección de A. M. **Rose** (Rose, 1962).

En 1963, H. S. **Becker** da a conocer su hoy clásico «outsiders» (Becker, 1963), y en 1964 M. A. **Khun** publica un importante texto que se sitúa en una orientación opuesta a la de Blumer (Kuhn, 1964). El propio **Blumer** publicará en 1969 su tratado sobre el interaccionismo simbólico, (Blumer, 1969), después de que B. **Glaser** y A. **Strauss** hubieran publicado en 1967 y 1968 dos notables monografías (Glaser y Strauss, 1967,

1968). A la vista de estos datos, el declive comentado por Strycker no parece ser demasiado acentuado.

Pero sobre todo, es precisamente a lo largo de la década de los sesenta cuando aparecen casi todas las obras de Erving **Goffman**. Empezando por su *Presentación del yo en la vida cotidiana* (Goffman, 1959) y acabando con el celebrado *Rituales de la interacción* (Goffman, 1967), después de que hayan salido a la luz obras tan importantes como, entre otras, *Asilos*, o como *La conducta en los lugares públicos* (Goffman, 1961, 1963). Aunque sea difícil encasillar a Goffman en el interaccionismo simbólico o en cualquier otra orientación, no cabe la menor duda que su obra presenta grandes afinidades con el interaccionismo simbólico. Así mismo, en los años sesenta aparecen editadas en inglés las obras de Alfred **Schütz**, que también reencuentra desde su lectura de Dilthey y de Husserl, y desde su **sociología fenomenológica**, muchos de los planteamientos de Mead (Schütz, 1962, 1964, 1966).

Siguiendo en campos conexos con el interaccionismo simbólico, es preciso señalar el texto de **Cicourel** en 1964, que traza las bases de una **sociología cognitiva** (Cicourel, 1964). El año 1966 se revela especialmente fecundo para los planteamientos que presentan confluencias con el interaccionismo simbólico. En efecto, ese mismo año se publican: el texto sobre «**la teoría del rol**» de **Biddle y Thomas** (Biddle y Thomas, 1966), el estudio de **Berger y Luckmann**, próximos en Europa a las posturas de Schütz y a la corriente fenomenológica, **La construcción social de la realidad**, que abre una perspectiva **constructivista** afín al interaccionismo (Berger y Luckmann, 1966), y por fin, el libro de H. **Garfinkel** que instituye la corriente **etnometodológica**, corriente ciertamente crítica respecto del interaccionismo simbólico divulgado por Blumer, pero que a pesar de ello privilegia las mismas dimensiones de la realidad social que el propio interaccionismo (Garfinkel, 1966).

Es pues toda la psicología social en su conjunto, y no solamente su vertiente experimentalista la que se desarrolla intensamente durante el período 1955-1970, cuyo final coincide prácticamente con la publicación de la segunda edición del Handbook de Lindzey y Aronson (Lindzey y Aronson, 1968-69).

El período siguiente, desde 1970 hasta nuestros días, forma parte de la historia propiamente **contemporánea** de la psicología social. El estudio de sus características no encaja tanto en un capítulo historiográfico al estilo del que he desarrollado hasta ahora, sino más bien en un análisis de la naturaleza de la psicología social tal y como la entendemos en la actualidad. Por lo tanto, he reservado para la segunda parte de este libro el análisis de los acontecimientos producidos desde 1970, tales como la «cri-

sis» de la psicología social, el «giro cognitivista» de la disciplina, o la emergencia de las «nuevas alternativas». Pero antes de pasar a esta segunda parte, presentaré de nuevo un cuadro sinóptico de los 15 años considerados en este apartado, así como un tratamiento bibliográfico semejante realizado para el período anterior de la psicología social en Estados Unidos. En efecto, he realizado para el período 1956-1970 el mismo tratamiento bibliográfico que el que hice para la época anterior a 1956. Presentaré por lo tanto, con la misma finalidad meramente indicativa que en el mencionado apartado anterior, los textos publicados entre 1956 y 1970 que son más frecuentemente citados en la edición de 1985 del *Handbook of Social Psychology*.

Cuadro sinóptico del período «moderno» de la psicología social en Estados Unidos (1956-1970)

1956

Asch, S.: *Studies of independence and conformity: I. A minority of one against a unanimous majority*.

Festinger, L.; Riecken, H. W.; Schachter, S.: *When prophecy fails*.

1957

Bruner, J. S.: *On perceptual readiness*.

Hovland, C. y otros: *Order of presentation in persuasion*.

Osgood, C.; Suci, G. J.; Tannenbaum, P. H.: *The measurement of meaning*.

Turner, R. H.; Killian, L. M.: *Collective behavior*.

1958

Heider, F.: *The psychology of interpersonal relations*.

Kelman, H. C.: *Compliance, identification and internalization: the processes of attitude change*.

Tagiuri, R.; Petrullo, L.: *Person perception and interpersonal behavior*.

1959

Cartwright, D.: *Studies in social power*.

Festinger, L.; Carlsmith: *Cognitive consequences of forced compliance*.

Goffman, E.: *The presentation of self in everyday life*.

Meltzer, B. M.: *The social psychology of G. H. Mead*.

Schachter, S.: *The psychology of affiliation*.

Thibaut, J.; Kelley, H.: *The social psychology of groups*.

1960

Katz, D.: *The functional approach to the study of attitudes*.

Rokeach, M.: *The open and closed mind*.

Rosenberg, M. J. y otros: *Attitude organization and change*.
1961

Goffman, E.: *Asylums*.

Homans, G. C.: *Social behavior: its elementary forms*.

McClelland, D. C.: *The achieving society*.

Newcomb, T.: *The acquaintance process*.

Sherif, M. y otros: *Intergroup conflict and cooperation, the rover cave experiment*.

Sherif, F.; Hovland, C.: *Social judgement*.

Shibutani, T.: *Society and personality*.

Stoner, J. A.: *A comparison of individual and group decisions, including risk*.

1962

Berkowitz, L.: *Aggression: a social psychological analysis*.

Brehm; Cohen: *Explorations in cognitive dissonance*.

Orne, M. T.: *On the social psychology of the psychological experiment*.

Pruitt, T. G.: *Patterns and levels of risk in gambling decisions*.

Riecken, H. W.: *A program of research on experiments in social psychology*.

Rose, A. M.: *Human behavior and social processes. An interactionist approach*.

Schachter, S.; Singer, J. E.: *Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state*.

Schütz, A.: *Collected Papers. I. The problem of social reality*.

1963

Adams, J. S.: *Toward an understanding of inequity*.

Bandura, A.; Walters, R. G.: *Social learning and personality development*.

Barker, R.: *On the nature of environment*.

Becker, H. S.: *Outsiders*.

Goffman, E.: *Stigma*.

Milgram, S.: *Behavioral study of obedience*.

Rosenthal, R.: *On the social psychology of the psychological experiment: the experimenter's hypothesis as unintended determinant of experimental results*.

1964

Cicourel, A. V.: *Method and measurement in sociology*.

Jones, E. E.: *Ingratiation*.

Kogan, N.; Wallach, N.: *Risk taking: a study in cognition and personality*.

Schütz, A.: *Collected papers. II. Studies in social theory*.

1965

Bavelas, A. y otros: *Experiments on the alteration of group structure*.

Bandura, A.: *Influence of models reinforcement on the adquisition of imitative responses.*

Bem, D.: *An experimental analysis of self-persuasion.*

Jones, E. E.; Davis, K. E.: *From acts to dispositions: the attribution processes in person perception.*

Rosenberg, M. J.: *When dissonance fails.*

Zajonc, R.: *Social facilitation.*

1966

Biddle, B. J.; Thomas, E. J.: *Role theory. Concepts and research.*

Berger; Luckman: *The social construction of reality.*

Freedman, J. L.; Fraser, S. C.: *Compliance without pressure: the foot-in-the-door technique.*

Garfinkel, H.: *Studies in ethnomethodology.*

Schütz, A.: *Collected papers. III. Studies in phenomenological philosophy.*

1967

Fiedler, F. E.: *A theory of leadership effectiveness.*

Goffman, E.: *Interaction ritual.*

Kelley, H. H.: *Attribution theory in social psychology.*

Ring, K.: *Experimental social psychology. Some sober questions about some frivolous values.*

1968

Barker, R.: *Ecological psychology.*

Darley, J. M.; Latané, B.: *Bystander intervention in emergencies: diffusion of responsibility.*

1968-69

Lindzey, G.; Aronson, E.: *The handbook of social psychology.*

1969

Berkowitz, L.: *Roots of aggression: a reexamination of the frustration aggression hypothesis.*

Berscheid, E.; Walster, E.: *Interpersonal attraction.*

Blumer, H.: *The symbolic interactionism.*

Rosenthal, R.; Rosnow, R.: *The volunteer subject.*

Zimbardo, P. G.: *The human choice. Individuation, reasons, and order versus deindividuation, impulse and chaos.*

1970

Christie, R.; Weiss, F. L.: *Studies in Machiavellianism.*

Woolwillh, J. F.: *The emerging discipline of environmental psychology.*

1971

Kiesler, C. H.: *The psychology of commitment: experiments linking behavior to belief.*

a) Ordenación alfabética por autores de los textos más frecuentemente citados en el *Handbook of Social Psychology* 1985. Período 1956-1970

- ABELSON, R. P. et al. (1968): *Theories of cognitive consistence: a sourcebook*.
- ALLPORT, G. W. (1961): *Pattern and growth in personality*.
- ANDERSON, N. H. (1970): *Functional measurement and psychological judgement*.
- ARONSON, E. (1969): *The theory of cognitive dissonance: a current perspective*.
- ARONSON, E.; CARLSMITH, J. M. (1962): *Performance expectancy as a determinant of actual performance*.
- ARONSON, E.; CARLSMITH, J. M. (1968): *Experimentation in social psychology*.
- ARONSON, E.; GOLDEN, W. (1962): *The effect of relevant and irrelevant aspects of communicator credibility on opinion change*.
- ARONSON, E.; LINDER, D. (1965): *Gain and loss of esteem as determinants of interpersonal attractiveness*.
- ARONSON, E.; MILLS, J. (1959): *The effect of severity of initiation on liking for a group*.
- ARONSON, E.; TURNER, J. A.; CARLSMITH, J. M. (1963): *Communicator credibility and communication discrepancy as determinants of opinion change*.
- ARONSON, E.; WILLERMAN, B.; FLOYD, J. (1966): *The effect of a pratfall on increasing interpersonal attractiveness*.
- ASCH, S. E. (1956): *Studies on independence and conformity: a minority of one against a unanimous majority*.
- BARKER, R. G. (1968): *Ecological psychology: concepts and methods for studying the environment of human behavior*.
- BECKER, H. S. (1964): *Outsiders*.
- BEM, D. (1965): *An experimental analysis of self-persuasion*.
- BEM, D. (1967): *Self-perception: an alternative interpretation of cognitive dissonance phenomena*.
- BERKOWITZ, L. (1962): *Aggression: a social psychological analysis*.
- BERKOWITZ, L.; GEEN, R. G. (1966): *Film violence and the cue properties of available targets*.
- BERKOWITZ, L.; Le PAGE, A. (1967): *Weapons as aggression-eliciting stimuli*.
- BERLYNE, D. E. (1960): *Conflict, arousal, and curiosity*.
- BREHM, J. W. (1966): *A theory of psychological reactance*.

- BREHM, J. W.; COHEN, A. R. (1962): *Explorations in cognitive dissonance*.
- BRUNER, J. S.; GOODNOW, J. J.; AUSTIN, G. A. (1956): *A study of thinking*.
- BRUNSWIK, E. (1956): *Perception and the representative design of psychological experiments* (2nd ed.).
- CAMPBELL, D. T. (1961): *Ethnocentrism and other altruistic motives*.
- CAMPBELL, D. T.; FISKE, D. W. (1959): *Convergent and discriminant validation of the multitrait-multimethod matrix*.
- CAMPBELL, D. T.; STANLEY, J. C. (1966): *Experimental and quasi-experimental designs for research*.
- CARLSMITH, J. M.; COLLINS, B. E.; HELMREICH, R. L. (1966): *Studies in forced compliance: I The effect of forced compliance on attitude change produce*.
- CONVERSE, P. E. (1964): *The nature of belief systems in mass publics*.
- CHAPMAN, L. J.; CHAPMAN, J. P. (1969): *Illusory correlation as an obstacle to the use of valid psychodiagnostic signs*.
- CHAPMAN, L. J.; CHAPMAN, P. (1967): *Genesis of popular but erroneous psychodiagnostic observations*.
- CHRISTIE, R.; GEIS, F. L. (1970): *Studies in Machiavellianism*.
- DARLEY, J. M.; LATANE, B. (1968): *Bystander intervention in emergencies: diffusion of responsibility*.
- FESTINGER, L. (1957): *A theory of cognitive dissonance*.
- FESTINGER, L. H.; RIECKEN, H.; SCHACHTER, S. (1956): *When prophecy fails*.
- FESTINGER, L.; CARLSMITH, J. M. (1959): *Cognitive consequences of forced compliance*.
- FREEDMAN, J. L.; FRASER, S. C. (1966): *Compliance without pressure: the foot-in-the-door technique*.
- FREEDMAN, J. L.; SEARS, D. O. (1965): *Selective exposure*.
- FRENCH, J. R. P.; RAVEN, B. H. (1959): *The bases of social power*.
- GARFINKEL, H. (1967): *Studies in ethnomethodology*.
- GOFFMAN, E. (1959): *The presentation of self in everyday life*.
- GOFFMAN, E. (1961): *Asylums: essays on the social situation of mental patients and other inmates*.
- GOFFMAN, E. (1963): *Stigma: notes on the management of spoiled identity*.
- GOFFMAN, E. (1967): *Interaction ritual: essays on face to face behavior*.
- HEIDER, F. (1958): *The psychology of interpersonal relations*.
- HOMANS, G. C. (1961): *Social behavior: its elementary forms*.
- HOVLAND, C. I. (1959): *Reconciling conflicting results derived from experimental and survey studies on attitude c.*

- HOVLAND, C. I.; JANIS, I. L. (1959): *Personality and persuability.*
- JENKINS, H. M.; WARD, W. C. (1965): *The judgements of contingency between responses and outcomes.*
- JONES, E. E. (1964): *Ingratiation.*
- JONES, E. E.; DAVIS, K. E. (1965): *From acts to dispositions: the attribution process in person perception.*
- KATZ, D. (1960): *The functional approach to the study of attitudes.*
- KELMAN, H. C. (1958): *Compliance, identification and internalization: the processes of attitude change.*
- KELLEY, H. H. (1967): *Attribution theory in social psychology.*
- KELLEY, H. H.; STAHELSKI, A. J. (1970): *The social interaction basis of cooperator's and competitor's beliefs about others.*
- KIESLER, C.; NISBETT, R. E.; ZANNA, M. (1969): *On inferring one's belief from one's behavior.*
- KOGAN, N.; WALLACH, N. W. (1964): *Risk taking: a study in cognition and personality.*
- KUHN, T. (1962): *The structure of scientific revolutions.*
- LATANE, B.; DARLEY, J. M. (1970): *The unresponsive bystander: why doesn't he help?*
- MARLOWE, D.; GERGEN, K. (1969): *Personality and social interaction.*
- MCCLELLAND, D. C. (1961): *The achieving society.*
- MCGUIRE, W. J. (1964): *Inducing resistance to persuasion.*
- MCGUIRE, W. J. (1969): *The nature of attitudes and attitude change.*
- MILGRAM, S. (1963): *Behavioral study of obedience.*
- MILGRAM, S. (1965): *Some conditions of obedience and disobedience to authority.*
- MILLER, G. A.; GALANTER, E.; PRIBAM, K. H. (1960): *Plans and the structure of behavior.*
- MILLS, J.; ARONSON, E. (1965): *Opinion change as a function of communicator's attractiveness and desire to influence.*
- MISCHEL, W. (1968): *Personality and assessment.*
- NEWCOMB, T. M. (1961): *The acquaintance process.*
- ORNE, M. T. (1962): *On the social psychology of the psychological experiment: with particular reference to dem.*
- OSGOOD, C. E.; SUCI, G. J.; TANNENBAUM, P. H. (1957): *The measurement of meaning.*
- PILAVIN, I. M.; RODIN, J.; PILAVIN, J. A. (1969): *Good Samaritanism: an underground phenomenon.*
- ROKEACH, M. (1960): *The open and closed mind.*
- ROSENTHAL, R. (1966): *Experimenter effects in behavioral research.*
- ROSENTHAL, R.; JACOBSON, L. (1968): *Pygmalion in the classroom.*

- ROSS, L.; RODIN, J.; ZIMBARDO, P. G. (1969): *Toward an attribution therapy: the reduction of fear through induced cognitive-emotional m.*
- ROTTER, J. B. (1966): *Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement.*
- SCHACHTER, S. (1959): *The psychology of affiliation.*
- SCHACHTER, S. (1964): *The interaction of cognitive and psychological determinants of emotional state.*
- SCHACHTER, S.; SINGER, J. E. (1962): *Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state.*
- SCHELLING, T. C. (1960): *The strategy of conflict.*
- SHERIF, M.; HOVLAND, C. I. (1961): *Social judgement: assimilation and contrast effects in communication and attitude change.*
- THIBAUT, J. W.; KELLEY, H. H. (1959): *The social psychology of groups.*
- VROOM, V. H. (1964): *Work and motivation.*
- WALSTER, E.; ARONSON, E.; ABRAHAMS, D. (1966): *On increasing the persuasiveness of a low prestige communicator.*
- WARNER, S. L. (1965): *Randomized response: a survey technique for eliminating evasive answer bias.*
- WEBB, E. J. ET AL. (1966): *Unobtrusive measures: nonreactive research in the social sciences.*
- WEINSTEIN, E.; DEUTSCHBERGER, P. (1963): *Some dimensions of altering.*
- ZAJONC, R. B. (1965): *Social facilitation.*
- ZIMBARDO, P. G. (1969): *The human choice: individuation, reasons, and order versus deindividuation, impulse and ch.*

b) Ranking de los 10 autores más frecuentemente citados

AUTOR	N.º CITAS	N.º TEXTOS
ARONSON, E.	25	8
SCHACHTER, S.	18	3
GOFFMAN, E.	17	4
FESTINGER, L.	14	3
HEIDER, F.	12	1
ROSENTHAL, R.	12	2
JONES, E. E.	11	2
BERKOWITZ, L.	10	3
CAMPBELL, D. T.	9	3
MCGUIRE, W. J.	8	2

3.7. El retorno «americanizado» de la psicología social a Europa (1950-1970)

En 1963, tiene lugar la primera reunión entre psicólogos sociales de Europa, y un año más tarde se crea oficialmente la Asociación Europea de Psicología Social Experimental (E.A.E.S.P.). Lo curioso es que la iniciativa **no** partió de los psicólogos sociales europeos, sino de algunos psicólogos sociales norteamericanos. En efecto, aunque Robert **Pagés** desde Francia, Henri **Tajfel** desde Gran Bretaña y Mauk **Mulder** desde Holanda, organizan activamente ese primer encuentro, la iniciativa surge de John **Lanzetta**, quien desempeñaba entonces el cargo de jefe de los servicios psicológicos de la U.S. Navy para Europa. John **Thibaut**, que se encontraba en París en la época, se integró en el comité organizador, y la reunión se organizó con el apoyo de la U.S. Navy y del Consejo Norteamericano de Investigación en Ciencias Sociales, el cual integraría poco después en su seno a varios psicólogos sociales europeos (Tajfel, 1981). Según comentó John Lanzetta en un reciente congreso de la E.A.E.S.P., la idea de organizar este primer encuentro se le ocurrió cuando, tras contactar con varios psicólogos sociales durante los viajes que su cargo en la U.S. Navy le obligaba a realizar por Europa, se percató de que éstos no se conocían prácticamente entre sí.

La riqueza de la naciente psicología social europea a principios de siglo difícilmente podía dejar presagiar parecida situación más de medio siglo después, aunque ya he mencionado anteriormente algunos de los factores que condujeron a la práctica desaparición de la disciplina en los países que la alumbraron. Lo cierto es que habrá que esperar a los años de la post-guerra para asistir a una lenta reemergencia de la psicología social en Europa, pero esta vez sus principales fuentes de inspiración vendrán directamente de la psicología social que se ha constituido en Estados Unidos. Tras un período de incubación que cubre los últimos años cuarenta y la década de los cincuenta, la psicología social europea se consolida a lo largo de los años sesenta y experimenta durante la década siguiente una expansión que, salvando las distancias, hace pensar en la que conoció la psicología social norteamericana a partir de 1955. No es fácil, sin embargo, documentarse sobre los primeros años de la psicología social europea, y tan sólo me atreveré, tras un escueto repaso de la reaparición de la psicología social en distintos países, a comentar con más detalle la experiencia francesa. Esta revisión no será sólo escueta, sino también incompleta. En efecto, hay países para los cuales mi documentación es excesivamente escasa, como Italia por ejemplo, donde la psicología social actual se ha desarrollado vigorosamente en torno a figuras como la de

Augusto **Palmonari** en Bolonia, o Piero **Amerio** en Torino. En otros países, como Suiza por ejemplo, la institucionalización de la psicología social es demasiado reciente para que tenga sentido rastrear las décadas de los cuarenta o de los cincuenta. Esto no significa, por supuesto, que no existan en la actualidad figuras de primerísimo plano como en este caso las de Wilhelm **Doise**, Gabriel **Mugny**, Claude **Deschamps**, o Mario **von Cra-nach**. Por fin, existen otros países sobre los cuales temería incurrir en demasiadas inexactitudes, como es el caso, por ejemplo, de la **Unión So-viética**, para la cual remito a excelentes estudios como los de Federico Munné y Lloyd Strickland (Munné, 1985; Strickland, 1979; también se puede consultar al respecto la revista *Soviet Psychology*).

En **Alemania**, el discípulo de Wundt, Willi **Hellpach**, del que ya he hablado en un apartado anterior, volverá a manifestarse en 1946 con la publicación de un manual de psicología social, seguido en 1956 de un capítulo dedicado a la psicología social incluido en el seno de un tratado de sociología (Hellpach, 1946, 1956). Pero será su discípulo Hans **Anger** quien, tras haber permanecido algún tiempo en Estados Unidos, impulsará el resurgir de la psicología social en Alemania, ocupando la primera cátedra creada para la disciplina y fundando en 1962 el primer instituto de psicología social.

Curiosamente, serán los sociólogos quienes en Alemania darán hospitalidad a las primeras manifestaciones de la disciplina (Blanco, 1982). En el año 1970, la psicología social alemana contará por fin con un órgano de expresión propio, tras la creación de la **Zeitschrift für Sozialpsy-chologie**.

En **Inglaterra**, se funda en 1946 el famoso Stavistock Institute of Human Relations, que mantendrá relaciones privilegiadas con el National Training Laboratory de Bethel (Maine), fundado por Kurt Lewin. Al año siguiente, el instituto Stavistock lanza una revista, **Human Relations**, que desempeñará un cierto papel en la psicología social británica. A principios de los años cincuenta, Michael **Argyle** se muestra ya activo en la disciplina (Argyle, 1951), y Hilde **Himmelweit** emprende su estudio longitudinal sobre la socialización política, que abarca un período de 25 años, desde 1951 hasta 1974 (Himmelweit y otros, 1981). Pero será a finales de los cincuenta cuando empezará a manifestarse con fuerza la figura de Henri **Tajfel**, quien da a conocer por esas fechas sus estudios inspirados en los trabajos de Jerome S. Bruner sobre percepción social. Estas investigaciones le conducirán, años más tarde, a elaborar una influyente teoría sobre la **categorización social** y sobre las **relaciones entre los grupos** (Tajfel,

1959a, 1959b; Tajfel y Wilkes 1963a, 1963b). Tajfel consiguió aglutinar en su Universidad de Bristol un activo núcleo de jóvenes investigadores entre los que figuraban nombres tan importantes para la actual psicología social europea como los de Howard **Giles** o John C. **Turner**, sin olvidar otros jóvenes investigadores como Michael **Billig** o Richard **Eiser**, que por aquel entonces también colaboran con él. Tajfel será, además, uno de los pocos europeos que serán solicitados para contribuir con un capítulo al *Handbook of Social Psychology*. Cabe señalar, por fin, que en 1961 se crea el **British Journal of Social and Clinical Psychology**, revista que no pasará a dedicarse exclusivamente a la psicología social hasta la década de los setenta bajo el título de **British Journal of Social Psychology**.

En **Holanda y Bélgica**, donde existen actualmente potentes núcleos de psicología social, tan sólo mencionaré para la época considerada los interesantes trabajos, en el primero de los países citados, de Mauk **Mulder** sobre las relaciones de poder (Mulder, 1959, 1960) y, en el segundo, las investigaciones de Jozefel M. **Nuttin** Jr. sobre la disonancia cognitiva (Nuttin, Jr. 1964). También es preciso señalar que Ragnar **Rommetveit** presenta, desde Noruega, un temprano e internacionalmente influyente libro sobre *Normas y Roles Sociales* (Rommetveit, 1954), con el que inaugura un largo período de activas contribuciones a la disciplina.

En **España**, la institucionalización académica de la psicología social será más tardía que en los demás países europeos, debido sin duda a sus peculiares características socio-políticas, produciéndose tan sólo en vísperas de los setenta. Sin embargo, a partir de 1946 ya aparecen, en la recién creada **Revista de Psicología General y Aplicada**, una serie de reseñas sobre las producciones de la psicología social norteamericana (Mallart, 1946; Siguan, 1947, y otras en los años sucesivos), que serán seguidas en 1952 por una exposición de G. Germani, en la *Revista Internacional de Sociología*, sobre el estado de la psicología social en Estados Unidos. El año siguiente aparece un trabajo de José Luis **Pinillos** sobre las actitudes sociales primarias. En la década de los cincuenta, también aparecen dos textos de Miguel **Siguan**, uno sobre las experiencias americanas de Elton Mayo, y otro sobre las técnicas de juego de rol, así como un estudio de G. **Moya** sobre la psicología de los rumores (Siguan, 1957, 1958; Moya, 1955).

Ya en la década de los sesenta, se celebra, bajo la presidencia de José Luis Pinillos, un primer **Simposio de Psicología Social** en el marco del Primer Congreso Nacional de Psicología, dando lugar a la presentación de un buen número de trabajos que serán reproducidos en la Revista de

Psicología General y Aplicada (Revista de Psicología General y Aplicada, 1963, **18**, n. 68 y 69). El mismo Pinillos publicará una serie de estudios a lo largo de los sesenta (Pinillos, 1963, 1965a, 1965b, 1969), y Miguel Siguan dará a conocer en 1962 sus «fundamentos antropológicos de la psicología social» (Siguan, 1962). Ya hacia finales de los sesenta, aparece un estudio de Amando **de Miguel** sobre maquiavelismo, otro de José Luis **Buceta** sobre pequeños grupos, uno de Federico **Munné** sobre los medios de comunicación social, y varios textos de José Ramón **Torregrosa**, generalmente sobre la temática teórica y aplicada de las actitudes, publicados algunos de ellos en colaboración con Juan Díez-Nicolás (De Miguel, 1966; Buceta, 1968; Munné, 1969; Torregrosa, 1968, 1969; Díez-Nicolás y Torregrosa 1967, 1969).

Llama la atención la ausencia de publicación de libros que, si exceptuamos el que publica Montoya sobre las aplicaciones de la sociometría a la pedagogía (Montoya, 1961), no empezarán a editarse hasta la década de los setenta, si bien se traducen algunos textos norteamericanos, como por ejemplo el manual de Krech, D.; Crutchfield, R., y Ballachey, E. en 1965. (Para una información mucho más documentada que abarca los campos afines a la psicología social, consultar el estudio ya mencionado de Florencio Jiménez Burillo, publicado en 1976.)

En **Francia**, la psicología social empieza a institucionalizarse en la Universidad de Burdeos con Jean **Stoëtzel**, y en la de París con el psicoanalista, pero también psicólogo social, Daniel **Lagache**. Tras presentar en 1943 lo que se puede considerar como la primera Tesis Doctoral de psicología social (Stoëtzel, 1943), Jean Stoëtzel pasa a ocupar en 1945 la cátedra fundada por Emile Durkheim, y a impartir en 1947 los primeros cursos de psicología social. En París, Daniel Lagache inaugura, también en 1947, una serie de cursos de psicología social que serán publicados en años sucesivos en el **Bulletin de Psychologie**, creado por una asociación de estudiantes de psicología. Así, en 1947 se publica el curso sobre *Psicología de la vida social*, en 1948 el que versa sobre *Problemas técnicos de psicología social*, en 1950 un curso sobre *Nociones de psicología social*, y en 1951 otro sobre *Teoría de los grupos*. Si bien Lagache promueve la psicología social desde su cátedra de psicología de la Universidad de París, conviene señalar que, ya en 1937, Lagache había sucedido en Estrasburgo a la plaza de Charles Blondel, autor del anteriormente mencionado manual sobre *Psicología colectiva*. Sin embargo, el interés de Lagache por la psicología social se despierta realmente a partir de las noticias que recibe de Estados Unidos, tal y como lo hará constar en una nota auto-biográfica:

«Junto con los paquetes de alimentos, el final de la guerra me trajo las nuevas producciones de la psicología americana... extraje de ellas muchas ideas sobre un conductismo liberalizado, sobre la teoría del aprendizaje y sobre la psicología social.»

En 1952, Daniel Lagache funda el **Laboratorio de Psicología Social**, que será, hasta donde llega mi conocimiento, el primer laboratorio de psicología social de Europa y, hasta finales de los sesenta, el único existente en Francia. El núcleo inicial está formado por algunos de sus alumnos y colaboradores, como Didier **Anzieu**, Jean **Maisonneuve**, Serge **Moscovici** (quien pronto lo abandonará para integrarse en la École Pratique de Hautes Études), y sobre todo, Robert **Pages**, quien asumirá la dirección a finales de los sesenta, después de que Lagache, Stoëtzel y Daval hubieran pasado por él, pero que será desde los primeros momentos el auténtico motor del Laboratorio. Maisonneuve publica, ya en 1950, un primer libro introductorio a la psicología social (Maisonneuve, 1950), y en 1952 un trabajo sobre *El estudio de los pequeños grupos en los Estados Unidos* (Maisonneuve, 1952). La psicología de los grupos se convierte así en uno de los ejes vertebradores de la psicología social francesa, y a lo largo de los cincuenta irán apareciendo múltiples publicaciones sobre el tema (Pagés, 1954, 1959; Lambert, 1957; Lemaire, 1959; Maisonneuve, 1956; Montmolin, 1955; Flament, 1958). Serge Moscovici, quien bajo la dirección de Daniel Lagache está preparando entonces su clásica tesis sobre la **Representación Social**, se orienta más hacia la problemática de las opiniones (Moscovici, 1953, 1955a, 1955b), aunque también publica sobre la psicología de los grupos (Faucheux y Moscovici, 1958). Así mismo, conviene mencionar en esa época el libro que publica David Victoroff sobre George Herbert Mead (Victoroff, 1953), y la traducción de algunos manuales americanos de psicología social, como los de Krech y Crutchfield en 1952, el de Klineberg y el de Sprott, ambos en 1954. Pero no será hasta la década de los sesenta cuando irán apareciendo los primeros libros de texto de psicología social (Stoëtzel, 1963; Daval y otros, 1963; Levy, 1965; y el tomo IX del *Tratado de Psicología Social* dirigido por P. Fraisse y J. Piaget en 1965). En esa misma década de los sesenta, aparece el libro de Serge Moscovici sobre **representaciones sociales**, que abrirá una importante línea de investigación propiamente europea (Moscovici, 1961). Pocos años más tarde, el mismo autor establece las bases de otra importante línea europea sobre **influencia minoritaria** (Moscovici, Lage y Naffechoux, 1969). A finales de los sesenta, se produce ya una auténtica explosión de publicaciones de psicología social que sería fastidioso para los lectores relatar aquí. Sí conviene mencionar sin embargo

que, al igual que Henri Tajfel en Gran Bretaña, algunos psicólogos sociales franceses se abren paso en el ámbito internacional. Así, Robert **Pagés** colabora con un capítulo en el tratado de sociología empírica de René König (Pagés, 1961), mientras que en 1963 Serge **Moscovici** publica en el *Annual Review of Psychology* un estudio sobre actitudes y opiniones, otro sobre el lenguaje en los *Advances in Experimental Social Psychology* de 1967, y otro más sobre influencia minoritaria en los mismos *Advances* de Leonard Berkowitz en 1972 (Moscovici, 1963; Moscovici, 1967; Moscovici y Faucheux, 1972). Para concluir, señalemos que no existe en Francia, durante la época considerada, un órgano de expresión específico de la psicología social. Las investigaciones se publican esencialmente en *L'Année Psychologique*, el *Bulletin de Psychologie*, la revista *Psychologie Française*, el *Bulletin du C.E.R.P.* (en cuyo comité de redacción está Moscovici) y, más tarde, en *Connexions*, revista creada por la Asociación para la Investigación y la Intervención Psicológica (A.R.I.P.).

A principios de los años setenta, la situación ha madurado suficientemente para que la psicología social europea, con excepción de España, Italia y Portugal, donde aún tiene que consolidarse, emprenda una rápida expansión. La creación en 1971 de una revista propia, el ***European Journal of Social Psychology***, y de una prestigiosa colección de monografías, dirigida por Henri Tajfel hasta su fallecimiento accidental en 1982, la ***European Monographs of Social Psychology***, le darán los medios para dar a conocer internacionalmente sus resultados y sus planteamientos.

3.8. Conclusiones

Cuando a principios de los setenta la psicología social queda firmemente consolidada en Europa, su semejanza con la psicología social norteamericana es tan acentuada que difícilmente se pueden discernir matices diferenciadores. Se puede ver en ello el signo reconfortante de que la psicología social ha alcanzado un auténtico estatus de disciplina científica, puesto que no hay razones para esperar que la física, la química o la biología sean sustancialmente distintas según el lugar geográfico donde se elaboran. Sin embargo, no puedo compartir esa apreciación.

No se trata, por supuesto, de un ridículo chauvinismo europeísta, ni tampoco de una nostálgica añoranza por los tiempos en que la cultura europea ocupaba los primeros puestos, o de un absurdo afán diferenciador con todo aquello que proviene del imperio norteamericano. Participo, como el que más, del convencimiento de que los conocimientos no tienen patentes territoriales, y de que, para bien o para mal, éstos forman

parte de la historia compartida de toda la humanidad. En efecto, si las fronteras son siempre odiosas, aún se vuelven más irritantes cuando tratan de dificultar la diseminación apátrida de la más genuinamente humana de las producciones.

Mi disconformidad con la asimilación de las corrientes dominantes de la psicología social europea por las corrientes dominantes de la psicología social estadounidense tiene otras fuentes y obedece a otras razones que he pretendido ilustrar con este análisis historiográfico de la disciplina y que quedarán más nítidamente expuestas en el acercamiento epistemológico a la psicología social que presentaré en la segunda parte del libro.

Quizás exista un único método científico para establecer las regularidades a las que obedecen los objetos de la naturaleza física, para dilucidar las causalidades que operan en ella y para desvelar la estructura de sus componentes. Por mi parte, dejaré esta cuestión en suspenso y admitiré, provisionalmente, que el quehacer de las ciencias naturales está suficientemente justificado, aunque desde hace algún tiempo los científicos empiezan a dudar del alcance y de la validez de la racionalidad científica que les ha guiado durante más de tres siglos. Pero en el caso de las ciencias sociales, y muy particularmente de la psicología social, la situación es muy distinta, y no se puede dejar la cuestión en suspenso, ni siquiera provisionalmente.

Las rutas abiertas para la investigación de los fenómenos psicosociales eran múltiples, y si una de ellas ha prevalecido sobre las demás no parece que sea en razón de una mayor adecuación a las exigencias del objeto investigado. La prevalencia del «método positivo» en psicología social, simbolizado por el experimentalismo, pero no solamente por él, respondió a un conjunto de circunstancias ajenas en su mayoría al ámbito de la estricta racionalidad científica. Por razones históricas esto ocurrió en suelo norteamericano, en conformidad con una ideología científica, social y política bien determinada. A su vez, la implantación en Europa de una psicología social «al estilo americano» no fue sino el resultado del predominio político-económico internacional de Estados Unidos, más que el resultado de una opción fundamentada en la confrontación de argumentos sustantivos.

Es precisamente este estado de cosas, evidenciado por un atento examen de la historia de la disciplina, el que me lleva a propugnar una psicología social distinta de la que predomina actualmente en Estados Unidos. No tanto porque Europa deba tener una psicología social que le sea propia, u «autóctona», aunque existen argumentos para considerar que una ciencia social debe modularse en función de las condiciones locales y reflejar los rasgos de su entorno social, sino porque **la propia psicología**

social puede ser otra. En este sentido, es preciso explorar las rutas que se cerraron con la **«americanización»** de las ciencias sociales y dejar que sean los resultados sustantivos que se puedan conseguir, tanto a nivel empírico como a nivel teórico, quienes zanden la validez y el interés de las diferentes posturas epistemológicas por encima de las condiciones socio-políticas imperantes y del tipo de racionalidad que estas condiciones contribuyen a legitimar.

PARTE II

**LA PSICOLOGÍA SOCIAL
CONTEMPORÁNEA**

1. LA INEXCUSABLE EXIGENCIA EPISTEMOLÓGICA

Para delinear las características **sustantivas** de una disciplina y acceder a un entendimiento cabal de su naturaleza, es preciso investigar cuáles fueron sus condiciones de formación, así como las vicisitudes de su desarrollo. En este sentido, la **reconstrucción histórica** realizada en la primera parte de este libro nos ha acercado sin duda a una cierta inteligencia de la psicología social. Pero sería sumamente ingenuo pensar que hemos agotado de esta forma su plena comprensión. En efecto, es indispensable completar el necesario enfoque genealógico con un acercamiento, tan preciso como sea posible, a las formulaciones más **actuales** de la disciplina, así como a sus controversias más recientes, e incluso a sus perspectivas de futuro. Es precisamente esta tarea la que ahora me propongo desarrollar desde una perspectiva que enfatiza nuevamente la exigencia **contextualista**.

En efecto, ninguna disciplina puede ser explicada con independencia del entorno concreto en el que se desenvuelve, y menos aún si se trata de una disciplina social. Es evidente que la psicología social nunca fue impermeable ni a las coyunturas sociales y políticas, ni a la evolución de sus más vecinas disciplinas, ni tampoco a las grandes controversias que agitan el mundo de la epistemología y que se interrogan sobre la **naturaleza de los saberes científicos**. Para explicar adecuadamente la psicología social es preciso, por lo tanto, recurrir también a todo este contexto que la circunda, sin olvidar incluir en él las cuestiones metodológicas.

En efecto, las **cuestiones metodológicas**, los problemas que suscitan

y las opciones que implican son inseparables a su vez del propio contenido sustantivo de la disciplina. Es evidente que tampoco se puede dar cuenta de la naturaleza de la psicología social sin antes haber realizado un examen minucioso de la problemática metodológica.

Es preciso examinar la psicología social contemporánea para avanzar un paso más en la comprensión de la naturaleza de la disciplina. Sin embargo, no es fácil delimitar con precisión lo que conviene entender por psicología social **«contemporánea»**. Por mi parte, he decidido, de una forma que puede parecer arbitraria, fijar los inicios de la contemporaneidad en torno al cambio de década entre los años sesenta y los años setenta.

Un conjunto de «factores internos» y de «factores externos», acaecidos por esas fechas, pueden ser invocados para mitigar la arbitrariedad de esta decisión. En efecto, es por aquel entonces cuando se articula la **«crisis de la psicología social»**, a la vez que se inicia el **«giro cognitivista»**, y que aparece el **«resurgir del interaccionismo simbólico»**. Es también por esas fechas cuando se empieza a manifestar en el plano internacional una **«psicología social europea»** claramente consolidada. Junto con esta serie de factores internos, también aparecen por aquel entonces una serie de factores externos que incidirán sobre las ciencias sociales. Cabe mencionar, en este sentido, el surgimiento de una **«contestación social»** de nuevo cuño que engendra nuevos movimientos sociales y nuevas identidades políticas, así como la aparición de la **«crisis económica»** con sus innumerables repercusiones sociales, especialmente en el campo del trabajo y del desempleo, y por fin, es también por esas fechas cuando se perfila la llamada **«nueva filosofía de la ciencia»**. En conjunto, se trata de un cúmulo suficiente de acontecimientos para poder considerar, con razonable evidencia, que con el inicio de los años setenta la psicología social entra efectivamente en una nueva época que aún perdura en la actualidad.

2. LAS GRANDES ORIENTACIONES TEÓRICAS «TRADICIONALES» Y SUS CORRESPONDIENTES TEORÍAS DE MEDIO ALCANCE

Hace ya tiempo que los científicos han abandonado la ingenua creencia **inductivista** según la cual la ciencia procede por acumulación de datos, extrayendo a partir de su análisis los conocimientos sobre las regularidades a las que obedecen los correspondientes fenómenos. De hecho, se puede decir que los «datos» ni siquiera existen antes de que una determinada teoría los **instituya** como tales.

También ha dejado de ser unánimemente aceptada la validez de la concepción **hipotético-deductiva** estricta, según la cual se formulan predicciones, o hipótesis, a partir de una determinada teoría y se comprueba ulteriormente si los datos confirman efectivamente la predicción o satisfacen las hipótesis, demostrando así la verosimilitud de la teoría. El «**verificacionismo**» mostró rápidamente sus propias limitaciones, y se sabe hoy en día que jamás se puede afirmar que una formulación teórica ha sido confirmada, en sentido estricto, por la experiencia (Popper, 1935). Sin embargo, no es el problema de la confirmabilidad frente a la refutabilidad el que aquí nos interesa, sino el hecho de que ninguno de los «datos» a los que se recurre para comprobar la aceptabilidad de una teoría está libre a su vez de **determinaciones teóricas**. No sólo no existen datos antes de que se disponga de una teoría que permita detectarlos como tales, sino que tampoco existen datos que sean «**puramente datos**», es decir, que no estén parcialmente conformados por las teorías que los hacen existir

como tales datos. Pero es más, las teorías dependen, a su vez, de los **presupuestos meta-teóricos** que inspiran los «sistemas teóricos» en los que se insertan. No es preciso recurrir al concepto de «Thematas», acertadamente elaborado por Gerald Holton (Holton, 1978) para entender que ninguna teoría existe separadamente, y que siempre está conectada con una «población» de teorías afines en el seno de lo que podríamos llamar un **«Programa de Investigación»** (Lakatos, 1978) o un **«Paradigma Científico»** (Khun, 1962).

En psicología social, como en cualquier otra ciencia, es preciso, por lo tanto, contextualizar los resultados producidos por la investigación haciendo referencia a las teorías que los posibilitan, y enmarcar a su vez estas teorías en el seno de los sistemas teóricos a los que pertenecen.

Como es sabido, los grandes marcos teóricos en los que se encardinan las investigaciones psicosociales provienen en su mayoría de la Psicología y, en menor grado, de la Sociología.

Hasta los años setenta, estos marcos solían resumirse, con alguna variante, en los siguientes: **Conductismo, Gestaltismo, Orientación Psicoanalítica y Teoría del Rol**. Algunas veces se dedicaba un epígrafe específico a la **Teoría de Campo** lewiniana, extrayéndola de su contexto gestaltista; otras veces, aunque pocas, se abría un epígrafe para mencionar el **Interaccionismo Simbólico** y, ante el auge de las teorías de la consistencia cognitiva, también se hablaba a veces de una **Orientación Cognitivista**, ensanchando así el marco gestaltista.

Por mi parte analizaré los siguientes marcos teóricos:

- a) **Las orientaciones socio-conductistas**, utilizando deliberadamente el plural para reflejar la conocida diversidad de enfoques dentro de este sistema teórico (MacKenzie, 1977);
- b) **Las orientaciones socio-gestaltistas**, enfatizando, por medio de la adjetivación de la palabra «gestalt», la transformación que sufrió esta orientación cuando se incorporó al campo de lo social. Se incluye aquí la **teoría del campo** lewiniana pero, por otra parte, no recurre a la palabra «cognitivismo» o «socio-cognitivismo», por considerar que, en sentido estricto, sólo se puede justificar esta denominación en un período ulterior que analizaré al examinar las «nuevas orientaciones»;
- c) **Las orientaciones psicoanalíticas**, en sus variantes «ortodoxas» y «neo-freudianas»;
- d) **La orientación de la teoría del rol**, con sus fuentes sociológicas y antropológicas, y por fin
- e) **Las orientaciones del interaccionismo simbólico** en sus matizadas variedades.

2.1. Las orientaciones socio-conductistas

En su capítulo sobre «La teoría del aprendizaje en la psicología social contemporánea», Bernice Lott y Albert Lott, dos insignes representantes de esta orientación, declaran que:

«las teorías del aprendizaje nunca han llevado la voz cantante en psicología social», y reconocen, unas líneas más arriba, que «En comparación con sus colegas de hace 20 años, los psicólogos sociales actuales que recurren a los principios del aprendizaje para interpretar y predecir el comportamiento social han menguado en número, en visibilidad, y en representación, en nuestras principales revistas» (Lott y Lott 1985, p. 130).

Lo cierto es que la psicología social nunca padeció el predominio hegemónico que los conductistas ejercieron durante un tiempo sobre la psicología general. En efecto, aunque el **conductismo metodológico** de **Watson** influyó en cierta medida la psicología social representada por **Floïd Allport**, consiguiendo que prevaleciera el interés por la conducta «observable» y por la «operacionalización» estricta de los conceptos, es preciso reconocer que no sólo no consiguió engendrar una auténtica «escuela» en psicología social, sino que dejó paso muy rápidamente a las versiones menos radicalmente positivistas del conductismo. En efecto, la influencia dominante en el seno de la psicología social de signo behaviorista se ejerció básicamente a partir del neo-conductismo, o conductismo mediacional, de **Hull** y de **Spence**, elaborado principalmente en la Universidad de Yale. Ya he mencionado en el capítulo historiográfico las **teorías de la imitación** de Dollard y Miller, así como su **teoría de la frustración-agresión** y los numerosos trabajos, realizados bajo el impulso de Hovland, sobre la **teoría de la comunicación persuasiva**, pero la influencia de Hull-Spence tuvo un alcance mucho más amplio.

Así por ejemplo, cabe citar en la línea de esta influencia las investigaciones de Leonard **Berkowitz** y de Albert **Bandura** sobre el fenómeno de la agresión. Estas investigaciones recalcan la importancia que tienen los factores situacionales y, sobre todo, las «cues» o indicaciones, incluso simbólicas, que se hallan presentes en una situación, para desencadenar o para facilitar la manifestación de conductas agresivas, sin que sea preciso recurrir al problemático concepto psicoanalizante de «frustración» (Berkowitz, 1962; Bandura, 1973). El mismo Bandura desarrollaría una influyente **teoría del aprendizaje social** basada en el concepto de aprendizaje vicario (Bandura y Walters, 1963). Esta teoría evolucionaría ulteriormente

te hacia la toma en consideración, cada vez más acentuada, de las determinaciones intrínsecas al propio individuo, desembocando finalmente en una **teoría socio-cognitiva** escasamente homologable con los planteamientos clásicos del conductismo (Bandura, 1986). La perspectiva de Hull, pero más aún la de Spence, se encuentra también presente en la **teoría de la facilitación social** elaborada por Robert Zajonc. El planteamiento de Zajonc considera que la **simple presencia** de un congénere eleva el nivel de actividad general del organismo y se traduce conductualmente por una facilitación de la emisión de las «respuestas dominantes». De esta forma, la copresencia eleva el rendimiento individual si la actividad que debe realizar el individuo exige la producción de respuestas dominantes, y lo inhibe, por el contrario, si esa actividad implica la emisión de respuestas dominadas (Zajonc, 1965). Por su parte, Albert Lott y Bernice Lott, así como Don Byrne, han aplicado los enfoques neo-conductistas al estudio de la atracción interpersonal (Lott y Lott, 1972; Byrne y Nelson, 1965), mientras que otros investigadores hacían lo mismo en el tema del altruismo. Siguiendo con el examen de la influencia neo-conductista, es preciso mencionar el intento de R. Weiss de aplicar directamente los principios de la teoría del aprendizaje de Hull al fenómeno de la comunicación persuasiva (Weiss, 1968), así como la tentativa de Charles Osgood de estudiar el significado desde una perspectiva mediacional (Osgood, 1952), sin olvidar los esfuerzos del infatigable Arthur W. Staats para reunificar el conductismo social en base a la formulación de su «conductismo paradigmático» (Staats, 1975, 1983). También es preciso mencionar la influyente **teoría del «locus of control»**, elaborada por Julian B. Rotter (Rotter, 1966), y la primera versión de la **teoría del desamparo aprendido**, de Martin P. Seligman (Seligman, 1975), que tiene un claro sabor conductista, aunque no sea precisamente hulliano, acercándose más tarde a una formulación claramente influenciada por la teoría de la atribución en una segunda versión de su teoría.

Por otra parte, el conductismo radical de **Skinner** también dejó huella en el conductismo social. Ya he comentado anteriormente la obra de George C. **Homans**, y su aplicación del funcionalismo skinneriano a las conductas sociales elementales, desembocando en la formulación de una **teoría del intercambio social**. La influencia de Homans sobre John **Thibaut** y Harold **Kelley** ha conducido a que ciertos autores, como Morton Deutsch y Robert M. Krauss, por ejemplo, ubiquen a Kelley en el marco de la teoría del aprendizaje (Deutsch y Krauss, 1965); sin embargo, la filiación lewiniana de Kelley no permite compartir plenamente esta categorización. Lo que sí podemos situar bajo la influencia directa del conductismo radical es sin duda la **teoría de la auto-percepción** de Daryl **Bem**, quien pre-

sentó una crítica y una alternativa brillante a la explicación del cambio de actitud ofrecida por la teoría de la disonancia cognitiva. Señalemos por fin que McGinnies intentaría, por su parte, aplicar el funcionalismo skinneriano al conjunto de la psicología social, editando en 1970 un manual de psicología social claramente enmarcado en la tradición funcionalista (McGinnies, 1970).

Por encima de sus diferencias y de sus controversias internas, las diversas orientaciones conductistas comparten una misma convicción de que la conducta social se adquiere fundamentalmente a través de un proceso de condicionamiento, ya sea instrumental, ya sea clásico. A partir de esta convicción, su propósito consiste en explicar las conductas sociales en términos de los principios generales del aprendizaje, válidos según los conductistas para dar cuenta del conjunto de la conducta humana. Así, su «programa de investigación» queda definido por la tentativa de:

«... predecir la conducta social de la persona a partir del conocimiento de los eventos situacionales y de la experiencia previa que haya tenido la persona con esos eventos (o con eventos similares)» (Lott y Lott, 1985, p. 109).

Merece la pena subrayar, antes de concluir este apartado, la profunda influencia que el evolucionismo de Darwin ha ejercido sobre la formulación y el desarrollo del conductismo social (Woodward, 1982). Por analogía con la **teoría de la evolución**, se puede decir que, para los conductistas, los eventos que se producen en el entorno de los sujetos seleccionan la gama de conductas que quedarán estabilizadas y que «sobrevivirán» en el seno del repertorio conductual de los individuos.

2.2. Las orientaciones socio-gestaltistas

La masiva llegada a Estados Unidos, durante los años 30, de psicólogos alemanes formados en la tradición de la «Gestalt», incluyendo algunos de los más destacados artífices de esta tradición, permitió que se estableciese, en la psicología social norteamericana, un foco de influencia alternativo al que representaba el conductismo en sus distintas modalidades. Las propias características de la orientación gestaltista facilitaron su rápida extensión en el campo de la disciplina psicosocial. En efecto, su concepción «molar» de los procesos psicológicos, frente al «elementarismo» del enfoque conductista, y su énfasis sobre la actividad constructiva del ser humano, frente al determinismo ambientalista de los conductistas,

hacían de ella un instrumento aparentemente más adecuado para abordar los fenómenos psicosociales de lo que podía serlo el enfoque conductista, por mucho que se «liberalizase». Otros tres factores contribuyeron a propiciar la extensión y la influencia del gestaltismo.

En primer lugar, la adscripción de la gestalt a la tradición **experimentalista** la preservó de muchas de las críticas positivistas que obstaculizaron la expansión de otras orientaciones irreducibles al conductismo, como por ejemplo, el interaccionismo simbólico. En segundo lugar, su énfasis sobre el carácter «activo» del ser humano resultó estar en estrecha consonancia con la **ideología dominante** en Estados Unidos, que privilegiaba la imagen de la **autonomía individual** frente a los determinismos externos de tipo socio-estructural, y que encontraba en el concepto de «self-made man» uno de sus reclamos más populares. En tercer lugar, las resonancias fenomenológicas, que estaban presentes en la gestalt, redundaban en esa misma debilitación de la importancia de los **determinismos socio-estructurales**, insistiendo en la idea de que lo que de verdad importa no es tanto la propia realidad, sino la forma en que la interpretan las personas. Sin duda, conviene añadir a estos tres factores el hecho puramente coyuntural de que personalidades científicas tan carismáticas como Kurt Lewin se orientaran hacia la investigación psicosocial, prestigiando considerablemente el enfoque gestaltista en la disciplina.

Todos estos elementos contribuyeron a que después de la Segunda Guerra Mundial la orientación predominante en psicología social perteneciera incontestablemente al «paradigma gestaltista». Los mismos factores que posibilitaron la penetración gestaltista en la psicología social fueron responsables de que se acentuaran en las décadas siguientes los rasgos del gestaltismo que estaban en mayor sintonía con la ideología norteamericana. En efecto, se acentuó el **aspecto fenomenológico**, propiciando, como veremos más adelante, un curioso acercamiento con el interaccionismo simbólico por mediación de las teorías de la atribución; se acentuó así mismo el interés por los **procesos cognitivos «internos»** en base a los cuales el individuo interpreta/construye la realidad; también se acentuó en consecuencia el **reduccionismo psicologista** e individualista en otra curiosa confluencia, esta vez con el propio conductismo, a la vez que se acentuaba el **experimentalismo** como medio para producir conocimientos «útiles»; y, por fin, se acentuó el **anti-historicismo**, propiciando una centración sobre el aquí y ahora de las interacciones sociales.

La **teoría del campo**, gestada por Lewin antes de que emigrara a Estados Unidos y se insertara en la psicología social, ilustra sin duda muchos de los supuestos que acabo de mencionar. A primera vista, la teoría de Lewin parece reconocer el carácter determinante del entorno y, por lo tan-

to, del contexto social, puesto que presenta al individuo como un ser permanentemente inmerso en un «campo de fuerzas» cuya «composición» última decide la manera en que actúa la persona. Pero Lewin recalca que se trata de **«fuerzas psicológicas»**, relacionadas con las expectativas, las necesidades y, en definitiva, con la **percepción** que tiene el individuo de la realidad en la que está inmerso. Junto con este énfasis sobre la **realidad fenomenológica**, Lewin insiste en el **«presentismo»** que debe orientar el análisis de las conductas sociales. En efecto, lo que realmente importa para predecir la conducta no es tanto la forma en que una persona ha llegado a una determinada situación, sino la propia situación tal y como esa persona la vive en el momento presente. Si la génesis de la situación no reviste importancia, es obvio que se puede prescindir, por lo tanto, de toda perspectiva histórica. Por fin, como ya hemos visto, Lewin será uno de los máximos propagadores del experimentalismo en psicología social, demostrando que este método permite abordar situaciones complejas y fenómenos molares. El anti-elementarismo de la gestalt propiciará también el hecho de que, bajo el impulso de Lewin, la psicología de los grupos vuelva a interesar a los psicólogos sociales, después del relativo ostracismo al que había sido condenada por la filípica de Allport contra la «falacia grupal» de McDougall.

La teoría del campo de Lewin se apoya fuertemente en el concepto de **«sistema»**, pero adoptando una perspectiva «dinámica» que considera los sistemas en un estado de permanente **«tensión»** (Lewin, 1935, 1951). En este sentido, se puede considerar que la teoría del campo anticipa con muchos años de adelanto la importancia que ha adquirido en la actualidad el concepto de sistema en **equilibrio meta-estable**, es decir, el concepto de un sistema que disipa constantemente energía para no alejarse de su punto de equilibrio más allá de ciertos márgenes tolerables de fluctuación. Parece claro que Festinger, sin tener quizá clara conciencia de ello, se inspiró fuertemente en las características de los sistemas meta-estables para formular su teoría de la disonancia cognitiva (Festinger, 1957). Esos mismos conceptos de «sistema» y de «tensión» constituyen elementos nucleares de la otra gran fuente de inspiración de las **teorías de la coherencia cognitiva**, es decir de la **teoría del equilibrio estructural** formulada por Fritz **Heider** desde presupuestos claramente gestaltistas y connotaciones fenomenológicas tan nítidas como las que marcan la obra de su amigo Kurt Lewin. En efecto, tanto Heider como Lewin consideran que para poder explicar la conducta no es suficiente con tomar en cuenta las características de la situación en que se encuentra una persona, sino que también es preciso conocer la forma en que la persona construye psicológicamente esa situación para ella misma y desde ella misma (Heider,

1958). Con el tiempo, la obra de Fritz Heider *La psicología de las relaciones interpersonales* se convertiría en una de las fuentes de inspiración más fecundas de la psicología social contemporánea. No sólo alimentará la construcción de las **teorías de la coherencia cognitiva** y de las **teorías de la atribución** (Jones y Davis, 1965; Kelley, 1967), sino que el énfasis que Heider puso sobre la **«psicología ingenua»** y sobre las **explicaciones de sentido común** formuladas diariamente por las personas para dar cuenta de sus propias conductas y de las actuaciones de las demás personas, anticipa el interés actual por los procesos inferenciales que caracterizan el pensamiento cotidiano, así como por las llamadas explicaciones «cotidianas» de la conducta social en la vida de cada día (Antaki, 1981).

El tercer «grande» de la psicología social gestaltista, Solomon **Asch**, contribuirá, con sus estudios sobre la **formación de las impresiones** (Asch, 1946), a potenciar la idea, retomada por el «new look in perception» de **Bruner** y otros, según la cual la percepción, lejos de constituir una simple «fotografía» de la realidad, presenta propiedades **estructurantes** de la representación de la realidad, y está modulada a su vez por una serie de factores subjetivos. Diez años más tarde, los estudios de Asch en torno al fenómeno del **conformismo social** (Asch, 1956) marcarán toda una generación de investigaciones acerca de la **presión social del grupo** y sobre los procesos de **influencia**, desembocando directamente tanto sobre los trabajos de Stanley **Milgram** en torno a la **obediencia** (Milgram, 1963), como sobre el concepto de **influencia minoritaria** de Serge **Moscovici** (Moscovici, 1976). Los trabajos de Asch, que se habían iniciado, por supuesto, mucho antes de que viera la luz su texto de 1956, no son ajenos a la formulación de la **teoría de la comparación social** por parte de Festinger (Festinger, 1954). En efecto, Festinger combinará los resultados de los experimentos de Sherif sobre la emergencia de las normas sociales, con los estudios de Hyman sobre los grupos de referencia, y con las investigaciones de Asch sobre el conformismo, para elaborar una teoría que pretende explicar la manera en que las personas recurren a las opiniones de sus semejantes para chequear la validez de las suyas y formarse así una imagen de la realidad social. La teoría de la comparación social influenciará más tarde la **teoría de la afiliación** formulada por Stanley Schachter (Schachter, 1959), y marcará, algunos años más tarde, su conocida **teoría bifactorial de las emociones** (Schachter y Singer, 1962).

A medida que las primeras investigaciones y los primeros planteamientos de Asch, de Heider y de Lewin fueron suscitando el desarrollo de otras investigaciones y de otras formulaciones teóricas, se fue difuminando, o diluyendo, el nítido sabor gestaltista que marcaba los puntos de partida iniciales. Sin embargo, no se comete una gran exageración al afirmar que

una buena parte de la psicología social contemporánea descende directamente del vigoroso gestaltismo psicosocial que impregnaba las obras de Asch, de Heider y de Lewin.

2.3. Las orientaciones psicoanalíticas

El propio fundador de la escuela psicoanalítica desarrolló su peculiar análisis de algunos fenómenos psicosociales, publicando una serie de textos sobre la génesis del hecho social, sobre las características de la cultura y sobre la psicología de las masas. En efecto, Sigmund **Freud**, conocedor de los trabajos de Gustave Le Bon y también de los escritos de Wilhelm Wundt, aplicó los esquemas conceptuales de su propio sistema teórico al análisis de algunos de los temas desarrollados por estos autores, produciendo un conjunto de cinco libros que constituyen su aportación directa a la temática psicosocial. Se trata, como es bien conocido, de *Totem y tabú*, publicado en 1912, de *Psicología de las masas y análisis del yo* en 1921, de *El porvenir de una ilusión* en 1928, de *El malestar en la civilización* en 1930, y por fin, de *Moisés y la religión monoteísta*, publicado en 1939. Tan sólo comentaré muy brevemente aquí los dos primeros. En *Totem y tabú*, Freud discrepa de la postura expresada por Wundt acerca del origen de los pueblos, y explica la génesis de la estructura social a partir del «crimen primal» que permite a los jóvenes machos de la tribu destruir el poder despótico del padre fundador e instituir lo social como represión interiorizada y como sublimación de las pulsiones. En la segunda obra, Freud, seducido por los conceptos de «emergencia de la irracionalidad» y de «sugestibilidad» a los que recurre Le Bon para dar cuenta del comportamiento de las masas, centra en el fenómeno del liderazgo la explicación de las conductas colectivas y de las instituciones sociales. La identificación «edípica» con el jefe asegura, a través de una relación ambivalente de amor-odio, la estabilidad de los grupos.

Por supuesto, los planteamientos psicosociales de Freud son más sutiles de lo que queda reflejado en esta breve caracterización, extremadamente simplificada. Pero sobre todo, conviene tener presente que la psicología social de Freud trasciende ampliamente sus obras específicamente sociales y que está presente a tal punto en algunos de los conceptos claves del propio psicoanálisis que algunos autores no han dudado en afirmar que el psicoanálisis es, plenamente, una psicología social. Sin embargo, no interesa proceder aquí a una exégesis del pensamiento psicosocial que subyace en los textos de Freud, sino calibrar el impacto que ha tenido el psicoanálisis en la formulación de algunas de las teorías sustantivas o

de los enfoques clásicos de la psicología social.

Los investigadores del Instituto de Relaciones Humanas de Yale intentaron compaginar los supuestos del conductismo mediacional de Hull con algunas de las formulaciones del psicoanálisis. Así por ejemplo, la **teoría de la frustración-agresión** de Miller y Dollard se basa parcialmente en conceptos freudianos. Otros investigadores, como por ejemplo Irving **Sarnoff** y Daniel **Katz**, recurrieron a las aportaciones de Freud para desarrollar una **teoría funcional de las actitudes** (Sarnoff, 1960; Katz, 1960). Pero la influencia del psicoanálisis se dejó sentir esencialmente a través de tres corrientes representadas por: los «neo-freudianos», los «freudo-marxistas», y los «post-freudianos». El solapamiento parcial entre esas tres corrientes explica que algunos de los autores que mencionaré a continuación figuren simultáneamente en varias de ellas.

Los neo-freudianos se inspiraron básicamente en la crítica que Alfred **Adler** dirigió al biologismo de Freud y a su excesiva centración sobre la libido. Autores como Abraham Kardiner, Eric Fromm, Karen Horney, Harry S. Sullivan y Erik H. Erikson analizaron la relación entre persona y sociedad desde un punto de vista que, aun siendo muy próximo a las tesis de Freud, otorgaba una mayor importancia a los factores culturales de la personalidad, alejándose así del fuerte énfasis puesto por Freud sobre la primera infancia por una parte, sobre la libido y las pulsiones biológicas por otra parte, y finalmente sobre la esfera del inconsciente. A través, fundamentalmente, de Abraham **Kardiner**, los neo-freudianos incidieron fuertemente en el desarrollo de la **antropología cultural**, influenciando a una serie de investigadores como Margaret Mead, Ruth Benedict, o Ralph Linton.

Los freudo-marxistas provinieron esencialmente de la escuela de Frankfurt, como es el caso de Herbert **Marcuse** y de Theodor **Adorno**, por ejemplo, y es a través del trabajo realizado por este último sobre **«La personalidad autoritaria»** como se ejerció la influencia más visible de esta corriente sobre la psicología social.

Aunque tenga una importancia relativamente marginal, es preciso mencionar también en esta línea el impacto que tuvieron algunas de las formulaciones de Wilhelm **Reich**.

Por su parte, los post-freudianos recalcaron la relativa autonomía del «yo» respecto de las otras instancias de la personalidad, desembocando en la **«Ego Psychology»**, que no tendría mayor incidencia en la psicología social, mereciendo tan sólo que se mencione aquí la adscripción de Gordon W. **Allport** a esta corriente y su posterior evolución hacia la llamada «psicología humanista» o «psicología del potencial humano», junto con Maslow y con Carl Rogers.

Al igual que el conductismo, la orientación psicoanalítica nunca ejerció una influencia preponderante en la psicología social y, parece que en los últimos años, su escasa influencia se haya debilitado aún más, dando así un lamentable pretexto a los editores del Handbook para excluir en la edición de 1985 el capítulo que tradicionalmente se le venía dedicando.

2.4. La orientación de la teoría del rol

El concepto de **rol social** presenta la particularidad de ser un concepto absolutamente esencial dentro de la psicología social, latiendo en casi toda la reflexión psicosocial sobre la relación entre persona y sociedad, y de constituir, sin embargo, un concepto absolutamente descuidado, por lo menos a nivel explícito, por esa misma psicología social. Como señala acertadamente Ragnar Rommetveit, el concepto de rol es un buen candidato para proporcionar un punto de articulación teórica entre la sociología y la psicología social, ya que constituye:

«... en la primera de esas disciplinas, la más amplia de las posibles unidades de análisis, y en la segunda, la más pequeña de esas unidades de análisis» (Rommetveit, 1954, p. 31).

Sin embargo, es la sociología, junto con la antropología cultural, quien ha cargado, casi en exclusiva, con la responsabilidad de desarrollar efectivamente las teorizaciones acerca del concepto de rol. Todo ha ocurrido como si la psicología social no pudiese ignorar, pese a su marcado individualismo, la incontestable realidad psicosocial de los roles, y decidiera, al mismo tiempo, no otorgarle demasiada atención de forma a no tener que verse abocada a dar cuenta de los importantes efectos que se desprenden de las múltiples inserciones de la persona en la estructura social.

Conviene acreditar a George Herbert **Mead** con una de las primeras y de las más sugestivas utilizaciones de la noción de rol para dar cuenta de la sociogénesis de las personas. En efecto, la capacidad de adoptar la posición del «otro» y de actuar hacia sí mismo desde esa posición, es decir, en definitiva el proceso de «**toma de rol**», constituye según Mead uno de los mecanismos básicos de la socialización y de la interiorización de las normas sociales, a la vez que proporciona un instrumento para construir la propia identidad (Mead, 1934). El antropólogo Ralph **Linton** contribuyó notablemente a desarrollar la teoría del rol mostrando la importancia que revisten los roles así como los diversos estatus, asignados o adquiridos, que ocupa el individuo en el seno de una sociedad para configurar

las bases culturales de la personalidad (Linton, 1936). Durante los años siguientes, las investigaciones sobre el fenómeno de los roles sociales abordaron temas como, por ejemplo, la naturaleza de los roles sexuales (Cottrell, 1942), la diferencia entre la «toma de rol» y el «juego de rol» (Coutu, 1951), los «conflictos de roles» (Getzels y Guba, 1954), acumulando un volumen de resultados suficientes para que Theodore A. **Sarbin** pudiera presentar en el Handbook de 1954 un denso capítulo sobre la «teoría del rol» (Sarbin, 1954). Cabe señalar así mismo que algunos años antes, L. J. Neiman y J. W. Hughes ya habían presentado una amplia revisión de la literatura sobre el concepto de rol (Neiman y Hughes, 1951). Tanto los investigadores afines al interaccionismo simbólico (Turner, 1956, 1978; Stryker, 1957; Heiss, 1981), como los que se sitúan más o menos en la esfera de influencia del funcionalismo estructuralista de Parsons (Merton, 1957; Borgata, 1961), contribuyeron activamente al estudio del concepto de rol, pero habrá que esperar a la sugestiva obra de Erving **Goffman** *La presentación del yo en la vida cotidiana* para encontrar un planteamiento que formule las últimas consecuencias de la **metáfora dramatúrgica** implícita en el propio concepto de rol (Goffman, 1959). Volveré más adelante sobre las originales investigaciones de Goffman, pero no se puede cerrar este apartado sin citar también las aportaciones de B. J. Biddle a la teoría del rol (Biddle, 1979; Biddle y Thomas, 1966), y sin señalar la publicación en Europa del trabajo de Anne Marie Rocheblave-Spenlé sobre el concepto de rol, por una parte, y sobre los roles masculinos y femeninos por otra (Rocheblave-Spenlé, 1962, 1964).

2.5. Las orientaciones del interaccionismo simbólico

Como ya hemos visto en el capítulo historiográfico, el interaccionismo simbólico constituye una rica y sugestiva corriente psicosociológica que se contrapone a la psicología social individualista, nutriéndose fundamentalmente en la reflexión teórica de George Herbert **Mead** y de los demás filósofos pragmatistas tales como William **James** y John **Dewey**, así como en las aportaciones de los sociólogos de la **Escuela de Chicago**, Charles Holton **Cooley** y William I. **Thomas** entre otros.

Herbert Blumer, quien en 1937 bautizó, como recordaremos, esta corriente de pensamiento con el nombre de Interaccionismo Simbólico, y se convirtió en su portavoz más visible, la definiría en base a tres premisas clave (Blumer, 1969):

- a) En primer lugar, el reconocimiento de que lo propio de los seres hu-

manos radica en actuar en relación con los objetos a partir del **significado** que éstos representan para ellos. Para explicar la conducta humana, es por lo tanto fundamental ir más allá de las supuestas características objetivas de las situaciones sociales y entender cuál es la definición subjetiva que da a la situación el propio individuo. Esta primera premisa acerca los planteamientos interaccionistas al socio-gestaltismo en un mismo énfasis sobre la **dimensión fenomenológica** de la realidad social. Recordemos que también Lewin y Heider privilegian el significado que tiene la situación **para** el individuo. Sin embargo, la orientación socio-gestaltista deja en la sombra lo que constituirá precisamente la segunda premisa básica del interaccionismo simbólico, es decir, el hecho de que la **génesis de los significados** se ubica en la propia interacción social.

b) En efecto, la segunda premisa del interaccionismo simbólico especifica que el significado de los objetos emerge a partir de las **interacciones sociales** que el individuo teje con sus semejantes. No se trata de que los demás nos «enseñen» cuál es el significado de las cosas, al estilo de lo que suponen las teorías del aprendizaje social; ni siquiera se trata de que los demás nos «transmitan» ese significado, sino que son las propias personas quienes lo **construyen**, o lo reconstruyen literalmente, a través de sus interacciones sociales. Este punto de vista, que guarda una evidente relación con las tesis de **Vigotsky** acerca de la anterioridad de lo interpsicológico sobre lo intrapsicológico, apunta a **dos supuestos básicos** del pensamiento de Mead y de la filosofía pragmatista.

El primero de estos supuestos es el de la «**reflexividad**», entendida como una propiedad esencial del ser humano. En efecto, la interacción social sólo es lógicamente posible en la medida en que los actores no son radicalmente ajenos los unos a los otros, compartiendo el suficiente número de características para que sus actuaciones respectivas puedan **articularse** entre sí. Para que la interacción social pueda desarrollarse, es necesario que el individuo tenga la capacidad de situarse en la posición de los demás y de contemplarse a sí mismo como **objeto para los demás**. Sólo de esta forma puede conseguir una idea, por muy vaga que sea, de cómo debe actuar para producir **en** el otro, o **junto con** el otro, los efectos deseados. Queda claro que, en esta concepción de la reflexividad como condición de posibilidad de la interacción social, están ya presentes unas nociones, tan capitales para el interaccionismo simbólico, como son las nociones de **significados compartidos**, de **intersubjetividad** y de **propositividad** de la conducta.

El segundo supuesto básico está relacionado con el papel desempeñado por la **actividad** en la construcción del conocimiento. En efecto, el co-

nocimiento no surge de la mera contemplación racional, sino que se construye a través de la intervención concreta sobre las cosas. Esta intervención proporciona un feed-back, o una información en retorno, que proviene de los objetos mismos sobre los que se ha actuado, y que nos informa sobre sus características. El conocimiento de lo social no se adquiere, por lo tanto, si no es a través de la propia actividad desplegada por el sujeto en el transcurso de las interacciones sociales. Esta idea, compartida por Vigotsky, y también por Piaget, no sólo apunta a una concepción del ser humano en términos de **agente activo**, sino que marca ya la diferencia entre el interaccionismo simbólico y las **orientaciones cognitivistas** de la psicología social académicamente dominante.

c) El carácter **activo** del agente humano queda enfatizado en la tercera de las premisas señaladas por Blumer. En efecto, el actor selecciona, comprueba, suspende, reagrupa y transforma los significados a la luz de la situación en la que se halla, y en función de la orientación de su acción. La **estructuración activa de la realidad**, en función de una serie de factores subjetivos, también queda recogida por el socio-gestaltismo y por toda la corriente del «New look in perception»; sin embargo, la siempre presente insistencia sobre la importancia de la interacción social que caracteriza al interaccionismo simbólico aporta un elemento suplementario de extraordinaria importancia.

Efectivamente, la construcción del significado de una situación no transcurre exclusivamente «en la cabeza» del individuo, sino que resulta de un proceso de **negociación interpersonal** a través del cual se va perfilando el significado **compartido** de la situación. En conclusión, conviene subrayar, por lo tanto, que el significado no «está» exclusivamente **en las cosas**, tampoco constituye una aportación «ya hecha» proporcionada por los demás o por el propio individuo, sino que se **construye en la interacción** a través de una negociación activa.

A partir de estas premisas, se entiende fácilmente que el interaccionismo simbólico haya centrado preferentemente sus temas de investigación sustantivos en cuestiones que giran en torno a la **constitución de la identidad social**, a la temática de los **roles**, así como al **lenguaje y a la comunicación**, utilizando acercamientos metodológicos que no resultan siempre homologables por la comunidad científica dominante, aunque también es cierto, como ya lo hemos visto, que la escuela interaccionista simbólica de **Iowa** hizo gala de un mayor respeto por los cánones del método científico.

Después de las primeras aportaciones del interaccionismo simbólico (véase el apartado histórico) se ha producido, según Sheldon Stryker, una «vi-

talización del interaccionismo simbólico» desde mediados de los años setenta (Stryker, 1987). En efecto, no sólo se han editado varios manuales y tratados generales durante esas fechas (Multzter, Petras y Reynolds, 1975; Striker, 1980; Heiss, 1981; Rosenberg y Turner, 1981), sino que se han realizado aportaciones sustantivas, tales como la **teoría de la identidad situada** de Alexander, o la propuesta formulada por Stryker de un **interaccionismo simbólico estructural** capaz de integrar las aportaciones de la teoría del rol. Sin olvidar la extensión del interaccionismo simbólico al estudio de las **emociones** por David Heise, o el análisis del **«orden social negociado»** efectuado por Anselm Strauss (Strauss, 1978; Heise, 1979; Alexander y Wiley, 1981).

Las afinidades de la obra de Erving **Goffman** con el interaccionismo simbólico permiten incluirla en esa corriente, aunque, en sentido estricto, es evidente que las investigaciones de Goffman no pueden presentarse como una pura expresión del enfoque interaccionista. Sin embargo, los estudios «naturalistas» realizados por Goffman, acerca de la manera en que las personas desempeñan sus papeles y utilizan sus recursos simbólicos durante las interacciones cotidianas, han contribuido sustancialmente a esclarecer una de las problemáticas más interesantes planteadas por el interaccionismo simbólico. Se trata concretamente del problema de dilucidar la naturaleza de la dialéctica, que permite, a la vez, la incorporación de las normas y de las instituciones sociales en el individuo, guiando sus actividades, así como la continua creación-recreación de esas normas e instituciones a través de la propia actividad de las personas (Goffman, 1959, 1967, 1971).

Es preciso señalar, para concluir este apartado, que el interaccionismo simbólico está también relacionado con otras formulaciones teóricas tales como la **teoría de la manipulación de las impresiones**, o teoría de la **presentación estratégica del yo**, y presenta afinidades con la **sociología constructivista** alemana, así como con la **etnometodología** y con la **etogenia**, sin olvidar algunos aspectos de las formulaciones de Serge Moscovici, sobre todo en la temática de las **representaciones sociales**, pero dejaremos para más adelante el análisis pormenorizado de estas conexiones del interaccionismo simbólico.

3. LOS NÚCLEOS TEMÁTICOS DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL ANTES DE LA ÉPOCA ACTUAL

Una simple enumeración de las grandes áreas o núcleos temáticos que han centrado tradicionalmente la atención y la investigación de los psicólogos sociales no presenta en sí misma un gran interés. Sin embargo, parece útil dejar constancia de esos núcleos temáticos, en la medida en que una ulterior comparación con las áreas de interés que caracterizan actualmente a la psicología social puede ilustrar el tipo de evolución que ha experimentado la disciplina en los últimos años.

Florencio Jiménez Burillo publicaba, a mediados de los setenta, los resultados del examen de una extensa muestra de manuales de psicología social que abarcaba una suma de setenta y cuatro obras (Jiménez Burillo, 1976). Si descartamos los ítems referidos a cuestiones generales de tipo teórico y metodológico, así como los ítems referidos a las aplicaciones de la psicología social, podemos constatar que existe una coincidencia prácticamente absoluta entre, por una parte, las principales categorías temáticas detectadas por Jiménez Burillo y, por otra parte, el conjunto de temas seleccionados por los editores para confeccionar la segunda edición del Handbook. Esta coincidencia aparece aún más claramente si se realizan algunos pequeños ajustes en cuanto a la terminología —por ejemplo el tema del «lenguaje» señalado por Jiménez Burillo figura bajo el epígrafe de «psicolingüística» en el Handbook— o en cuanto a algunas subdivisiones que difieren entre las dos relaciones temáticas —por ejemplo, Jiménez Burillo recoge la existencia de dos categorías separadas, una para las

«actitudes», y otra para la «influencia», mientras que el Handbook las reagrupa en una sola categoría denominada «actitudes y cambio de actitud»—. La síntesis de ambos conjuntos temáticos nos proporciona el siguiente «mapa» de las grandes áreas temáticas que a finales de los sesenta, principios de los setenta, configuraban el campo disciplinar de la psicología social:

1. Actitudes y cambio de actitud (o «influencia social»).
2. Psicología de los grupos.
3. Lenguaje y comunicación.
4. Percepción social (y «percepción de las personas»).
5. Liderazgo.
6. Motivación social.
7. Socialización.
8. Cultura y personalidad (incluyendo el tema del «carácter nacional»).
9. Conducta colectiva.
10. Self (o «personalidad e interacción social» según la denominación del Handbook).

Las únicas discordancias notables consisten en la mención de la categoría «Agresión» por Jiménez Burillo, sin que exista ningún capítulo específicamente dedicado a este tema en el Handbook, y en la presencia en el Handbook de un capítulo sobre «conducta social animal» que no figura en las categorías detectadas por Jiménez Burillo.

Podemos considerar, por lo tanto, que las diez áreas mencionadas anteriormente reflejan con suficiente precisión los principales núcleos temáticos de la psicología social hacia finales de los sesenta. Es en esas fechas, y con esa configuración temática de la disciplina, cuando se manifestó la insatisfacción con la situación, con los logros y con las orientaciones de la psicología social, que dio lugar a que se hablara de la «crisis» de la disciplina como veremos a continuación.

4. LA CRISIS DE LOS AÑOS SETENTA

Como hemos visto en el capítulo dedicado a la emergencia y a la constitución de la disciplina, la psicología social se debate desde sus mismos comienzos en un permanente entramado de **tensiones** (Moscovici, 1970). Tensiones en cuanto a la definición misma de su objeto, tensiones en cuanto a su estatus de disciplina autónoma o, por el contrario, de sub-disciplina ubicada en la Sociología y en la Psicología, tensiones en cuanto a las metodologías más adecuadas, tensiones entre «escuelas» y entre orientaciones teóricas divergentes, tensiones en definitiva en cuanto a la definición de su propia identidad. Una expresión como la que utilizaba N. L. Farberow hace unos años al declarar «La crisis es crónica» (Farberow, 1973) podría considerarse, por lo tanto, como bastante adecuada para caracterizar el **estado «normal»** de la psicología social. Se podría pensar incluso que la psicología social debe precisamente parte de su enorme vitalidad a la peculiar conflictividad interna que la caracteriza. Sin embargo, la palabra **crisis** tiene un significado bien preciso que parece incompatible con la idea de cronicidad, evocando por el contrario imágenes de situaciones excepcionales. En efecto, una cosa son las tensiones, que pueden ser permanentemente constitutivas de un determinado campo científico, y otra muy distinta los períodos críticos que sólo se manifiestan en momentos claramente acotables. La cuestión estriba, por lo tanto, en saber si se puede hablar con legitimidad de una crisis de la psicología social o bien si se trata, por el contrario, de un abuso de lenguaje para designar un período en que las tensiones se hicieron simplemente un poco más visibles.

Desde mi punto de vista, la respuesta no ofrece la menor duda. Por encima de las habituales tensiones ha existido efectivamente un período claramente discernible en la historia de la disciplina en el que se manifestó un **cuestionamiento radical** de los propios fundamentos sobre los que se asentaba mayoritariamente la práctica científica de la psicología social. Determinados factores externos, tales como las efervescencias contestatarias de los últimos sesenta, contribuyeron probablemente a que los planteamientos críticos alcanzaran el suficiente eco entre los psicólogos sociales para desencadenar una polémica explícita que consiguió llegar hasta las páginas de las revistas «oficiales» de la disciplina. La crisis de la psicología social constituye, por lo tanto, una cuestión **fáctica**, históricamente fechada, y que se puede traducir incluso en términos bibliométricos como veremos más adelante.

4.1. Los antecedentes de la crisis

El caldo de cultivo para la gestación de la crisis empezó a constituirse a finales de los cincuenta, con la expresión de una serie de dudas sobre la **validez** y la supuesta **objetividad** de los resultados obtenidos en los experimentos llevados a cabo por los psicólogos sociales (Rosenthal, 1958). No es que no se hubieran alzado con anterioridad algunas voces críticas en esta dirección. En efecto, tan tempranamente como en el año 1933, S. Rosenzweig apuntaba ya una serie de dudas (Rosenzweig, 1933), y Egon Brunswick llamaba la atención en 1949 sobre el problema de la ausencia de «validez ecológica» de los experimentos (Brunswick, 1949); así mismo, se desarrollaba desde principios de los cincuenta una extensa discusión sobre los efectos inducidos por el carácter «voluntario» de la participación en los experimentos (Rosen, 1951; Riggs y Kaess, 1955; Martin y Marcuse, 1958), todo ello sin olvidar la crítica sistemática formulada por algunos interaccionistas simbólicos, como por ejemplo Herbert Blumer. Sin embargo, la novedad a finales de los cincuenta y principios de los sesenta consistió en que, por una parte, se recurrió al propio método experimental para demostrar la inadecuación de los experimentos realizados en psicología social y que, por otra parte, la preocupación por el tema consiguió hacer mancha de aceite, suscitando un elevado número de publicaciones. En 1961, la cuestión estaba suficientemente madura para que la propia American Psychological Association organizara un simposio dedicado específicamente a la «psicología social del experimento psicológico». Curiosamente, buena parte de las críticas apuntaban, explícita o implícitamente, a un concepto que la psicología social de corte individualista

había tendido a ignorar, dejándolo en manos de las orientaciones sociologizantes. En efecto, el **concepto de «rol»** desempeñó un papel clave en la polémica, ya que se reprochaba a los experimentalistas el no haberse percatado de los efectos incontrolados que podían provenir tanto del rol puesto en actos por los sujetos como del propio rol del experimentador. Quizá no sea descabellado pensar que el brillante trabajo de Erving Goffman sobre las estrategias utilizadas por las personas para «presentarse» ante los demás, publicado precisamente por esas fechas, contribuyera a agudizar la sensibilidad de los psicólogos sociales ante las críticas a la situación experimental (Goffman, 1959). En cualquier caso, dejaré para el capítulo dedicado a la metodología el examen del contenido sustantivo de esas críticas y me limitaré a señalar aquí que tras las primeras reflexiones de tipo puramente técnico, se fueron perfilando críticas mucho más sustantivas que abarcaron tanto las cuestiones de tipo ético (Kelman, 1965, 1967), como las cuestiones relacionadas con el propio alcance de los datos experimentales independientemente de que constituyeran o no meros «artefactos».

Un texto de Kenneth **Ring**, publicado en 1967 nada menos que en el *Journal of Experimental Social Psychology*, al que hacía eco una respuesta de William **McGuire** publicada en el mismo número de la revista, abrió lo que se puede considerar propiamente como el inicio de la crisis en psicología social (Ring, 1967; McGuire, 1967). En efecto, Kenneth Ring denunciaba la frivolidad de las cuestiones tratadas con el poderoso instrumental experimental, y acusaba a los psicólogos sociales de haber sucumbido a un mero **«ritualismo metodológico»**, preocupándose más por realizar cuidadosas y sofisticadas experimentaciones, que les aseguraran la aceptación de sus textos en las más prestigiosas revistas de la disciplina, que de dilucidar cuestiones sustantivas y problemas socialmente significativos.

Ring planteaba así el tema de la **relevancia** o de la pertinencia social del quehacer científico de la psicología social. Este tema se situaría durante los años siguientes en una posición clave dentro del discurso crítico. Señalemos de paso que el propio sistema que regula la carrera académica de los psicólogos sociales y que, como es bien sabido, les obliga a «publicar para sobrevivir», es en parte responsable de la obsesión metodológica y de la despreocupación por las cuestiones sustantivas que aquejan a la disciplina:

«... es mucho más fácil para un comité evaluador de las investigaciones, así como para los editores de las revistas y para los comités directores de los Departamentos, evaluar los mé-

todos que evaluar la calidad o el alcance de los contenidos sustantivos» (Cartwright, 1979, p. 81).

A partir de la publicación del texto de Ring, se suceden en los años siguientes una serie de planteamientos críticos que van más allá tanto de las cuestiones puramente técnicas, como del problema planteado por la falta de «relevancia», o de las preocupaciones éticas planteadas por la forma de desarrollar las investigaciones. Lo que se empieza a cuestionar es, efectivamente, los fundamentos mismos de la disciplina tal y como ha quedado constituida a través de sus orientaciones dominantes. El texto de Kenneth Gergen publicado en 1973 sobre la psicología social considerada como ciencia histórica marca sin duda un momento clave de la crítica, tanto por la radicalidad del planteamiento como por la amplia polémica que desencadenó (Gergen, 1973). Se organiza incluso un simposio para debatir específicamente sobre sus tesis, que será recogido monográficamente en el propio órgano oficial de la Sección de Psicología Social de la American Psychological Association (A.P.A.) (*Personality and Social Psychology Bulletin*, 1976, 2). Durante los tres años que siguen a la publicación del texto de Gergen, se multiplican los simposios para debatir la situación de la psicología social, como por ejemplo el que se organiza en 1974 en la Universidad de Carlton sobre «Paradigmas de Investigación y Prioridades en Psicología Social», o el que organiza en 1975 la propia Society for Experimental Social Psychology sobre «Nuevas Perspectivas Teóricas en Psicología Social».

El «clima» de crisis se va apaciguando paulatinamente en los años siguientes, y se puede considerar que 1977 constituye el último año en que aún aparece un volumen notable de textos sobre la cuestión. A partir de entonces, junto con algunas manifestaciones esporádicas que aluden al tema de la crisis, el sector más crítico se dedica principalmente a elaborar posibles **planteamientos alternativos** a la psicología social «instituida». La disciplina ha vivido, por lo tanto, diez años de una crisis que alcanzó su clímax a mediados de la década de los setenta y cuyo desarrollo he intentado reflejar en la «cronología del discurso crítico» que se presenta a continuación.

4.2. Cronología del discurso crítico*

1967

McGuire, W. J.: *Some impending reorientations in social psychology*.

Ring, K. R.: *Experimental social psychology. Some sober questions about some frivolous values.*

El texto de Ring suscitó una serie de reflexiones por parte de McGuire, quien, en consonancia con parte de las críticas formuladas por Ring, hizo un llamamiento al desarrollo de las investigaciones en «medios naturales», creyendo evitar con ello algunas de las limitaciones impuestas por la experimentación en laboratorio.

1968

Kelman, H. C.: *A time to speak: on human values and social research.*

En la línea de sus anteriores críticas hacia la violación de ciertos presupuestos éticos en la experimentación de laboratorio, Kelman urge en este libro a una reconsideración de la investigación social para que no siga lesionando la dignidad y los valores humanos.

1969

Argyris, C.: *The incompleteness of social-psychological theory: examples from small group, cognitive consistency, and attribution research.*

1970

Sherif, M.: *On the relevance of social psychology.*

Cabe señalar que en este mismo año se funda el **Journal for the Theory of Social Behavior**, que mantendrá una línea claramente disidente frente a la psicología social «mainstream», acogiendo numerosos textos críticos y propuestas de planteamientos alternativos.

1971

Silverman, I.: *Crisis in social psychology: the relevance of relevance.*

1972

Harré, R.; Secord, P.: *The explanation of social behavior.*

Israel, J.; Tajfel, H.: *The context of social psychology: a critical assessment.*

Kelman, H. C.: *The rights of subject in social research: An analysis in terms of relative power and legitimacy.*

Al mismo tiempo que Rom Harré y Paul Secord presentan una primera alternativa a la corriente dominante en psicología social, reencontrando, por cierto, algunos de los supuestos del interaccionismo simbólico, la psicología social europea aporta con el libro editado por Israel y Tajfel su contribución a la reflexión crítica sobre la disciplina, apelando a una psicología social que sea más genuinamente «social».

1973

Gergen, K.: *Social psychology as history.*

* Los textos que se mencionan en este apartado quedan recogidos en la bibliografía final del presente libro.

Henskel, R. L.; Kennedy, L. W.: *Self-altering prophecies: consequences for the feasibility of social psychology.*

McGuire, W.: *The yin and yang of progress in social psychology.*

Publicado en la principal revista de psicología social, el texto de Gergen marca un importante hito en el desarrollo de la crisis de la psicología social. Gergen expone una serie de razones por las cuales la psicología social no puede conformarse al modelo nomotético del conocimiento científico y debe limitarse a dar cuenta de unos procesos cuya variabilidad histórica **constitutiva** no puede ser abordada desde los supuestos metodológicos y epistemológicos de las ciencias «positivas».

El texto de McGuire indica por su parte una clara evolución del autor, que se aleja de los planteamientos relativamente «conservadores» expuestos en 1967. Rechazando los modelos lineales de la investigación psicosocial, inadecuados según él para dar cuenta de los objetos complejos que le son propios, McGuire reconoce que el desplazamiento de la investigación desde el laboratorio hacia el entorno natural no puede resolver los problemas básicos de la disciplina. Lo que conviene modificar profundamente no es, según él, sino el propio paradigma de investigación basado hasta ahora en la contrastación empírica de hipótesis derivadas de teorías.

1974

Armistead, N. (Ed.): *Reconstructing social psychology.*

Schlenker, B.: *Social psychology as science.*

Shaw, M. E.: *New science or non-science?*

Junto con dos reacciones críticas al texto publicado por Gergen en 1973, una sustantiva —la de Schlenker— y otra meramente despectiva, aparece con el libro de Armistead, y con las contribuciones de los diversos autores que participan en él, un primer intento de orientar la psicología social hacia nuevos planteamientos.

1975

Argyris, C.: *Dangers in applying results from experimental social psychology.*

Buss, A. R.: *The emerging field of the sociology of psychological knowledge.*

Elms, C.: *The crisis of confidence in social psychology.*

Gadlin, H.; Ingle, G.: *Through a one-way mirror: the limits of experimental self-reflection.*

Helmreich, R.: *Applied social psychology: the unfulfilled promise.*

Manis, M.: *Comments on Gergen's social psychology as history.*

Mischels, T.: *Psychological explanations and their vicissitudes.*

Shotter, J.: *Images of man in psychological research.*

Thorngate, W.: *Process invariance: another red herring.*

El malestar suscitado por la situación de la investigación y de la teorización en el campo de la psicología social se extiende con el texto de Helmerich al campo de las **aplicaciones** de la disciplina. Cabe señalar también el influyente texto de Elms, quien «psicologiza» el malestar de la disciplina, presentándolo como un simple problema de crisis de confianza.

1976

Archibald, P. W.: *Psychology, sociology, and social psychology: bad fences make bad neighbours.*

Baumgardner, S. R.: *Critical history and social psychology's crisis.*

Forsyth, D. R.: *Crucial experiments and social psychology inquiry.*

Gergen, K.: *Social psychology. Science and history.*

Godow, R. A.: *Social psychology as both science and history.*

Greenwald, A. G.: *Transhistorical lawfulness of behavior.*

Harris, R. J.: *Two factor contributing to the perception of the theoretical intractability of social psychology.*

Hendrick, G.: *Social psychology as history and as traditional science: an appraisal.*

Holzkamp, K.: *Kritische psychologie.*

Levine, N.: *On the metaphysics of social psychology: a critical view.*

Lubek, I.: *Power structure in social psychology.*

Manis, M.: *Is social psychology really different?*

Nelson, C. E.; Kennerberg, P. H.: *Social psychology in crisis: a study of references in the Handbook of social psychology.*

Pepitone, A.: *Toward normative and comparative social psychology.*

Schlenker, B. R.: *Social psychology and science: another look.*

Strickland, L.; Aboud, F.; Gergen, K. (eds.): *Social psychology in transition.*

La extensa relación de textos publicados durante el año 1976 se debe en parte al simposio que Clyde Hendryck, editor de la revista *Personality and Social Psychology Bulletin*, publica sobre «la psicología social como historia» en referencia al artículo de Gergen. También se edita ese año un importante volumen, dirigido por Strickland, Aboud y Gergen, que recoge los textos de la ya mencionada conferencia de 1974 en la Universidad de Carlton. No hemos detallado el contenido de este volumen para no alargar demasiado la relación bibliográfica.

1977

Baumgardner, S. R.: *Critical studies in the history of social psychology.*

Gauld, A.; Shotter, J.: *Human action and its psychological investigation.*

Gottlieb, A.: *Social psychology as history or science: an addendum.*

Harré, R.: *The ethogenic approach: theory and practice.*

Hendrick, C. (ed.): *Perspectives on social psychology.*

Hewitt, J. P.: *The dissipation of social psychology.*

House, J. S.: *The three faces of social psychology.*

Jiménez Burillo, F.: *Sobre algunas cuestiones de la psicología social actual.*

Lewin, M. A.: *Kurt Lewin's view of social psychology: the crisis of 1977 and the crisis of 1927.*

Liska, A. E.: *The disipation of sociological psychology.*

Rodríguez González, A.: *Psicología Social: perspectivas después de una crisis.*

Sampson, E. E.: *Psychology and the American ideal.*

Schlenker, B.: *On the ethogenic approach: etiquette and revolution.*

Secord, P. F.: *Making one self behave: a critique of the behavioural paradigm and an alternative conceptualization.*

Secord, P. F.: *Social psychology in search of a paradigm.*

Sherif, M.: *Crisis in social psychology: some remarks toward breaking through the crisis.*

Silverman, I.: *Why social psychology fails.*

Stryker, S.: *Development in 'two social psychologies': towards an appreciation of mutual relevance.*

Junto con la aparición de algunos textos españoles (Jiménez Burillo y Ángel Rodríguez), que serán seguidos por otras publicaciones sobre la crisis en años posteriores (Blanco, 1980; Garrido, 1982; Ibáñez, 1982, 1983), cabe recalcar la publicación del texto de Rom Harré, donde el autor desarrolla los supuestos teóricos de la orientación ethogénica que analizaremos más adelante. Este texto suscitó una fuerte réplica por parte de Barry Schlenker. También conviene señalar que se generaliza, con varios textos que versan sobre el tema, la idea de la existencia de dos psicologías sociales, la **P.S.P.** (Psicología Social Psicológica), y la **P.S.S.** (Psicología Social Sociológica); esta conceptualización tiende a sustituir la imagen de **una** psicología social nutrida por ambas disciplinas, aunque en proporciones desiguales.

En los años que siguen al año 1977, coexistirá, junto con la producción «clásica» de la psicología social, una creciente publicación de textos enmarcados en las diversas alternativas que nacieron o se revitalizaron durante la «crisis».

La relación bibliográfica que acabo de presentar deja buena constancia de que la crisis no fue un mero espejismo. Ahora bien, cabe preguntarse por qué razones surgió esta crisis hacia finales de los sesenta, y a qué se debió su «éxito» a lo largo de los setenta. En cualquier caso, parece razonable descartar de antemano cualquier explicación que se formule en términos de una única causa. Sea cual sea la valoración que se haga de la

crisis, es preciso admitir que han debido concurrir múltiples circunstancias para que ésta tomara cuerpo y para que no fuese inmediatamente barrida por los potentes mecanismos de **«contención de las crisis»** de que dispone toda disciplina. Es preciso dar cuenta del período crítico de la psicología social en función de una serie de **factores externos** de tipo social, pero también de tipo epistemológico, así como de una serie de **factores internos**, algunos de ellos de naturaleza histórica y otros de naturaleza epistemológica.

4.3. Raíces y dimensiones de la crisis

a) Los factores externos

Ya hemos visto en varias ocasiones que la psicología social se muestra particularmente sensible ante las demandas y las características sociales de su entorno macrosocial. No se puede descartar por lo tanto que las diversas rupturas que se fraguaron a nivel de sociedad, en los últimos años sesenta y principios de los setenta, repercutieran de alguna manera sobre la propia disciplina. La contestación de las instituciones académicas y políticas en torno al año 1968, la llamada «crisis de los valores» que le sucedió, junto con la crisis energética y con la reestructuración mundial de la producción que se inició en los años setenta, crearon ciertamente un «zeitgeist» de crisis ante el cual no podía permanecer insensible la psicología social.

Conviene recordar, por otra parte, que durante ese mismo período se desarrollaba una intensa actividad crítica contra los modelos dominantes en cada una de las dos disciplinas más cercanas a la psicología social. En efecto, el modelo estructural-funcionalista que reinaba en sociología tras el declive de la escuela de Chicago recibió por esas fechas importantes embestidas (Winch, 1958; Wrong, 1961; Garfinkel, 1967; Gouldner, 1970; Giddens, 1971), mientras que el enfoque conductista, predominante en psicología, se tambaleaba a su vez ante el cúmulo de dificultades que no había sido capaz de resolver tras cinco décadas de ingeniosas y costosas investigaciones (Chomsky, 1959; Taylor, 1964; Fodor, 1968; Mackenzie, 1977; Seoane, 1981). El eco de las batallas que se desarrollaban en sus fronteras no podía dejar de resonar en la propia psicología social. Pero sobre todo, en los años sesenta se dio un fenómeno que, a pesar de haberse consumado en la década anterior, no se hizo claramente visible hasta entonces. Me estoy refiriendo al ocaso del gran paradigma cien-

tífico galileo-newtoniano, que durante más de tres siglos había marcado el desarrollo de la ciencia y que había encontrado en el **empirismo lógico** su último baluarte epistemológico. Los propios adelantos de las ciencias naturales, junto con las aporías y las contradicciones que fueron surgiendo en el camino del positivismo lógico, pronto hicieron insostenible la defensa del modelo tradicional de la ciencia. Las certezas y las evidencias más fundamentales de la filosofía de la ciencia se fueron derrumbando una tras otra, abriendo paso a la lenta gestación de una nueva concepción de la ciencia que sigue actualmente en proceso de elaboración.

Crecía de esta forma la vulnerabilidad de la disciplina frente a las críticas, puesto que muchas de las características de la psicología social «instituida» recibían su **legitimación** a partir precisamente de unos supuestos epistemológicos que perdieron su credibilidad en los años setenta; aunque, por supuesto, sigue habiendo muchos investigadores que aún no se han percatado claramente de ello.

Es pues en este contexto general de «crisis» a nivel social, de crisis en el seno de las disciplinas vecinas, y de transformación de un paradigma científico fundamental, donde se conforma la crisis de la psicología social. Pero también ayudaron a ello poderosos factores internos.

b) Los factores internos

Conviene mencionar, en primer lugar, una serie de factores de carácter puramente histórico. En efecto, a mediados de los años cincuenta se produce en el seno de la psicología social un declive del entusiasmo que acompañó a la fase de desarrollo «programático» de la disciplina, abriéndose una nueva fase, más monótona, marcada por la simple aplicación de la «rutina» científica:

«... este declive de entusiasmo empezó a mediados de los cincuenta... y debe interpretarse como una consecuencia del cambio desde un período de desarrollo programático a otro período que Kuhn denomina de “ciencia normal”, y en el cual la disciplina se encuentra confrontada con la labor, mucho menos excitante, que consiste en acumular minuciosamente los datos y testar hipótesis de alcance bastante limitado» (Cartwright, 1979, p. 87).

Sin duda, una situación de este tipo favorece el hecho de que se preste un oído más complaciente ante las propuestas innovadoras, aunque pa-

rezcan descabelladas. Pero otros factores internos, menos coyunturales, militaron también en la misma dirección. En efecto, la identidad compleja, conflictiva, heterogénea y relativamente imprecisa de la psicología social, con sus permanentes y múltiples tensiones constitutivas, contribuyó a que los psicólogos sociales tuvieran que estar más atentos que los miembros de otras disciplinas ante los problemas metateóricos relacionados con la propia definición de la disciplina y con la fundamentación del conocimiento científico. Un George Herbert Mead, un Kurt Lewin —o incluso un Serge Moscovici en nuestra época— figuraban sin duda alguna entre las personas mejor informadas sobre los grandes debates filosóficos y epistemológicos de sus tiempos. Esta «sensibilidad epistemológica» de los psicólogos sociales contribuyó probablemente a la longevidad del intenso período de debates sobre el ser y no ser de la disciplina que sacudió a la psicología social en los años setenta. Por fin, otro factor interno favoreció también el que las preocupaciones de Ring, de McGuire, de Gergen o de Harré, calaran relativamente hondo en la psicología social. En efecto, el hecho de que los investigadores pudieran acudir a la experimentación, cosa que estaba vedada a los sociólogos, y aplicarla a unos objetos más complejos, en cuanto a la variedad de sus fuentes de determinación, que los objetos clásicamente tratados por los psicólogos, enfrentó directamente la psicología social con una dificultad que tanto los sociólogos como los psicólogos podían darse el lujo de ignorar en buena medida. Se trataba, en efecto, de conciliar unos métodos que obligan al aislamiento de las variables con unos objetos que son refractarios a la separación de sus componentes. El conocimiento producido a partir de la experimentación sobre los objetos sociales presentaba, como consecuencia de esta doble exigencia contradictoria, una serie de características bastante incómodas. Una primera característica consistía en que el saber producido por la psicología social parecía carecer de **propiedades acumulativas**. Esto no significa que el corpus de conocimientos psicosociales no sea cada vez más extenso y más rico, pero la relación entre los sucesivos conocimientos no obedece a ninguna regla que se aproxime a la regla de aditividad propia de las ciencias empíricas (Tedeschi y otros, 1981). Una segunda característica consistía en que las teorías psicosociológicas se presentaban, en gran medida, como teorías **inconmensurables**. En efecto, la base interpretativa de los resultados es demasiado amplia y demasiado flexible para que dos teorías opuestas puedan ser confrontadas en base a un experimento crucial (Greenwald, 1975). Por fin, una tercera característica consistía en que las teorías psicosociales no reunían las propiedades necesarias para ser **refutables**. En efecto, la suma de hipótesis auxiliares que deben intervenir en una experimentación, y en la operacionalización de las variables, es demasiado

elevada para que se pueda saber dónde radica el fallo cuando los datos obtenidos no concuerdan con las hipótesis (Rakover, 1981). Como vemos, la psicología social tenía motivos más que suficientes para prestar oído a las voces críticas.

4.4. Elementos de reflexión

¿Qué huellas ha dejado la «crisis» tras diez años de debates?

Edward Jones no duda en afirmar que, con el paso del tiempo:

«La crisis de la psicología social ha empezado a ocupar su lugar como una perturbación menor en la larga historia de las ciencias sociales» (Jones, 1985, p. 100).

Jones concluye su análisis culpabilizando a quienes han alimentado la contestación interna durante el período crítico, por haber desprestigiado la psicología social ante los organismos que financian las investigaciones, haciendo de esta forma un flaco favor a la disciplina.

La valoración de Jones sobre el alcance de la crisis parece corresponderse efectivamente con la situación real de la psicología social. Es cierto que muchos de los que tuvieron quizás un momento de duda en los años setenta han vuelto a sus laboratorios para seguir «produciendo resultados tangibles». En el mejor de los casos, algunos de estos investigadores han conservado, como lección del período crítico, el convencimiento de que la psicología social debía preocuparse más seriamente por la «relevancia» social de sus resultados y prestar mayor atención al tema de las «aplicaciones». La lectura de las principales revistas de psicología social parece conceder toda la razón a Jones cuando afirma que el momento actual de la psicología social no guarda trazas visibles de la crisis. No se ha producido, en efecto, ninguna solución de continuidad entre la «pre» y la «post»-crisis en cuanto a la naturaleza de los artículos y de los libros que emanan periódicamente de los centros de investigación.

Sin embargo, me propongo argumentar en los últimos apartados de este capítulo que, en contra de las apariencias que parecen conceder la razón a las tesis de Jones, los efectos de la crisis han sido en realidad **profundos** y, probablemente, **irreversibles**.

5. LA EVOLUCIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL: APROXIMACIÓN A PARTIR DEL *HANDBOOK* Y DE MANUALES RECIENTES

Como es bien sabido por quienes desarrollan sus actividades académicas en el campo de la psicología social, el *Handbook*, editado aproximadamente cada quince años en Estados Unidos, constituye el texto «estándar» de la disciplina, y se presenta como una obra de obligada referencia y consulta. En efecto, el *Handbook* pretende reflejar periódicamente la situación de la psicología social, sus avances y sus resultados, recurriendo a los más destacados especialistas de la disciplina. Aunque sólo sea por el estatus que ocupa esta obra, que pretende ser esencialmente descriptiva, ejerce también una indudable función **prescriptiva**, influenciando el campo de la psicología social, reforzando o contribuyendo a marginar determinadas orientaciones. En este sentido, es obvio que lo que refleja esencialmente el *Handbook* es la situación de la disciplina desde el punto de vista de las corrientes institucionalmente dominantes. A pesar de ello, y teniendo en cuenta que efectivamente la psicología social se corresponde mayoritariamente con la descripción que ofrece el *Handbook*, he considerado oportuno iniciar el examen de la psicología social contemporánea a partir de un estudio del mismo. No se trata de un estudio sistemático y exhaustivo, sino de una primera aproximación a la cuestión, orientada a sugerir al menos algunas pistas sobre las características de la psicología social contemporánea.

5.1. Aproximación a algunas características de la psicología social contemporánea a partir de un conjunto de datos bibliográficos extraídos del *Handbook* 1985 (Lindzey y Aronson)

Ya he señalado en algún momento anterior, que la ausencia en el *Handbook* de una bibliografía general dificulta considerablemente el tratamiento bibliográfico. Nos encontramos, en efecto, con 30 bibliografías distintas, una por cada capítulo, con las inevitables repeticiones que esto implica. He podido comprobar, sin embargo, que los 48 investigadores que contribuyen a los 30 capítulos del *Handbook* hacen referencia a un total de 9.919 textos **distintos**. De esta suma, tan sólo 301 textos tienen el privilegio de ser mencionados como mínimo en tres capítulos distintos del *Handbook*. He realizado el estudio a partir de este material, considerando que el hecho de ser citado en el 10 % de los capítulos ofrece cierta garantía de que el texto citado no corresponde a un sesgo propio del autor o no pertenece a una área demasiado especializada dentro de la psicología social.

El libro publicado en 1958 por Fritz **Heider** es el texto más frecuentemente citado, apareciendo en casi la mitad de los capítulos del *Handbook* (12 capítulos). La presentación de todo el material que he tratado ocuparía, por supuesto, un excesivo número de páginas; me limitaré, por lo tanto, a ofrecer, a título informativo, un «listado» de los 45 textos citados en un mínimo de cinco capítulos.

Las referencias están acompañadas de un índice numérico que señala el número de capítulos en los que aparecen.

Textos citados un mínimo de 5 veces en el *Handbook*

HEIDER, F. (1958): <i>The psychology of interpersonal relations</i>	12
BEM, S. (1972): <i>Self-perception theory</i>	9
FESTINGER, L. (1954): <i>A theory of social comparison processes</i>	9
SCHANK, R. C.; ABELSON, R. P. (1977): <i>Scripts, plans, goals, and understanding</i>	9
TAYLOR, S. E.; FISKE, S. T. (1978): <i>Salience attention and attribution: top of the head phenomena</i>	9
BANDURA, A. (1977): <i>Social learning theory</i>	8
COOK, T. D.; CAMPBELL, D. T. (1979): <i>Quasi-experimentation: design and analysis issues for field settings</i>	8
FESTINGER, L. (1957): <i>A theory of cognitive dissonance</i>	8

FISHBEIN, M.; AJZEN, I. (1975): <i>Belief, attitude, intention and behavior: an introduction to theory and research.</i>	8
NISBETT, R. E.; ROSS, L. (1980): <i>Human inference: strategies and shortcomings of social judgement.</i>	8
NISBETT, R. E.; WILSON, T. D. (1977): <i>Telling more than we can know: verbal reports on mental processes.</i>	8
ROSS, L. (1977): <i>The intuitive psychologist and his shortcomings: distortions in the attribution process.</i>	8
SCHACHTER, S.; SINGER, J. E. (1962): <i>Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state.</i>	8
SNYDER, M.; TANKE, E. D.; BERSCHIED, E. (1977): <i>Social perception and interpersonal behavior: on the self-fulfilling nature of social stereotypes.</i>	8
ADORNO, T. W. et al. (1950): <i>The authoritarian personality.</i>	7
JAMES, W. (1890): <i>Principles of psychology</i> (2 vols.).	7
JONES, E. E.; DAVIS, K. E. (1965): <i>From acts to dispositions: the attribution process in person perception.</i>	7
ROSENTHAL, R.; JACOBSON, L. (1968): <i>Pygmalion in the classroom.</i>	7
GERGEN, K. G. (1973): <i>Social psychology as history.</i>	6
GOFFMAN, E. (1959): <i>The presentation of self in everyday life.</i> ..	6
HOMANS, G. C. (1961): <i>Social behavior: its elementary forms.</i> ..	6
KELLEY, H. H. (1967) <i>Attribution theory in social psychology.</i> ...	6
LEWIN, K. (1926): <i>Comments concerning psychological forces and energies, and the structure of the psyche.</i>	6
ROKEACH, M. (1960): <i>The open and closed mind.</i>	6
SCHACHTER, S. (1959): <i>The psychology of affiliation.</i>	6
THIBAUT, J. W.; KELLEY, H. H. (1959): <i>The social psychology of groups.</i>	6
ZAJONC, R. B. (1980): <i>Feeling and thinking: preferences need no inferences.</i>	6
ASCH, S. E. (1956): <i>Studies on independence and conformity: a minority of one against a unanimous majority.</i>	5
ASCH, S. E. (1952): <i>Social psychology.</i>	5
BOWERS, K. S. (1973): <i>Situationism in psychology: an analysis and critique.</i>	5
JANIS, I. L.; MANN, L. (1977): <i>Decision making: a psychological analysis of conflict, choice, and commitment.</i>	5
JONES, E. E.; NISBETT, R. E. (1972): <i>The actor and the observer: divergent perceptions of the cause of behavior.</i>	5
KIESLER, C. A. (1971): <i>The psychology of commitment:</i>	

experiments linking behavior to self.	5
KUHN, T. (1962): <i>The structure of scientific revolutions</i>	5
LANGER, E. J. (1978): <i>Rethinking the role of thought in social interaction</i>	5
MCGUIRE, W. J. (1969): <i>The nature of attitudes and attitude change</i>	5
MEAD, G. H. (1934): <i>Mind, self and society</i>	5
MILLER, R. L.; BRICKMAN, P.; BOLEN, D. (1975): <i>Attribution versus persuasion as a means for modifying behavior</i>	5
ROSENTHAL, R. (1966): <i>Experimenter effects in behavioral research</i>	5
SCHUMAN, H.; JOHNSON, M. (1976): <i>Attitudes and behavior</i>	5
SELIGMAN, M. E. P. (1975): <i>Helplessness</i>	5
SNYDER, M.; SWANN, W. B. (1978): <i>Behavioral confirmation in social interaction: from social perception to social reality</i>	5
TAYLOR, S. E.; FISKE, S. T. (1975): <i>Point of view and perceptions of causality</i>	5
TVERSKY, A.; KAHNEMAN, D. (1974): <i>Judgement under uncertainty: heuristics and biases</i>	5
WEBB, E. J. et al. (1966): <i>Unobstrusive measures: nonreactive research in the social sciences</i>	5

A pesar de que la orientación general del *Handbook* puede calificarse de individualista y de experimentalista, llama la atención el hecho de que los únicos autores citados entre los que contribuyeron decisivamente a la emergencia de la psicología social sean William **James** y George Herbert **Mead**. Esta referencia histórica da testimonio a la vez del «olvido» en que se mantiene a los iniciadores europeos de la psicología social, tales como Tarde o Wundt, y de la huella que han dejado los inspiradores del Interaccionismo Simbólico.

También llama la atención el que la obra de Theodore **Adorno** sobre *La personalidad autoritaria* siga ocupando un lugar destacado a pesar de las contundentes críticas que anularon prácticamente su validez metodológica. Entre los «históricos» de la psicología social, tan sólo están presentes los teóricos encuadrados en la **orientación socio-gestáltica (Heider, Lewin, Asch)**, con la sorprendente ausencia de autores como Floïd **Allport**, Gardner **Murphy**, o Muzaffer **Sherif**. Por otra parte, junto con la referencia a algunas obras clave de las orientaciones conductistas (**Bandura, Bem, Homans, Zajonc...**), llama la atención el predominio de textos relacionados con las **teorías de la atribución** y con el **socio-**

cognitivismo. Por fin, vale la pena señalar que la preocupación epistemológica está representada por las referencias a Thomas **Kuhn** y por la presencia del influyente artículo de Kenneth Gergen sobre la psicología social como historia, que parece haberse constituido en un punto de referencia obligado.

Entre los textos que he presentado figuran 23 libros, 9 capítulos de libros y 13 artículos. Es interesante observar que el capítulo más referenciado es el de Daryl **Bem** sobre la **teoría de la auto-percepción**, y que los que le siguen inmediatamente hacen referencia esencialmente a la **teoría de la atribución**. Entre los artículos más citados, destaca el de **Festinger** sobre la **teoría de la comparación social**, seguido por el de su alumno **Schachter** y por el alumno de este último R. E. **Nisbett**. Si descartamos el texto crítico de Gergen, el de Bowers sobre la polémica «persona/situación», y un par de textos sobre influencia y sobre actitudes, **todos** los artículos hacen referencia a los **procesos cognitivos** que intervienen en los fenómenos de la influencia social, de los procesos de atribución, o de la auto-percepción de las emociones, evidenciando de esta forma la incontestable realidad del «**giro cognitivista**» que ha experimentado la psicología social contemporánea.

De los 301 textos que he seleccionado, 130 fueron publicados con anterioridad a 1970 (véase el capítulo anterior para un análisis de los textos correspondientes a ese período), y 171 pertenecen a lo que hemos definido como el momento contemporáneo de la psicología social, evidenciando el hecho de que los psicólogos sociales se nutren esencialmente de las aportaciones realizadas en el momento presente de su disciplina.

Para no excederme en la presentación de listados bibliográficos, volveré a la submuestra compuesta por los 45 textos más frecuentemente citados. Podemos observar que la proporción de textos «contemporáneos» desciende ligeramente, como es comprensible, pero que más de la mitad de las referencias (23 textos) pertenecen al período actual. El siguiente listado nos confirma ampliamente la aplastante preeminencia de la **teoría de la atribución** y de la psicología social de los **procesos cognitivos**.

Textos posteriores a 1969 que son citados un mínimo de 5 veces

BEM, S. (1972): <i>Self-perception theory</i>	9
SCHANK, R. C.; ABELSON, R. P. (1977): <i>Scripts, plans, goals, and understanding</i>	9
TAYLOR, S. E.; FISKE, S. T. (1978): <i>Saliency attention and attribution: top of the head phenomena</i>	9

BANDURA, A. (1977): <i>Social learning theory.</i>	8
COOK, T. D.; CAMPBELL, D. T. (1979): <i>Quasi-experimentation: design and analysis issues for field settings.</i>	8
FISHBEIN, M.; AJZEN, I. (1975): <i>Belief, attitude, intention and behavior: an introduction to theory and research.</i>	8
NISBETT, R. E.; ROSS, L. (1980): <i>Human inference: strategies and shortcomings of social judgement.</i>	8
NISBETT, R. E.; WILSON, T. D. (1977): <i>Telling more than we can know: verbal reports on mental processes.</i>	8
ROSS, L. (1977): <i>The intuitive psychologist and his shortcomings: distortions in the attribution process.</i>	8
SNYDER, M.; TANKE, E. D.; BERSCHIED, E. (1977): <i>Social perception and interpersonal behavior: on the self-fulfilling nature of social stereotypes.</i>	8
GERGEN, K. G. (1973): <i>Social psychology as history.</i>	6
ZAJONC, R. B. (1980): <i>Feeling and thinking: preferences need no inferences.</i>	6
BOWERS, K. S. (1973): <i>Situationism in psychology: an analysis and critique.</i>	5
JANIS, I. L.; MANN, L. (1977): <i>Decision making: a psychological analysis of conflict, choice, and commitment.</i>	5
JONES, E. E.; NISBETT, R. E. (1972): <i>The actor and the observer: divergent perceptions of the cause of behavior.</i>	5
KIESLER, C. A. (1971): <i>The psychology of commitment: experiments linking behavior to self.</i>	5
LANGER, E. J. (1978): <i>Rethinking the role of thought in social interaction.</i>	5
MILLER, R. L.; BRICKMAN, P.; BOLEN, D. (1975): <i>Attribution versus persuasion as a means for modifying behavior.</i>	5
SCHUMAN, H.; JOHNSON, M. (1976): <i>Attitudes and behavior.</i>	5
SELIGMAN, M. E. P. (1975): <i>Helplessness.</i>	5
SNYDER, M.; SWANN, W. B. (1978): <i>Behavioral confirmation in social interaction: from social perception to social reality.</i>	5
TAYLOR, S. E.; FISKE, S. T. (1975): <i>Point of view and perceptions of causality.</i>	5
TVERSKY, A.; KAHNEMAN, D. (1974): <i>Judgement under uncertainty: heuristics and biases.</i>	5

La información presentada hasta aquí, centrada en los textos aparentemente más influyentes en el momento actual, debe ser completada con

otro tipo de análisis, centrado esta vez sobre los autores a los que se cita con mayor frecuencia. No se trata tanto de rendir pleitesía a la «notoriedad» personal, como de calibrar la influencia de las orientaciones teóricas y de los intereses temáticos representados por esos autores. En efecto, la influencia que puede tener un autor no queda recogida en la presentación de los textos más frecuentemente citados, ya que en lugar de haber ofrecido, como por ejemplo Heider, un texto fundamental, puede darse el caso de que la frecuencia con la que se cita la aportación de un autor esté distribuida sobre un conjunto de textos diferentes, impidiendo de esta forma que se ponga de manifiesto su influencia real. Pero antes de presentar los datos, conviene efectuar ciertas precisiones. En primer lugar, he seguido utilizando para la «lista de autores» las 301 referencias que aparecen en un mínimo de 3 capítulos del *Handbook* en lugar de utilizar el listado bibliográfico en su totalidad. Esto puede introducir alguna distorsión, pero el motivo de esta decisión es claro: se trata de la forma menos costosa para evitar el sesgo debido a las auto-referencias (téngase en cuenta que McGuire, por ejemplo, cita en su capítulo nada menos que 32 publicaciones suyas, sin contar aquellas en que figura como co-autor), o el sesgo introducido por la especial predilección de un autor por un determinado investigador. En segundo lugar, tan sólo he contabilizado el primer autor cuando las citas hacían referencia a trabajos publicados colectivamente. Los criterios de simplificación del trabajo son los únicos que se pueden aducir en este caso para justificar el pequeño sesgo que puede derivarse de ello. Por fin, aunque se dispone de la lista de todos los autores y primeros autores más frecuentemente citados, me limitaré a presentar a continuación aquellos que son referenciados por su contribución a la psicología social con **más de un texto**. Así, 53 autores son mencionados en 3 capítulos como mínimo, en base a un mínimo de 2 de sus textos.

Lista de los autores citados por su contribución con más de 1 texto

- | | |
|-------------------|--------------------|
| 1. FESTINGER, L. | 10. HEIDER, F. |
| 2. JONES, E. E. | 11. ROSS, L. |
| 3. TAYLOR, S. E. | 12. BEM, D. J. |
| 4. ARONSON, E. | 13. KELLEY, H. H. |
| 5. SNYDER, M. | 14. ROSENTHAL, R. |
| 6. GOFFMAN, E. | 15. ALLPORT, G. W. |
| 7. NISBETT, R. E. | 16. ASCH, S. E. |
| 8. SCHACHTER, S. | 17. BERKOWITZ, L. |
| 9. BEM, S. L. | 18. LANGER, E. J. |

- | | |
|---------------------|-----------------------|
| 19. AJZEN, I. | 37. SCHUMAN, H. |
| 20. BANDURA, A. | 38. DARLEY, J. M. |
| 21. COOK, T. D. | 39. HIGGINS, E. T. |
| 22. TVERSKY, A. | 40. LEPPER, M. R. |
| 23. ABELSON, R. P. | 41. MISCHEL, W. |
| 24. BREHM, J. W. | 42. OSGOOD, C. E. |
| 25. FISHBEIN, M. | 43. ANDERSON, N. H. |
| 26. HOVLAND, C. I. | 44. BRUNER, J. S. |
| 27. MILGRAM, S. | 45. CONVERSE, P. E. |
| 28. SHERIF, M. | 46. CHAPMAN, L. J. |
| 29. SNYDER, M. L. | 47. FESTINGER, L. |
| 30. CAMPBELL, D. T. | 48. FISKE, S. T. |
| 31. JANIS, I. L. | 49. FREEDMAN, J. L. |
| 32. LEWIN, K. | 50. HAMILTON, D. L. |
| 33. NEWCOMB, T. M. | 51. ISEN, A. M. |
| 34. ROKEACH, M. | 52. MCCLELLAND, D. C. |
| 35. ZAJONC, R. B. | 53. SCHNEIDER, D. J. |
| 36. MCGUIRE, W. J. | |

Dadas las características de la psicología social norteamericana, no es sorprendente que no figure **ningún autor europeo** en esta relación (hay que bajar muchos rangos para encontrar mencionado, por ejemplo, a Rom Harré), pero lo que sí es sorprendente es encontrar a Erving **Goffman** entre los autores más citados. Exceptuando este caso particular, se puede comprobar que el grupo de cabeza está compuesto por los **discípulos del tandem Lewin/Heider**. Más concretamente, la filiación dominante arranca de Lewin/Heider, pasando por Festinger, y luego por su discípulo Stanley Schachter, quien forma, por ejemplo, a Nisbett y a Ross.

El análisis en función del número de textos distintos que son citados para cada uno de los 53 autores más preeminentes, nos proporciona el siguiente listado, en el que se puede ver por ejemplo que Aronson es el autor del que se citan un mayor número de publicaciones distintas.

Lista de los autores más citados, ordenados por el número de sus textos que se citan

- | | |
|------------------|------------------|
| 1. ARONSON, E. | 4. GOFFMAN, E. |
| 2. JONES, E. E. | 5. SNYDER, M. |
| 3. FESTINGER, L. | 6. TAYLOR, S. E. |

7. BEM, D. J.
8. ALLPORT, G. W.
9. BEM, S. L.
10. BERKOWITZ, L.
11. KELLEY, H. H.
12. NISBETT, R. E.
13. ROSS, L.
14. SCHACHTER, S.
15. ABELSON, R. P.
16. AJZEN, I.
17. ASCH, S. E.
18. BREHM, J. W.
19. CAMPBELL, D. T.
20. HEIDER, F.
21. HOVLAND, C. I.
22. LANGER, E. J.
23. MILGRAM, S.
24. NEWCOMB, T. M.
25. ROSENTHAL, R.
26. SHERIF, M.
27. SNYDER, M. L.
28. TVERSKY, A.
29. ANDERSON, N. H.
30. BANDURA, A.
31. BRUNER, J. S.
32. CONVERSE, P. E.
33. COOK, T. D.
34. CHAPMAN, L. J.
35. DARLEY, J. M.
36. FESTINGER, L.
37. FISHBEIN, M.
38. FISKE, S. T.
39. FREEDMAN, J. L.
40. HAMILTON, D. L.
41. HIGGINS, E. T.
42. ISEN, A. M.
43. JANIS, I. L.
44. LEPPER, M. R.
45. LEWIN, K.
46. MCCLELLAND, D. C.
47. MCGUIRE, W. J.
48. MISCHEL, W.
49. OSGOOD, C. E.
50. ROKEACH, M.
51. SCHNEIDER, D. J.
52. SCHUMAN, H.
53. ZAJONC, R. B.

Aunque las variaciones son naturalmente escasas en relación al anterior listado, se puede comprobar cómo «suben» autores menos cognitivistas como Daryl Bem, Leonard Berkowitz, o Muzafer Sherif.

Para finalizar esta primera aproximación, señalemos que los compendios en los que aparecen los capítulos más frecuentemente citados son, en primera posición, y con mucha diferencia, la serie de los **Advances in Experimental Social Psychology** de Leonard Berkowitz, seguida de los **Nebraska Symposium on Motivation** y, por fin, del propio **Handbook** en sus anteriores ediciones. Así mismo, las revistas que son citadas con mayor frecuencia son las siguientes:

Revista	Nº citas	Nº textos distintos
<i>Journal of Personality and Social Psychology</i>	156	45
<i>Psychological Review</i>	69	18

<i>Journal of Experimental Social Psychology</i>	64	19
<i>American Psychologist</i>	29	8
<i>Journal of Abnormal Social Psychology</i>	29	9
<i>Psychological Bulletin</i>	25	8
<i>Human Relations</i>	13	2
<i>Sociometry</i>	12	4
<i>Science</i>	11	3
<i>Psychological Monographs</i>	10	3
<i>Journal of Abnormal Psychology</i>	9	3
<i>Journal of Personality</i>	6	2
<i>Public Opinion Quarterly</i>	6	2

5.2. Aproximación a algunas características de la evolución de la psicología social contemporánea a partir de la comparación entre los *Handbook* 1968/69 y 1985

La diferencia de formato entre las dos ediciones del *Handbook* no permite utilizar cifras absolutas para efectuar las comparaciones. En efecto, se pasa de 5 volúmenes y 45 capítulos en 1968/69 a 2 volúmenes y 30 capítulos en 1985. Estas dificultades, junto con la finalidad puramente comparativa de este apartado, me han incitado a efectuar un análisis mucho más simple que en el apartado anterior, limitándome a comparar la **frecuencia de citas** a los autores en una y otra edición. Utilizando un criterio menos fino que en el caso anterior, he recurrido a la frecuencia con la cual los diversos autores son citados, ya no en las bibliografías, sino en el cuerpo mismo de los capítulos. Esto explica que los datos que presento para la edición de 1985 sean distintos a los que he analizado en el apartado anterior.

a) Lista de los 22 autores más citados en cada una de las dos ediciones del *Handbook*

Denominaré de ahora en adelante este grupo como el «grupo A». (Mi intención era seleccionar a los 20 autores más citados, pero la presencia de «ex-equos» me ha obligado a incluir 22 autores en el listado.)

	Edición de 1968/1969	Edición de 1985
1	Festinger, L.	Kelley, H. H.
2	Kelley, H. H.	Jones, E. E.

3	Hovland, C. I.	Campbell, D. T.
4	Newcomb, T. M.	Festinger, L.
5	Campbell, D. T.	Nisbett, R. E.
6	Berkowitz, L.	Aronson, E.
7	Allport, G. W.	Ross, L.
8	Sherif, M.	Janis, I. L.
9	Freud, S.	Tversky, A.
10	Janis, I. L.	Cook, T. D.
11	Asch, S. E.	Schachter, S.
12	Lazarsfeld, P. F.	Heider, F.
13	Deutsch, M.	Taylor, S. E.
14	Sears, R. R.	Abelson, R. P.
15	Aronson, E.	Asch, S. E.
16	Miller, M. E.	Goffman, E.
17	Osgood, C. E.	Kahneman, D.
18	Abelson, R. P.	Snyder, M.
19	Cartwright, D.	Mischel, W.
20	Schachter, S.	Bandura, A.
21	Lewin, K.	Lewin, K.
22	MacCoby, E. E.	Fishbein, M.

Es interesante observar que existe un bloque de 9 autores que se mantienen en el «grupo A» de las dos ediciones. En este bloque de «estrellas» fijas figuran por ejemplo **Festinger, Lewin, Kelley y Schachter**. Así mismo, 12 autores desaparecen del «grupo A» en la edición de 1985, entre ellos **Freud, Hovland y Sherif**. Por contra, pasan a ocupar un primer puesto en la edición de 1985, 13 nuevos autores, entre los que figuran **Heider, Jones, Nisbett, Ross** y, sorprendentemente, Erving **Goffman**. Un análisis más detenido de las diferencias entre la primera y la segunda lista nos indica que:

- la influencia de los «padres fundadores» de la moderna psicología social se desplaza desde Kurt Lewin hacia Fritz Heider,
- se afianza considerablemente la presencia de la teoría de la atribución y del socio-cognitivismo (Nisbett, Ross, Snyder, Taylor, Tversky, etc.),
- las orientaciones más nítidamente conductistas (Hovland, Miller) son sustituidas por orientaciones menos ortodoxas, como la de Bandura,
- aparece con Goffman un claro representante de la orientación sociológica.

b) Lista de los 20 autores más citados en cada edición, después del grupo de cabeza

De ahora en adelante denominaré este grupo como «Grupo B».

	Edición de 1968/1969	Edición de 1985
1	Walters, R. H.	Ajzen, I.
2	McGuire, W. J.	Wicklund, R. A.
3	Cohen, A. R.	Langer, E. J.
4	Tannenbaum, P. H.	Zanna, M. P. ,
5	Dollard, J.	Zajonc, R. B.
6	Simon, H. A.	Berkowitz, L.
7	Child, I. L.	Anderson, N. H.
8	Bandura, A.	Sherif, M.
9	Campbell, A. A.	Milgram, S.
10	Zajonc, R. B.	Hovland, C. I.
11	Lindzey, G.	Darley, T. M.
12	Brown, R. W.	Allport, G. W.
13	French, J. R. P. Jr.	Walster, E.
14	Rosenberg, M. J.	Fiske, S. T. P.
15	McClelland, D. D.	Brehm, J. W.
16	Brehm, J. W.	McGuire, W. J.
17	Guertzkow, H.	Gerard, H. B.
18	Heider, F.	Mann, L.
19	Lippitt, R.	Bem, D. J.
20	Gerard, H. B.	Rokeach, M.

Cuatro autores mantienen su situación en el «grupo B» entre 1968 y 1985, se trata de Brehm, de Gerard, de McGuire y de Zajonc, mientras que otros cuatro retroceden desde el grupo A en 1968 hasta el grupo B en 1985 (G. W. Allport, Berkowitz, Hovland y Sherif). Bandura y Heider mejoran su posición, pasando del grupo B en 1968 al grupo A en 1985.

Una larga lista de 14 autores que figuraban en el grupo B en 1968 desaparecen en 1985, entre ellos destacan, por ejemplo, John Dollard, Ronald Lippitt y David McClelland. En su lugar, aparecen nuevos nombres como los de Bem, Darley, Milgram, Walster (que pasó a llamarse Hatfield por matrimonio) y Zanna.

Los cambios intervenidos en el grupo B, indican claramente una progresiva sustitución de los autores que trabajaban en la línea del Instituto de Relaciones Humanas de Yale, y de algunos de los primeros colabora-

dores de Lewin (French, Lippitt) por jóvenes investigadores de talante cognitivista. La influencia neo-hulliana se agota prácticamente, dejando paso a versiones sumamente heterodoxas del conductismo (Bandura) o a brillantes traducciones psicosociales del conductismo radical (Bem). Así mismo, la influencia de Lewin parece difuminarse ante la versión más «cognitivista» del socio-gestaltismo que proporcionó en su tiempo Fritz Heider.

c) Observaciones de conjunto sobre los cambios intervenidos entre 1968 y 1985 (grupos «A» y «B»)

Los datos más llamativos provienen evidentemente de la comparación entre las situaciones más extremas. En este sentido, me ha parecido interesante presentar dos grupos de investigadores que han experimentado modificaciones drásticas, aunque de signo inverso. Se trata, en primer lugar, de una serie de autores que figuraban en 1968 en el grupo de mayor notoriedad y que ni siquiera aparecen en el segundo grupo quince años más tarde. Se trata, en segundo lugar, de aquellos investigadores que irrumpen en el grupo de cabeza en 1985 cuando ni siquiera figuraban en el segundo grupo en 1968.

Autores que pasan de una primera posición en 1968 a no estar presentes ni siquiera en el segundo grupo en 1985

- Cartwright, D.
- Deutsch, M.
- Freud, S.
- Lazarsfeld, P. F.
- MacCoby, E. E.
- Miller, M. E.
- Newcomb, T. M.
- Osgood, C. E.
- Sears, R. R.

Autores que irrumpen en primera posición en 1985 cuando no estaban ni siquiera en el segundo grupo en 1968

- Cook, T. D.
- Goffman, E.
- Jones, E. E.
- Kahneman, D.

- Mischel, W.
- Nisbett, R. E.
- Ross, L.
- Snyder, M.
- Taylor, S. E.
- Tversky, A.
- Fishbein, M.

Se confirma, pues, la pérdida de influencia de los primeros colaboradores de Lewin y de la orientación hullaiana de Yale, a la vez que el ascenso de la línea que emana de Heider y de Schachter.

5.3. Examen de las modificaciones introducidas en algunos manuales de psicología social

En esta misma línea, que consiste en intentar captar indicadores de evolución de la psicología social contemporánea, parece interesante comparar las últimas ediciones de algunos de los manuales de mayor notoriedad, con sus ediciones anteriores. No he buscado ningún acercamiento a la «representatividad», con lo cual este análisis es puramente sugestivo. Los manuales seleccionados son los siguientes:

- Baron, R. A.; Byrne, D. (1987): *Social psychology. Understanding human interaction*. 5th Ed. Bodton, Allyn and Bacon.
- Deaux, K.; Wrightsman, L. S. (1988): *Social psychology*. 5th Ed. Pacific Grove, Calif., Brooks/Cole.
- Gergen, K. J.; Gergen, M. M. (1986): *Social psychology*. 2th Ed. New York, Springer-Verlag.
- Worchel, S.; Cooper, J. G.; George, R. (1988): *Understanding social psychology*. 4th Ed. Chicago, Dorsey Press.

El manual de Baron y Byrne, publicado por primera vez en 1974, ha alcanzado su quinta edición y se presenta como el manual que más se ha vendido en toda la historia de la psicología social. La edición de 1987 es una revisión de la anterior de 1984. ¿En qué han consistido los cambios? Aparte de añadir una extensa serie de nuevos temas, entre los que figuran por ejemplo «las aplicaciones prácticas de la **teoría de la atribución**», o «la **influencia minoritaria**», los autores señalan dos importantes cambios de énfasis: a) mayor énfasis en los **aspectos cognitivos** de la psicología social y b) mayor atención a **las aplicaciones** del conocimiento

psicosocial. Según los autores, estos cambios, que no afectan a la estructura anterior del manual, pero sí a los contenidos de los diversos capítulos, reflejan los desarrollos acaecidos en la psicología social durante los últimos años.

El manual de Deaux y Wrightsman, constituye una revisión de su anterior *La psicología social en los ochenta*, publicado en 1984, y también campaña ya, como el de Baron y Byrne, por su quinta edición. ¿En qué difieren las ediciones de 1984 y de 1988? No hay aquí tampoco cambios en la estructura del manual, pero los autores señalan seis aspectos que han sido desarrollados ahora con mayor énfasis que en la versión anterior:

- el **conocimiento social**;
- el **self**;
- la naturaleza humana como resultado de la interacción social, lo cual ha exigido desarrollar los conceptos de **rol**, de **norma** y de **status**;
- las relaciones **inter-grupos**, en las que se incluyen tópicos como la **identidad social** y la **categorización**;
- los **problemas sociales**, tales como el racismo, el sexismo o los prejuicios;
- las **aplicaciones** de la psicología social.

El manual de Gergen y Gergen tan sólo está en su segunda edición, pero las diferencias con la primera edición, publicada en 1981, afectan la estructura misma del manual. Se añaden, en efecto, dos nuevos capítulos:

- un capítulo sobre el **self**, en el que se presta especial interés al fenómeno de las **emociones**;
- un capítulo, de carácter **aplicado**, sobre la salud.

Los dos capítulos que han sido sustituidos versaban sobre la moralidad en el pensamiento y en la acción, y sobre liderazgo, poder y control, integrándose en parte su contenido en otros capítulos.

Los autores señalan también un mayor énfasis sobre las contribuciones de la psicología social **europea** y la inclusión de una serie de nuevos tópicos, como por ejemplo, el **meta-análisis**, las **representaciones sociales**, o la **psicología social histórica**.

Por fin, el texto de Worchel, Cooper y George, cuya primera edición se realizó en 1976, constituye en su cuarta edición una revisión del manual de 1983. En esta edición de 1988 hay importantes cambios. Se da una mayor cobertura a los aspectos **motivacionales** y **cognitivos**, a la vez que a la temática del **self** y a la de las relaciones **inter-grupos**. También se expande el área de las **aplicaciones** de la psicología social. Por fin, se insiste en las referencias a las situaciones de la **vida cotidiana**.

El análisis del conjunto de modificaciones que presentan las más recientes

reediciones de este influyente conjunto de manuales es sumamente instructivo:

- como consecuencia quizá de la «crisis» de la psicología social, se presta una especial atención, en todos los casos, a la «**relevancia**» de la disciplina, ofreciendo numerosos ejemplos de «**aplicaciones**»;
- el «**giro cognitivista**» de la psicología social aparece con fuerza, pero también se empieza a prestar una mayor atención a los aspectos **motivacionales** y a las **emociones**;
- aparecen algunos de los temas desarrollados en la **psicología social europea**;
- junto con el «giro cognitivista», la temática del **self** se impone con una innegable vitalidad;
- se presta mayor atención a los aspectos supra-individuales, como por ejemplo el tema de las **relaciones inter-grupales**;
- empiezan a aparecer referencias a los procesos de la «**vida cotidiana**».

Este conjunto de elementos concuerda bastante bien con las informaciones elaboradas a partir del análisis bibliográfico del Handbook.

5.4. Elementos de reflexión

A partir de mediados de los setenta, los psicólogos sociales declaran reiteradamente su preocupación por las **aplicaciones** de la psicología social, y ponen un empeño real en demostrar la pertinencia social que tienen los resultados de sus investigaciones. Sin embargo, no hacen con esto sino volver a conectar con lo que siempre fue un tema muy sensible en la disciplina. No hay que olvidar que uno de los acicates para las investigaciones de Moreno, de Murphy, de Sherif, de Asch, o de Lewin consistía precisamente en ayudar a resolver una serie de problemas que azotaban, según ellos, a la sociedad de su tiempo.

Lewin puso un especial énfasis en ello, y puede parecer extraño, por ejemplo, que el renovado interés por las aplicaciones de la psicología social no se centre con mayor atención en su fructífero concepto de «investigación-acción». Tampoco hay que olvidar que una de las razones del despegue de la psicología social después de la Segunda Guerra Mundial radica precisamente en que supo demostrar su utilidad durante el período bélico.

Quizás, el ritualismo metodológico de los años 1955 a 1970 hizo que se descuidase la proyección social de los conocimientos psicosociales y, sin duda alguna, la crisis que cerró esa época sirvió para **reanudar** una

vieja tradición de la disciplina, pero no se puede decir sin embargo que la focalización actual sobre las «aplicaciones» constituya una **nueva** dimensión, propia de la psicología social contemporánea.

Dejando aparte el tema de las aplicaciones, parece que lo que caracteriza más profundamente al momento actual de la disciplina pueda resumirse en las siguientes consideraciones:

a) Bajo la influencia de una serie de factores, algunos de origen interno y otros de origen externo, en cuyo análisis no me detendré aquí, la tradición socio-gestaltista ha evolucionado hacia una acentuación de sus rasgos **cognitivistas** y **fenomenológicos**. Esto significa que el legado de Fritz **Heider** tiende a prevalecer sobre la orientación más motivacional y dinámica de Kurt **Lewin**. Un aspecto de esta evolución conduce sin duda hacia un mayor **individualismo** de la psicología social, que tiende a centrarse aún más sobre lo que ocurre **en** la «cabeza» de las personas. En efecto, frente al interés lewiniano por las totalidades grupales, Heider siempre privilegió las **inferencias individuales** y las relaciones entre los individuos. Pero esta evolución presenta también otras características. La acentuación de las dimensiones fenomenológicas del socio-gestaltismo conduce a la disciplina, muy especialmente a través de las teorías de la atribución, a un acercamiento hacia las posturas tradicionalmente desarrolladas por el **interaccionismo simbólico**. El «redescubrimiento» del **self** por la psicología social contemporánea (Hales, 1985) apunta hacia una posible ruptura del ostracismo entre las dos grandes corrientes de la psicología social: el interaccionismo simbólico y el socio-gestaltismo. Se dibujan así dos grandes líneas de desarrollo: una, fuertemente individualista, experimentalista y psicologista, centrada sobre el análisis de los **mecanismos inferenciales** en sus aspectos socialmente pertinentes, otra, más ecléctica metodológicamente, y más «social», centrada sobre el conocimiento social en relación con la **construcción del self** y sus interacciones con la realidad social.

b) Esa orientación fenomenológica, junto con el énfasis de Heider sobre el **sentido común** o «psicología ingenua», y con la creciente influencia del segundo Wittgenstein en el pensamiento filosófico, orienta la psicología social hacia unos planteamientos focalizados sobre el mundo de la «**vida cotidiana**», del **pensamiento «ordinario»** y de las relaciones «usuales». Las consecuencias metodológicas de esta nueva orientación no deberían tardar en manifestarse.

c) Quizá sea cierto que la crisis no ha sido sino una «perturbación menor», sin embargo, las reiteradas críticas, europeas entre otras, ante el caso carácter «**social**» de la psicología social, parecen dibujar una evolución hacia temas que sólo se pueden enfocar desde una perspectiva

fuertemente social, como es, por ejemplo, el tema de las **relaciones entre grupos**.

d) Aunque de forma tímida, la psicología social dominante parece empezar a prestar un oído más atento a las elaboraciones teóricas que se realizan en el seno de la **psicología social europea**.

e) Schachter, uno de los investigadores que fomentaron a través de sus aportaciones el actual interés por la cognición social, relacionó siempre de forma muy directa los factores cognitivos con los estados emocionales. La notable influencia de Schachter se ha unido probablemente con otros factores, como por ejemplo, un posible ejemplo de contraste con la hegemonía, casi agobiante, de los estudios sobre la cognición, para propiciar un creciente interés, tanto en Europa como en Estados Unidos, por el fenómeno de la afectividad y de las **emociones**.

Los materiales a los que he recurrido para bosquejar el momento actual de la psicología social tan sólo podían proporcionar una imagen parcial de la disciplina. No cabe duda de que esta visión habría resultado muy distinta si hubiera recurrido a los textos generales de la corriente interaccionista simbólica, o si me hubiera centrado sobre las producciones de la psicología social europea. Así mismo, la imagen de la psicología social sería muy distinta si, por inadvertencia o deliberadamente, hubiera echado mano de la considerable literatura «alternativa» que está creciendo al lado de la psicología social académicamente dominante. Las fuentes a las que he recurrido son efectivamente más idóneas para alcanzar una visión fidedigna del estado en que se halla la parte **mayoritaria** de la psicología social. Sin embargo, si se quiere alcanzar una representación más completa, y por lo tanto más exacta de la situación de la disciplina, es preciso «compensar» la información acumulada hasta ahora con un análisis del momento actual tal y como se presenta:

- a) en la **orientación simbólica**,
- b) en la **psicología social europea**,
- c) en las producciones de las **corrientes alternativas**.

Esto es precisamente lo que intentaré hacer a continuación, no sin antes dedicar un análisis más pormenorizado a lo que parece constituir el tema clave de la psicología social contemporánea, es decir, el tema de la **cognición social**.

6. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

I. LA «COGNICIÓN SOCIAL»

La mayoría de los comentarios que versan sobre las características de la psicología social, en estos últimos años, coinciden en afirmar que la disciplina «se ha vuelto **cognitiva**». Así, por ejemplo, podemos leer que:

«El reconocimiento de que la psicología social se ha vuelto cognitiva parece ser unánime» (Graumann y Sommer, 1984, p. 31).

O en palabras más tajantes:

«La adopción del punto de vista cognitivo entre los psicólogos sociales ha sido tan absoluto que resulta harto difícil para muchos de los que trabajan en esta disciplina concebir una alternativa viable» (Markus y Zajonc, 1985, p. 137).

Markus y Zajonc añaden incluso, un poco más adelante, que ya no es posible definir actualmente la psicología social como el estudio de las **conductas sociales**, y que es mucho más exacto presentarla como el estudio de la **mente social**. A la luz de estas consideraciones, parece obvio que no se puede entender adecuadamente las características definitorias de la

psicología social contemporánea sin antes analizar detenidamente el «giro cognitivista» de la disciplina.

6.1. La «cognición social»

Aunque los inicios de la orientación cognitiva en psicología son mucho más remotos (Seoane, 1982, 1985a), es habitual fechar su aparición formal en esa disciplina en el año 1967, cuando aparece el libro programático de Ulrich Neisser, titulado precisamente *Psicología cognitiva* (Neisser, 1967). No se dispone en psicología social de parecido punto de referencia iniciático, pero se suele considerar que el auge de la psicología social cognitiva, entendida en sentido estricto, comienza hacia mediados de los setenta con la publicación de libros tales como por ejemplo el que editan **Carroll y Payne** bajo el título de *Cognición y conducta social* (Carroll y Payne, 1976), aunque es preciso reconocer que otros autores, como por ejemplo **Stotland y Canon**, ya se habían anticipado unos pocos años antes presentando un manual de psicología social de orientación claramente cognitivista titulado *Psicología social. Un enfoque cognitivo* (Stotland y Canon, 1972). A partir de esas fechas, el desarrollo de la psicología social cognitiva es fulminante, llegando a constituirse en el **centro de gravedad** de la disciplina a partir de los años ochenta. En 1982 se crea la revista *Social Cognition*, dedicada específicamente a una orientación que se ha extendido ya por aquel entonces hasta cubrir todos los grandes tópicos tradicionales de la psicología social. Así por ejemplo, en el campo de los procesos de influencia aparecen una serie de teorías cognitivistas, como la teoría del «Análisis de la Respuesta Cognitiva» (Greenwald, 1981; Petty y Cacioppo, 1981), y en 1984, las investigadoras Alice **Eagly** y Shelly **Chaiken** disponen ya de suficiente material sobre el tema para dedicar en los «Advances» de Leonard Berkowitz, un extenso capítulo a las **Teorías Cognitivas de la Persuasión** (Eagly y Chaiken, 1984).

Situaciones parecidas se dan en relación con otros tópicos clásicos de la psicología social, como el Self, los Estereotipos, o la Percepción Social, y en 1984 A. S. **Wyer** y T. K. **Srull** pueden editar un auténtico «Handbook» de psicología social cognitiva que cuenta con varios volúmenes (Wyer y Srull, 1984).

Este carácter omnicomprensivo del cognitivismo social marca un cambio notable en relación a lo que fueron las primeras características del «movimiento» cognitivo en el seno de la psicología social. En efecto, el calificativo de «cognitivo» se limitó en un primer momento a designar un **área de investigación** centrada sobre el estudio de los procesos cognitivos, al

igual que otras se centraban sobre las motivaciones, el aprendizaje o las conductas sociales. Más adelante, se designó con el rótulo de «cognitivo» un enfoque teórico particular que contraponía sus **«teorías cognitivas»** a las teorías de corte psicoanalítico o conductista. Distanciándose de esa serie de conceptualizaciones restrictivas, el cognitivismo pasó a designar, a finales de los setenta, un auténtico paradigma, o principio de investigación, susceptible de abarcar el conjunto de los procesos psicosociales, como muy bien lo proclaman, por ejemplo, Srull y Wyer:

«Creemos que la psicología social cognitiva, o la cognición social, es realmente un enfoque meta-teórico para el estudio de los fenómenos psicosociales» (Srull y Wyer, 1984, p. 78).

Este enfoque meta-teórico descansa fuertemente sobre un modelo de hombre como «procesador de información», articulándose, por lo tanto, en torno a la **metáfora del ordenador** que subyace en las modernas y vigorosas «Ciencias Cognitivas». Es interesante anotar que una de las implicaciones de este principio general de investigación consiste, en palabras de Edward Jones, en «anular la separación y las diferencias entre la psicología y la psicología social». El cognitivismo se presenta de esta forma como un principio unificador y transdisciplinar, como muy bien da a entender Hastie en 1980:

«... queremos promover el desarrollo de la metáfora del procesamiento de la información como un vehículo teórico común para las ciencias psicológicas» (Hastie y otros 1980).

Esa misma metáfora del ordenador conduce a conceptualizar la cognición humana en términos de «hardware» y de «software», es decir, en términos estructurales por una parte y procesales por otra.

El estudio de las **estructuras cognitivas** se articuló preferentemente en torno al concepto de **«schemata»**, o «esquema», y otros conceptos de la misma naturaleza. Se trata de un concepto que tiene ya un largo pasado, desde sus orígenes kantianos y su utilización por la escuela de Würzburg, hasta su aplicación al estudio de la memoria por Sir Frederick **Bartlett** en 1932. En su extenso y notorio estudio sobre la **«Teoría de los esquemas»**, Shelley **Taylor** y Jennifer **Crocker**, lo definen como:

«Una estructura cognitiva que consiste en parte de la representación de un determinado campo de estímulos. El esquema contiene conocimientos generales sobre ese campo, inclu-

yendo una especificación de la relación que existe entre sus atributos, así como ejemplos específicos, o instancias, de ese campo de estímulos» (Taylor y Crocker, 1981, p. 91).

Mientras que Stotland y Canon nos explican, de forma más discursiva, que:

«... las personas generan reglas, relativamente abstractas y generalizables, llamadas “esquemas”, acerca de ciertas regularidades que aparecen en la relación entre eventos... (los esquemas) sirven de guía a la conducta y actúan como un marco que influencia la forma en que se asimilan las nuevas informaciones» (Stotland y Canon, 1972, p. 67).

Para desempeñar adecuadamente esta función de **guía de la conducta**, los esquemas, integrados en una organización jerárquica deben corresponderse lo mejor posible con la realidad que pretenden representar, y estar unidos entre sí por un suficiente grado de coherencia. Cada esquema es, por lo tanto, confrontado con los demás para comprobar que no entraña aspectos contradictorios:

«Los esquemas... constituyen hipótesis que han sobrevivido a semejante comprobación, con lo cual se les considera aproximadamente representativos del verdadero estado de las cosas» (Kruglansky, 1984, p. 91).

El sujeto humano dispone, por lo tanto, según los cognitivistas, de un **sistema de esquemas** que le permite tipificar adecuadamente su entorno, conocerlo y reconocerlo con suficiente precisión, y procesar sin demasiados problemas las nuevas informaciones que éste les proporciona. Un concepto muy afín al de esquema es el concepto de «**Script**», o «guión», elaborado por **Abelson** y **Schank**. Según estos autores, un guión consiste en una estructura cognitiva:

«... que describe una secuencia apropiada de eventos dentro de un contexto determinado» (Schank y Abelson, 1977, p. 41).

Así, por ejemplo, cualquier persona que sepa lo que es un restaurante tiene **almacenada** en su sistema cognitivo una representación de cuáles son las **secuencias de eventos** más usuales que se desarrollan en tal lu-

gar. Estos guiones le permiten comportarse adecuadamente y conseguir sus propósitos cuando entra en un restaurante con la intención de que le sirvan una comida. El conjunto de los guiones se corresponde con el conjunto de **situaciones rutinarias** en la vida cotidiana de las personas. Cada una de esas situaciones «activa», en efecto, el correspondiente guión y los correspondientes esquemas, como si de un algoritmo se tratara.

Junto con la dilucidación de las «estructuras cognitivas», la investigación sobre la cognición social aborda también el estudio de los **«procesos cognitivos»**, centrándose preferentemente en el concepto de **«inferencias sociales»**. Dicho muy brevemente, las inferencias no son sino los procesos mediante los cuales se ponen en relación los «inputs» informacionales con los esquemas preexistentes, de forma que se puedan deducir las oportunas consecuencias y conclusiones. El estudio de los procesos inferenciales se presenta como la investigación del tipo de **lógica** que caracteriza al **pensamiento «ordinario»**, es decir, al pensamiento tal y como funciona realmente en el transcurso de la vida cotidiana. Esa **lógica de sentido común** presenta peculiaridades que la diferencian claramente de la lógica formal, como bien lo demuestra Heider con sus reflexiones sobre la «psicología». En efecto, la lógica implícita que subyace en proposiciones como las que establecen, por ejemplo, que «los amigos de mis amigos son mis amigos» y que «los enemigos de mis enemigos son mis amigos», es difícilmente homologable con los cánones de la lógica deductiva. Gran parte de la investigación sobre los procesos inferenciales se ha desarrollado en el marco de las **teorías de la atribución** que analizaremos detenidamente dentro de unos momentos.

6.2. Los antecedentes de la cognición social

Es evidente que la orientación cognitivista no habría conseguido desarrollarse con tanta rapidez si no hubiera contado con un terreno suficientemente abonado. En cierto sentido, se puede afirmar, junto con Robert **Zajonc**, que la psicología social **«siempre fue cognitiva»** (Zajonc, 1980a). En efecto, si nos atenemos a una definición laxa del cognitivismo, es cierto que la psicología social tiene una antigua tradición cognitiva que se remonta por lo menos a los años treinta, es decir, a los años en que, como dicen **Fiske** y **Taylor**:

«... siguiendo a Lewin, los psicólogos sociales decidieron que la mejor forma de entender la conducta social pasaba por considerarla como una función de la percepción que tienen las

personas acerca de su mundo, en lugar de considerarla como una función de la descripción objetiva de su entorno estimular» (Fiske y Taylor, 1984, p. 8).

La psicología social fue «siempre» cognitiva porque la orientación que predominó en su seno, es decir, la orientación socio-gestaltista, siempre se mostró sumamente receptiva ante el concepto de «estructura cognitiva». **Lewin** consideraba, por ejemplo, que la representación de la propia situación en la que se encontraba y de las fuerzas implicadas en ella constituía un elemento capital para determinar la conducta de la persona. Así mismo, Solomon **Asch** conceptualizaba literalmente las actitudes en términos de «estructuras cognitivas», y Fritz **Heider** otorgaba tanta importancia a las creencias de las personas, como para declarar, casi parafraseando la famosa expresión de William **Thomas** según la cual «Si los hombres definen una situación como real, entonces es real en sus consecuencias» (Thomas, 1928), que:

«Si una persona cree que las líneas de su mano pronostican su futuro, entonces esa creencia debe ser tenida en cuenta para explicar algunas de sus expectativas y de sus actuaciones» (Heider, 1958, p. 5).

En esta misma línea cognitivista, **Krech y Crutchfield** afirmaban ya en su manual de 1948 que:

«Si pretendemos entender la conducta social, entonces tenemos que conocer la forma en que las percepciones, las memorias y las fantasías se combinan, se integran, o se organizan en... estructuras cognitivas» (Krech y Crutchfield, 1948, p. 77).

De hecho, sobre este trasfondo globalmente favorable al cognitivismo, el auge de la cognición social estuvo preparado más concretamente por una serie de teorías y de enfoques que se articularon a lo largo de los años cincuenta y de los años sesenta.

En primer lugar, el replanteamiento que los teóricos del «**New Look**» efectuaron en relación con los procesos perceptivos, anticipó, mediante el concepto de «**categorización cognitiva**», el concepto de esquema entendido como estructura organizadora de la información sobre la realidad circundante. Así mismo, el énfasis puesto por **Bruner** y por sus colegas sobre el papel desempeñado por las motivaciones, las expectativas y de-

más características de las personas, en su percepción de los estímulos, troncaba directamente con el supuesto fundamental de la orientación cognitiva, es decir, el supuesto:

«... que ciertas entidades transformativas centrales operan sobre los “inputs” sensoriales, datos o informaciones, y que las acciones y los pensamientos reflejan los resultados de esas transformaciones» (Bindra, 1984, p. 13).

En segundo lugar, el camino del cognitivismo social se encontró allanado por el tremendo impacto de la **Teoría de la Disonancia Cognitiva** y, más globalmente, por la incidencia de las teorías de la consistencia cognitiva. En efecto, estas teorías, que absorbieron el interés de los psicólogos sociales durante toda la década de los sesenta, contribuyeron notablemente a focalizar la atención sobre el problema de la cognición. Su conceptualización del ser humano como un ser animado por la constante necesidad de hallarse en situación de coherencia cognitiva no podía por menos que suscitar el interés por las dimensiones cognitivas de la persona. Bien es cierto que la perspectiva de Festinger se centraba sobre una cognición «caliente», bastante alejada del frío **procesamiento de la información** que caracteriza al cognitivismo social actual. Los procesos motivacionales que intervenían en el mantenimiento de la coherencia cognitiva dimanizaban el funcionamiento de las estructuras cognitivas en una forma escasamente compatible con la metáfora del ordenador. Para que la cognición social pudiera desarrollarse en su formato teórico actual, era preciso vaciar las estructuras cognitivas de la carga motivacional que Festinger había puesto en ellas. A mediados de los sesenta, se fue configurando otro enfoque teórico, más «frío», que suplantaría la Teoría de la Disonancia Cognitiva antes de que finalizara esa década.

6.3. Las teorías de la atribución

La teoría de las «**inferencias correspondientes**» que presentaron **Jones** y **Davis** en 1965 (Jones y Davis, 1965), y la importante síntesis teórica que presentó **Kelley** dos años más tarde sobre las «**inferencias causales**» (Kelley, 1967), reactualizaron las formulaciones de Heider, propulsando la teoría de la atribución hacia el primer plano de la psicología social. Ya no eran los aspectos motivacionales, sino la propia y fría **lógica de las inferencias sociales** la que daba cuenta de los efectos que los procesos cognitivos producían sobre las personas. Además, la teoría de

la atribución se presentaba, en la óptica de Heider, como consustancial con el propio **conocimiento social**:

«... la atribución forma parte de nuestro conocimiento del entorno. Siempre que pretendáis conocer vuestro entorno, encontraréis la intervención de la atribución» (Heider, 1976, p. 18).

El auténtico auge del enfoque atribucional se produciría en 1969, tras la conferencia organizada en Los Ángeles por la Universidad de California sobre las teorías de la atribución; esa conferencia suscitó una enorme expectación y se plasmó en un importante libro que Jones y otros editarían en 1972 (Jones, Kanouse, Kelley, Nisbett, Valius y Weiner, 1972). A partir de ese momento, las investigaciones sobre los procesos atributivos se desarrollaron con un ritmo vertiginoso.

Durante la década de los setenta, se contabilizan cerca de 1.000 publicaciones sobre el tema, y tan sólo en los cuatro años que van desde 1978 a 1982 se producen cerca de 500 publicaciones (Harvey y Weary, 1985). No se crea una revista específica como en el caso de la cognición social, pero John Harvey, Ickes y Kidd lanzan en 1976 una colección de volúmenes que darán cuenta hasta 1981 de los adelantos registrados en el tema (Harvey, Ickes y Kidd, 1976, 1978, 1981); así mismo, en 1977 se publica un manual de psicología social concebido específicamente desde la orientación atribucional (Harvey y Smith, 1977). El impacto del enfoque atribucional es tal, que ciertos autores revisarán radicalmente sus planteamientos anteriores para ponerlos en consonancia con los postulados atribucionales. Éste es el caso, por ejemplo, de **Seligman** y su teoría de la indefensión aprendida (Abramson, Seligman y Teasdale, 1978).

Curiosamente, el desarrollo de la teoría atribucional recibe un fuerte impulso desde algunas perspectivas que pertenecen a otros ámbitos teóricos. Se trata, por una parte, de las investigaciones de **Schachter**, en la línea de la teoría de la comparación social de Festiger, que demuestran la importancia que tienen los estados emocionales atribuidos a los demás para que una persona consiga definir sus propios estados emocionales (Schachter y Singer, 1962). Esta influyente investigación dará lugar a toda una serie de estudios acerca de los efectos que tienen las «**misatributions**», o atribuciones erróneas, sobre los sentimientos y las conductas de las personas (Valins, 1966; Ross, Rodin y Zimbardo, 1969). Por otra parte, las investigaciones de Daryl **Bem**, llevadas a cabo desde los supuestos del conductismo radical, para contradecir precisamente los planteamientos de la teoría de la disonancia, mostrarán la importancia de las inferencias que la persona realiza a partir de la observación de su **propia conducta** (Bem,

1965). Kelley integra estas aportaciones, sin ninguna dificultad, en su teoría de la atribución. De esta forma, Bem consigue el efecto paradójico de favorecer el desarrollo de una teoría aún más cognitivista que la que pretendía atacar, aportándole argumentos por una parte, y debilitando a su rival por otra.

La teoría de la atribución, escasamente interesada en la cuestión de las estructuras cognitivas, desarrollará sin embargo un ingente trabajo sobre los procesos cognitivos, situando al orden del día el estudio de las «inferencias sociales». Muy pronto, en efecto, la mayoría de las investigaciones atribucionales se orientan hacia la detección y el análisis de los múltiples **sesgos** o **distorsiones** que cometen los individuos en el tratamiento de las informaciones acerca de sus propias conductas o sobre las conductas de los demás. Después del estudio de Jones y Nisbett sobre las **divergentes perspectivas** que caracterizan el punto de vista del actor y del observador (Jones y Nisbett, 1972), y la formulación por parte de Ross del «**error atributivo fundamental**», es decir, de la tendencia a subestimar de forma sistemática los factores situacionales que determinan las actuaciones de los demás (Ross, 1977), empiezan a proliferar los descubrimientos de sesgos particulares, tales como el «self-serving bias», o sesgo a favor de sí mismo, según el cual soy responsable de mis éxitos pero no de mis fracasos (Miller y Ross, 1975), el sesgo «egocéntrico» (Ross y Sicoly, 1979), el sesgo afectivo, etc. Es interesante señalar en este punto que los trabajos de **Ichheiser**, conocidos y apreciados tanto por Heider como por Erving Goffman (Farr y Anderson, 1983), anticiparon con mucho el descubrimiento del «error atributivo fundamental» y se adelantaron a muchos de los planteamientos de la teoría de la atribución (Ichheiser, 1943, 1949). También es preciso señalar la importancia que tendrán para la teoría de la atribución los trabajos de Rotter y de su diferenciación entre «**locus**» de control interno y externo (Rotter, 1966). En una línea ya más próxima al cognitivismo social, **Tversky** elaboró su concepto de «**heurísticos**». Los heurísticos no son propiamente «errores» inferenciales, sino estrategias, lógicamente incorrectas, pero que los individuos utilizan conscientemente para acertar sin embargo en sus apreciaciones de las situaciones (Tversky y Kahneman, 1974).

Las teorías de la atribución constituirán, en definitiva, el tercer punto de apoyo a partir del cual prenderá con fuerza el socio-cognitivismo en el seno de la psicología social.

6.4. El contenido social de la cognición social

Algunos de los artífices del desarrollo del cognitivismo en la psicología

social han defendido la idea de que el conocimiento social responde a los **mismos** mecanismos básicos que el conocimiento en general, y que una exigencia de **parsimonia** obliga a considerar mecanismos de tipo general que luego pueden ser retocados en función de diversos parámetros particulares, tales como, por ejemplo, los parámetros sociales (Hastie y Carlston, 1980). Así, la cognición social no tendría por qué diferenciarse en lo fundamental de la cognición pura y simple. Como dicen Janet Landman y Melvin Manis:

«... la labor de investigar la cognición social se ha realizado frecuentemente bajo la asunción de una identidad entre la cognición social y la no-social» (Landman y Manis, 1983, p. 109).

Robert Zajonc ha sido, por su parte, uno de los principales exponentes del punto de vista diametralmente opuesto, defendiendo la especificidad y la **irreductibilidad** de la cognición social (Zajonc, 1980). Esta especificidad viene dada por cuatro características principales. En primer lugar, la cognición social involucra siempre factores «calientes» como son las emociones y las motivaciones que interfieren con los mecanismos de procesamiento de la información. Estas interferencias hacen que los procesos inferenciales engendren resultados distintos según que los objetos sobre los que versan sean sociales o sean objetos no sociales. En segundo lugar, las categorías o esquemas utilizados, es decir, las estructuras cognitivas, descansan sobre unas bases sociales y culturales que inciden sobre los mecanismos cognitivos de forma específica. En tercer lugar, las cogniciones sociales tienen consecuencias para los demás. Esto significa que, por una parte, el individuo debe anticipar estas consecuencias transformándolas en nuevas informaciones a tratar y que, por otra parte, los demás pueden modificar sus características cuando sospechan que son objeto de un proceso de indagación cognitiva por parte de otra persona, proporcionándole eventualmente indicaciones engañosas. Por fin, en cuarto lugar, las cogniciones sociales suelen elaborarse y funcionar en un contexto de tipo comunicacional (Markus y Zajonc, 1985).

Estas cuatro características obligan a que se dispense un tratamiento diferenciado a la cognición social por una parte, y a la cognición general por otra parte.

Sin embargo, el reconocimiento de esas diferencias fundamentales no basta para situar la cognición social en un marco genuinamente social. En efecto, han sido muchas las voces que han denunciado el rumbo individualista tomado por la psicología social cognitiva. Desde Kenneth Gergen, quien se pregunta si en última instancia la oposición entre los plan-

teamientos cognitivistas y los planteamientos conductistas no constituye una simple apariencia (Gergen, 1984a), hasta Serge Moscovici, quien asimila el actual cognitivismo social a una mera investigación formal de los procesos **lógicos** en el marco del laboratorio (Moscovici, 1982), pasando por Joseph Forgas, quien titula uno de sus textos con el interrogante acerca de «¿Qué hay de social en la cognición social?» y publica un libro con el propósito de impulsar un acercamiento más social a la cognición social (Forgas, 1981), sugiriendo la idea de que toda la cognición es **intrínsecamente** social:

«Nuestro conocimiento está socialmente estructurado y transmitido desde el primer día de nuestras vidas, está coloreado por los valores, las motivaciones, las normas de nuestro entorno social durante nuestra época adulta, y las ideas, el conocimiento, las representaciones son creadas, y re-creadas, tanto a nivel de la sociedad como a nivel de individuo» (Forgas, 1981, p. 212).

En este sentido, conviene celebrar la reciente publicación a cargo de Daniel Bar-Tal y Arie Kruglanski de un libro que cuestiona la propia denominación de «cognición social», prefiriendo, y justificando, la adopción del término más amplio de «conocimiento social» (Bar-Tal y Kruglanski, 1988).

Por fin, señalemos que Graumann y Summer consideran, muy acertadamente, que con su excesiva centración sobre el modelo del procesamiento de la información, la psicología social cognitivista está desempeñando una clara función social relacionada con la informatización de la sociedad:

«Esos modelos son programas para una futura computerización... asistimos a una gradual cognitivización de la psicología social, a la vez que a una computerización de lo cognitivo» (Graumann y Summer, 1984, p. 67).

6.5. Perspectivas de futuro para la cognición social

Junto con la innegable e inquietante coincidencia entre la psicología social cognitivista y el fenómeno social de la informatización de la sociedad, también se pueden vislumbrar aspectos mucho más positivos en el auge del cognitivismo social. En efecto, el interés cognitivista por las «inferen-

cias sociales» está contribuyendo a orientar parte de la psicología social hacia una penetración mucho más directa en el terreno de la **vida cotidiana**, despertando el interés por las relaciones sociales concretas, y por el pensamiento de sentido común. Este movimiento que empuja a la psicología social fuera de los laboratorios y lejos de las teorías socialmente descontextualizadas, para acercarla a la realidad social de cada día, puede suponer un cambio drástico en los fundamentos de la disciplina y propiciar un acercamiento a los planteamientos del interaccionismo simbólico. Así mismo, el reconocimiento de la importancia que tienen los factores **subjetivos** en la elaboración de la representación de la realidad social está propiciando un nuevo interés por una serie de planteamientos que pueden fertilizar considerablemente el campo psicosocial.

Entre estos planteamientos se encuentran las aportaciones de la **fenomenología social** de **Schütz**, las tesis **socio-constructivistas** de **Berger** y **Lückman**, las reflexiones de la antigua **Escuela de Chicago**, los trabajos europeos sobre **representaciones sociales**... Sin embargo, para que el estudio de la cognición social alcance una dimensión genuinamente social, aún sería preciso dar un paso más, y pasar desde el incipiente interés por la subjetividad al tema mucho más fundamental de la **intersubjetividad**. Así mismo, sería conveniente pasar desde unas formulaciones en términos de cognición social, a unos planteamientos mucho más psicosociológicos centrados en el estudio de la **«mente social»** tal y como la concebía por ejemplo George Herbert Mead. Mientras tanto, existen serias razones para el optimismo, si es cierto, como afirma Sheldon Stryker, que se están forjando múltiples fuentes de coincidencia entre los enfoques atribucionales y el interaccionismo simbólico, aunque este aspecto forma ya parte del siguiente apartado.

7. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

II. EL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO, LA ETNOMETODOLOGÍA Y LA PROBLEMÁTICA DEL «SELF»

7.1. Actualidad del interaccionismo simbólico

Son muchos los indicios que apuntan efectivamente hacia una cierta convergencia entre la psicología social de orientación psicológica (P.S.P.) y la psicología social de orientación sociológica (P.S.S.), representada esencialmente por la corriente del interaccionismo simbólico. En efecto, el *Handbook* ha dedicado, por primera vez en treinta años, un espacio a la exposición de las tesis interaccionistas (Stryker y Statham, 1985), a la vez que Erving Goffman pasa a ser, como hemos visto, uno de los autores más citados en sus páginas; casi simultáneamente, otra de las publicaciones «institucionales» de la psicología social psicológica, los *Advances* de Leonard Berkowitz, ha abierto también sus páginas a los exponentes del interaccionismo simbólico (Stryker, 1984), mientras que las monografías de psicología social hacen ya referencia, con cierta frecuencia, a tal o cual planteamiento de la corriente interaccionista. Así por ejemplo, Barry Schlenker, quien, tras sus sonados textos contra el historicismo de Kenneth Gergen (Schlenker, 1974) y contra la «revolución» ethogénica de Rom

Harré (Schlenker, 1977), aparecía como un temible martillo de heréticos, dedica amplias y positivas consideraciones al interaccionismo simbólico en una de sus recientes publicaciones (Schlenker, 1985).

Tras muchas décadas de incomunicación, a veces de hostilidad, pero más generalmente de mutua ignorancia, entre ambas psicologías sociales, parecen haberse abierto por lo tanto unos cauces de intercambio que pueden enriquecer considerablemente los planteamientos psicosociales y desembocar quizás algún día en una psicología social realmente interdisciplinar, invocada entusiastamente por algunos (Backman, 1983). No se pueden subestimar, por supuesto, los esfuerzos realizados por una serie de investigadores como **Gergen, Stryker, Backman**, y algunos más, para propiciar la permeabilización de las fronteras entre las dos psicologías sociales, pero el éxito de estos esfuerzos hubiera sido muy escaso de no haber contado con un clima favorable recientemente instituido.

El incipiente reconocimiento, por parte de la psicología social mayoritaria, del interés que presentan las tesis interaccionistas, ha sido facilitado por dos tipos de factores: la crisis de la psicología social, por una parte, y el auge del cognitivismo social por otra.

a) Influencia de la crisis de la psicología social

Los propios elementos antecedentes de la crisis, es decir, las críticas a ciertos aspectos mal controlados en la experimentación social propiciaron tres interesantes consecuencias. En primer lugar, se puso de manifiesto la importancia de los **roles** desempeñados, tanto por los sujetos como por los investigadores, en el marco de la situación experimental. En segundo lugar, se atrajo la atención sobre la importancia que tenía el **significado** atribuido a la situación por parte de los individuos y, en tercer lugar, se fomentaron ciertas dudas sobre la **validez de la experimentación**, debilitando la arrogancia con la cual se descartaba toda investigación que no fuese rigurosamente experimental. Cada una de estas tres consecuencias contribuyó a reducir la distancia con el enfoque interaccionista. En ese mismo período, durante el cual se estaba gestando la crisis, se formularon teorías tales como la **teoría de la «congraciación»** de Jones, que ponían de manifiesto las habilidades **estratégicas** de las que hacen gala los individuos para incidir sobre las impresiones que los demás se forman de ellos mismos (Jones, 1964). Las resonancias goffmanianas de este planteamiento eran evidentes (Goffman, 1959) y algunos años más tarde estas resonancias volverían a manifestarse con la formulación del concepto de **maquiavelismo** (Christie y Geis, 1970), a la vez que el propio Jones

desarrollaría más extensamente la dimensión «dramatúrgica» de su teoría (Jones y Pittman, 1982).

Volviendo a las consecuencias de la crisis, conviene recordar que una de las principales dimensiones del discurso crítico consistió en denunciar el «reduccionismo individualista» de la psicología social, mientras que otra de sus dimensiones pasaba por cuestionar su falta de «relevancia social». Ambas líneas de crítica no podían sino redundar en beneficio de un posible resurgir del interaccionismo simbólico. En efecto, la primera de ellas abogaba de forma convincente por imprimir un mayor carácter **social** a la psicología social (Israel y Tajfel, 1972), y la segunda llamaba la atención, por lo menos en su vertiente menos «aplicacionista», sobre la necesidad de conectar con las realidades sociales concretas, es decir, en definitiva, con las situaciones de la vida social **cotidiana**. Por fin, el hecho de que el discurso crítico fomentara una cierta «crisis de identidad» se sumó al énfasis puesto sobre la historicidad para incitar a desplegar una mirada retrospectiva hacia el pasado de la disciplina que permitió reencontrar el interaccionismo simbólico en los orígenes de la psicología social norteamericana.

Vale la pena mencionar que durante el período correspondiente a la «crisis» de la psicología social, también se desarrollaba una fuerte sensibilidad crítica en el seno de la sociología (Gouldner, 1970), y que la orientación etnometodológica cuestionaba, de forma radical, la orientación predominante en sociología. Curiosamente, muchas de las críticas que se formularon en el campo de la psicología social y en el campo de la sociología surgieron a partir de **una misma** postura teórica, que se puede definir como radicalmente **anti-positivista** y radicalmente **fenomenológica**.

b) Influencia del auge del cognitivismo

Existe la opinión bastante generalizada de que el desarrollo del cognitivismo social ha sentado las bases para un acercamiento con el interaccionismo simbólico. En efecto, si bien el cognitivismo «duro» acentuó aún más el alejamiento de los planteamientos sociales contemplando al ser humano en términos de un simple procesador de información, el cognitivismo entendido en un sentido más amplio se ha visto llevado a formular una serie de problemas que presentan una incontestable afinidad con los que se plantea el interaccionismo simbólico. Ambas orientaciones hunden parte de sus raíces en una misma **tradición fenomenológica** preocupada por la **aprensión subjetiva de la realidad**, y que concede una importancia capital a la forma en que las personas se representan esa realidad. Am-

bas orientaciones prestan también una especial atención a los **procesos inferenciales** que caracterizan al pensamiento «natural», entendiendo por «natural» el pensamiento no explícitamente formalizado que las personas desarrollan y utilizan en su **vida cotidiana**. Tanto la teoría de la atribución como el interaccionismo simbólico pretenden averiguar cuáles son los procesos mediante los cuales las personas **interpretan** su entorno social, **dan sentido** a sus actuaciones y a las de los demás, y consiguen formarse una **representación** suficientemente acertada de la realidad en la que están inmersos, para poder desenvolverse adecuadamente en ella (Stryker y Gotthiel, 1981). Además, ambas orientaciones se distancian de la concepción del hombre como mero receptor pasivo de estimulaciones ambientales, y le confieren un papel de **agente activo** en la producción de las dimensiones subjetivas de su entorno.

Con el auge del cognitivismo, la **consciencia** ha vuelto a constituir un tema «respetable» dentro de la psicología y de la psicología social, aunque haya sido por mediación de algo tan escasamente «consciente» como pueda ser el ordenador:

«Con el desarrollo de las computadoras, tomadas como el modelo, o el análogo, de los procesos cognitivos sobre los que los psicólogos habían estado interrogándose, el estudio científico adquirió una legitimidad, y el interés por el Self volvió a surgir» (Schlenker, 1985, p. 5).

La reintroducción de lo fenomenológico, de lo subjetivo, del self y de la conciencia en el ámbito «científico» de la psicología social instituida restaba sin duda muchos argumentos a quienes acusaban al interaccionismo simbólico de constituir una mera especulación filosófica centrada sobre temas a-científicos.

Sin embargo, las semejanzas y los puntos de coincidencia a los que he aludido hasta aquí no deben engañarnos. Las divergencias entre el cognitivismo social y el interaccionismo simbólico son tan numerosas y tan importantes como sus coincidencias. En efecto, la inserción de lo cognitivo en la trama social no presenta las mismas características en ambas orientaciones, ni existe el mismo énfasis sobre el tema de la significación, ni tampoco se valora por igual la intersubjetividad, o la artificialidad de la separación entre lo público y lo privado. Sin embargo, a partir de la emergencia de temas parecidos en el campo de ambas psicologías sociales, se ha constituido otro elemento tendente a un acercamiento de los puntos de vista. Se podría citar el paralelismo que existe entre la «**Teoría del labelling**» o de la rotulación, y los trabajos de **Schachter** sobre la **rotula-**

ción de las emociones, pero el tema que más profundamente puede unir a ambas disciplinas es, sin duda, el tema del **self**, como veremos más adelante.

No quisiera suscitar la impresión de que la única razón por la cual el interaccionismo simbólico se ha «revitalizado» en los últimos años se debe a su «redescubrimiento» por parte de la psicología social dominante. Ciertos factores han actuado desde dentro del interaccionismo simbólico para darle un mayor atractivo y un nuevo vigor. Así por ejemplo, la **teoría de la «identidad situada»**, elaborada por **Alexander**, ha demostrado que el interaccionismo simbólico puede aportar respuestas, fundamentadas en elementos empíricos, a algunos de los problemas con los que se enfrenta la investigación de la identidad social (Alexander y Wiley, 1981). También se podría mencionar la renovación de la **teoría del intercambio social**, a partir de los trabajos de Emerson (Emerson, 1981), o la integración de los afectos en el interaccionismo simbólico, realizada por Heise con su **«teoría del control de los afectos»** (Heise, 1979). Pero sobre todo, una parte de la orientación simbólica ha sabido aportar respuestas a una de las insuficiencias que se solían achacar con mayor frecuencia al interaccionismo simbólico. En efecto, el estudio de la construcción de los significados sociales durante el transcurso, necesariamente local, de las interacciones, parecía conducir a ignorar sistemáticamente el marco social más amplio donde se insertan precisamente esas interacciones.

Sheldon Stryker y algunos más han integrado algunas de las aportaciones de la teoría del rol, para construir el **«interaccionismo simbólico estructural»**, que pretende conciliar la microsociología simbólica con la macrosociología estructural (Stryker, 1980).

Tampoco quisiera dar a entender que el interaccionismo simbólico constituye la panacea para construir una psicología social plenamente satisfactoria. Algunos de sus aspectos han sido sometidos a sustanciosas críticas, como por ejemplo la que desarrollan Julian Henriques y otros cuando muestran que pese a las apariencias sigue persistiendo en el pensamiento de Mead una **concepción dualista individuo/sociedad** y que se ve obligado a postular un mecanismo de internalización para que lo «exterior», es decir, la sociedad, entre en el «interior», es decir, en el individuo biológicamente definido como tal (Henriques y otros, 1984). También se podrían mencionar aquí las críticas contradictorias que provienen, por una parte, del **«interaccionismo interpretativo»**, según el cual el interaccionismo simbólico no resalta suficientemente la contingencia de la emergencia de los significados, y la que proviene, por otra parte, de la **«teoría crítica»**, para la cual el interaccionismo simbólico infravalora, por el contrario, la determinación estructural de los significados emergentes (Morgan, 1983).

Pero, sin duda, la orientación que más eco ha suscitado con sus críticas a **toda** la sociología instituida, incluyendo al interaccionismo simbólico con quien le unen sin embargo evidentes afinidades, es la orientación **etno-metodológica** que veremos a continuación.

7.2. La etnometodología

Harold **Garfinkel**, el fundador de la etnometodología, estudió en Harvard en la época en que se creó el Departamento de Relaciones Sociales, como un intento de departamento interdisciplinario donde la psicología social cohabitaba con la sociología y otras disciplinas. Talcot **Parsons**, director del Departamento, dirigió la tesis que Garfinkel presentó en 1952 con el título *La percepción del otro: un estudio del orden social*. Poco después, Garfinkel se integraría como docente en la Universidad de California-Los Ángeles. Estos datos, en apariencia simplemente biográficos, tienen en realidad un significado más profundo. En efecto, Garfinkel se formó en la investigación en un ambiente donde la sociología y la psicología social tuvieron la oportunidad de fertilizarse recíprocamente y donde, bajo la influencia de Parsons, la **actividad teórica** recobraba toda su importancia frente a la mera investigación empírica. El intento pluridisciplinar de Harvard fue sin duda un éxito, puesto que de él salió el **estructuralismo funcionalista** de Parsons, que llegaría a dominar la sociología americana durante largos años, y puesto que en él se gestó también una de las más importantes alternativas a esa propia corriente. En efecto, el doctorando de Parsons elaboró una concepción de la sociología radicalmente contrapuesta a la suya. Sin duda, la presencia en Harvard de un influyente núcleo de **fenomenólogos**, como por ejemplo, Marvin Farber y Aron Gurwitsch, permitió a Garfinkel reflexionar sobre las ideas de Parsons a partir del punto de vista de **Husserl** y sobre todo de Alfred **Schutz**, máximo exponente de la sociología fenomenológica, que ya estaba en Estados Unidos por esas fechas. Inspirándose en la síntesis de los puntos de vista de Husserl y de **Weber** que había elaborado Schutz, Garfinkel se situó en radical oposición a dos de los postulados básicos de la sociología. En efecto, por una parte, Garfinkel cuestionó fuertemente el concepto durkheimiano de los **«hechos sociales»**, negando que se tratara de objetos estables, dotados de la capacidad de imponerse a las personas con la fuerza de las «cosas» y de determinar sus conductas como creía Durkheim. Según Garfinkel, los «hechos sociales» no determinan «desde fuera» la conducta humana, sino que ellos mismos son el resultado de una conducta humana que los produce continuamente a través de su actividad práctica.

Por otra parte, en esa misma línea, Garfinkel rechazó el supuesto básico, compartido por Parsons y por casi toda la sociología, según el cual las personas no hacen sino «realizar» en sus actividades las directrices **internalizadas** de su cultura. El modelo según el cual es la internalización, a través de la socialización, de las normas, valores y reglas de la cultura, la que guía ulteriormente la conducta del sujeto sin que éste se percate ni siquiera de ello, no era de recibo para Garfinkel, quien veía en ese modelo una conceptualización de las personas como «**idiotas culturales**» (Heritage, 1984). Para los etnometodólogos, los seres humanos no son «autómatas culturales», sino que son agentes activos capaces de articular procedimientos que les son propios para definir, según las circunstancias, los significados de las situaciones sociales en las que están implicados. Desde la doble consideración según la cual, por una parte, los «hechos sociales» no existen con independencia de las prácticas cotidianas que los constituyen y, por otra parte, esas prácticas constitutivas no vienen dictadas desde el determinismo social, sino que se guían por las categorías construidas en la experiencia subjetiva de las personas, el programa etnometodológico quedaba perfilado con nitidez. Según este programa, lo que debía hacer la sociología era partir a la búsqueda de las «**estructuras subjetivas de la experiencia**», y captar el mundo fenomenológico de los sujetos. Para ello, era preciso estudiar la manera en que las personas elaboran, momento tras momento, y por medio del **razonamiento práctico**, el significado de las situaciones concretas que resultan de su existencia social. Los significados se determinan por lo tanto **localmente**, en el curso de la propia actividad social, y son **contingentes** a cada situación concreta. Esto conduce a focalizar la investigación sociológica sobre las **prácticas de la vida cotidiana**, sobre las situaciones habituales, banales, intrascendentes y mínúsculas, y a centrarla sobre el estudio de los **procesos** productivos de sentido más que sobre las estructuras sociales. Ahora bien, si el significado emerge de la interacción social cotidiana y constituye una creación a partir de las categorías subjetivas de las personas, es obvio que cualquier acercamiento a esos procesos constitutivos desde unas categorías **previamente** definidas por los sociólogos los transformará en meros artefactos resultantes de los marcos conceptuales que guían la propia investigación.

En otras palabras, los fenómenos investigados se deforman necesariamente cuando se les examina a través de la rejilla de la descripción científica (Coulon, 1986). Es preciso, por lo tanto, «ir directamente a los hechos» sin hipótesis ni teorías preconcebidas. Aaron Cicourel, uno de los más famosos discípulos de Garfinkel, y el promotor de la llamada «**sociología cognitiva**» (Cicourel, 1973), especificaría que sólo es legítimo trabajar con teorías y conceptos arraigados en la propia realidad investigada

(«**Grounded concepts**»), es decir, nacidos de esa realidad. Esto desembocaría, por ejemplo, en la crítica que la etnometodología dirigirá hacia el uso interaccionista simbólico de una serie de conceptos tales como roles, normas y estatus, que carecen precisamente de ese arraigo en las situaciones concretas de la vida real.

Para completar esta exposición esquemática de la etnometodología, es preciso señalar otros tres conceptos que son claves para esta orientación: la **indexicalidad**, la **inter-subjetividad** y la **reflexividad**.

Las expresiones **indexicales** son expresiones que están «indexadas» a su contexto de producción, en el sentido de que incluyen palabras, denominadas «deicticos» en la terminología de la lingüística, que a pesar de tener un significado trans-situacional, no adquieren su significación completa más que cuando se las contempla en las circunstancias particulares en las que aparecen (por ejemplo: «yo», «tú», «esto», etc.). Esas palabras tienen un sentido distinto en cada situación donde se las utiliza y dada la determinación contextual de su sentido es imposible alcanzar su pleno significado sin referirlas a sus circunstancias particulares de enunciación. El significado es por lo tanto siempre **local y particular**, sin que quepa ninguna posibilidad de generalización. Los etnometodólogos que, al igual que los interaccionistas simbólicos, otorgan una importancia decisiva al lenguaje en la constitución de la vida social, extienden el concepto de la indexicalidad al significado social de las situaciones concretas, y con ello ponen en entredicho uno de los principios básicos del paradigma científico dominante, al negar el interés de las «**proposiciones generales**» para el conocimiento y la explicación de la realidad social.

El concepto de «**intersubjetividad**» ha sido extensamente elaborado por Alfred Schutz (Schutz, 1962, 1964), y responde a la pregunta de cómo es posible que las personas establezcan un «**mundo común**» de **significados compartidos** y de perspectivas suficientemente parecidas sobre la realidad para poder interactuar y comunicarse. Es obvio, en efecto, que, en sentido estricto, los puntos de vista subjetivos son irreductibles unos a otros y que cada uno de ellos encierra peculiaridades que lo instituyen como **irremediamente privado**, intransferible y único.

Sin embargo, los individuos, aun sabiendo que no existen nunca dos experiencias estrictamente idénticas, asumen que sus experiencias del mundo son similares y actúan como si efectivamente fuesen «**idénticas para cualquier finalidad práctica**». Aunque, en rigor, no existan dos apreensiones del mundo que sean efectivamente idénticas, basta con que sean suficientemente similares para resolver **en la práctica** el problema de una comunidad de perspectiva que permita la interacción entre las personas. Esto supone que cada persona asuma que puede situarse aproximadamente

en la posición del otro y que asuma también que el otro puede hacer lo mismo con él. Esta «**reciprocidad de las perspectivas**» se consigue mediante un continuo proceso de ajustes sucesivos que permiten limar las diferencias y desembocar sobre una visión suficientemente compartida de la realidad para satisfacer las exigencias prácticas de la comunicación. La intersubjetividad no consiste, por lo tanto, en una disolución de las subjetividades dentro de una «comunidad experiencial» que las trascienda, sino que constituye el resultado de un incesante proceso de ajuste, siempre incompleto, de las perspectivas recíprocas. Esta concepción reafirma a los etnometodólogos en su convicción de que es preciso investigar, sin «a-prioris» categoriales, los **procesos** mediante los cuales se negocian los significados compartidos sobre las situaciones sociales.

Por fin, el concepto de **reflexividad**, fundamental también para el interaccionismo simbólico, presupone que el ser humano es capaz de tomarse a sí mismo como objeto de conocimiento y de evaluación. Esta distinción introducida por William James entre el «yo cognoscente» y el «yo conocido» permite entender una característica fundamental de la naturaleza del ser humano y de sus conductas. En efecto, la capacidad de «contemplarse a sí mismo» abre las posibilidades de **actuar estratégicamente**, es decir, de controlar la propia apariencia y de darle la forma adecuada para que engendre en los demás los efectos deseados. La reflexividad humana instituye a la persona como **agente** de sus actos, desvinculándola, en parte, de las determinaciones situacionales. En efecto, el autoconocimiento posibilitado por la reflexividad no sólo nos permite vernos «con los ojos de los demás» y poder incidir por consiguiente sobre esa visión modelando la imagen que ofrecemos a los demás, sino que nos permite además conocer, en parte, **nuestra propia forma de ser** e incidir por lo tanto sobre ella, modificando eventualmente algunas de las fuentes de determinación que la han constituido como tal.

La reflexividad constituye, por lo tanto, un argumento suplementario contra el **determinismo social** denunciado por los etnometodólogos, a la vez que pone en entredicho una estricta **predictibilidad** de las conductas humanas.

Como podemos observar a partir de lo dicho hasta aquí, la orientación etnometodológica se enfrenta radicalmente con las perspectivas dominantes de la sociología, y no es de extrañar que en 1975 Lewis Coser, presidente de la Asociación Americana de Sociología, lanzara una violenta diatriba en su discurso presidencial contra la orientación etnometodológica (Coser, 1975). Una de las muchas críticas formuladas por Coser acusaba a los etnometodólogos de confundir la realidad social con la «descripción» de esa realidad efectuada por los individuos. En su respuesta a Coser, Zim-

merman aclara el significado de uno de los conceptos más difíciles de entender de la etnometodología, es decir, el concepto de «**account**» y de «**accountability**».

Los «accounts» se refieren a los enunciados discursivos que producen las personas para «**dar cuenta**» de la realidad. Sin embargo, los etnometodólogos no toman estos discursos como descripciones subjetivas de la realidad, sino como procedimientos que utilizan los sujetos para constituir **efectivamente** la realidad social. Lo que interesa a los etnometodólogos no es por lo tanto la «imagen» de la realidad que vehiculan los «accounts», sino los propios «accounts» en sí mismos, en tanto que constituyen un material de análisis para dilucidar la forma en que los actores construyen esa realidad (Zimmerman, 1976). Este interés en las **producciones discursivas** de los agentes sociales ha escindido la corriente etnometodológica en dos «escuelas» distintas, la «sociologista», que considera el lenguaje como una dimensión más en el análisis de la realidad social, y la «lingüística», que se centra casi exclusivamente en el análisis de las **conversaciones**. Esta última escuela está incidiendo con fuerza en la psicología social contemporánea, como veremos en un siguiente apartado.

Para concluir, es importante señalar que la etnometodología no se ha reducido a ser un simple discurso crítico y una mera conceptualización teórica, sino que ha producido investigaciones en diversos campos de la realidad social. El mismo libro de Garfinkel que inauguraba el «movimiento» etnometodológico, lejos de consistir en una presentación sistemática de los presupuestos etnometodológicos, estaba constituido por una serie de investigaciones concretas (Garfinkel, 1967). Otras investigaciones se han realizado sobre las conversaciones telefónicas (Schegloff, 1979), sobre los procedimientos burocráticos (Zimmerman, 1969), o sobre la conducta de la policía (Bittner, 1967), por citar unas pocas.

7.3. El redescubrimiento del «self»

La investigación de la naturaleza, de la construcción y de la dinámica del «self» fue proscrita durante muchos años del campo de la psicología social dominante:

«... muchos académicos consideraban al Self como anatema»
(Schlenker, 1985, p. 4).

Este ostracismo hacia el concepto del self se entiende fácilmente si se considera que el self constituye probablemente el más fenomenológico y

el más subjetivista de los conceptos de la psicología social, y que sus propias características hacen que sea difícilmente abordable desde las exigencias del «método positivo». Sin embargo, se asiste en los últimos años a una proliferación de investigaciones sobre el self, y no cabe duda de que éste se ha convertido en un «tema caliente de la psicología contemporánea» (Scheibe, 1985, p. 35). Los simposios sobre el tema se multiplican, dando lugar a valiosas publicaciones (Gergen y Davis, 1985; Yardley y Honess, 1987), los manuales se reestructuran, como ya hemos visto, para otorgarle una mayor importancia; se lanzan colecciones monográficas sobre el tema, como por ejemplo la de Suls (Suls, 1982); se incluyen capítulos sobre el Self en manuales dedicados a la cognición social (Greenwald y Pratkanis, 1984), los *Avances* de Berkowitz abren sus páginas al tema (Kihlstrom y Cantor, 1984; Gergen, 1984b), investigadores de la notoriedad de William McGuire lanzan ambiciosos programas de investigación sobre la cuestión (McGuire, 1984), etc., etc.

Las razones de este «redescubrimiento inadvertido del self», como diría Suzan Hales (Hales, 1985), parecen tener también sus raíces en el auge de la psicología social cognitivista:

«En cualquier caso, el renacimiento del Self en la psicología social puede ser correctamente atribuido a la “revolución cognitiva” en el seno de la psicología» (Gergen, 1984b, p. 51).

En efecto, ya hemos visto que la teoría de la atribución volvía a encontrar sistemáticamente el problema del self en sus investigaciones sobre los sesgos inferenciales que caracterizan el pensamiento de sentido común. Así mismo, el cognitivismo social, en sentido más estricto, ha extendido el concepto de esquema a la conceptualización del self con trabajos como los de Markus sobre los «**Self-Schematas**», donde la estructuración del self aparece bajo la forma de un factor interviniente en el procesamiento de la información (Markus, 1977), y Greenwald no ha dudado incluso, junto con Pratkanis, en ofrecer una traducción de los conceptos de James sobre el self en términos de programas y de datos de un computador (Greenwald y Pratkanis, 1984).

Pero quizás uno de los elementos más interesantes que han propiciado la reemergencia del interés por el self se encuentra en las críticas que suscitó la Teoría de la Disonancia Cognitiva. En efecto, **Rosenberg**, desde unos supuestos de tipo neo-conductistas, avanzó la idea de que los efectos descritos por Festinger y sus colaboradores, lejos de implicar una supuesta «motivación hacia la coherencia cognitiva», constituían un simple artefacto experimental debido al tipo de «**imagen de sí mismos**» que los

sujetos experimentales intentaban presentar (Rosenberg, 1965). Ese mismo año **Bem**, desde otro punto de vista conductista, replicaba a la Teoría de la Disonancia apuntando hacia algunos de los procesos por los cuales el sujeto se forma una idea acerca de sus propias características (Bem, 1965). Unos años más tarde, **Tedeschi** retomaba el hilo de Rosenberg para criticar la Teoría de la Disonancia desde una perspectiva que daría nacimiento a la **Teoría de la manipulación**, o **gestión, de las impresiones** (Tedeschi, Schlenker y Bonoma, 1971). La teoría de la gestión de las impresiones analiza las estrategias de presentación del yo que utilizan las personas, en una línea que evoca los trabajos de Jones sobre la «congraciación» y también, por supuesto, las formulaciones de Goffman (Schlenker, 1980; Tedeschi, 1981). Así pues, las críticas a la teoría de la disonancia contribuyeron a llamar la atención sobre el self, incluso cuando estas críticas provenían de los sectores conductistas. La propia teoría de la disonancia evolucionaría progresivamente hasta transformarse en una teoría centrada sobre el self:

«Los principales desarrollos en la teoría de la disonancia desde la última publicación de este *Handbook* han consistido en la integración del Self como un factor interviniente esencial» (Markus y Zajonc, 1985, p. 203), y más adelante estos mismos autores añaden: «... los más recientes experimentos relacionados con los efectos de la disonancia tratan en realidad de las modificaciones cognitivas que intervienen con finalidades de defensa y de favorecimiento del Self» (Markus y Zajonc, 1985, p. 205-206).

En cualquier caso, ya sea por el impulso del cognitivismo, ya sea por los problemas suscitados por la teoría de Festinger, o simplemente porque la reciente ideología narcísica del «yo» lo ha favorecido, el self ha vuelto a constituir un tema de primer plano en la década de los ochenta, y no podía sino traer a colación el recuerdo de las valiosas aportaciones de primeros de siglo sobre el tema:

«Compruebo un ingente resurgimiento del interés en William James, no tan sólo como un punto de referencia, sino por la sustancia de sus ideas acerca del Self» (Scheibe, 1985, p. 62).

Así por ejemplo, la reflexividad analizada por **James** encuentra cierta resonancia en la moderna formulación de los mecanismos del «**self-monitoring**», o vigilancia del self (Snyder, 1979), en la teoría de la «**Self**»

Awareness», o teoría de la conciencia de sí (Duval y Wicklund, 1972) e incluso en el concepto de **«self-efficacy»**, o auto-eficacia (Bandura, 1986).

Pero no se trata sólo de un redescubrimiento de James, sino también de un redescubrimiento de las aportaciones, afines pero sin embargo distintas, de George Herbert **Mead** y de Charles Holton **Cooley**. Recordemos que si para Cooley el self se constituye a partir de la imagen que de nosotros mismos nos devuelven los demás (**«looking glass self»** o concepción especular del self), para Mead el self se configura por el procedimiento de observarse a sí mismo con los ojos de los demás, es decir, mediante el proceso activo de situarse en la posición ocupada por los demás (**toma del rol** de los demás). En todos los casos se considera que la persona está constituida, en parte, por las respuestas de los otros hacia ella, y nace por lo tanto en el transcurso de la interacción social. Es interesante señalar de paso que la concepción especular del self tiene lejanos antecedentes en la **teoría de los sentimientos morales** de Adam **Smith**:

«... introducid al hombre en la sociedad, y se hallará provisto inmediatamente del espejo que antes anhelaba. (Este espejo) está constituido por la conducta y la forma de comportarse de quienes conviven con él. Se trata del único espejo con el cual podemos, hasta cierto punto, escrutar nuestra propia conducta con los ojos de los demás» (Smith, 1759).

La relación entre el self y la **identidad social** es una cuestión compleja donde no queda claro si la relación es de inclusión total o parcial, y cuáles son los procesos exactos que vinculan ambas entidades. Pero tras las últimas aportaciones del interaccionismo simbólico y de la etnometodología, parece claro que cualquier conceptualización de la identidad debe partir de los siguientes supuestos básicos:

- la identidad está siempre **«situada»**, y cambia con las situaciones en las que se manifiesta, es por lo tanto **«múltiple»**;
- la identidad es **«emergente»**, se construye en el proceso **local** de las interacciones sociales concretas y particulares;
- la identidad es **«recíproca»**, responde en parte a las respuestas que sobre nosotros mismos nos dan los demás;
- la identidad es **«negociada»**, a través de los ajustes sucesivos que construyen la **intersubjetividad**;
- la identidad es, a la vez, **«causa y resultado»** de la **interacción social**;
- con frecuencia, las identidades sociales son **«auto-realizadoras»** (self-

fulfilling) en el sentido de que tienden a producir los elementos conductuales que las confirman.

La psicología social europea también ha contribuido notablemente al desarrollo de las teorías de la identidad, pero este punto se abordará en el siguiente apartado.

8. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

III. LA PSICOLOGÍA SOCIAL EUROPEA

A lo largo de las décadas de los setenta y de los ochenta, la psicología social europea, ya consolidada, se ha desarrollado con una considerable vitalidad, forzando, por una parte, su toma en consideración por la psicología social estadounidense, y convirtiéndose, por otra parte, en una empresa con características realmente trans-nacionales. En efecto, durante los años cincuenta y sesenta, tan sólo unos pocos investigadores norteamericanos sabían de la existencia de una psicología social que no fuese precisamente la que ellos mismos estaban produciendo en Estados Unidos, y, la verdad sea dicha, esta total ignorancia de lo que se estaba realizando en Europa no introducía ningún sesgo importante en su visión de conjunto acerca de la disciplina. Por supuesto, esta ignorancia no se ha erradicado por completo en la actualidad, pero, aunque no todos los manuales norteamericanos se inspiran tan directamente en la psicología social europea como lo hace el de Roger Brown (Brown, R., 1986), es fácil constatar la creciente resonancia que encuentran los resultados, las teorías y los enfoques europeos en el seno de las revistas y de los libros de texto de Estados Unidos. Incluso, se puede ver, cosa impensable hace unos años, cómo algunas de las líneas de investigación europeas han sido retomadas por algunos investigadores norteamericanos, siendo ejemplar a este respecto los trabajos de Charlan Nemeth sobre la influencia minoritaria (Nemeth, Ch., Wachtler, J., 1974).

Por otra parte, el dinamismo y la constante labor de la «**Sociedad Europea de Psicología Social Experimental**» (E.A.E.S.P.), multiplicando los seminarios de formación, los simposios trans-nacionales sobre temas específicos, y creando soportes de publicación de abaste europeo, han contribuido a crear una auténtica comunidad europea de investigación psicossocial. Este continuo flujo de intercambios y de circulación de ideas ha modificado el sentido mismo de la expresión «psicología social europea», haciéndolo pasar desde una referencia puramente geo-política a la designación de una psicología social con características sustantivas que le son propias.

8.1. Las características sustantivas de la psicología social europea

Las condiciones en las que la psicología social volvió a instalarse en suelo europeo tras la Segunda Guerra Mundial explican sobradamente que sus primeros planteamientos consistieran en una simple **reproducción mimética de los planteamientos norteamericanos**, y que la influencia de la psicología social dominante en Estados Unidos siga aún fuertemente presente en amplios sectores de la psicología social europea. Sin embargo, varios factores se fueron conjuntando para propiciar la emergencia de una serie de rasgos diferenciadores. En primer lugar, es obvio que tras una primera fase de asentamiento, los psicólogos sociales europeos no podían abstenerse de indagar las características de su propia tradición cultural. Esta mirada retrospectiva les llevó a reencontrar antiguos planteamientos que, aunque sólo fuera por un simple efecto de contraste, ponían de manifiesto la especificidad propiamente americana de la psicología social que habían importado de Estados Unidos. Cuanto menos, esta toma de conciencia del carácter localista de la psicología social sugería la posibilidad de desarrollar unos enfoques diferentes, que tuvieran en cuenta las peculiaridades del contexto sociocultural europeo. En segundo lugar, la «crisis» que sacudió a la psicología social norteamericana se produjo en un momento en el que la psicología social europea, al contrario de la que existía en Estados Unidos, no contaba aún con un pasado suficientemente largo como para que hubieran sedimentado y cristalizado sólidamente los presupuestos individualistas y positivistas de la psicología social dominante. El menor arraigo de estos supuestos los tornaba sin duda más vulnerables a la crítica, suscitando menores fuerzas de resistencia ante su eventual revisión. En tercer lugar, las propias características generales de las tradiciones de pensamiento en Europa, caracterizado adecuadamente por los norteamericanos como más propenso a las teorizaciones globalizadoras, no

podían dejar de influir también en el campo particular de la psicología social. En esta misma línea, es posible que el talante generalmente más crítico del pensamiento social europeo, así como sus mayores connotaciones políticas, debidas entre otras cosas a la mayor implantación del pensamiento marxista, incidieron también sobre la configuración de los propios enfoques psicosociales. Es sintomático a este respecto que tan pronto como en 1962 la revista *Arguments* dedicara un número a las **implicaciones políticas de la psicología social**, con la participación, entre otros, de Robert Pagés y de Serge Moscovici (*Arguments*, 1962).

También es sintomático que una de las principales contribuciones europeas a los debates suscitados por la crisis de la psicología social se realizara mediante un influyente libro en el que no faltaban los planteamientos inspirados en la tradición marxista (Israel, J., Tajfel, H., 1972). Sin embargo, junto con estos factores ligados al contexto cultural, ideológico y político europeo, también se debe recurrir a los propios conocimientos elaborados por la psicología social para explicar la emergencia de una psicología social específicamente europea. Me estoy refiriendo, por supuesto, a los conocidos procesos de la categorización social de la identidad social, y de las relaciones entre los grupos. En efecto, se manifestó en el seno de la psicología social europea una voluntad consciente de marcar diferencias con «el grupo americano» y de construir las bases de una identidad propia a partir precisamente de esa demarcación conflictiva.

El conjunto de factores que acabo de reseñar fueron dibujando paulatinamente una psicología social mucho más sensible a la necesidad de detectar las **implicaciones ideológicas** «inadvertidas» que impregnan los planteamientos psicosociales y mucho más focalizada sobre la «**dimensión social**» de los fenómenos psicosociológicos. En su presentación de un amplio compendio de investigaciones europeas, Tajfel, Jaspars y Fraser podían afirmar con seguridad que la psicología social europea se caracterizaba por la existencia:

«... de un común denominador, muy general, que puede ser sintetizado en una frase referida a la *dimensión social* de la psicología social europea...

La psicología social es hoy en Europa mucho más social de lo que lo era hace veinte años» (Tajfel, H.; Jaspars, J; Fraser, C., 1984, p. 1).

Todo esto no significa, por supuesto, que la psicología social europea se haya convertido en una disciplina radicalmente «otra» en relación a la que existe en Norteamérica. Las similitudes entre las sociedades y las cul-

turas en ambos lados del Atlántico son suficientemente fuertes para que muchos de los fenómenos psico-sociales presenten las mismas características en ambas zonas geo-políticas. Pero en líneas generales, es cierto que la aportación europea ha consistido básicamente en reformular los planteamientos y las interpretaciones de la psicología social norteamericana desde una perspectiva que resaltaba su insuficiente consideración de las dimensiones sociales, y que intentaba evidenciar sus presupuestos ideológicos y epistemológicos implícitos, propiciando en algunos casos el hallazgo de nuevos fenómenos o de nuevas explicaciones. Como muy bien lo expresa Carmen Huici refiriéndose a la contribución europea:

«... considero que algunas de sus aportaciones más interesantes han consistido, bien en tratar de explotar todas las implicaciones presentes en los trabajos dentro de la tradición americana, lo que permite rebasar sus límites, bien en una relectura de datos y teorías. Ello ha dado lugar, en ocasiones, a soluciones innovadoras, a nuevas perspectivas acerca de viejos problemas» (Huici, C., 1986, p. 252).

Señalemos, de paso, que junto con el mencionado trabajo de Carmen Huici, centrado sobre la psicología social cognitiva, existen otros excelentes estudios acerca de las características de la psicología social contemporánea en Europa o en alguno de sus países (Doise, W., 1980; Jaspars, J., 1986; Potter, J., 1981; Semin, G., Krahé, B., 1987).

8.2. Las contribuciones de la psicología social europea

A pesar de la «europeización» de la psicología social en el viejo continente, no cabe duda de que la presentación de una panorámica estructurada por países presenta ciertas ventajas, ya que por debajo de la dimensión propiamente europea latén las peculiaridades culturales de cada uno de ellos y sus intereses preferentes en el campo de la psicología social. Así, por ejemplo, cabe destacar que, en estrecha relación, sin duda alguna, con aspectos ligados al poderío económico de las diversas naciones, el grueso de la contribución europea a la psicología social proviene esencialmente de **Alemania Federal, Gran Bretaña y Francia**. En Alemania, a pesar de que la influencia del **cognitivismo social** al estilo norteamericano se deja sentir con mucha fuerza, se aprecia también la proximidad cultural de la **tradición fenomenológica** así como de la **Teoría Crítica de Frankfurt**. En Gran Bretaña, donde la influencia de Henri Tajfel fue

decisiva, se aprecia una situación extremadamente compleja y rica donde coexisten las formulaciones más tradicionales de la psicología social norteamericana, junto con los presupuestos más innovadores, inspirados en la obra del segundo **Wittgenstein**, así como en la **etnometodología** y en el **marxismo crítico**. En Francia destaca sin duda la figura de Serge **Moscovici**, pero también se puede apreciar la influencia del cognitivismo americano y ciertas simpatías por algunas de las características del conductismo. La preeminencia de estos tres países no significa que no se realizan aportaciones desde otros países, entre los que destacan sin duda, **Holanda, Bélgica y Suiza**, a los que se ha sumado más recientemente **Italia**, mientras que en **España** la progresiva consolidación de la psicología social anuncia un futuro que puede ser prometedor pero que no ha madurado aún sus frutos.

Frente a una presentación estructurada por países, he preferido sin embargo organizar este análisis de la psicología social europea en función de los **núcleos temáticos** donde se han hecho más visibles las contribuciones europeas. Debo indicar, sin embargo, que algunas de esas contribuciones, tales como la **etogenia** de Rom **Harré**, el **análisis del discurso** de **Potter**, el enfoque «**retórico**» de **Billig**, el **construccionismo práctico** de **Shotter** o la **doble estructuración** de **Giddens**, aportaciones esencialmente británicas, como se puede ver, no serán desarrolladas aquí sino en el próximo apartado sobre las nuevas alternativas.

a) La cognición social

La **Teoría de la Disonancia Cognitiva** daba muestras de agotamiento en Estados Unidos cuando la psicología social europea empezó su fase de expansión; sin embargo, esta teoría aún suscitó, y sigue suscitando, interesantes aportaciones. Cabe destacar, por ejemplo, el severo **análisis crítico** que desarrolló Jean Pierre **Poitou**, del Laboratorio de Psicología Social de Aix-en-Provence, señalando el impacto de las normas sociales sobre los resultados conseguidos por los investigadores y denunciando tanto el transfondo ideológico como los presupuestos individualistas de la teoría de la disonancia (Poitou, J. P., 1974). En Bélgica, Joseph **Nuttin Jr.** desarrolló una serie de investigaciones que tendían a mostrar el carácter ilusorio de los fenómenos analizados en la teoría de la disonancia (Nuttin, J., 1975). En fechas más recientes, Jean Leon **Beauvois**, de la Universidad de Grenoble, elaboró una extensa reinterpretación de la teoría de la disonancia, orientada a reinsertar en esa teoría las dimensiones sociales que estaban implícitas en la formulación original de Festinger, y a arran-

carla a la progresiva psicologización que había sufrido en sus desarrollos ulteriores. En la perspectiva de Beauvois, la Teoría de la Disonancia «reinterpretada» ilustra la manera en que las **prácticas sociales cotidianas** constituidas por una infinidad de «**micro-sumisiones**» ante la autoridad conforman paulatinamente las ideologías de las personas (Beauvois, J. L., Joule, R. V., 1981).

De hecho, esta reinterpretación de la Teoría de la Disonancia se inscribe en un amplio programa «**socio-cognitivista**», que Beauvois y sus colaboradores distinguen radicalmente del «**cognitivismo social**». En este programa, junto con un fuerte compromiso experimentalista, se aprecia la influencia del materialismo marxista, así como ciertas simpatías por algunos aspectos de las orientaciones conductistas, y especialmente por las formulaciones de Bem. En efecto, después de la oleada cognitivista y fenomenológica, se trata, según este grupo de investigadores, de volver hacia el estudio de las prácticas sociales concretas y de las conductas efectivamente realizadas, considerando que, si bien es cierto que la esfera ideológica incide sobre la determinación de las conductas, son éstas las que a su vez determinan los contenidos ideológicos.

La **Teoría de la Atribución** también ha suscitado numerosas aportaciones, algunas esencialmente críticas, como la de Erika **Apfelbaum** y Claudine **Herzlich**, por ejemplo, enfatizando, en una línea de denuncia típica de Europa, el olvido de las dimensiones sociales y el reduccionismo individualista que caracteriza a las teorías de la atribución (Apfelbaum, E., Herzlich, C., 1970). Otras aportaciones tienen un carácter más sustantivo, en el sentido de que pretenden profundizar en algunos aspectos de los fenómenos atributivos, pero sin descuidar por ello las formulaciones críticas. Cabe mencionar en esta línea una serie de trabajos realizados en Inglaterra, tras el impulso que Jos **Jaspars** dio al tema en los inicios de los setenta (Jaspars, J., Hewstone, M., Fincham, F. D., 1983; Lalljee, M., 1981; Hewstone, M., 1983), así como las investigaciones de Jean Claude **Deschamps** orientadas a analizar la relación entre los procesos atributivos y los fenómenos de la categorización social (Deschamps, J. C., 1977; Deschamps, J. C., Clemence, A., 1987).

Desde Suiza, donde también radica el mencionado Jean Claude Deschamps, varios investigadores han desarrollado un amplio programa de estudio centrado sobre el **desarrollo de los procesos cognitivos**. La elección de este tema se ha visto influenciada quizá por la proximidad geográfica del pensamiento de **Piaget**, pero también se ha inspirado en las aportaciones de **Vigotsky** y en la noción de **conflicto cognitivo** de **Moscovici** (Perretlermont, A. N., 1979; Mugny, G., 1985). Una de las aportaciones más interesantes radica en el concepto de «**marcaje social**» (Mugny, G.,

Doise, W., 1983). En efecto, el «marcaje social» ilustra las relaciones entre, por una parte, los procesos socio-cognitivos y, por otra, las regulaciones sociales que intervienen en las relaciones interpersonales o que están ligadas a las posiciones sociales ocupadas por los individuos. Así, en la realización de una determinada actividad puede existir una congruencia, o bien conflicto, entre las respuestas sugeridas por las regulaciones sociales implicadas en esa actividad y las respuestas sugeridas por los esquemas cognitivos de que disponen los individuos. Los resultados de estas investigaciones demuestran esencialmente que los mecanismos cognitivos no funcionan con independencia de las regulaciones sociales.

El cognitivismo social, considerado como un paradigma general para el conjunto de la psicología social, ha encontrado por su parte una buena acogida en ciertos sectores de la disciplina y tiene cualificados representantes en todos los países europeos, como por ejemplo Richard **Eiser** y Mansur **Lalljee** en Gran Bretaña (Eiser, R., 1986; Lalljee, M., Abelson, R. P., 1983), pero quizá sea el Laboratorio de Psicología Social de Aix-en-Provence quien constituye en Europa el centro más activo dentro de esta orientación. En efecto, desde su fundación en 1967, este laboratorio, marcado por la influencia de Claude **Flament** y de Jean paul **Codol**, ha desarrollado una constante preocupación por el estudio de la cognición social. Primero con los estudios sobre la influencia que ejerce la **representación cognitiva** de las tareas sobre las conductas de los sujetos experimentales (Codol, J. P., 1968) y desarrollando más adelante toda la vertiente cognitivista de las **representaciones sociales** (Abric, J. C., 1987), así como un enfoque cognitivista de la **identidad** sobre el que volveré más adelante (Codol, J. P., 1982).

b) Las Representaciones Sociales

En reacción frente a la progresiva **psicologización** del concepto de actitud, Serge **Moscovici**, inspirándose en el concepto durkheimiano de **representaciones colectivas**, y conectando con los orígenes más sociales de las **actitudes**, tal y como se planteaban por ejemplo en los trabajos de Thomas y Znanieki a principios de siglo, ha elaborado un concepto y una teoría que ha tenido profundas repercusiones en la psicología social europea (Moscovici, S., 1961). Sin pretender, como lo hace Moscovici, que el concepto de Representación Social puede ser el núcleo vertebrador de la psicología social europea (Moscovici, S., 1988), es justo reconocer que los trabajos sobre este concepto constituyen un rasgo diferenciador del enfoque europeo, a la vez que una de sus aportaciones más sustantivas.

En efecto, sin alejarse de las preocupaciones cognitivistas por la importancia que tiene la experiencia fenomenológica de la realidad, Moscovici no sólo fundamenta el origen social a esta experiencia fenomenológica, sino que la inserta, tanto en cuanto a sus funciones como en cuanto a sus mecanismos, en el marco más amplio de las características macro-sociales (Moscovici, S., 1982; Farr, R., Moscovici, S., 1984).

Aparte de las numerosas investigaciones y desarrollos teóricos a los que ha dado lugar el concepto de Representación Social en Francia (Jodelet, D., 1984), este concepto también se ha extendido a otros países como Italia (Palmonari, A., Pombeni, M., Zani, B., 1987), Gran Bretaña (Hewstone, M., Jaspars, J., Lalljee, M., 1982), Suiza (Mugny, G., Carugati, F., 1985) e incluso España (Ibáñez, T. 1988; Páez y otros, 1987; Seoane, 1985a).

c) Categorización social y relaciones de grupos

La preocupación de Henri **Tajfel** por la problemática socio-política de los estereotipos sociales y de los prejuicios étnicos subyace sin duda en la importante línea de investigación que impulsó para dilucidar los procesos de la **categorización social**. Sobrepasando la dimensión puramente cognitivo-perceptiva del «New look in perception», Tajfel introdujo con fuerza la «dimensión social» en el seno mismo de los procesos perceptivos desembocando en la formulación de su célebre **«paradigma del grupo mínimo»** y en la explicación del proceso que engendra la **discriminación intergrupala** (Tajfel, H., 1981). El tema de la categorización no sólo suscitó numerosas investigaciones en Inglaterra, y especialmente en «el grupo de Bristol», sino que dio origen a una influyente **teoría de la identidad social** que ampliaría más tarde su discípulo John **Turner** (Turner, J., 1987). Sin olvidar la influencia que estos planteamientos tuvieron sobre las investigaciones de **Deschamps** y de Wilhelm **Doise** en Suiza (Doise, W., 1976). La **Teoría de la Identidad Social** de Tajfel, junto con la **Teoría de la Representación Social** y la **Teoría de la Conversión**, constituyen probablemente las tres aportaciones europeas que mayor resonancia han tenido en el ámbito de la psicología social dominante.

d) Identidad social

Aunque, tanto los temas de la influencia minoritaria como los temas de la categorización social, o de las representaciones sociales guardan estre-

cha relación con el fenómeno de la identidad social, las dos aportaciones que parecen más relevantes sobre el tema, después de las formulaciones de Tajfel, son las de John Turner en Gran Bretaña y las de Jean Paul Codol en Francia. La **Teoría de la Categorización del Self** (también denominada **Teoría de la Identidad Social del Grupo**), elaborada por Turner, constituye a la vez un desarrollo y una crítica de los planteamientos iniciales de Tajfel sobre la categorización y sobre la identidad social. En efecto, el **favoritismo intra-grupo** puesto de manifiesto por las investigaciones de Tajfel fue interpretado por este último en términos puramente cognitivo/motivacionales. El individuo discrimina a favor de su propio grupo de pertenencia para obtener beneficios psicológicos respecto a su propia identidad social como miembro del grupo. Turner, inspirándose en los trabajos sobre «prototipicalidad» de Rosch (Rosch, E., 1978), pretende formular una explicación que sea a la vez **más cognitiva** y **más social**.

Según él, la situación de grupo induce un fenómeno de **despersonalización** (que no hay que confundir con la desindividualización), producido por el mecanismo categorial básico del «**metacontraste**», es decir, por el mecanismo cognitivo que está en la base del proceso mismo de la categorización y que permite considerar como idénticos, desde un punto de vista categorial, una serie de elementos que son evidentemente diferentes en cuanto a muchas de sus características. La situación grupal produce un cambio del «nivel de abstracción» en la definición del self, que pasa a ser conceptualizado en términos de la categoría grupal.

Dicho en otras palabras, pensarse como miembro de un conjunto implica **necesariamente** que se enfatizan los criterios que permiten considerar como idénticos entre sí a los diferentes elementos del conjunto. Es precisamente esta identidad, ya no individual, sino colectiva, la que constituye, a su vez, la base socio-cognitiva de la conducta grupal. Los procesos psicosociales que caracterizan al fenómeno grupal que encuentran sus condiciones de posibilidad en la capacidad que tienen los individuos de pensarse a sí mismos situándose en el nivel de abstracción que corresponde a la categoría grupal. El «giro cognitivista» que Turner imprime a la teoría de Tajfel es clarísimo y se puede decir que, en última instancia, los fenómenos de discriminación entre grupos y de solidaridad intra-grupos constituyen una consecuencia del tipo de lógica inferencial que caracteriza a la cognición humana (Turner, J., 1987). Sin embargo, si bien es cierto que Turner consigue formular una explicación más «cognitiva» que la de Tajfel, ya no está tan claro que se trate también de una formulación más «social».

Jean Paul Codol desarrolla por su parte una aproximación igualmente cognitivista de la identidad, analizando los mecanismos de la diferencia-

ción y de la asimilación que conducen a los individuos a pensarse, y a presentarse, **simultáneamente**, como diferentes de todos los demás individuos de su misma condición y como semejantes a todos ellos. Este mecanismo de la **diferenciación-asimilación** es el que conduce, entre otras cosas, al llamado **efecto P.I.P.** —Primum Inter Pares— (Codol, J. P., 1975), o efecto de **«conformidad superior del yo»**, que encuentra una ilustración en el dicho popular según el cual «más vale ser cabeza de ratón que cola de león». El fenómeno de la conformidad superior del yo permite, según Codol, realizar en un mismo acto el proceso de diferenciación y de asimilación.

En efecto, cuando alguien afirma que es él quien mejor se ajusta a una norma o a una determinada característica definidora de la pertenencia a un grupo o a una categoría, está afirmando a la vez su **similitud** con quienes comparten esa norma o esa característica, es decir, con los miembros del grupo, y su estricta singularidad, puesto que nadie es tan semejante a los demás como pueda serlo él mismo (Codol, J. P., 1982).

e) Influencia minoritaria y teoría de la conversión

A finales de los sesenta, Serge **Moscovici** realizó unas investigaciones que «dieron la vuelta» al **paradigma de la conformidad** de **Asch** (Moscovici, S., Lage, E., Naffrechoux, M., 1969). Según Moscovici, la sumisión del sujeto «ingenuo» de Asch a los criterios del grupo constituido por los cómplices del investigador, lejos de reflejar una reacción conformista frente a una opinión mayoritaria, indicaba por el contrario la fuerza que pueden tener las **presiones minoritarias**. A partir de entonces empezaron a proliferar las investigaciones sobre el fenómeno de la **influencia minoritaria** y, además de sus colaboradores parisinos, Moscovici encontró en los psicólogos sociales de Ginebra un valioso equipo que supo profundizar en el tema y desarrollar sus consecuencias (Mugny, G., 1981; Mugny, G., Pérez, J., 1986; Papastamou, S., 1986). El fenómeno de la influencia minoritaria impactó con fuerza en muchos investigadores europeos, como por ejemplo Anne Maass (Maass, A., Clark, R. D., 1984), pero también creó escuela en Estados Unidos (Nemeth, C., Wachtler, J., 1974), y consiguió ser tomado en cuenta tanto por los *Advances* de Berkowitz (Moscovici, S., Faucheux, C., 1972) como por los editores de la nueva edición de *Handbook* (Moscovici, S., 1985). Si Tajfel estaba preocupado, como hemos visto, por la problemática sociopolítica de la discriminación social, Moscovici también pretendía contribuir a un mejor entendimiento de otro problema social con sus investigaciones sobre la influencia

minoritaria. En efecto, la problemática del **cambio social** que subyace claramente en sus investigaciones llevaría a Moscovici a formular una «teoría de la conversión» que perfiló con mayor sofisticación teórica sus primeros planteamientos sobre las minorías (Moscovici, S., 1980; Moscovici, S., Mugny, G., 1986).

f) Las emociones y las conductas «no verbales»

A la par que la psicología social norteamericana iba redescubriendo la importancia de la **afectividad** y de las **emociones** (Isen, A. M., 1984; Zajonc, R., 1980b), Klaus **Scherer** desarrollaba en Alemania una fructífera línea de investigación sobre la expresión de las emociones (Scherer, K., Wallbott, H., Summerfield, A., 1986), mientras que Bernard **Rimé** en Bélgica se centraba más específicamente sobre las características de la comunicación no verbal en una línea tradicionalmente vinculada a la problemática de la expresión de las emociones (Rimé, B., 1983).

El auge del interés por el fenómeno de las emociones ha conducido a los editores del *British Journal of Social Psychology* a dedicarle en 1988 un número monográfico donde quedan reflejadas tanto las posturas de quienes consideran las emociones en términos de «**estados internos**» como las de quienes las conceptualizan en términos de «**construcciones sociales**» (*British Journal of Social Psychology*, 1987, 27, 1).

g) Otras aportaciones

Además de las líneas de investigación citadas hasta aquí, es preciso señalar también otras aportaciones notables tales como las investigaciones de Jean Pierre **Deconchy** sobre la lógica psicosocial de las regulaciones ortodoxas. Utilizando hábilmente la experimentación en situaciones naturales, Deconchy consigue arraigar en lo social los estudios demasiado psicólogos realizados por Rokeach sobre el **dogmatismo**, proporcionando explicaciones que vinculan la regulación ideológica de los individuos con las **estructuras de poder** de las organizaciones basadas en ideologías «cerradas» (Deconchy, J. P., 1971, 1980). También es preciso mencionar las investigaciones de Jacques Philippe **Leyens** sobre las «**teorías implícitas de la personalidad**» (Leyens, J. Ph., 1983), las de Howard Gilles en Inglaterra sobre los **aspectos psicosociales del lenguaje** (Gilles, H., 1977), así como la elaboración en Alemania, y en la parte germánica de Suiza, de una «**Teoría de la acción**» que presenta cierta afinidad con los enfo-

ques conductistas, aunque pretende abarcar los problemas de la intencionalidad (Frese, M., Sabini, J., 1985; Von Cranach, M., 1982). No se puede olvidar, por último, la importante escuela historiográfica que se está constituyendo en torno a las aportaciones de Erika **Apfelbaum** y Serge **Moscovici** en Francia, Carl **Graumann** en Alemania y Robert **Farr**, uno de los más eruditos conocedores de la historia de la psicología social, en Gran Bretaña (Apfelbaum, E., 1985; Moscovici, S., 1986; Graumann, C., 1988; Farr, R., 1986).

Por fin, merece la pena señalar algunas de las principales contribuciones de la psicología social europea a la crítica de los planteamientos y de los resultados de la psicología social dominante en Estados Unidos:

- La ya mencionada crítica de Jean Pierre Poitou a la Teoría de la Disonancia Cognitiva (Poitou, J. P., 1974).

- La polémica que sostuvo Michel **Plon** con Morton **Deutsch** sobre la aplicación de la Teoría de los Juegos al estudio de las relaciones de cooperación-competición (Plon, M., 1974; Deutsch, M., 1974).

- La polémica que sostuvieron Erika **Apfelbaum** y Ian **Lubeck** con el mismo Morton **Deutsch** sobre la conceptualización de los conflictos (Apfelbaum, E., Lubeck, I., 1976; Deutsch, M., 1976).

- La crítica que **Apfelbaum** y **Herzlich** desarrollaron en relación a las teorías de la atribución de **Jones** y de **Kelley** (Apfelbaum, E., Herzlich, C., 1970).

- La reformulación del fenómeno del «**Risky Shift**» en términos del influyente concepto de «**Polarización**» que llevó a cabo **Moscovici** (Moscovici, S., Zavalloni, M., 1969).

- La crítica al concepto de **actitud** que ha desarrollado Michael **Billig** (Billig, M., 1987).

- El cuestionamiento global, por **Moscovici** y por **Tajfel**, del **individualismo psicologista** que caracteriza a la psicología social dominante en Norteamérica (Moscovici, S., 1972; Tajfel, H., 1972).

- Y por fin, la pertinaz crítica a la utilización del método **experimental** en psicología social, articulada por Rom **Harré** (Harré, R., 1977a).

Como vemos, tanto por sus aportaciones sustantivas, como por sus planteamientos críticos y por su énfasis sobre la dimensión social de los procesos psico-sociológicos, la psicología social europea merece efectivamente ser tomada en cuenta en una caracterización de la psicología social contemporánea.

9. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

IV. LAS CORRIENTES ALTERNATIVAS

9.1. El legado de la crisis

Todas las crisis, y la crisis de la psicología social no constituye ninguna excepción, tienen una duración limitada. O bien alcanzan proporciones incontrolables y provocan una transformación radical de la situación que las ha motivado, o bien se agotan y desaparecen ante la capacidad de resistencia y los mecanismos de contención del medio en que se han manifestado. Según todas las apariencias, el destino de la crisis de la psicología social se corresponde con esta segunda alternativa. En efecto, basta con leer las revistas especializadas para comprobar la vitalidad con que se sigue desarrollando el tipo de investigación psicosocial que los instigadores de la crisis pretendieron cuestionar. Sin embargo, todos sabemos que hay muchas formas de **«cerrar» una crisis**. Una de ellas consiste en atender a sus **causas** y subsanarlas, aunque esto conlleva por lo general introducir modificaciones más o menos profundas en algunos de los parámetros que definían la situación anterior a la crisis. Otra consiste en yugular simplemente la crisis y volver a la situación anterior sin modificar ninguno de sus parámetros. Lo que esto conlleva por lo general es, en este último caso, que se dejan en pie las causas que han motivado la crisis, y que

éstas siguen siendo, por lo tanto, **«activas»**, aunque sus efectos puedan ser neutralizados o bien ignorados en la práctica. Otra posibilidad consiste, por supuesto, en que las causas de la crisis sean tan tenues, tan circunstanciales y tan artificiales que su extinción acontece por sí misma tras un breve período de efervescencia. Es obvio que la psicología social no se ha modificado sustancialmente después del período crítico, pero ¿se han extinguido realmente las causas que propiciaron la crisis? Todo parece indicar que no ha sido así, y presentaré a continuación una serie de argumentos que prestan un apoyo razonable a esta afirmación.

De cuando en cuando, las revistas, las series y los «advances» que figuran entre los más cualificados portavoces de la psicología social académicamente dominante se hacen eco de planteamientos y de propuestas que ofrecen nuevas alternativas frente a las orientaciones mayoritarias de la psicología social. Así, el prestigioso *Journal of Personality and Social Psychology* publicó, en 1978, tres importantes textos «alternativos». Uno de Kenneth **Gergen**, incitando a la producción de teorías que sean **«generativas»** de cambios sociales (Gergen, 1978), otro de Ralph **Rosnow**, proponiendo un nuevo paradigma para la psicología social, inspirado en las formulaciones de Giambatista **Vico** (Rosnow, 1978), y un tercero de Edward **Sampson**, llamando a una **revolución científica** que transforme los paradigmas de la psicología social (Sampson, 1978). La *Review of Personality and Social Psychology*, editada anualmente por la sección de psicología social de la APA (Asociación Americana de Psicología), acogió en 1980 un trabajo conjunto de Gergen y Jill **Morawski**, proponiendo literalmente una **meta-teoría alternativa** para la psicología social (Gergen y Morawski, 1980), y reincidió en 1983 publicando otro trabajo «marginal» de **Shotter** y Burton (Shotter y Burton, 1983). Ese mismo año, 1983, el *American Psychologist*, es decir, la revista oficial de la APA, abrió sus columnas a un texto de Peter **Manicas** y Paul **Secord** en el que se presentaban las implicaciones de la **nueva filosofía de la ciencia** para una reorientación de la psicología social (Manicas y Secord, 1983), y dos años más tarde la misma revista publicaba un importante texto de Kenneth Gergen sobre el **«movimiento» socio-constructivista** (Gergen, 1985a). Mientras tanto, los *Advances* de Leonard Berkowitz acogían una presentación de la **orientación «contextualista»** firmada por William McGuire (McGuire, 1983).

La publicación de esta serie de textos constituye cuanto menos un indicio de que, lejos de haberse extinguido por propio agotamiento, las causas de la crisis siguen fomentando la crítica hacia la situación instituida y la elaboración de planteamientos alternativos. Se puede pensar que se trata de un indicio bastante frágil a la vista del número relativamente escaso

de textos que he citado. Sin embargo, quienes conocen la naturaleza de los mecanismos que controlan la admisión de textos en el circuito de las publicaciones académicas más respetables, difícilmente pueden infravalorar lo que representa el hecho de que se hayan publicado tantos textos «heterodoxos» como los que he citado (Lubeck y Apfelbaum, 1979). Por otra parte, conviene considerar también que la presión para conseguir publicar este tipo de textos en los circuitos «oficiales» fue disminuyendo a medida que se abrían cauces de expresión paralelos en el ámbito de las ciencias sociales. De hecho, esos nuevos cauces de expresión se han multiplicado considerablemente en los últimos años. En efecto, no sólo existen actualmente varias revistas que podríamos calificar de «alternativas», tales como por ejemplo el *Journal for the Theory of Social Behavior*, o la revista *New Ideas in Psychology*, sino que la publicación de monografías prosigue a buen ritmo, demostrando que existe un público que se muestra receptivo ante los nuevos planteamientos. Véase si no la siguiente relación, en absoluto exhaustiva, en la que tan sólo se han seleccionado aquellas obras, total o parcialmente dedicadas a las nuevas orientaciones, que parecen las más interesantes. Esta relación empieza en 1974 con la publicación de uno de los primeros libros dedicados a presentar elementos para una posible «reconstrucción» de la psicología social y no recoge ninguno de los numerosos artículos que se publicaron durante la época considerada, ciñiéndose estrictamente a las monografías.

Libros publicados en el marco general de las nuevas orientaciones

1974

Armistead, N. (Ed.): *Reconstructing social psychology*.

Marsh, P.; Rosser, E.; Harré, R: *The rules of disorder*.

1975

Habermas, J.: *The theory of communicative action*.

Shotter, J.: *Images of man in psychological research*.

1976

Strickland, L.; Aboud, F.; Gergen, K. (Eds.): *Social Psychology in transition*.

1977

Collet, P. (Ed.): *Social rules and social behavior*.

Gauld, A.; Shotter, J.: *Human action and its psychological explanation*.

1979

Bhaskar, R.: *The possibility of naturalism. A philosophical critique of the contemporary social sciences*.

- Brenner, M. y otros (Eds.): *The social contexts of method*.
Buss, A. R.: *A dialectical psychology*.
Buss, A. R. (Ed.): *Psychology in social context*.
Coulter, J.: *The social construction of the mind*.
Giddens, A.: *Central problems in social theory*.
Ginsburg, G. (Ed.): *Emerging strategies in social psychological research*.
Harré, R.: *Social being: a theory for social psychology*.
1980
Brenner, M. (Ed.): *The structure of action*.
Gilmour, R.; Duck, S. (Eds.): *The development of social psychology*.
1981
Antaki, C. (Ed.): *The psychology of ordinary explanation of social behavior*.
Goffman, E.: *Forms of talk*.
Rosnow, R. L.: *Paradigms in transition*.
Thompson, J. B.: *Critical hermeneutics*.
1982
Cranach, M. von; Harré, R. (Eds.): *The analysis of action*.
Gergen, K. J.: *Toward transformation in social knowledge*.
Hacker, W. V. y Von Cranach, M. (Eds.): *Cognitive and motivacional aspects of action*.
Munné, F.: *Psicologías Sociales marginadas. La línea de Marx en la psicología social*.
Secord, P.: *Explaining human behavior. Consciousness, human action and social structure*.
1983
Bloor, D. Wittgenstein.: *A social theory of knowledge*.
Morgan, G. (Ed.): *Beyond method. Strategies for social research*.
Searle, J.: *Intentionality*.
Torregrosa, J. R.; Sarabia, B. (Eds.): *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*.
Wexler, P.: *Critical social psychology*.
1984
Atkinson, J. M.; Heritage, J. (Eds.): *Structure of social action: studies in conversation analysis*.
Gergen, K. J.; Gergen, M. M.: *Historical social psychology*.
Giddens, A.: *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*.
Potter, J.; Stringer, P.; Wetherell, M.: *Social texts and contexts*.
Shotter, J.: *Social accountability and selfhood*.
1985
Gergen, K.; Davis, K. (Eds.): *The social construction of the person*.

Ginsburg, G.; Brenner, M.; Cranach, M. von. (Eds.): *Discovery strategies in the psychology of action*.

Harré, R.; Clarke, D.; De Carlo, N.: *Motives and mechanisms. An introduction to the psychology of action*.

Skinner, Q. (Ed.): *The return of grand theory in the human sciences*.

Taylor, C.: *Human agency and language. Philosophical papers. Vol. I*.

Taylor, C.: *Philosophy and the human sciences. Philosophical papers. Vol. II*.

1986

Antaki, C.; Lewis, A. (Eds.): *Mental mirrors: meta-cognition in social knowledge and communication*.

Fiske, D. W.; Shweder, R. A.: *Metatheory in social science*.

Harré, R. (Ed.): *The social construction of emotions*.

Henriques, J. y otros.: *Changing the subject*.

Margolis, J.; Manicas, P.; Harré, R.; Secord, P.: *Psychology: designing the discipline*.

Ricoeur, P.: *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique*.

Rosnow, R.; Georgoudi, M. (Eds.): *Contextualism and understanding in behavioral science*.

Sarbin, T. (Ed.): *Narrative psychology: the storied nature of human conduct*.

1987

Billig, M.: *Arguing and thinking: a rhetorical approach to social psychology*.

Manicas, P.: *A history and philosophy of the social sciences*.

Outhwaite, W.: *New philosophies of social science. Realism, hermeneutics and critical theory*.

Potter, J.; Wetherell, M.: *Discourse and social psychology: beyond attitudes and behavior*.

Rabinow, P.; Sullivan, W. M. (Eds.): *Interpretative social science. A second look*.

1988

Antaki, C. (Ed.): *Analysing everyday explanation*.

Billig, M. et al. (Eds.): *Ideological dilemmas*.

Fielding, N. (Ed.): *Actions and Structure*.

Shotter, J.; Gergen, K. (Eds.): *Texts of identity*.

Simon, H. W. (Ed.): *Rhetoric in the human science*.

Woolgar, S. (Ed.): *Knowledge and reflexivity*.

1989

Ibáñez, T. (Ed.): *El conocimiento de la realidad social*.

Greenwood, J. D.: *Explanation and experiment in social psychological science*.

Esta relación ofrece otro indicio de que las causas de la crisis no se han desvanecido y siguen alimentando la preocupación por ofrecer vías alternativas al estudio tradicional de los fenómenos sociales y psicosociales. Cometeríamos, sin embargo, un error si pensáramos que existe una expresión clara y coherente de **una** solución alternativa. En efecto, el contenido de las obras que he mencionado refleja una notable diversidad de planteamientos, a la vez que una cierta confusión en las propuestas que se formulan, incluso al filo de las sucesivas publicaciones de un mismo autor. Sin embargo, conviene considerar esta situación como perfectamente normal, y hasta deseable, ya que se trata de un proceso esencialmente innovador e instituyente. Como lo dice muy gráficamente Kenneth Gergen:

«...el progreso mismo de la disciplina pasa por la continua ocupación y abandono de los edificios teóricos y de las configuraciones que construimos, trascendiendo estas configuraciones por medio de la reflexión crítica» (Gergen, en prensa).

También es preciso tener en cuenta que estas formulaciones se presentan a veces en un tono provocativo, no exento de ciertas rigideces, esquematismos y radicalizaciones de las propias posturas, desembocando sobre la tendencia a caricaturizar las posturas del «adversario». Pero esto no debería extrañarnos. La psicología social nos ha enseñado que este fenómeno caracteriza precisamente a las minorías normativas cuando luchan contra las normas dominantes.

Por encima de la diversidad de los planteamientos y de la existencia de matices a veces contradictorios, las propuestas alternativas participan globalmente de una serie de **presupuestos comunes**. Ese amplio denominador común pasa, entre otras características, por un **anti-positivismo** contundente, por el reconocimiento del ser humano como **«agente»** parcialmente auto-determinado, por una sensibilidad particular hacia el carácter **histórico** o **«construido»** de las realidades psicosociales, por la centración sobre la importancia que representan el **lenguaje** y la **significación**, por la atención hacia la **racionalidad práctica**, por el interés hacia los procesos concretos de la **vida cotidiana** y por la conciencia de las implicaciones de todo tipo que se desprenden a partir de la propia **reflexividad del conocimiento**.

Este conjunto de presupuestos comunes indica claramente que los nuevos enfoques trascienden la problemática particular de la psicología social y que la crisis por la que pasó esta disciplina, lejos de constituir un fenómeno localizado, coyuntural y específico, hunde sus raíces en una problemática mucho más general que atañe a la propia concepción de la **racio-**

nalidad científica. Esta problemática se ha configurado en torno a varios fenómenos importantes que han marcado la evolución del pensamiento contemporáneo.

En primer lugar el derrumbamiento, en parte autoprovocado, de las bases **neo-positivistas** del paradigma epistemológico vigente. Especialmente lo que concierne a su formulación **verificacionista** del conocimiento científico y a su conceptualización de la naturaleza y del papel desempeñado por la actividad teórica en relación con los datos empíricos. En segundo lugar, el auge simultáneo del **Realismo** y del **Neo-pragmatismo** por una parte y de la **Fenomenología**, de la **Hermenéutica radical** y del pensamiento del segundo **Wittgenstein** por otra parte. En tercer lugar, la configuración de una **sociología del conocimiento** y de una sociología de la ciencia que no podían sino apuntar hacia el carácter «construido», «reflexivo» y «socio-históricamente determinado» del conocimiento científico y de sus prácticas constitutivas. Todos estos elementos, en estrecha conexión muchos de ellos con los problemas sustantivos planteados por los resultados alcanzados en las disciplinas científicas más punteras, han propiciado un intenso clima de discusión filosófica y epistemológica, propio de una época de **mutación de los grandes paradigmas científicos**. Es precisamente esta discusión la que está nutriendo activamente el nuevo pensamiento sobre lo social y la que ha alimentado más o menos directamente la crítica que ha afectado a la psicología social y a muchas otras disciplinas.

Por las razones que sean, la psicología social dominante no ha sabido integrar, **como parte constitutiva de sí misma**, las inquietudes que latén en su sector crítico. El resultado de esta incapacidad es que se está constituyendo actualmente, al lado de la psicología social instituida, una psicología social **distinta**, aún desdibujada y confusa pero que se desarrolla con rapidez y con una creciente independencia de las investigaciones que se llevan a cabo en la psicología social tradicional. Es de esperar que el **reen-cuentro** entre estas dos psicologías sociales no se produzca tras un plazo tan dilatado como el que transcurrió antes de que la psicología social psicológica y la psicología social sociológica iniciaran su actual proceso de confluencia. En cualquier caso, si se pretende dar cuenta de las características de la psicología social contemporánea, es obvio que no se puede ignorar la existencia de las corrientes alternativas.

Aunque el importante transfondo de presupuestos comunes implica un solapamiento, a veces muy notable, entre las diversas propuestas alternativas, se pueden distinguir **cuatro grandes orientaciones** en función del tipo de «tradición» que predomina en sus formulaciones. Cabe subrayar el carácter relativamente artificial de esta taxonomía, como de todas las

taxonomías, ya que, obviamente, no sólo no existen «tipos ideales», sino que, en este caso, muchos de los enfoques particulares que se clasifican bajo una determinada orientación se nutren también de las tradiciones que caracterizan a las demás orientaciones. Algunos de estos enfoques son incluso tan «híbridos» que la decisión de presentarlos bajo un epígrafe en lugar de otro encierra sin duda una notable arbitrariedad. En cualquier caso, y teniendo en cuenta todas las debidas precauciones que he señalado, parece que la organización conceptual de los diversos enfoques alternativos, en estos cuatro grandes bloques, puede ayudar a incrementar la inteligibilidad del conjunto de los planteamientos que han aparecido en el marco de la psicología social alternativa.

El primero de estos bloques, que podemos situar bajo el epígrafe general de **«Teoría de la acción»**, encuentra en la obra del segundo **Wittgenstein** su principal fuente de inspiración. Junto con la Teoría de la acción propiamente dicha, se incluyen en este bloque la **orientación etogénica** y, aunque de forma más discutible, las orientaciones centradas sobre el análisis de **«las explicaciones ordinarias de la conducta»** y sobre el **«análisis del discurso cotidiano»**. Aunque estas últimas orientaciones se inspiren también en otras fuentes de influencia, no deja de ser cierto que las condiciones que han permitido su articulación son inseparables del énfasis Wittgensteiniano sobre el **«lenguaje ordinario»** y sobre el concepto de los **«juegos de lenguaje»**.

El segundo bloque, que he denominado, a falta de una mejor expresión, con el rótulo de **orientación dialéctica**, recoge el legado de la llamada **«dialéctica post-marxista»** y del **«holismo» hegeliano**. Junto con el enfoque propiamente dialéctico, se incluye en esta orientación las aportaciones de Roy **Bhaskar**. También he optado por situar bajo este epígrafe la **teoría de la estructuración** de **Giddens** y la **nueva teoría crítica** de **Habermas**, a pesar de que ambas están fuertemente influenciadas por la orientación hermenéutica y, concretamente, por las formulaciones de **Gadamer**. Más delicada ha sido la decisión de incluir bajo este epígrafe el enfoque **contextualista**, pero sus fuertes connotaciones dialécticas y holísticas así lo aconsejan.

El tercer bloque, designado como orientación **hermenéutica**, recoge el legado de una tradición que arranca de **Schleiermacher** y de **Dilthey**, incide en la **sociología interpretativa**, pasa por **Heiddeger** y culmina en Hans Georg **Gadamer**. Aunque muchos de los enfoques que se recogen en las otras grandes orientaciones mantienen una postura crítica hacia la orientación hermenéutica, no cabe duda que todas ellas han integrado algunas de sus aportaciones fundamentales.

Por fin, el cuarto bloque, que he reagrupado bajo el epígrafe de **«cons-**

truccionismo social es quizás el más ecléctico en la medida en que sus orientaciones integran muchas de las ideas básicas que configuran a las restantes orientaciones. En efecto, encontramos en el «construccionismo» una mezcla de elementos wittgensteinianos, dialécticos y hermenéuticos. Pero, junto con este eclecticismo integrador, quizá se pueda caracterizar más precisamente a esta orientación haciendo referencia a las propuestas del **neo-pragmatismo** americano que se encuentran ejemplificadas en la obra de Richard **Rorty** y que se hallan en filiación directa con las formulaciones de **James**, de **Mead** y de **Dewey**.

9.2. La orientación de la Teoría de la acción

La idea según la cual la conducta humana, así como la de muchas otras especies animales, es en buena medida de naturaleza **propositiva** no constituye ninguna novedad en el campo de la psicología. Franz Brentano, William McDougall y Edward Tolman pueden citarse, por ejemplo, como tres significativos puntos de referencia históricos sobre esta cuestión (Brentano, 1874; McDougall, 1930; Tolman, 1932). Sin embargo, la orientación positivista de la psicología impidió, como es sabido, que se investigaran adecuadamente las implicaciones del **carácter intencional de la conducta**. En efecto, las intenciones carecen de propiedades directamente observables y sólo pueden ser inferidas a partir de las conductas manifiestas, o de las declaraciones verbales, y como resultado de una actividad introspectiva. La exclusión de todas las entidades inobservables fuera del campo de los objetos susceptibles de ser investigados científicamente asignaba por lo tanto el estudio de las intenciones al campo de las meras especulaciones metafísicas. Por supuesto, ningún psicólogo podía considerar seriamente que las intenciones, los deseos o las creencias no desempeñan un papel importante en la actuación humana; sin embargo, la negativa a tratar directamente sobre estos aspectos parecía encontrar una justificación aceptable en la afirmación neo-positivista según la cual era posible elaborar un **lenguaje unificado de la ciencia**, en el cual los inobservables podían ser «reducidos» a términos cuyos referentes fuesen observables.

No era preciso, pues, interrogarse sobre la naturaleza de las intenciones, y bastaba con trabajar en base a sus referentes empíricos, como por ejemplo las «conductas de meta». Esta justificación desapareció con el naufragio de la filosofía neo-positivista. Si las intenciones y otros fenómenos similares no podían ser «reducidos» a un lenguaje observacional, la psicología debía, o bien limitarse a las conductas humanas en las que no inter-

venían esos fenómenos, o encararse con las dificultades que entrañaba su investigación. La primera opción era inaceptable en la medida en que ridiculizaba obviamente la pretensión de la psicología de dar cuenta de la conducta humana, reduciéndola al estudio de sus aspectos más intrascendentes. La segunda encerraba los gérmenes de una drástica revisión del programa de la psicología y de sus fundamentos epistemológicos. Las *Investigaciones Filosóficas* de Ludwig Wittgenstein aportaron elementos decisivos para esa revisión (Wittgenstein, 1953).

a) La Teoría de la acción

La escuela de Oxford, heredera del pensamiento del segundo Wittgenstein, se centró en el análisis del «lenguaje cotidiano», resaltando la extraordinaria importancia que presentan las referencias a las intenciones en la explicación corriente de la conducta. Los psicólogos debían atender al problema de las intenciones, aunque sólo fuese porque la forma en que las personas explican sus propias conductas y las conductas de los demás incide sobre la propia conformación de esas conductas. Los sofisticados y agudos debates suscitados por la escuela de Oxford en torno a la naturaleza de las intenciones y al tipo de relación, causal o no, que las vincula con la conducta, influenciaron sin duda parte de la psicología social inglesa, promoviendo, junto con la influencia de la Teoría de la atribución, un interés particular por las «explicaciones de la conducta en el pensamiento cotidiano». Pero, sobre todo, el prolongado debate sobre las intenciones (Anscombe, 1957; Boden, 1972; Chisholm, 1967; Davidson, 1963; Dennet, 1981; Searle, 1983) suscitó el interés por otros tres conceptos de primerísima importancia para la psicología social: el concepto de «**agencia**», el concepto de «**inferencias prácticas**» y el concepto de «**significación**».

En efecto, el problema de la intervención **causal** de las intenciones en el desarrollo de las conductas humanas puso el énfasis sobre la **relativa auto-determinación** de sus conductas por el propio agente humano o, si se prefiere, sobre el papel de las decisiones, internamente elaboradas por el individuo. Al mismo tiempo surgió una cuestión ya tratada por Aristóteles, que hacía referencia a los **silogismos prácticos** que desarrolla una persona para razonar sobre la mejor manera de que sus conductas conduzcan efectivamente a la satisfacción de sus intenciones. Por otro lado, tanto el problema de la **atribución de intenciones** a los demás como el problema de la **comunicación** de las propias intenciones planteaban directamente la cuestión de la producción y la interpretación social de los **significados**. De esta forma, el levantamiento de las prohibiciones dicta-

das por el neo-positivismo, junto con las aportaciones del segundo Wittgenstein desarrolladas por la escuela de Oxford, asentaron las bases de una **Teoría de la acción** centrada sobre una imagen del hombre concebido como un agente propositivo, capaz de auto-dirigir su conducta, dotado de racionalidad práctica e implicado en actividades de construcción y de desciframiento de significados. Cabe añadir además que, en línea con este planteamiento, el tema de la **intersubjetividad** y el de la **naturaleza social de los significados** se desprendían necesariamente como temas corolarios de los presupuestos fundamentales.

Frente a la psicología social dominante, una de las corrientes alternativas tomó apoyo en el legado wittgensteiniano para desarrollar una teoría de la acción en el marco específico de la psicología social (Gauld y Shotter, 1977; Brenner, 1980; Cranach y Harré, 1982; Harré, Claerke y De-Carlo, 1985; Ginsburg, Brenner y Cranach, 1985). Esta orientación entiende que la tarea básica de la psicología social pasa por **explicar las acciones humanas**, entendiendo por **acción** todas aquellas conductas que están dotadas de intencionalidad y de significación, y reservando el término de **conducta** sin más calificativos para designar la simple manifestación corporal de las acciones, o los movimientos corporales meramente mecánicos. La afinidad de la teoría de la acción con los planteamientos hermenéuticos y con los enfoques fenomenológicos es evidente. Sin embargo, también se producirá un intento de reconducir el análisis de la acción por caminos mucho más acordes con las orientaciones más tradicionales de la psicología social. En efecto, es obvio que se puede encontrar, en el ámbito de las **regulaciones cibernéticas**, una serie de elementos conceptuales que permiten reducir la dimensión teleológica de la conducta a un simple proceso de retro-alimentación del que se puede dar cuenta en términos de explicaciones cuasi-teleológicas (Wright, 1971). Este intento está prosperando actualmente en Alemania y en la Suiza alemana, construyendo una versión de la Teoría de la acción que guarda escaso parecido con sus primeras connotaciones wittgensteinianas (Cranach y otros, 1982; Frese y Sabini, 1985). Mucho más interesado por el aspecto intencional de las conductas que por la dimensión significativa de la acción, el enfoque de Mario von Cranach sigue perteneciendo sin duda al ámbito de la psicología social dominante aunque en una versión «liberalizada».

b) La corriente etogénica

Articulado esencialmente por Rom Harré, el enfoque etogénico mantiene una estrecha vinculación con las dimensiones wittgensteinianas de

la **Teoría de la acción**, e integra elementos que provienen del **Interaccionismo Simbólico**, de la **etnometodología**, así como de las nociones de «**regla**» y de «**juego de lenguaje**» en Wittgenstein (Harré, 1979). Harré define la etogenia como un enfoque que se propone descubrir o identificar los **mecanismos generativos** de la conducta social, es decir, que pretende formular, siguiendo una analogía chomskiana, el tipo de **competencia** que permite al individuo generar sus actuaciones sociales (Harré, 1977). Según Harré, los productos sociales, incluidos los actos de las personas, se engendran a través de un proceso de **replicación** de una plantilla o molde subyacente, siendo la estructura de ese molde quien es responsable en última instancia de la estructura social del producto. En el caso de las acciones sociales, los moldes «preformados» que las generan no son sino los **conjuntos de reglas** que caracterizan a la cultura y que las personas han interiorizado en el curso de sus interacciones sociales. La explicación de la conducta social exige, por lo tanto, que se diluciden las estructuras subyacentes, es decir, las reglas a partir de las cuales se ha construido. Según Harré, la mejor forma de descubrir esas reglas consiste en recoger y analizar los relatos que ofrecen las personas cuando pretenden dar cuenta de sus conductas. Al igual que ocurre con los planteamientos de los **etnometodólogos**, no se trata aquí tampoco de alcanzar a través de esos relatos la visión subjetiva que tiene una persona concreta, sino de dilucidar los mecanismos por medio de los cuales esta persona ha construido su actuación social. Desde esta óptica, uno de los elementos más informativos sobre los mencionados mecanismos se da precisamente cuando el agente no consigue, ya sea por equivocación suya, o por otra razón, que sus actos sean interpretados adecuadamente por los demás. Así es, el agente se encuentra entonces en la necesidad de verbalizar las reglas que en realidad pretendía seguir, explicitando de esta forma los mecanismos generativos de su conducta. Las actuaciones fallidas indican claramente que la dimensión operativa de las actuaciones radica en su significado. En efecto, es el significado lo que determina los resultados que producirá la acción, y el éxito o el fracaso de dicha acción dependerá del tipo de significado que haya conseguido vehicular. No importa el tipo de conducta que se despliegue, lo que importa en definitiva es el significado que ésta logra transmitir. Así, para dar a entender a alguien que se le está despidiendo con cariño se puede agitar un pañuelo, hacer gestos con los brazos o dar palmadas, lo importante es que esto conlleve el significado apropiado, y es obvio que el mismo pañuelo agitado en otro contexto, por ejemplo en un campo de fútbol, vehicula otro significado y produce otros efectos. Así pues, se puede decir que explicar la conducta social consiste básicamente en descubrir los significados que le son subyacentes.

En la línea de la Teoría de la acción, Harré distingue por una parte las conductas, que son meros movimientos físicos del cuerpo, por otra parte las acciones, que vienen a ser los propósitos que animan a la conducta, y por fin los actos, que son los significados socialmente atribuidos a las acciones, es decir, su conversión en signos por parte de los actores sociales dentro de un espacio inter-subjetivo y público. La distinción entre acciones y conductas conlleva a una distinción entre los «**automatismos**», o conductas estímulo-dependientes, dictadas al agente por los determinismos ambientales, y los «**autonomismos**», o conductas cuyo desarrollo tiene su fuente de determinación en las decisiones y los propósitos de la persona. El enfoque etogénico privilegia evidentemente el estudio de los autonomismos, considerándolos como el segmento más importante y también más trascendente de las actividades humanas.

Esto conduce a que la etogenia asuma la imagen del hombre que subyace en la Teoría de la acción, y que lo presenta en términos de agente **moralmente responsable** de sus propias actuaciones. En efecto, ni siquiera los sistemas de reglas interiorizados constituyen una fuente de determinación de la conducta absolutamente imperativa, puesto que las reglas actúan tan sólo como «**causas formales**». Aunque el seguimiento de las reglas sea una de las condiciones para la «inteligibilidad social» de las actuaciones personales, no tienen el poder constrictivo de las causas eficientes y siempre pueden ser violadas por los agentes sociales.

Para concluir con esta exposición esquemática de la etogenia, cabe señalar que su insistencia sobre la importancia del significado, así como su concepción generativa de las conductas sociales a partir de la replicación de estructuras subyacentes, la tornan radicalmente **incompatible** con los métodos experimentales. Rom Harré pone un especial empeño en explicar precisamente que, al contrario de lo que ocurre con los **sistemas paramétricos**, en cuyo seno las variables carecen de ligazón interna y pueden ser tratadas en forma separada, los objetos estructurales, cuyas variables están internamente relacionadas, se destruyen necesariamente si se someten a los procedimientos de estudio propios de las ciencias paramétricas, entre los que figura en primer plano la experimentación.

c) El análisis de las «explicaciones cotidianas» y el «análisis del discurso»

El interés por el estudio de la forma en que las personas dan cuenta de las conductas en su vida cotidiana tiene varios orígenes. Uno de ellos radica en la **Teoría de la atribución** y hunde por lo tanto sus raíces en la **fenomenología de Heider**. En efecto, los teóricos de la atribución, en

consonancia con el auge del cognitivismo en la psicología social, han mostrado un creciente interés por el **pensamiento ingenuo**, por las **inferencias del sentido común** y por sus manifestaciones en las situaciones concretas de la **vida cotidiana**. Sin duda, la influencia de la corriente etnometodológica ha contribuido, por otra parte, a recalcar la conveniencia de recoger y de analizar los **relatos** («accounts») que formulan los propios actores sociales para dar cuenta de sus conductas y de las de los demás. Pero, tanto la influencia de la Teoría de la atribución como de la etnometodología han fructificado sobre un terreno ampliamente abonado por la preocupación wittgensteiniana por el «lenguaje cotidiano» y su incidencia en el desarrollo de la Teoría de la acción. No es casualidad que la investigación sobre «las explicaciones cotidianas de la conducta» se haya articulado principalmente en suelo británico y que una de las primeras monografías dedicada a este tema bajo la dirección de Charles **Antaki** recoja esencialmente estudios realizados tanto desde la teoría de la acción como desde la teoría de la atribución (Antaki, 1981). La evolución de este enfoque se ha caracterizado por una acentuación de la influencia de la herencia wittgensteiniana, en el sentido de que se ha focalizado cada vez más sobre la naturaleza y las particularidades del lenguaje cotidiano, hasta entroncar prácticamente con el enfoque del **«análisis del discurso»** (Antaki, 1988).

El «análisis del discurso» se nutre por su parte de una serie de tradiciones cuya conjunción desdibuja en buena medida la vinculación de este enfoque con la influencia de Wittgenstein. En efecto, el análisis de las **«formaciones discursivas»** arraiga en la versión **marxista** del **estructuralismo francés** (Pecheux, 1982), a la vez que en el abordaje etnometodológico de la **discursividad científica** (Mulkay, Potter y Yearley, 1982). Pero sin duda, también es sensible a la influencia del **post-estructuralismo** y especialmente al concepto de «deconstrucción» elaborado por Jacques Derrida (Derrida, 1972; Parker, 1988). La centración sobre el lenguaje, y más precisamente sobre las **prácticas discursivas** de los agentes sociales, se presenta como una heurística para desvelar las insuficiencias de ciertos planteamientos de la psicología social, así como para engendrar un programa de investigación alternativo al que conforma actualmente buena parte de la psicología social dominante (Potter y Wetherell, 1987). Aunque no se la pueda incluir estrictamente dentro de esta orientación, debemos mencionar aquí la original aportación de Michael **Billig** en base a una aproximación **retórica** a la psicología social (Billig, 1987). Su énfasis sobre la naturaleza lingüísticamente construida de la realidad social teje evidentes líneas de afinidad con el **«giro lingüístico»** que se anuncia en psicología social a través de las últimas evoluciones del enfoque centra-

do sobre las «explicaciones cotidianas» y a través de la emergencia del enfoque discursivo.

9.3. La orientación dialéctica

Es un hecho que, durante más de un siglo, un enorme contingente de pensadores de primer orden han trabajado sobre la base del legado de Karl **Marx**. Con frecuencia, diversos factores de tipo político han impuesto en nombre de la «ortodoxia» severas limitaciones a las aportaciones potenciales del pensamiento marxiano; pero con todo, la propia riqueza de los planteamientos de Marx, y la calidad de muchos de los pensadores que se inspiraron en ellos, no podía sino generar un amplio caudal de sustantivos materiales para las ciencias sociales en su conjunto. La palabra «**post-marxista**» quizá no sea la más adecuada para designar la serie de desarrollos que se han producido en las últimas décadas y que revisten una particular importancia para las nuevas perspectivas de la psicología social. A pesar de las connotaciones de abandono de la tradición marxista e incluso de ruptura con ella que pueden acompañar a esta expresión, la utilizaré aquí para designar con Leon Rappoport el enfoque **dialéctico** que incide actualmente en ciertos sectores «alternativos» de la psicología social. Conviene entender por «dialéctica post-marxista»:

«... la extensión del análisis dialéctico más allá de las hoy cuestionables asunciones del pensamiento de Marx en el terreno de la ciencia (positivismo), de lo económico y del materialismo» (Rappoport, 1984, p. 108).

Se trata, si se quiere, de variaciones más o menos libres y más o menos influenciadas por otras orientaciones, a partir de la teoría social marxista. No pretendo, por tanto, relatar aquí la **incidencia directa** del pensamiento marxista en la psicología social (Munné, 1982), ni examinar tampoco las características de la psicología social en la **Unión Soviética** (Munné, 1985), sino dilucidar los aspectos básicos de la orientación dialéctica y analizar algunas de sus traducciones en las ciencias sociales.

a) El análisis dialéctico

En 1977, el *Personality and Social Psychology Bulletin* publicaba varios textos de orientación dialéctica que se habían gestado en un pri-

mer seminario realizado en 1975 en la Universidad de Columbia y, un año más tarde, en un simposio organizado por la propia A.P.A. (Rappoport, 1977; Baumgardner, 1977; Cvtkovitych, 1977; Kytile, 1977; Buck-Marss, 1977).

Estos textos, que abordaban por ejemplo temas relacionados con la historiografía crítica de la psicología social, o con el legado de Adorno más allá de su «Personalidad autoritaria», fueron comentados por Kenneth Gergen y por Marilyn Brewster-Smith desde el punto de vista de sus implicaciones para un nuevo enfoque de la psicología social (Gergen, 1977; Brewster-Smith, 1977). Más adelante, tanto **Buss** como **Altman**, así como **Wexler**, desarrollarían ciertas implicaciones del punto de vista dialéctico (Altman, Vinsel y Brown, 1981; Buss, 1979b; Wexler, 1982), pero sería Marianthi **Georgoudi** quien expondría de forma más sistemática los presupuestos de la orientación dialéctica (Georgoudi, 1983).

Según Georgoudi, el punto de vista dialéctico enfatiza esencialmente la naturaleza **relacional** de los objetos, así como su carácter **procesual** y evolutivo. El punto de vista relacional va mucho más allá de las formulaciones en términos de interacciones y se niega a considerar como **categorías ontológicamente independientes** unos objetos que sólo pueden existir en virtud de su **relación recíproca** y de la interdependencia de sus respectivas definiciones. Es preciso rechazar por lo tanto una serie de dicotomías clásicas, tales como la dicotomía objeto-sujeto, individuo-sociedad, teoría-praxis o mundo objetivo y mundo subjetivo. En efecto, ninguno de los elementos que conforman estas dicotomías existen por separado y sólo pueden definirse «relacionalmente» en función el uno del otro. Pero es más, todo objeto de pensamiento es **en sí mismo** relacional, puesto que nada puede ser pensado sin que esto implique necesariamente su negación, o su no-existencia, en el acto mismo que lo afirma. En un sentido muy **hegeliano**, la orientación dialéctica considera que es precisamente la **contradicción** inherente entre afirmación/negación del objeto la que posibilita su transformación dinámica en una nueva entidad que trasciende ambos aspectos. La concepción relacional de la realidad es especialmente importante en el tema, crucial para la psicología social, del binomio «individuo/sociedad»:

«Si el individuo y la sociedad se encuentran intrínsecamente relacionados, ¿qué forma deberá tomar la psicología social? Desde la perspectiva dialéctica, el estudio de entidades separadas y de sus interacciones es sustituido por el de las **relaciones** concretas que se encuentran en un continuo proceso de creación, modificación y transformación. Tanto el indivi-

duo como la sociedad, o el mundo social, se encuentran fusionados en un proceso dialéctico de relaciones creadas y recreadas» (Georgoudi, 1983, p. 84).

Lejos de ser el sujeto pasivo de los determinismos sociales, el individuo desempeña pues un papel activo en la constitución de la realidad social y, en consecuencia, la psicología social debería reconocer el carácter interfuncional y creativo de la persona.

El segundo aspecto enfatizado por la dialéctica radica en la naturaleza procesual de los fenómenos. Las «cosas» no están constituidas de una vez por todas, sino que están en un proceso de constante devenir, de continua creación y recreación, de constante reproducción y transformación. La dimensión **diacrónica** adquiere pues una importancia primordial en el análisis de la realidad y se enfatiza de esta forma el aspecto **histórico** de los fenómenos sociales. En este sentido, la psicología social debe abandonar sus perspectivas a-históricas y reconocer plenamente la naturaleza histórica de los fenómenos que estudia.

Por fin, de la misma forma que no se puede separar la persona de su sociedad, tampoco se puede desligar la ciencia de su contexto histórico de producción. Así pues, toda ciencia está indefectiblemente impregnada de los valores dominantes de la cultura en la que se desarrolla y los científicos tienen, por lo tanto, un papel activo en la conformación de su sociedad.

b) El contextualismo

El contextualismo se ha desarrollado a partir de las aportaciones de Stephen **Pepper** a principios de los años cuarenta (Pepper, 1942), y aunque su influencia en las nuevas configuraciones de la psicología social no sea extremadamente importante, merece la pena ser analizado aquí porque no sólo sintoniza con algunos de los aspectos que subyacen en el trasfondo común de las nuevas orientaciones, sino que presenta características muy similares a las de la orientación dialéctica.

Tanto Ralph **Rosnow**, quien dirigió con Marienthal **Georgoudi** un importante libro sobre esta orientación, como William **McGuire**, quien le dedicó un capítulo en los *Advances* de Berkowitz, y Theodore **Sarbin**, quien hizo lo mismo en los *Nebraska Symposium on Motivation*, han contribuido a difundir las características de una orientación con la cual parecen simpatizar algunos psicólogos sociales como Irving **Altman** o Robert **Lana** (Rosnow y Georgoudi, 1985; Georgoudi y Rosnow, 1985a, 1985b; McGuire, 1983; Sarbin, 1977).

Contrariamente a la etogenia de Rom Harré, el contextualismo se muestra crítico ante las epistemologías **realistas**, rechazando por su parte todo dualismo entre apariencia y realidad, y negando que existan estructuras más profundas ocultas **detrás** de los acontecimientos tales como se manifiestan «realmente». Las fuentes en las que se inspira el contextualismo son sin duda el **pragmatismo** americano teñido de **holismo** y de **dialéctica hegelianos**.

En efecto, junto con el reconocimiento de que todo conocimiento es «limitado», en el doble sentido de que es una construcción resultante de una serie de prácticas sociales históricamente situadas, y de que carece de sentido pretender que alcance jamás a ninguna «verdad» definitiva, el contextualismo enfatiza el carácter organizado de la **totalidad contextual** en la que transcurren los acontecimientos humanos. No existe, en efecto, un mundo de elementos discretos e independientes que se manifiesten con independencia de la totalidad en la que se insertan. Así, ninguna actividad humana puede analizarse con independencia del entorno cultural y del contexto socio-histórico de significados y de relaciones sociales en el que acontece. Pero sería erróneo suponer que el propio contexto constituye una categoría **ontológica** independiente. El contexto existe a través de los actos que constituye, de la misma forma que **los actos sólo existen en relación al contexto que los constituye**.

Retomando el ejemplo citado por Rosnow y Georgoudi en el capítulo introductorio a su libro, es tan absurdo pensar separadamente el contexto y sus eventos como excindir una sonrisa de la cara en la que se plasma; obviamente no existe la cara por un lado y la sonrisa por otro (Rosnow y Georgoudi, 1986). Hay, pues, en el contextualismo una concepción dialéctica subyacente que guarda cierto parecido con el concepto de doble estructuración de **Giddens**: la gente construye los contextos mediante sus discursos, sus relaciones y sus prácticas, a la vez que estos elementos están, ellos mismos, contruidos por el contexto. El bucle entre **contexto como producto** y el **contexto como causa** vuelve sobre sí mismo en un movimiento continuo. El concepto de movimiento y de cambio constituye además otra de las características básicas del contextualismo. En efecto, Pepper consideraba que **el cambio** no era una consecuencia derivada de algo más fundamental y estable, sino que era propiamente básico y constitutivo de la realidad. La realidad es siempre un proceso abierto, inacabado y **en constante devenir**, con lo cual es difícil mantener presupuestos estrictamente deterministas y se enfatiza por el contrario la historicidad de la realidad social.

Por fin, el contextualismo insiste en negar, tanto la posibilidad de una supuesta independencia entre el objeto y el sujeto, lo conocido y el cog-

noscente, o entre la observación y su instrumento, como la posibilidad de una ciencia que esté «libre» de valores.

Si consideramos que el contextualismo reconoce también la importancia de la intencionalidad y de la auto-determinación del agente humano, podemos concluir que son muchos, efectivamente, los puntos de entronque entre esta orientación y el trasfondo común a las alternativas que se ofrecen a la psicología social: contingencia socio-histórica del conocimiento científico y de las prácticas sociales, oposición al individualismo metodológico, y también al reduccionismo mecanicista, énfasis sobre el carácter propositivo y auto-dirigido de la acción humana, reconocimiento de la importancia del significado como dimensión básica del entramado social, rechazo de las causalidades lineales y de un determinismo constitutivo de la realidad social, etc., etc.

Para finalizar esta breve exposición del contextualismo cabe indicar también su rechazo de la dicotomía entre **teoría y práctica**. En efecto, el conocer y el hacer están íntimamente ligados, ya que el **conocimiento resulta de la acción** y sólo se puede constituir a través de la acción.

c) La Teoría de la estructuración, el modelo transformacional de la actividad social y la Teoría crítica

Los tres enfoques que he agrupado aquí presentan la particularidad de estar muy próximos a la **dialéctica «post-marxista»**, tal y como la he definido anteriormente, y de recoger a la vez muchas de las aportaciones de la orientación **hermenéutica**. La inclusión en la orientación dialéctica de autores que están fuertemente influenciados por la hermenéutica puede parecer extraña cuando se sabe que tanto esta orientación como la de la Sociología interpretativa han animado muchos de los ataques contra la interpretación marxista de la sociedad. Sin embargo, entiendo que el tipo de aportación realizado en el marco de estos tres enfoques está en perfecta sintonía con algunos de los aspectos más básicos de la orientación dialéctica. El caso más discutible podría ser el de Anthony **Giddens** y su **Teoría de la estructuración**; sin embargo, tanto el concepto de **«doble estructuración»** como la insistencia sobre las **«prácticas sociales concretas»** y sobre las **«consecuencias no intencionales»** de la acción autorizan a decir que, aunque Giddens esté en el polo opuesto del marxismo «ortodoxo», su aportación encaja perfectamente en las derivaciones «post-marxistas» del marxismo.

La teoría de la estructuración (Giddens, 1982, 1984) enfatiza con fuerza la naturaleza hermenéutica tanto de lo social como de su descripción.

Los actores sociales orientan sus actividades en función de marcos de significación que deben ser dilucidados por el investigador, pero esto sólo puede conseguirse **entrando** en el juego de significados articulado por los propios actores. En otras palabras, que acentúan aún más las resonancias wittgensteinianas de esta perspectiva, se puede decir que, para poder describir una «**forma de vida**», es preciso conocer cuáles son los significados que la constituyen desde la propia perspectiva de sus protagonistas.

Al igual que los etnometodólogos, Giddens concede por lo tanto una importancia capital a los «relatos» formulados por los propios actores sociales. Sin embargo, estos relatos tan sólo nos permiten acceder explícitamente a la «**conciencia discursiva**» de las personas, marginando su «**conciencia práctica**», cuando en realidad ambas son vitales para que el sujeto pueda desenvolverse en el seno de su contexto social:

«Por “conciencia discursiva” entiendo todas aquellas cosas que el actor puede decir, puede traducir en palabras, sobre las condiciones de su acción. Por “conciencia práctica” me refiero a lo que los actores conocen, aunque no sepan expresarlo verbalmente, sobre cómo desenvolverse en los múltiples contextos de la vida social» (Giddens, 1983, p. 76).

No basta por lo tanto con tener acceso a las verbalizaciones formuladas por los actores sociales, sino que es preciso indagar en el nivel de los **conocimientos implícitos y prácticos**. Para ello la investigación de las situaciones de la vida cotidiana es fundamental:

«El criterio de la vida cotidiana constituye un elemento esencial del análisis de la reproducción de las prácticas institucionalizadas» (Giddens, 1984, p. 282).

La dimensión hermenéutica no agota, sin embargo, la naturaleza de los social. En efecto, las consecuencias de las acciones van más allá de lo que pretende hacer el sujeto y de los significados que les atribuye. La reproducción y la transformación de la sociedad descansan en buena medida sobre esas **consecuencias no pretendidas** de las acciones:

«La historia humana se crea por medio de actividades intencionales, pero no es un proyecto intencional» (Giddens, 1984, p. 27).

Así, las estructuras sociales se mantienen, se reproducen y se transforman a través de las prácticas sociales conscientemente desarrolladas por

los sujetos, y a través de los aspectos inconscientes y de las consecuencias involuntarias de esas prácticas. Las estructuras sociales son el resultado de la actividad de las personas, pero esto no implica legitimar el **individualismo metodológico**, puesto que las actividades de las personas están afectadas a su vez por las estructuras sociales. Para hacer inteligible la relación individuo-sociedad y la mutua determinación entre los agentes sociales y las estructuras sociales, Giddens introduce el concepto de «**dualidad estructural**», que es, como vamos a ver, un concepto eminentemente dialéctico:

«La constitución de los agentes y de las estructuras no son dos conjuntos de fenómenos independientes, un dualismo, sino que representan una dualidad. Según la noción de dualidad estructural, las propiedades estructurales de los sistemas sociales constituyen a la vez el resultado y el medio de las prácticas que organizan recursivamente. Las estructuras no son “externas” a los individuos...» (Giddens, 1984, p. 25).

Las estructuras sociales se constituyen como resultado de las actividades de los sujetos, pero estas actividades se constituyen a su vez por medio de las estructuras sociales. Las acciones y las estructuras son, **ambas, estructurantes y estructuradas**. A través del concepto de dualidad estructural, el individualismo y el holismo se funden en una entidad teórica que anula su oposición, trascendiéndolos.

El planteamiento de Roy Bhaskar, en cuanto a la dialéctica persona-sociedad, es muy próximo al de Giddens:

«La sociedad es, a la vez, la **condición** siempre presente (causa material), y el **resultado** continuamente reproducido de la agencia humana» (Bhaskar, 1979, p. 43).

«(las estructuras sociales)... sólo existen en virtud de las actividades que gobiernan, y no pueden ser identificadas empíricamente con independencia de éstas» (Bhaskar, 1978, p. 14).

El hecho de que las estructuras sociales existan en función de las prácticas sociales implica que esas estructuras dependen en parte de las concepciones que elaboran los individuos acerca de sus prácticas. Así, **las significaciones son constitutivas de la propia realidad social** y Bhaskar, al igual que Giddens, reencuentra la dimensión hermenéutica en la definición de lo social:

«(las ciencias sociales)... son (por lo menos parcialmente) concretas, en el sentido de Husserl, hermenéuticas, en el sentido de Dilthey, e históricas, en el sentido de Marx» (Bhaskar, 1982, p. 275).

Desde unos supuestos epistemológicos firmemente realistas, Bhaskar defiende un acercamiento **naturalista**, aunque no positivista, al estudio de la sociedad, preguntándose por cuáles son las propiedades de las sociedades que las instituyen como posible objeto de conocimiento para los investigadores. Su reflexión le conduce a destacar, por una parte, el carácter abierto de los sistemas sociales, concluyendo por lo tanto en la imposibilidad de elaborar un conocimiento de tipo **predictivo** sobre ellos, y a enfatizar, por otra parte, la dimensión crítica y los posibles **efectos emancipatorios** de las ciencias sociales en la medida en que aportan materiales para que las personas perciban las fuentes de determinación que actúan sobre ellas y para que se liberen de falsas concepciones.

Esta misma orientación crítica y esta misma preocupación por elaborar conocimientos emancipatorios caracteriza sin duda las aportaciones de Jürgen **Habermas**.

En relación con su conocida distinción entre los tres tipos de «intereses» —interés por el control y la predicción, interés por la comprensión, interés por la emancipación (Habermas, 1968)— que subyacen en tres tipos de conocimiento distintos —el analítico, el hermenéutico, el crítico—, Habermas desarrolla en sus últimos trabajos las implicaciones del interés por la comprensión (Habermas, 1981). Esto le conduce a centrarse sobre la actividad de la inter-comprensión. Con ello, Habermas no hace sino retomar el clásico problema de la inter-subjetividad y buscar las características **distintivas** de lo social, es decir, **las condiciones mismas de posibilidad de lo social** (Ferry, 1987). Para él, aquello que funda lo social y sin lo cual éste no podría existir es precisamente la **actividad comunicacional**. Es a través de ella como se instaura la comunidad de significados y de perspectivas sin la cual ninguna otra práctica social podría desarrollarse. Así, la práctica de la discusión y de la argumentación, o si se prefiere, la **retórica**, entendida en su sentido estricto, aporta el requisito previo de inteligibilidad compartida sin el cual las acciones y las interacciones sociales no podrían realizarse. Este énfasis sobre la categoría de la comunicación como condición de la producción de sentido y de la interpretación de la experiencia social desemboca sobre la rehabilitación de la importancia que tiene la **razón práctica** para la actividad propiamente social, y sobre la afirmación de que la racionalidad práctica también es susceptible de ser evaluada en términos de su grado de «verdad». En otras palabras,

Habermas considera, como también lo hace Hilary **Putnam**, que los valores, o la ética, lejos de constituir una pura cuestión de preferencias subjetivas, pueden ser enjuiciados según su grado de verdad (Putnam, 1981). Ahora bien, esto conduce a concebir la verdad como el acuerdo alcanzado por medio de la **discusión crítica**, en una línea muy próxima a la que defiende el neo-pragmatismo americano (Rorty, 1982). Esta concepción de la verdad sitúa por consiguiente en un primer plano la necesidad de desvelar los factores que conducen a una **comunicación distorsionada**.

Es en este punto donde reaparece sin duda el compromiso de Habermas con una **teoría crítica** que fomente las condiciones de una posible **emancipación social**.

Calificada de «**hermenéutica crítica**», en razón de las limitaciones que impone a la hermenéutica radical de Gadamer, la postura de Habermas reincide por lo tanto en muchos de los presupuestos comunes que caracterizan a las nuevas orientaciones en psicología social: énfasis sobre los aspectos hermenéuticos de lo social, importancia de la razón práctica, interés por la comunicación en la vida cotidiana, atención hacia los procesos que permiten construir la inter-subjetividad, sensibilidad crítica hacia la naturaleza y los efectos del conocimiento científico-social, preocupación por articular saberes emancipatorios,...

9.4. La orientación hermenéutica

Desde los planteamientos de **Dilthey** y de la escuela historicista alemana, la orientación hermenéutica ha ejercido notables influencias en el estudio de la sociedad, marcando tanto la **sociología comprensiva** de **Weber** como la **sociología fenomenológica** de **Schütz** o el propio **Interaccionismo Simbólico**. Sin embargo, el dualismo metodológico de Dilthey restringía fuertemente el alcance del punto de vista hermenéutico, limitándolo al ámbito de los fenómenos sociales y contribuyendo de esta forma a legitimar la metodología positivista en el campo de las ciencias naturales.

Las aportaciones de **Heidegger** por una parte y de **Wittgenstein** por otra, fueron decisivas para llamar la atención sobre la **ubicuidad del lenguaje** y la imposibilidad de trascender sus límites (Heidegger, 1927; Wittgenstein, 1953). En cambio, fue Hans Georg **Gadamer** quien, inspirándose básicamente en Heidegger, desarrolló las implicaciones del carácter universal de la hermenéutica, señalando que es el propio modo de participación del ser humano en el mundo el que pasa irremediabilmente por la **comprensión** (Gadamer, 1960). No sólo son las ciencias sociales, las

ciencias humanas o las ciencias históricas las que están vinculadas con la interpretación y con los límites trazados por el horizonte lingüístico-cultural en el que se desenvuelven, sino que **todo** saber formulable, incluido el saber de las ciencias naturales, descansa sobre presupuestos hermenéuticos y sobre las **pre-interpretaciones** inherentes al lenguaje. Es más, todo saber encuentra sus condiciones de inteligibilidad en el seno de un «**círculo hermenéutico**» inescapable.

En efecto, la significación no se construye por simple adición de elementos discretos, sino que presupone un constante movimiento desde la globalidad del «texto», entendiendo por «texto» cualquier conjunto de elementos de significación, hacia cada uno de los elementos que contribuyen precisamente a esa globalidad. Cada uno de los elementos participa en la construcción del significado global y, no obstante, cada elemento adquiere, a su vez, su sentido en función de ese significado global que, sin embargo, no existiría sin él. Nada adquiere significado si no es a través de su incorporación a un marco interpretativo que predetermina en parte el significado posible de cualquier elemento parcial. Este marco interpretativo está siempre condicionado por nuestra posición dentro de una tradición histórica y cultural. En el mismo sentido en que Kant hablaba de las categorías a priori del conocimiento, que mediaban, según él, entre la producción de conocimientos y los objetos de conocimiento, se podría decir que para Gadamer existen **categorías socio-históricas del conocimiento**, que ejercen el mismo papel condicionante sobre el resultado de nuestras interpretaciones. Sin duda, esto pone en entredicho el concepto mismo de una **interpretación «verdadera»** que alcance a un supuesto significado «objetivo» encerrado en los propios límites del «texto». Toda interpretación es relativa a sus condiciones socio-históricas de producción y a los anclajes culturales y lingüísticos del sistema de significados que la articulan. Las «pre-concepciones» son, a la vez, la condición de posibilidad y el estricto límite de la comprensión.

La línea hermenéutica post-diltheiana ha sido desarrollada esencialmente por Habermas y Giddens, de quienes ya hemos hablado, y también por Paul Ricoeur y Charles Taylor. Ricoeur ha conectado fundamentalmente la hermenéutica con la Teoría de la acción (Ricoeur, 1986), mientras que Charles Taylor ha desarrollado una conceptualización del ser humano, no sólo como «animal hermenéutico» sino como «**animal auto-interpretativo**», es decir, como un ser cuya naturaleza está constituida, en buena medida, por las propias interpretaciones que de ella realiza el sujeto (Taylor, 1985):

«... nuestra interpretación de nosotros mismos y de nuestra

experiencia es constitutiva de lo que somos, y no puede considerarse por lo tanto como una simple visión de la realidad, separable de la realidad, ni tampoco como un epifenómeno del que podríamos prescindir en nuestra comprensión de la realidad» (Taylor, 1985, Vol. I, p. 47).

La conceptualización de Taylor, que arraiga en el concepto hegeliano y marxista de la **«auto-realización»**, se presenta como ineludible para una ciencia social satisfactoria que se tome en cuenta la dimensión irreductiblemente **subjetiva** de la experiencia humana, sin descuidar sus condiciones sociales de emergencia en un contexto que va más allá de los «significados compartidos» y se adentra en los **«significados comunes»** propios de una colectividad.

Difícilmente se puede captar el contenido sustantivo de las nuevas orientaciones de la psicología social si no se toman en cuenta sus profundas afinidades con el planteamiento hermenéutico por una parte y, simultáneamente, sus discrepancias con ese planteamiento. Se podría decir, sin exageración, que las nuevas alternativas resultan en buena medida de la integración de la hermenéutica al enfoque psicosocial y del reconocimiento de las limitaciones que aquejan en el enfoque hermenéutico. En cualquier caso, el legado hermenéutico parece irreversible y no es posible volver a una concepción «pre-hermenéutica» del agente social, de la realidad social y de las características de la investigación social.

9.5. La orientación construccionista

La perspectiva socio-construccionista ha ido emergiendo lentamente tras la crisis de la psicología social como un intento de hallar una metateoría que pudiera representar una alternativa válida frente al modelo empiricista de la ciencia que caracteriza a la corriente dominante en la disciplina.

Como en todo auténtico **proceso instituyente**, los puntos de desacuerdo con la situación existente estaban en un principio mucho más claros que las propuestas positivas para una reorientación. En efecto, el contenido positivo no se fue perfilando sin antes pasar por múltiples confusiones, exploraciones de vías muertas y rectificaciones sobre la marcha. El propio nombre de esta orientación ha ido cambiando, pasando de llamarse «socio-racionalista» (Gergen, 1982; Gergen y Morawski, 1980) a su actual denominación de «construccionismo social», sin que quepa descartar otra apelación futura surgida de la propia evolución de los planteamientos.

Kenneth **Gergen** ha desempeñado sin duda un papel motor en el desarrollo de un enfoque que, al igual que la etnometodología, reviste también unas características sociales de **«movimiento»**, con todo lo que esto implica de aspectos positivos y también negativos. Pero, junto con Gergen, son muchos los psicólogos sociales que han contribuido, y están contribuyendo, a la articulación de la metateoría construccionista. Sin duda, la aglutinación de esfuerzos en torno a esta empresa renovadora se ha visto facilitada por dos importantes factores. En primer lugar por la existencia de un amplio movimiento que se extiende a través de las diversas ciencias sociales, sintonizando tanto en la crítica hacia el positivismo como con la nueva sensibilidad científica post-positivista. En segundo lugar, el propio eclecticismo del socio-construccionismo, en cuanto a sus fuentes de inspiración, ha permitido que muchos de los psicólogos sociales que «militaban» en diversas orientaciones alternativas a la psicología social instituida pudieran reconocerse, aunque fuera parcialmente, en los planteamientos construccionistas. En efecto, esta orientación se ha abierto ampliamente a las aportaciones de la hermenéutica, de la Teoría crítica, de la orientación dialéctica, de la sociología fenomenológica, del contextualismo o de los puntos de vista wittgensteinianos, entre otras fuentes de inspiración. El resultado es, en cierta medida, una amalgama de las aportaciones más sustantivas de cada una de esas orientaciones, integrándolas desde la perspectiva:

«... de dilucidar los procesos mediante los cuales las personas consiguen describir, explicar o dar cuenta del mundo en que viven» (Gergen, 1985, p. 3).

La crítica construccionista a los supuestos empiricistas se basa por una parte en las aportaciones de Wittgenstein sobre el papel que desempeñan las **«convenciones lingüísticas»**, tanto en la configuración de los conceptos, como en su utilización, y en la producción de conocimientos sobre los referentes a los que aluden supuestamente dichos conceptos. En efecto, la psicología social suele adoptar como objetos de investigación las entidades, o los procesos, a los que hacen referencia los conceptos, acuñados en nuestro lenguaje como si se tratara de **categorías naturales** cuya realidad está atestada por el simple hecho de que forman parte de nuestro vocabulario. Así por ejemplo, se supone que la «agresión» es una característica ontológica, puesto que tenemos una palabra para designarla. El construccionismo exige que no se acepte la «evidencia» con que se imponen a nosotros las «categorías naturales», y que se investigue el grado en que los mencionados referentes pueden no ser sino meras construc-

ciones cultural y socialmente situadas, o meros productos de las convenciones lingüísticas:

«... el construccionismo es intrínsecamente crítico en la medida en que cuestiona todo aquello que hemos considerado como garantizado porque era auto-evidente, obvio o natural... Todo es sospechoso mientras no haya más informaciones» (Sampson, 1986, p. 37).

La sensibilidad ante el papel de las convenciones lingüísticas y la negativa a dar por supuestas las categorías «naturales» del sentido común han originado interesantes investigaciones sobre la agresión como discurso (Gergen, 1984), sobre la construcción social de las emociones (Averill, 1980; Harré, 1986; Coulter, 1986), de la identidad sexual (Kessler y McKenna, 1978) o de las propias identidades personales (Gergen, 1985b).

La crítica construccionista de los supuestos empiricistas se nutre también de las aportaciones de Gadamer, insistiendo sobre el carácter siempre cultural e históricamente situado de los marcos de referencia interpretativos a partir de los cuales las personas, incluidos los científicos, acceden a los significados.

En este sentido, aunque el concepto de **historicidad** de Gergen se extiende a otros aspectos, como por ejemplo la propia versatilidad histórica de los fenómenos psicosociales, no cabe duda de que la historicidad de los marcos interpretativos en los que se insertan las explicaciones científicas de los fenómenos sociales resta credibilidad al propósito empiricista de formular leyes a-históricas o simplemente relaciones funcionales de carácter fundamental.

Otra de las fuentes que inspiran la crítica al empiricismo pertenece a la tradición pragmática, y más precisamente a su reciente formulación en términos del **neo-pragmatismo** de Richard Rorty. En efecto, la concepción **«representacionista»** del conocimiento, es decir, la idea de que el conocimiento puede considerarse como válido en la medida en que **refleja**, o se **corresponde**, con la realidad, ha sido sometida a una crítica destructiva (Rorty, 1979), dando lugar a una concepción distinta, basada en dos aspectos que el construccionismo considera esenciales. El primero de ellos hace referencia a la naturaleza del saber científico como producto socialmente elaborado a través de unas **prácticas colectivas** propias de una comunidad social particular. El segundo pone el énfasis sobre la comunicación, la argumentación y el acuerdo interpersonal en la determinación de lo que se acepta o se rechaza como conocimiento, no tanto «verdade-

ro» como «adecuado» y «**racionalmente acceptable**», hasta que se formule otro más «convinciente».

«No son los procesos internos de los individuos los que generan lo que se acepta como conocimiento, sino un proceso social de comunicación. Es en el seno de un proceso de intercambios sociales donde se engendra la racionalidad. La verdad es el producto de la colectividad de los hacedores de verdades» (Gergen, 1982, p. 207).

En definitiva, el conocimiento científico tiene en común con el conocimiento sin otras adjetivaciones el hecho de nacer en el seno de la interacción social y de construirse en el espacio de la intersubjetividad en base a las convenciones lingüísticas, a los presupuestos compartidos y a los diversos procedimientos para establecer un **consenso** que sólo es posible gracias a la existencia de un mundo de significados comunes.

En consonancia con las aportaciones de la teoría crítica, el constructivismo destaca los diferentes intereses que guían las diversas racionalidades científicas y concluye a la inevitabilidad de que los conocimientos conlleven opciones normativas y repercutan sobre la propia realidad social. La opción constructivista se aleja, en consecuencia, del interés por la predicción y el control, identificándose con el **interés por la comprensión** y la **emancipación** intentando elaborar teorías «**generativas**», es decir, teorías que tengan:

«... la capacidad de cuestionar las asunciones dominantes de la cultura, de plantear cuestiones fundamentales en relación con la vida social contemporánea, de propiciar la reconsideración de aquello que se da por evidente y generar de esta forma nuevas alternativas para la acción social» (Gergen, 1982, p. 109).

De acuerdo así mismo con la **crítica de la epistemología** formulada por Habermas, y defendiendo la necesidad de «**sociologizarla**», el constructivismo sitúa la psicología social en una posición clave de cara a dilucidar la naturaleza del conocimiento científico:

«En la medida en que la construcción del conocimiento es un proceso social y en que la tarea del psicólogo social consiste en comprender tales procesos... entonces el psicólogo social se torna indispensable para dilucidar las bases sobre las que

descansa el conocimiento físico, químico, histórico o económico. En este sentido, es la investigación social más que la investigación filosófica la que puede dilucidar nuestro entendimiento de la naturaleza del conocimiento y de sus adquisiciones» (Gergen, 1982, p. 202).

El enfoque construccionista se encuentra actualmente inmerso en un activo proceso de desarrollo, manifestando una permanente sensibilidad hacia los nuevos planteamientos que se realizan en los distintos sectores de las ciencias sociales. Se puede apreciar en algunos de sus más destacados portavoces una progresiva acentuación de la importancia concedida al **lenguaje**, así como un creciente interés por las consecuencias derivadas de la naturaleza lingüística de los instrumentos con los que se construye la realidad social. John Shotter insiste por ejemplo sobre el hecho de que el lenguaje, lejos de limitarse a desempeñar funciones descriptivas, posee una función **directamente formativa**, es decir, que el lenguaje es en parte el creador de los objetos sobre los cuales discurre, o por lo menos de algunos aspectos de dichos objetos.

El olvido de esa función formativa nos conduce con cierta frecuencia a **confundir las propiedades de nuestra forma de hablar de las cosas con las propiedades de las propias cosas** (Shotter, 1987). Los psicólogos sociales no escapan, ni mucho menos, a estas «ilusiones de realidad» lingüísticamente creadas.

El interés por el lenguaje y el interés por la naturaleza del conocimiento científico se conjugan para orientar los últimos desarrollos del construccionismo hacia el estudio de los **procedimientos retóricos** a través de los cuales se construye la supuesta «**objetividad**» científica.

Gergen analiza así, siguiendo algunas de las aportaciones del análisis etnometodológico del discurso científico (Mulkay, 1985; Latour, 1987), las técnicas lingüísticas que permiten crear el sentimiento de que los resultados construidos en el curso de una investigación no hacen sino «reflejar» la realidad de las cosas (Gergen, 1989). Este enfoque se complementa con el que está desarrollando **Shotter** en el marco de lo que denomina el «**construccionismo práctico**» y que se propone desviar la mirada de lo que «dicen» las teorías para centrarla sobre las prácticas sociales concretas que intervienen en la producción de esas teorías. Así mismo, Shotter se propone dilucidar las características del conocimiento práctico que nace desde dentro de las propias operaciones que se realizan para construir el conocimiento social (Shotter, 1988).

El panorama que he trazado hasta aquí sobre las «nuevas alternativas» adolece sin duda de un excesivo esquematismo, debido, entre otras cosas

al hecho de que sería preciso elaborar una gruesa monografía para dar cuenta adecuadamente de la riqueza y de la diversidad del conjunto de los planteamientos que las constituyen, pero espero haber conseguido transmitir, por lo menos, el sentimiento de que paralelamente al quehacer de la psicología social instituida, también se abren perspectivas prometedoras en sus márgenes.

10. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

V. LA CUESTIÓN METODOLÓGICA

10.1. Método y conocimiento

Entendida en su sentido más amplio y más cercano a su significado etimológico, la «metodología» se define como el conjunto de medios tanto teóricos, conceptuales, como técnicos que articula una disciplina para alcanzar sus fines. La «articulación de ese conjunto de medios» pretende indicar, con la menor ambigüedad posible, cuál es el camino que es necesario seguir para producir el tipo de conocimiento más adecuado a su objeto de análisis.

Es obvio que si se adopta esta acepción del término «metodología», no queda más remedio que proceder al estudio exhaustivo de la fundamentación y de las características de una disciplina, de cara a poner de manifiesto no sólo la naturaleza de sus recursos técnicos, sino también la estructura de sus teorías, así como los principios de racionalidad que guían su quehacer conceptual.

Existe, sin embargo, un sentido más restringido, y más usual, que limita la extensión del concepto de «metodología» al conjunto de los **procedimientos** utilizados para fundamentar la aceptabilidad científica de los conocimientos elaborados en una disciplina. En el bien entendido que no es suficiente con describir estos procedimientos, sino que deben ir acom-

pañados de la exposición de sus principios de racionalidad y de sus justificaciones explícitas.

Es esta segunda acepción la que se utilizará aquí. Sin embargo, aún es necesario formular una precisión suplementaria para acotar con exactitud el nivel de análisis en el que pretendo situarme. En efecto, existe cierta tendencia a equiparar la metodología de una disciplina con las **técnicas concretas** que constituyen su equipamiento instrumental. Y es bien conocido que la psicología social se caracteriza precisamente por la riqueza y la diversidad de las técnicas que ha elaborado, o que ha importado y adaptado a partir de otras disciplinas. Sin menospreciar en absoluto el interés que revestiría una exposición detallada de cada una de esas técnicas, no es ésta, sin embargo, la tarea que me propongo realizar aquí.

Mi propósito consiste específicamente en plantear y en analizar los **problemas metodológicos** con los que se encuentra confrontada la psicología social, en la exacta medida en que la comprensión de la naturaleza de esos problemas puede ayudarnos a dar un paso más en la comprensión del concepto y de la naturaleza de la disciplina. En efecto, es tan ilusorio pretender acceder a la inteligencia de una disciplina prescindiendo de un entendimiento de sus opciones metodológicas, como ilusoria resultaría también la pretensión de desligar la problemática metodológica de la disciplina de las demás características que conforman la psicología social:

«... los problemas metodológicos, para ser correctamente entendidos, deben plantearse también en su relación con las cuestiones teóricas y prácticas que gravitan sobre el estado actual de la psicología social» (Serrano, 1986, p. 11).

La racionalidad que subyace en la metodología de la psicología social es obviamente la **racionalidad científica**. Una de las características que se atribuye con mayor acierto a ese tipo de racionalidad consiste, como es sabido, en el carácter **«democrático»** de sus planteamientos. En efecto, el método científico exige que ninguna de sus afirmaciones descance sobre argumentos de «autoridad» o sobre decisiones «arbitrarias», y que todas ellas puedan ser **contrastadas** por cualquier persona que disponga de los conocimientos y de los medios adecuados. Sin embargo, no es nada infrecuente que se equipare el carácter «público» de la argumentación científica, y la posibilidad de contrastación «democrática», con la simple contrastación **empírica** de las afirmaciones:

«El énfasis en someter todos los conceptos teóricos a la **demostración empírica** es básicamente lo que distingue al mé-

todo científico de otras formas de indagación...» (Crano y Brewer, 1977, p. 11, énfasis nuestro).

Se considera, en efecto, que la especificación pública de los procedimientos utilizados y de los datos recogidos permite que cualquier persona esté, en principio, en disposición de comprobar la validez de las afirmaciones y decidir por sí misma si son de recibo:

«... toda ciencia se caracteriza por su preocupación por demostrar, es decir, por la voluntad de justificar sus afirmaciones con argumentos públicos donde lo empírico ocupa un lugar fundamental» (Matalon, 1988, p. 28).

El énfasis que se pone insistentemente sobre «lo **empírico**» distorsiona sutilmente el sentido de la científicidad, reduciéndolo estrictamente a su versión **positivista**. En efecto, esta concepción del método científico participa plenamente de la «**metáfora del espejo**», o «metáfora ocular» (Rorty, 1979), en la cual se concede mucho más peso a la «vista» (lectura de datos) que a la propia razón. Se olvida de esta forma que la **argumentación racional** es tan «pública», tan «contrastable» y tan «verificable» como pueden serlo los propios datos empíricos. Es cierto que el enjuiciamiento de la validez de un discurso racional pasa por una serie de presupuestos relacionados con las reglas de la lógica, con la coherencia interna y también con la coherencia externa, es decir con el grado de compatibilidad del discurso con los conocimientos ya admitidos como válidos. Pero la contrastación empírica **también** implica una serie de presupuestos que **no** son, ellos mismos, «observables» ni contrastables empíricamente, así como la aceptación de **convenciones** previas, y la utilización de procedimientos **retóricos** particulares. La propia definición de lo que debe contar efectivamente como «**un hecho**» resulta de un proceso de **negociación racional** en el que están implicados una serie de procesos **interpretativos** que no pueden ser formalizados en su totalidad. No existe ninguna razón por la cual el método científico tenga que ser conceptualizado en los términos dictados por la metáfora ocular. Basta con recalcar la necesaria publicidad y contrastabilidad de los procedimientos utilizados para construir las afirmaciones, **sean éstas de tipo «discursivo» o de tipo «empírico»**.

Al afirmar que el método científico, entendido en su versión empiricista, descansa, él también, sobre una serie de convenciones y de presupuestos, no me estaba refiriendo únicamente a la previa aceptación de las «**reglas del juego**» definitorias de lo que debe constar legítimamente como demostración empíricamente válida y por ende de lo que carece de dicha

legitimidad. Nos estábamos refiriendo además a que **todo** método integra necesariamente una parte de conocimientos sustantivos y de supuestos teóricos. Se ha dicho que todo método resulta de la concretización de una o de varias teorías, o, más gráficamente, que un método no es sino una teoría puesta en acto. No comparto esa postura tan extrema porque considero que todo método conlleva también unas dimensiones que presentan un cierto grado de **autonomía** en relación a las teorías. Pero coincido, sin embargo, con la idea de que todo método encierra ingredientes teóricos que inciden sobre el tipo de acercamiento a la realidad que puede proporcionarnos. En este sentido es preciso reconocer:

«... la dependencia de los hallazgos sustantivos con respecto al método» (Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, p. 21).

Y admitir que cada método nos proporciona efectivamente un tipo de conocimientos bien determinado:

«Aunque sea el mismo objeto al que se apliquen diversos métodos, lo más probable es que los conjuntos de datos resultantes presenten una covariación nula o muy escasa» (Fiske, 1986, p. 68).

La estrecha vinculación entre métodos teorías y resultados fomenta la sospecha de que todo método, lejos de constituir un instrumento «neutro», conlleva una **«reactividad» intrínseca**. Esto hace muy difícil que se pueda otorgar un significado preciso a una de las principales exigencias de la **«objetividad»** científica, exigencia que queda muy claramente formulada en las siguientes palabras:

«El supuesto fundamental de toda investigación es que los datos obtenidos obedecen al rasgo en que está interesado el observador y no al método empleado para obtener tales resultados» (Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, p. 25).

La necesaria conceptualización **no positivista** del método científico pasa de forma ineludible por el reconocimiento de que **todo conocimiento** resulta de la **interacción** entre las características del objeto a conocer y las propiedades del método utilizado para conocerlo. Esta afirmación apunta hacia la importancia que presenta el examen crítico de los métodos, de cara a dilucidar sus supuestos implícitos y las condiciones que imponen al conocimiento construido con su ayuda.

La necesidad de prestar una atención muy particular a la cuestión metodológica adquiere aún mayor relevancia en psicología social. En efecto, no está claro que el corpus de conocimientos, o si se prefiere, la parte sustantiva de la psicología social, cumpla las exigencias científicas relacionadas con el **progreso de los conocimientos**. Así por ejemplo, no parece seguro que las teorías elaboradas en la disciplina sean «conmensurables», con lo cual se carecería de criterios para confrontarlas entre sí y optar entre ellas (Greenwald, 1975a). Tampoco es evidente que las teorías psicosociales reúnan las propiedades requeridas para poder ser «refutadas» por la experiencia (Rakover, 1981), y, por fin, se pueden albergar dudas razonables sobre el carácter «acumulativo» de los conocimientos psicosociales (Tedeschi y otros, 1981). El hecho de que estas dudas se formulen en relación con un corpus de conocimientos que se han constituido siguiendo los patrones empiricistas del método científico agudiza tanto más la necesidad de reflexionar sobre los problemas metodológicos de la psicología social. Por si fuera poco, esa misma necesidad encuentra otra justificación en el hecho de que gran parte del debate crítico instaurado en la disciplina se centró precisamente sobre un conjunto de argumentos relacionados con las metodologías mayoritariamente consideradas como legítimas.

Antes de examinar las coordenadas dentro de las cuales se sitúa la cuestión metodológica en psicología social, es preciso aclarar las razones por las que he manifestado estar en desacuerdo con la afirmación de una estricta dependencia de los métodos en relación con las teorías. En efecto, aun reconociendo la importancia de esta dependencia parcial sostengo que los métodos están, en cierta medida, **infra-determinados** por sus ingredientes teóricos, y que los conocimientos conseguidos por medio de un determinado método, sea cual sea, nunca dependen exclusivamente de éste. Además de la incidencia que tienen las propias características del objeto estudiado, es obvio que tanto el trasfondo epistemológico como el bagaje conceptual a los que se recurre para evaluar y para interpretar los productos obtenidos por la aplicación de un método inciden poderosamente sobre la configuración del conocimiento resultante.

Me atrevería incluso a afirmar que la teoría sustantiva a la que se recurre en una investigación da cuenta de una parte mucho más importante del conocimiento producido que el método utilizado para producirlo. En efecto, el determinante en última instancia del saber producido no radica tanto en las características de los métodos utilizados como en la potencia, el rigor y la adecuación del marco teórico y de los supuestos epistemológicos que guían la investigación y que permiten interpretar tanto las observaciones empíricas como los argumentos racionales. En este sentido, es-

toy convencido de que el eclecticismo metodológico no produce efectos tan negativos como los que resultan del eclecticismo teórico o epistemológico. Dicho de otra forma, el hecho de recurrir a métodos inspirados en una concepción positivista es menos perjudicial que el hecho de inspirarse en una epistemología positivista, aunque se utilicen métodos escasamente relacionados con esa tradición. Lo primero puede ser incluso beneficioso en ciertos casos, lo segundo acumula los problemas en todos los terrenos.

La historia de la psicología social está salpicada de una serie de polémicas y de controversias acerca de la adecuación de los diversos métodos a los que recurren los investigadores.

Lejos de tener un carácter puramente técnico, estas controversias implican generalmente fuertes **presupuestos epistemológicos**, más o menos explicitados, que atañen tanto a la propia concepción de la actividad científica como a consideraciones **teóricas** y **ontológicas** acerca de la naturaleza del objeto psicosocial y de los objetivos que deben marcar su investigación. Trataré de analizar las principales controversias metodológicas repasando sucesivamente:

- la polémica sobre los **«dos métodos»** en la investigación científica;
- la polémica sobre las **«dos disciplinas»** de la psicología;
- la polémica sobre los enfoques **cualitativos y cuantitativos**;
- la polémica sobre el **método experimental**, subdividida a su vez en:
 - la polémica sobre los diversos **tipos de validez** de la investigación psicosocial,
 - la polémica sobre los **test de significación**,
 - y, por fin, la polémica sobre la **contrastación empírica de hipótesis teóricas**.

10.2. Las «batallas» de los métodos

10.2.1. La polémica sobre «los dos métodos»: naturalismo versus anti-naturalismo

Al exponer y discutir en la primera parte de este libro las condiciones de emergencia histórica de la psicología social ya aludí a la importante polémica que marcó las opciones metodológicas de las ciencias sociales a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Recordemos que, frente a la concepción positivista de las ciencias sociales, se desarrolló, básicamente en Alemania, una concepción hermenéutica, culturalista e historicista de-

fendida por filósofos, historiadores y sociólogos tales como **Droysen, Dilthey, Simmel, Rickert**, y en cierta medida el propio Max **Weber**. Mientras la orientación positivista defendía la naturaleza transdisciplinar y la unidad del método científico, los antipositivistas recalcabán que las características diferenciadoras del objeto social imposibilitaban la aplicación de ese método, requiriendo un método suigéneris que fuese distinto del que utilizaban las ciencias naturales. Así mismo, mientras los positivistas defendían la «objetividad» de los hechos sociales y su carácter nomotético, los hermenéuticos resaltaban el carácter idiográfico de las sociedades y su dependencia de algo tan poco «objetivo» como son los significados compartidos e históricamente contruidos. Una forma esquemática, pero bastante adecuada, para caracterizar cada una de estas orientaciones consistió en diferenciar los partidarios del **«naturalismo»** por una parte, es decir, aquellos investigadores que asumían la **universalidad del método científico** propio de las **ciencias naturales** y la necesidad de adaptarlo al estudio de objetos sociales, y por otra parte los partidarios del **«anti-naturalismo»**, es decir, aquellos que propugnaban una **especificidad** de la metodología de las ciencias sociales, defendiendo por consiguiente una **dualidad metodológica** en el campo científico. Obviamente, entre el naturalismo radical y el anti-naturalismo radical cabía toda una gama de componendas entre ambos polos. Conviene recalcar que, como ya lo he señalado en el capítulo historiográfico, el **dualismo metodológico** reforzaba paradójicamente la propia concepción positivista de la ciencia, dando por sentado que el método científico empírico-positivista era efectivamente el método apropiado para el desarrollo de los conocimientos «naturalistas». Por una serie de razones históricas que ya he expuesto, el naturalismo no tardó en alcanzar una posición prácticamente **hegemónica** en las ciencias sociales, traduciéndose en el seno de la psicología social por el predominio incontestable de la experimentación como fuente de producción y de **legitimación** del conocimiento científicamente válido.

En el momento presente de la disciplina se asiste a un cierto resurgir del anti-naturalismo, ligado sin duda a las dificultades con las que ha tropezado el enfoque positivista **en el campo mismo** de las ciencias naturales y su consiguiente quiebra como posible paradigma orientador de la empresa científica en su conjunto. Pero también se observa en la actualidad una defensa rigurosa del naturalismo, desarrollada desde presupuestos epistemológicos **«realistas»** y, por lo tanto, diametralmente opuestos a las orientaciones positivistas. En efecto, un amplio sector de los que cuestionan radicalmente los fundamentos de la psicología social dominante, entre los que destaca sin duda un teórico como Roy Bhaskar, plantean actualmente un **modelo naturalista de las ciencias sociales** que integra curiosa-

mente buena parte de los presupuestos hermenéuticos y que no duda en manifestar importantes reservas acerca del supuesto carácter nomotético de lo social (Bhaskar, 1979; Outhwaite, 1987; Manicas, 1987).

Por mi parte considero que la tradicional dicotomía entre naturalismo y antinaturalismo encierra una serie de **ambigüedades** que la tornan **misificadora** y aconsejan su abandono.

Por una parte, esta dicotomía acierta plenamente cuando destaca la **irreductibilidad radical** del objeto social a cualquier objeto «natural», y en señalar por lo tanto una **especificidad** suigéneris de las ciencias sociales. Efectivamente, el ser humano considerado en tanto que **agente social** es el **único** objeto sobre el cual **los significados** son capaces de ejercer unos **efectos causales** (entendiendo, por supuesto, el término «significado» en un sentido irreducible al de simple «información»), y es también el **único** ser dotado de reflexividad en el sentido pleno de la palabra. Los propios experimentalistas son plenamente conscientes de la existencia y de la importancia de estas dos características, puesto que se abstienen cuidadosamente de explicar sus hipótesis a los sujetos, mientras que no tendrían ningún reparo en hablar de ellas si estuvieran experimentando sobre objetos naturales. Así mismo, la distinción ente naturalismo y antinaturalismo acierta plenamente al enfatizar la inaplicabilidad de algunos métodos de las ciencias naturales al estudio del objeto social.

Sin embargo, pese a esos dos aciertos, la mencionada dicotomía yerra por completo cuando subsume las metodologías de las ciencias naturales bajo la versión positivista de las mismas. Es más, el antinaturalismo produce un efecto netamente enmascarador al dejar suponer que la **racionalidad científica** puede ser **distinta** en el campo de las ciencias naturales y en el campo de las ciencias sociales. La racionalidad científica se contrapone, sin duda, a otros tipos de racionalidad y a otros tipos, perfectamente legítimos, de pensamiento. Pero si se abandona la versión positivista de la racionalidad científica, es difícil imaginar entonces por dónde podría pasar la línea divisoria entre dos tipos distintos de racionalidad científica. No me cabe la menor duda de que, bajo los diversos acercamientos científicos a los diversos objetos de conocimiento, subyacen unos **mismos principios de racionalidad** que definen precisamente la diferencia entre los saberes científicos y los demás saberes sociales. En consecuencia, la dicotomía naturalismo/antinaturalismo debería ser sustituida simplemente por una clara distinción entre **enfoques positivistas** y **enfoques no positivistas**. Soy consciente de la asimetría que existe entre estos dos términos, ya que el segundo no solamente se define en términos negativos, sino que engloba una multiplicidad de posturas eventualmente muy dispares. Este inconveniente es, sin embargo, menor que el que nace a partir de la ante-

rior dicotomía, pues un **naturalismo antipositivista** constituye, en efecto, una postura razonablemente argumentable en el marco de las ciencias sociales.

10.2.2. La polémica sobre las «dos disciplinas»

Aunque los ecos del debate sobre el naturalismo resuenan aún con bastante fuerza, otro debate mucho más reciente ha confrontado los méritos respectivos del **método experimental** y del **método correlacional** en ciencias sociales. Este debate, del que dieron perfecta cuenta hace unos años Alvira, Avia, Calvo y Morales (1979), tuvo su expresión más llamativa en una conferencia pronunciada por **Cronbach** en 1957 ante la Asociación Americana de Psicología (Cronbach, 1957). En esta conferencia, el autor comparaba las que, según él, constituían las «**dos disciplinas**» de la psicología científica. Ante las insuficiencias propias de cada una de estas dos disciplinas, Cronbach planteaba la necesidad de abandonar los celos mutuos y de desarrollar un esfuerzo conjunto:

«La psicología correlacional sólo estudia la varianza entre los organismos; la psicología experimental sólo estudia la varianza entre los tratamientos... En el trabajo tanto aplicado como científico, la psicología requiere labores combinadas, no paralelas, de nuestras dos disciplinas históricas» (Cronbach, 1957, p. 117 y p. 120 de la traducción presentada en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979).

Volviendo sobre esta cuestión algunos años más tarde, Cronbach emplearía un tono menos entusiasta, manifestando cierto pesimismo en cuanto a la posibilidad misma de formular **proposiciones nomotéticas** por mucho que se intentara compatibilizar las dos disciplinas. Cronbach encontraría incluso unos acentos próximos a los de Gergen al concluir que:

«La tarea especial del científico social en cada generación es apresar los efectos contemporáneos. Más allá de esto, comparte con el humanista y el artista el esfuerzo en ganar comprensión en las relaciones contemporáneas y adecuar el punto de vista cultural sobre el hombre con las relaciones presentes. Conocer al hombre tal como es no es una aspiración despreciable» (Cronbach, 1975, p. 276 de la traducción presentada en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979).

Se trataba sin duda de una conclusión poco hecha para agradar a los experimentalistas y a los correlacionistas. En cualquier caso, ni los experimentalistas convencidos ni los correlacionistas acérrimos estuvieron nunca dispuestos a acallar sus críticas hacia los partidarios del otro método.

Para los experimentalistas, tan sólo su propio método es susceptible de hacer progresar el conocimiento hacia el objetivo nomotético y predictivo que constituye a su entender la finalidad de toda ciencia. En efecto, la experimentación es el único procedimiento que permite establecer con certeza la existencia de **relaciones causales**, generalmente conceptualizadas en términos **humeanos** como lo veremos más adelante. Si la palabra «causa» se considera aún insuficientemente «positiva», también se puede decir que el experimento es el único medio de establecer **relaciones funcionales vectorizadas** entre los fenómenos. Dedicaré un amplio espacio más adelante a la metodología experimental como lo exige el hecho, abundantemente ilustrado por los análisis bibliométricos de las revistas de psicología social, de que se trata del método predilecto de la psicología social dominante:

«Consideramos que el experimento constituye el método de investigación troncal en psicología social» (Aronson, Brewer y Carlsmith, 1985, p. 443).

No obstante, parece conveniente apuntar ya hacia algunos aspectos de la cuestión. En primer lugar, es interesante resaltar que, curiosamente, los experimentalistas reencuentran sin saberlo una formulación realizada precisamente por uno de los primeros defensores del enfoque **historicista** en ciencias sociales. En efecto, el valor del experimento radica en que es el propio investigador quien se sustituye a la **producción «natural»** de las variaciones que se producen entre fenómenos relacionados entre sí, estableciendo él mismo las condiciones de esas variaciones. Se puede decir incluso que la única garantía que tiene el experimentador de que sus variables independientes no fluctúan al son de las variaciones naturales proviene de que es él mismo quien las ha construido y las hace variar. Con ello, el experimentador consigue efectivamente un modo de acceso privilegiado a la realidad. Pero este privilegio, como muy bien lo había expresado Giambattista **Vico** mediante su concepto del **«verum ipsum factum»**, es simplemente el privilegio que acompaña al conocimiento de lo que hemos **construido nosotros mismos**. Si reflexionamos sobre el principio sugerido por Vico, podemos constatar que la «auto-anulación» de sí mismo como sujeto que es lo que, en nombre de la «objetividad», pretende conseguir el investigador cuando recurre al método experimental, se en-

cuentra **refutada** curiosamente por la propia naturaleza del método experimental.

En efecto, este método sitúa precisamente al investigador en el centro mismo de la producción del conocimiento, restituyéndole su condición de **sujeto activo** del conocimiento.

Por otra parte, también es preciso recordar que la experimentación, lejos de constituir un principio a-histórico, es claramente una **institución social históricamente fechada** (Danziger, 1985). En efecto, a principios de siglo aparecieron dos concepciones contrapuestas de la experimentación. En una de ellas, ilustrada por el enfoque de **Wundt**, y que, siguiendo a Danziger, llamaré el «**modelo de Leipzig**», la experimentación descansaba sobre la propia actividad del sujeto investigado que actuaba como observador de sus propios procesos psicológicos. Indiquemos por cierto que habrá que esperar hasta los años 30 para que se instituya mayoritariamente la denominación de «**sujetos**» para designar a los participantes en un experimento. En la otra concepción, ilustrada por **Charcot**, y que llamaré el «**modelo de París**», el sujeto no «protagonizaba», sino que «sufría» las operaciones planificadas en el marco de la investigación. Este segundo modelo, mucho más acorde con las exigencias positivistas, puesto que el sujeto del tratamiento quedaba claramente separado del observador de los efectos del tratamiento, fue el que se impuso finalmente no sin sufrir previamente una importante modificación cuando fue adoptado por los investigadores norteamericanos. En efecto, la «**innovación americana**» consistió en sustituir el estudio pormenorizado de casos individuales por el estudio de «**poblaciones**» de individuos en cada una de las condiciones experimentales establecidas mediante sus diseños experimentales, recurriendo esencialmente al tratamiento estadístico para extraer conclusiones. De esta forma, el **arsenal estadístico** penetraba de pleno derecho en el campo de la experimentación, y la obra de Ronald **Fisher** se convertía en el imprescindible breviario de los experimentalistas.

El énfasis sobre las «poblaciones», en lugar de los individuos particulares, potenció tanto el desarrollo de las investigaciones experimentales como el desarrollo de los estudios correlacionales. En efecto, aquellos psicólogos que reprochaban a los experimentalistas la excesiva **artificialidad** de las situaciones de laboratorio tuvieron a su disposición las estadísticas necesarias para examinar las relaciones entre variables en **situaciones «naturales»**. Bien es cierto que debían renunciar a pronunciarse sobre la existencia de relaciones propiamente causales y que debían tomar extraordinarias precauciones antes de concluir sobre la validez de las covariaciones detectadas entre los fenómenos, pero ése constituía precisamente el precio a pagar por un **acceso más directo** a las realidades investigadas.

Para superar la situación de inferioridad en la que se encontraban respecto a los experimentalistas al no poder concluir sobre la direccionalidad de las relaciones observadas, los correlacionistas no cesaron en su empeño hasta conseguir los instrumentos de análisis estadístico que les permitieran establecer, ellos también, la **estructura causal de las covariaciones**. Estos instrumentos presentan hoy un alto grado de sofisticación, y su difusión en el campo de las ciencias sociales no es independiente, por supuesto, de la vertiginosa expansión de la industria informática. Así por ejemplo, se ha conseguido sintetizar en estos últimos años las técnicas del «path-analysis», del «modelado causal» y del «análisis estructural de las covarianzas», para ofrecer una nueva técnica conocida como **«Análisis estructural»** o «Structural equation modeling», que recurre a diversos métodos multivariados, tales como la regresión múltiple, el análisis factorial o las correlaciones canónicas para evidenciar la estructura causal latente en las correlaciones establecidas. No cabe duda, como decía Diana Baumrind hace unos años, de que la moda está actualmente en:

«realizar inferencias causales a partir de datos correlacionales...» (Baumrind, 1983, p. 1.289).

Los progresos en la instrumentación estadística benefician también a los experimentalistas, y aunque el clásico **análisis de varianza** sigue constituyendo la estrategia de análisis más común en psicología social, no cabe duda de que las nuevas técnicas se implantan con rapidez:

«No cabe duda de que la utilización de estos procedimientos (el análisis de regresión múltiple) se incrementará cuando las recientes generaciones de posgraduados formados en esas técnicas empiecen a publicar» (Kenny, 1985, p. 496).

En esta misma dirección conviene señalar que los **«modelos log-lineares»**, particularmente bien adaptados al tratamiento de variables dependientes dicotómicas, dejan desfasadas las viejas estadísticas del X^2 .

Sin duda alguna, la evolución de los instrumentos estadísticos ha marcado con fuerza la historia de la investigación en psicología social. En efecto, si bien el índice «t» de Student-Fisher dominó ampliamente la investigación psicosocial antes de la Segunda Guerra Mundial, fue el análisis de varianza el que empezó a imponerse después de la guerra, propiciando la utilización de los diseños 2×2 durante la década de los sesenta y de los setenta:

«Sin los múltiples diseños dos por dos, desarrollados para contrastar las hipótesis teóricas, la literatura psicosocial de los años 60 y 70 hubiera sido considerablemente más escasa» (Jones, 1985, p. 67).

«... se puede pensar que, si se prohibiera el uso del análisis de varianza, nuestras revistas ya no tendrían materiales para publicar» (Cartwright, 1979, p. 87).

Lo mismo se podrá decir probablemente, dentro de pocos años, en relación con el **«análisis de regresión múltiple»**.

La continua demanda de métodos estadísticos más potentes guarda quizá relación con las críticas que se han formulado estos últimos años acerca de la validez de la experimentación:

«... la búsqueda de certidumbre a partir de los controles estadísticos ha ganado ímpetu porque la búsqueda de certidumbre a partir de los controles experimentales lo ha perdido» (Baumrind, 1983, p. 1.290).

La creciente sofisticación estadística plantea varios problemas que merecen atención. En primer lugar, es evidente que la sofisticación de las técnicas de medición debería acompañar la sofisticación de las técnicas de tratamiento de datos. Sin embargo, esto dista mucho de ser el caso, y muchos investigadores actúan como si el incremento de potencia de los instrumentos estadísticos pudiese suplir unas medidas efectuadas de forma poco rigurosa. En segundo lugar, se produce algo semejante al famoso «efecto martillo» según el cual, si se le da un martillo a un niño, todos los objetos se convierten en objetos «martilleables». En efecto, el interés por el instrumento tiende a borrar el interés por los fenómenos encaminados, y en este caso el esfuerzo dedicado a la comprensión y a la utilización de las técnicas estadísticas más complejas tiende a relegar a un segundo plano el interés sustantivo de los fenómenos investigados:

«... la fascinación con la técnica parece sustituir con demasiada frecuencia el interés por las cuestiones sustantivas. La literatura está repleta de investigaciones que no hacen sino demostrar la virtuosidad técnica del investigador» (Cartwright, 1979, p. 87).

«... es mucho más fácil para los comités de redacción... evaluar los métodos que el interés sustantivo de los contenidos» (id.).

Lo más preocupante, sin embargo, es que la naturaleza de la instrumentación estadística disponible incide sobre la propia conceptualización de los fenómenos, dictando la forma en que se deben investigar:

«(el análisis de varianza)... se ha constituido en el marco de referencia dentro del cual pensamos sobre las cuestiones teóricas y sobre las cuestiones de la investigación» (Kenny, 1985, p. 489).

«Con demasiada frecuencia el análisis de datos en psicología social es tan sólo un rito consistente en “armonizar” los números para conseguir el significativo “índice F” que se ha predicho...» (id. p. 506).

Como podemos comprobar, la evolución del «aparato» estadístico ha complicado sustancialmente la vieja cuestión de los «dos métodos», a la vez que ha planteado problemas de fondo que afectan por igual a cada uno de estos métodos en la medida en que ponen de manifiesto los condicionamientos que las técnicas imponen a las cuestiones sustantivas.

10.2.3. Los «otros métodos» y la polémica sobre «cuantitativo» versus «cualitativo»

La característica preocupación de la investigación psicosocial por contrastar hipótesis ha favorecido considerablemente el auge de las estadísticas **inferenciales** en la disciplina. Sin embargo, frente al dominio ejercido por estas estadísticas, se asiste recientemente a un resurgir de las estadísticas **descriptivas**. Ya no se trata de buscar si los datos recogidos son compatibles con las hipótesis formuladas, sino de observar cuáles son las configuraciones que emergen «naturalmente» a partir de los propios datos. En efecto, con el «**Análisis de datos**» de Benzecri, y otras técnicas parecidas, se «da la palabra» a los propios datos, no para que digan si respaldan o no las tesis del investigador, sino para que digan ellos mismos cuál es su propia estructura, y que el investigador pueda realizar una serie de deducciones a partir de ahí. Este procedimiento no deja de evocar la exigencia fenomenológica según la cual es preciso «ir a las cosas mismas», y sintoniza en cierta medida con algunas de las tesis que la etnometodología ha puesto de moda. Sin embargo, quizá sea lícito preguntarse sobre los posibles efectos enmascaradores que pueden desprenderse de estas técnicas. En efecto, el investigador adquiere una «nueva virginidad» en la

medida en que puede tener la tentación de considerar que sus supuestos teóricos personales no imponen en estos casos su forma a los fenómenos investigados. Esta **«ilusión» de objetividad** puede conducir de esta forma al insostenible principio de un **empiricismo a-teórico**.

Otra de las técnicas que está cobrando vigor en la actualidad es el denominado **«meta-análisis»** (Glass, 1978), que pretende potenciar el carácter acumulativo de los conocimientos producidos en ciencias sociales. Se trata de hecho de una técnica para agregar los datos producidos por diversas investigaciones sobre un mismo tema, y extraer conclusiones que descansen sobre una **serie de investigaciones** en lugar de versar sobre investigaciones aisladas. En cierto sentido, es interesante observar que no se trata sino de una nueva extensión del concepto de **«población»** al que me he referido anteriormente al hablar de la «americanización» de la experimentación. Efectivamente, el concepto de población deja de limitarse a la consideración de «individuos» para aplicarse ahora a «poblaciones de investigaciones». El indudable éxito que está teniendo esta técnica (véase por ejemplo, Isenberg, 1986; Eagly y Crowley, 1986; Eagly y Steffen, 1986) plantea la cuestión de la validez de los datos a los que recurre, es decir, el problema de la validez de las propias investigaciones particulares que el meta-análisis conjunta en una «población». Veremos más adelante que este problema plantea serias dudas sobre el propio alcance del meta-análisis.

Por último, cabe señalar que el auge de los métodos **cualitativos** ha desplazado la polémica entre experimentalismo y métodos correlacionales hacia una nueva «batalla» metodológica que enfrenta a los «cuantitativistas» con los «cualitativistas» (Alvira, 1982). Como en el caso de la polémica anterior, las exhortaciones van en dirección a reconciliar ambos métodos en una perspectiva de complementariedad supuestamente beneficiosa para la investigación (Reichardt y Cook, 1981). Sin embargo, es difícil que los partidarios de los métodos cualitativos acallen sus reticencias ante la cuantificación, según ellos «indebida», de ciertos procesos y fenómenos sociales.

Efectivamente, el enfrentamiento entre los dos enfoques arraiga por lo general en profundas **divergencias epistemológicas** que evocan la «batalla de los métodos» librada a principios de siglo. Es obvio que a partir del momento en que se está convencido de la importancia que tienen las **dimensiones simbólicas** de lo social, y del papel que desempeñan los **significados**, se llega lógicamente a la conclusión de que las técnicas **interpretativas** son efectivamente las más adecuadas a la naturaleza del objeto social. El problema surge en la medida en que **el significado** es, por propia definición, inapresable en los formalismos necesarios para proce-

der a una cuantificación. En efecto, su carácter de «sistema abierto», de proceso «permanentemente en construcción» y de fenómeno siempre «contextualizado» lo convierten en un objeto radicalmente **no-formalizable** (Castoriadis, 1978). Se asiste en consecuencia al desarrollo, o a la aplicación, de una serie de técnicas cualitativas que tienden hacia la comprensión de los fenómenos sociales más que a su predicción.

Cabe señalar en este sentido que el análisis de contenido, en su versión «interpretativa», se utiliza por ejemplo como uno de los instrumentos para dilucidar las representaciones sociales, mientras que la etnometodología y la «sociología cognitiva» de Cicourel popularizan una serie de técnicas que permiten acercarse a los procesos de construcción de los significados en el seno de comunidades «naturales». Por otra parte, la observación participante, las «cámaras ingenuas», el análisis de discurso —en su versión menos lingüística—, las historias de vida, los estudios de archivos, el análisis de conversaciones, la narrativa, los estudios de casos, el análisis institucional, van constituyendo poco a poco una caja de herramientas que se presenta como alternativa a la metodología cuantitativa dominante en psicología social. No carece de interés señalar en este sentido que Donald T. **Campbell**, uno de los mejores expertos en técnicas cuantitativas y en metodología experimental, ha terciado en defensa de los métodos cualitativos y no ha dudado en declarar hace pocos años que:

«Me adhiero a quienes reivindican la importancia de la hermenéutica para las ciencias sociales» (Campbell, 1986, p. 109).

10.3. Las polémicas sobre el método experimental en ciencias sociales

Como ya he indicado, el método experimental ha sido sin lugar a dudas el método predilecto de la psicología social a partir del momento en que se instaló firmemente en su seno durante la década de los años treinta. Los múltiples perfeccionamientos que se han aportado a la experimentación psicosocial desde sus tiempos pioneros, tanto en cuanto al control de las condiciones experimentales, como a la complejidad y el rigor de los diseños, y a la potencia y sofisticación de los instrumentos de análisis, no han acallado, sin embargo, las críticas que se le han dirigido, aunque sí han servido para reafirmar en sus convicciones a aquellos que ven en la experimentación, si no una condición suficiente, sí por lo menos una condición necesaria para garantizar la científicidad de la disciplina. Tanto

las críticas como las valoraciones positivas, pero sobre todo la propia centralidad de este método para la psicología social, exigen que le dediquemos aquí una atención muy particular.

A lo largo de la década de los años sesenta y de los años setenta, hemos asistido a una auténtica proliferación de los ataques dirigidos contra la utilización del método experimental en ciencias sociales. Así por ejemplo, se ha cuestionado la **relevancia social** que tienen los conocimientos producidos a través de este método (Ring, 1967; Sheriff, 1970), la **dimensión ética** del mismo, es decir, el grado en que respeta lo que, de forma muy sintética, podríamos llamar la dignidad humana (Kelman, 1965, 1967), las distorsiones introducidas por el **tipo de población** que se utiliza para efectuar los experimentos, y los sesgos introducidos por el método de **reclutamiento de los sujetos** (Jung, 1969). El análisis de las características de los sujetos, de las atribuciones de significados a las que proceden dentro de la propia situación experimental, así como de los roles que desempeñan de forma estratégica en el laboratorio, ha hecho decir a algunos investigadores que el único sujeto realmente ingenuo en la situación experimental es el propio investigador. En el marco de este conjunto de cuestionamientos críticos, los debates que plantean los problemas más sustantivos han girado en torno a la **validez** misma del procedimiento experimental.

Algunos de los aspectos que se han cuestionado afectan a la práctica experimentalista pero la trascienden en la medida en que se trata de aspectos comunes a las diversas técnicas de medición, o de los efectos generales de la cuantificación. Así por ejemplo, entre los aspectos que desbordan la estricta cuestión de la experimentación, se encuentra por una parte el problema de la «**validez de constructo**» (Cronbach y Meehl, 1955), entendida como la adecuación entre las variables teóricas y su traducción operacional y, por otra parte, la «**validez individual**» (Matalon, 1988), entendida como la difícil transposición de los resultados estadísticos conformados a través de un proceso de «**agregación**» de datos individuales a los procesos individuales que los han engendrado. Es obvio, en efecto, que el mismo proceso de «agregación» puede introducir importantes efectos distorsionantes acerca de lo que ocurre realmente a nivel de los individuos. Sin embargo, las dos cuestiones que afectan más específicamente a la experimentación en psicología social son las cuestiones relativas a la «**validez interna**» y a la «**validez externa**». Ambas hacen referencia de alguna forma al carácter «construido» de la situación experimental y, por lo tanto, a las implicaciones que se desprenden de la «artificialidad» de las situaciones analizadas.

Otra de las cuestiones específicas a la experimentación psicosocial se

plantea en términos de la significación de sus resultados. Esta cuestión hace referencia tanto al problema técnico de las **pruebas de significación estadística** como al problema mucho más general de la **significación sustantiva** de los datos experimentales. Es precisamente este conjunto de cuestiones el que se expondrá a continuación.

10.3.1. Validez y artificialidad

a) La polémica sobre la validez interna

No está en mi intención entrar en la filosofía de la experimentación ni tampoco en los detalles del procedimiento experimental, pero es preciso recordar que la condición **sine qua non** para poder establecer la existencia de una relación funcional estricta entre variables, o más precisamente, para poder concluir la existencia de unos **efectos causales** entre variables, pasa por el estricto **aislamiento** de esas variables respecto de **todos** los factores que pueden incidir sobre ellas o sobre sus relaciones. En efecto, el experimentador sólo puede acceder a una plena garantía de que la relación observada existe efectivamente, en la medida en que las **únicas** variaciones introducidas entre dos o más estados del sistema que está investigando son precisamente las variaciones que **él mismo** introduce y controla, con exclusión de cualquier otro elemento debido a fuentes naturales o artificiales de variación. Tomada al pie de la letra, esta exigencia es evidentemente **imposible** de cumplir cuando se trabaja con sujetos humanos, simplemente porque no hay dos sujetos que sean estrictamente **equivalentes** en cuanto al conjunto de factores que pueden incidir, más o menos directamente, sobre las variables estudiadas. Sin embargo, los investigadores han articulado una serie de procedimientos para acercarse lo más posible a las condiciones sine qua non de la experimentación. Estos procedimientos pasan, como es bien conocido, por **neutralizar** los posibles efectos que las «**variables extrañas**» pueden ejercer sobre las «**variables explicativas**», ya sea fijando estrictamente el valor de esas variables para que no diferencien las situaciones («**variables controladas**»), ya sea igualando sus efectos en las distintas situaciones («**variables aleatorias**»). Depende entonces del ingenio del experimentador el que no intervengan otras variables perturbadoras, y es el análisis de los datos el que le informará de si ha conseguido o no aislar suficientemente el sistema que ha construido de cualquier **influencia interfiriente**. Una de las condiciones básicas para que las situaciones experimentales sean estrictamente com-

parables pasa, por lo tanto, por la aleatorización cuidadosa de los sujetos investigados:

«La aleatorización está diseñada para asegurar que, dentro de niveles de improbabilidad especificados, los grupos son efectivamente equivalentes antes de que se les someta a un tratamiento (diferencial)» (Greenberg y Folger, 1988, p. 81).

Queda claro, por lo tanto, que para conseguir poner de manifiesto la influencia de los factores experimentales, es decir, la existencia de una posible relación entre las variables explicativas, el diseño experimental necesita eliminar la influencia de todos los factores parásitos. El grado en que esto se consigue caracteriza precisamente la **validez interna** del experimento (Campbell y Stanley, 1963). Lo que interesa destacar aquí es que esta validez interna tan sólo puede conseguirse, como se ha visto, **cerrando estrictamente** un sistema, es decir, **aislándolo** drásticamente del exterior, de forma que cualquier efecto que se manifieste en su seno sea absolutamente **independiente** de lo que pueda ocurrir fuera del sistema.

Como ya se ha expuesto en el apartado historiográfico, a principios de los sesenta varios investigadores plantearon serias dudas acerca de si los experimentos habitualmente realizados en psicología social ofrecían en efecto las suficientes garantías en cuanto a su validez interna. Así por ejemplo, **Orne** llamó la atención sobre «las características de la demanda», es decir, sobre el conjunto de sutiles indicadores que el experimentador introduce inconscientemente en el planteamiento mismo de las situaciones experimentales, incitando a los sujetos a que se comporten de una forma acorde con los resultados esperados (Orne, 1962). Por su parte, **Rosenthal** llamó la atención sobre la introducción de variables no controladas, señalando la existencia de sesgos debidos a las propias expectativas del experimentador («sesgo del experimentador»), el cual influencia el comportamiento de los sujetos por medio de una serie de indicadores no verbales (Rosenthal, 1963a). El mismo Rosenthal señaló también la existencia del «efecto del experimentador», refiriéndose a la incidencia que podían tener en la situación experimental las diversas características personales del propio conductor del experimento (Rosenthal, 1963b). En resumidas cuentas, se indicaba de esta forma que **el propio experimentador** constituía una **variable perturbadora** que nadie había pensado en controlar, y que podía introducir distorsiones sistemáticas, ya sea a través del «efecto del experimentador», del «sesgo del experimentador» o de las «características de la demanda». Este conjunto de críticas en relación con la validez interna de los experimentos originó una fuerte polémica entre quienes

negaban la existencia de esos supuestos efectos (Barber y Silver, 1968), y quienes replicaban a su vez los argumentos de los anteriores (Rosenthal, 1968). En cualquier caso, la duda introducida por Orne y por Rosenthal sirvió de catalizador para el cuestionamiento crítico de la psicología social experimentalista que se desarrolló a finales de los años sesenta y principios de los setenta.

Otro de los elementos que agudizó las dudas frente al método experimental fue la dificultad en **replicar** convenientemente los experimentos psicosociales. En efecto, la replicación exitosa de un experimento, lejos de contribuir como lo creen ciertos inductivistas a incrementar la verosimilitud de las conclusiones que se han alcanzado, tiene por objetivo principal confirmar la validez interna de la investigación, es decir, confirmar que el **«cierre» del sistema** se ha realizado con la suficiente estanquidad. Así es, la relación establecida mediante un experimento internamente válido cobra su verosimilitud en base a las propias condiciones experimentales y no se añade absolutamente **nada** comprobando una y otra vez la existencia de dicha relación. Sin embargo, los propios experimentalistas admiten que es prácticamente imposible replicar con éxito un experimento de psicología social:

«La norma en psicología social es que no se consigue replicar los resultados...» (Kenny, 1985, p. 492).

«... el fracaso en replicar los resultados psicosociales, cuando lo intenta un investigador crítico, constituye más frecuentemente la regla que la excepción en el campo de la psicología social» (Baumrind, 1983, p. 1.290).

Estas citas, que podrían ampliarse hasta la saciedad, constituyen la más implacable de las críticas al experimentalismo en las ciencias sociales, en la medida en que cuestionan la **única** justificación que pueda tener la experimentación. En efecto, a partir del momento en que las relaciones causales quedan establecidas mediante un procedimiento que carece de validez interna porque no consigue aislar el sistema investigado, se torna perfectamente inútil recurrir a la experimentación.

b) La polémica sobre la validez externa: los malentendidos crónicos

Es obvio que el problema de la validez externa no merece ni siquiera ser considerado si no se tienen buenas razones para suponer que la validez interna ha sido asegurada.

Partiendo del supuesto de que se da efectivamente una suficiente vali-

dez interna, muchos investigadores han reprochado insistentemente a los experimentalistas su incapacidad para poder extraer **conclusiones generalizables** a las situaciones de la **vida real**:

«Sin duda, las acciones de los participantes en un experimento constituyen, en parte, una función de la estructura del laboratorio. En la medida en que ésta es radicalmente distinta de la estructura fuera al laboratorio... es escasamente probable que se descubra nada que pueda ser transferido a las situaciones de la vida real» (Harré y Secord, 1972, p. 60).

Esta manifestación es sin duda representativa de una corriente de opinión, bastante extendida entre los psicólogos sociales, que no concibe otra justificación para la investigación que la de explicar «la vida real, de la gente real, en un mundo real». Esta corriente de opinión aceptaría la experimentación en la medida en que sus resultados fuesen efectivamente generalizables a las situaciones reales. Para que esto fuese posible, se argumenta que las situaciones experimentales deberían perder algo de su **artificialidad**, acercándose lo más posible a las «situaciones naturales». Hace años, Egon Brunswick ya había abogado en favor de ciertas violaciones de las reglas impuestas por el diseño factorial con el fin de incrementar la «**validez ecológica**» de las investigaciones (Brunswick, 1955), pero su propuesta puede ser subsumida sin mayores distorsiones bajo la exigencia, más general, de una mayor «**validez externa**» de los experimentos.

A pesar de la simpatía que me merece la pretensión de explicar «la vida real de las personas reales», no tengo más remedio que reconocer, junto con los experimentalistas, que la exigencia de validez externa **carece de sentido**.

En efecto, por propia definición, **ningún** experimento puede ser representativo de la vida real, ni tiene sentido alguno perseguir ese tipo de objetivo. La fuerza del método experimental, sea cual sea su campo de aplicación, radica precisamente en su **artificialidad deliberada** y en su ruptura con las condiciones en que se dan los fenómenos «en situación natural»:

«... la artificialidad es la fuerza, y no la debilidad de los experimentos» (Berkowitz y Donnerstein, 1982, p. 256).

En efecto, no es solamente que las situaciones naturales encierren demasiadas interacciones para que se puedan discernir las relaciones causales, sino que, según las concepciones «realistas» de la causalidad, es ob-

vio que las situaciones naturales pueden impedir literalmente que aparezcan ciertas relaciones de causalidad **efectivamente existentes**. El propio Rom Harré ha contribuido a rehabilitar una **concepción no-humana** de la causalidad, expresada en términos de los «poderes» generativos que existen efectivamente en la propia estructura de la realidad y que pueden, eventualmente, no producir manifestaciones empíricamente observables simplemente porque otras «causas» interfieren con ellas y neutralizan sus posibles manifestaciones. Es tan sólo en situaciones absolutamente **«anti-naturales»** donde se pueden conseguir evidencias de esas causas «realmente» existentes. El hecho de que los experimentos no puedan «decir» nada sobre las situaciones naturales constituye una de sus características definitorias y es, por lo tanto, absurdo «pedir peras al olmo». La función y la utilidad de los experimentos radica **exclusivamente** en su capacidad de contrastar empíricamente unas hipótesis, preferentemente causales, derivadas de teorías y «decirnos» algo que no versa sobre la realidad sino **sobre las teorías que elaboramos para explicar la realidad**:

«Los experimentos de laboratorio se orientan manifiestamente hacia la contrastación de hipótesis causales» (Berkowitz y Donnerstein, 1982, p. 247).

«... ante un experimento no debemos preguntarnos si representa bien la realidad, sino qué teoría se supone que representa y si la representa bien» (Grisez, 1975, p. 87).

«Al argumentar a favor del método experimental, tomamos como axioma que la finalidad para la cual este método se adecuaba mejor es la de contrastar teorías más que describir el mundo tal y como es» (Aronson, Brewer y Carlsmith, 1985, p. 443).

«El único uso legítimo del laboratorio es la contrastación de teorías» (Webster y Kervin, 1971, p. 268).

En este sentido lo que sí conviene potenciar es el **«realismo experimental»**, es decir, el grado en que el experimento es capaz de suscitar respuestas «auténticas» por parte de los sujetos, y no el **«realismo mundano»** por el que abogan los exponentes de la validez externa (Carlsmith, Ellsworth y Aronson, 1976).

Señalemos de paso que la reacción de los experimentalistas es a veces contradictoria con sus propios principios, como cuando Jones plantea por ejemplo que:

«el objetivo último de la psicología social consiste en predecir la conducta en el entorno natural...» (Jones, 1985, p. 66),

pues es obvio que si la conducta fuese predecible en situaciones naturales, sobraría el recurso a la artificialidad de los experimentos.

O como cuando Henshel afirma que:

«siempre que se observe en el laboratorio un efecto potencialmente benéfico, el objetivo debería ser hacer que el mundo externo se asemejara al laboratorio, y no que el laboratorio se asemejara al mundo externo» (Henshel, 1980, p. 475),

es obvio que si se puede conseguir lo más difícil (asemejar la realidad «natural» al laboratorio), también se puede conseguir lo más fácil (la relación inversa), y se da con ello argumentos a quienes defienden el principio de la validez externa.

En esta misma línea de intentar dar respuesta a las exigencias de una validez externa, se ha dibujado una tendencia a recurrir a los **diseños cuasi-experimentales** (Campbell y Stanley, 1963) y a los **experimentos en situaciones «naturales»**. Sean cuales sean las ventajas que proporcionan estos métodos, y es indudable que presentan un interés sustantivo (Deconchy, 1981), está claro que no pueden satisfacer ni a las exigencias de la experimentación propiamente dicha, ni a las exigencias de la validez externa. William **McGuire**, uno de los máximos defensores de los experimentos en situación «natural» como forma de remediar las críticas que se dirigieron hacia la experimentación de laboratorio, ha reconocido hace algún tiempo su equivocación:

«En un período anterior pensé que esta concepción del investigador en términos de un hábil creador de artefactos que forja confirmaciones para su teoría en el laboratorio podría ser corregida trasladando la investigación hacia contextos “naturales”... Sin embargo, pronto me di cuenta que este traslado tan sólo alentaría al brillante joven investigador a dejar de ser un director de teatro en el laboratorio para convertirse en un “descubridor” de mundos naturales. Los Departamentos orientados hacia la experimentación de campo acabarían formando investigadores con una sensibilidad particular para descubrir aquellos contextos naturales más adecuados para hacer que tal o cual hipótesis se confirme efectivamente» (McGuire, 1983, p. 16).

En definitiva, el problema de la «validez externa» de los experimentos es un **falso problema** del que los experimentalistas no deberían preocu-

parse. Lo que importa efectivamente es que sus teorías sobre la realidad social sean adecuadas y puedan ser mejoradas por medio de la experimentación. Pero que no se malinterprete el espaldarazo que estoy dando a los experimentalistas en la cuestión de la validez externa. En efecto, el método experimental se enfrenta en el campo de las ciencias sociales con suficientes problemas para que no se le instruyan además falsos procesos que no hacen sino consolidar el sentimiento que tienen muchos experimentalistas de que se les ataca injustamente. Las cuestiones básicas apuntan a la validez interna de las investigaciones, al significado real de las operaciones que se realizan en las situaciones de laboratorio, y, por fin, a la adecuación del método experimental para contrastar efectivamente el valor de las teorías. Ya veremos que, sobre todos estos puntos, el experimentalismo se encuentra en una posición extremadamente delicada.

10.3.2. La polémica sobre las pruebas de significación

Como ya he insinuado, existen razones obvias para considerar que la experimentación con «objetos» dotados de un sistema nervioso central, y especialmente con sujetos humanos, nunca puede satisfacer la exigencia básica del propio método experimental, es decir, la cerrazón absoluta del sistema bajo estudio y la garantía de que sólo variarán las variables que están controladas por el experimentador. Como hemos visto, la solución para paliar la imposibilidad de controlar exhaustivamente el sistema pasa por **aleatorizar** todas aquellas características que escapan a los mecanismos de control, y trabajar con un número de sujetos suficientes para que esta aleatorización ofrezca buenas garantías de que no se manifestarán sesgos sistemáticos en la constitución de las situaciones. La utilización de «**poblaciones de sujetos**» y el consiguiente paso a formulaciones en términos **probabilísticos** permite, según los defensores del método experimental, acercar suficientemente la experimentación con seres humanos a los cánones del método experimental. Aún así, tanto el irreductible **margen de imprecisión** de los propios instrumentos de medida, como la nunca perfecta equi-distribución de las variables aleatorias, introducen una cierta **varianza perturbadora** en las situaciones sometidas a examen. Es preciso, por lo tanto, calibrar la magnitud de este «**ruido**», inevitablemente introducido en toda experimentación, y averiguar si las diferencias observadas después de los tratamientos experimentales son imputables al mencionado ruido, o si se pueden considerar efectivamente como resultantes de esos tratamientos. Para averiguarlo se dispone precisamente de los «**tests de significación**». Se trata, como es sabido, de técnicas estadís-

ticas que combinan ciertos principios de las teorías de la probabilidad con una serie de parámetros que reflejan los procedimientos de constitución de los grupos experimentales, y que permiten conocer la probabilidad de que las diferencias efectivamente observadas pudieran manifestarse aunque el tratamiento no hubiera tenido ninguna efectividad y aunque las situaciones fuesen, en realidad, exactamente **idénticas** antes y después de los tratamientos, o a través de los diversos tratamientos. En otras palabras, se trata de saber si la magnitud del «ruido» presente en las situaciones experimentales es suficiente para engendrar por sí solo las diferencias observadas. La **hipótesis nula** es precisamente la hipótesis de que no se han producido diferencias de las que no puedan dar cuenta, con una probabilidad determinada, los propios factores de «ruido» que están presentes en la situación. Si se confirma la hipótesis nula, es evidente que **nada** se puede decir en cuanto a una eventual relación entre las variables explicativas que interesan al investigador. Estos procedimientos estadísticos conocidos por cualquier alumno de psicología plantean, sin embargo, una serie de problemas importantes que analizaré a continuación.

a) La «paradoja de Meehl» y la «falacia» de la hipótesis nula

El hecho de que la experimentación psicosocial tenga que pasar por el uso de pruebas de significación más o menos sofisticadas conduce a una **situación paradójica** que, como ha señalado Paul **Meehl**, contrapone radicalmente los efectos del **perfeccionamiento de los instrumentos de investigación** en el campo de las ciencias naturales y los efectos de estos mismos perfeccionamientos en el campo de las ciencias sociales.

Es conocido que, en el caso de las ciencias naturales, los efectos del progreso técnico y metodológico van claramente en dirección a **incrementar** las exigencias que pesan sobre la corroboración de las teorías. Sin embargo, en ciencias sociales, estos efectos permiten, por el contrario, que las teorías sobrevivan más fácilmente a los intentos de contrastación empírica. En otras palabras, y dicho con mayor crudeza, el progreso metodológico es un acicate para el progreso teórico en ciencias naturales, pero constituye un freno para ese progreso en ciencias sociales. Para entender claramente esta paradoja es preciso analizar antes la función que desempeñan los tests de significación y la hipótesis nula en la experimentación psicosocial (Morrison y Henkel, 1970).

Para poder afirmar que existe efectivamente una relación entre las variables explicativas y que ésta va en dirección a lo que predicen sus hipótesis, el experimentador debe tomar una decisión en cuanto a si sus datos

permiten rechazar la hipótesis nula. Tratándose de un planteamiento de tipo probabilístico, es obvio que cualquier decisión encierra un cierto margen de riesgo y que el investigador puede equivocarse cometiendo el **error de tipo I**, es decir, rechazar la hipótesis nula cuando en realidad es válida (sesgo a favor de su propia hipótesis), o el **error de tipo II**, que consiste en aceptar la validez de la hipótesis nula cuando en realidad ésta no es correcta (sesgo en contra de su propia hipótesis). Es bien conocido que la política de publicación seguida por las revistas constituye un premio a los errores de tipo I, puesto que se publican preferentemente las investigaciones cuyos datos incitan a descartar la hipótesis nula. ¿Pero de qué depende que se consiga descartar efectivamente la hipótesis nula?

Por su propia naturaleza, la hipótesis nula resulta de una serie de parámetros que son totalmente independientes del valor de las teorías sometidas a prueba y sobre las cuales el investigador puede intervenir libremente para incrementar las probabilidades de rechazar la hipótesis nula.

«La distribución de resultados significativos y no significativos constituye un arbitrario y complejo artefacto de 8 factores metodológicos ampliamente independientes de la verosimilitud de la teoría...» (Meehl, 1986).

Estos ocho factores están relacionados con la validez de constructo de las medidas y con su confiabilidad, con el tipo de diseño experimental, con la potencia de las pruebas estadísticas utilizadas, con la verosimilitud de las teorías auxiliares a las que se recurre, con la presencia y la magnitud de interacciones de orden elevado, con la talla de los grupos experimentales y hasta con las políticas de publicación.

Este conjunto de factores ha impulsado a muchos autores a cuestionar el sentido que tiene la operación misma de aceptar o rechazar la hipótesis nula.

«Se sabe por lo general que las hipótesis nulas, o de ausencia de diferencias, son falsas antes incluso de que se recojan los datos; cuando lo son, su rechazo o su aceptación refleja simplemente el tamaño de la muestra y el poder del test, y no es ninguna contribución a la ciencia» (Savage, 1957).

Lo que quizás ha llamado más la atención de los investigadores es que es suficiente con **incrementar la potencia de los test de significación** para que una investigación pase de ser inconclusiva, en cuanto a los efectos previstos, a constituir una clara demostración de que las hipótesis del

experimentador son efectivamente correctas. Como esta potencia constituye una función directa y monótona del tamaño de la muestra basta con incrementar la talla de los grupos que se utilizan en cada condición experimental para mejorar la probabilidad de que se confirmen las propias hipótesis (Cohen, 1962):

«... el hecho de que la hipótesis nula sea rechazada constituye simple y exclusivamente una función de la potencia estadística» (Meehl, 1986, p. 326).

«La hipótesis nula es siempre falsa en la psicología blanda, con lo cual la probabilidad de refutarla depende solamente de la sensibilidad del experimento, es decir, de su diseño lógico, de la validez de constructo de las medidas y, sobre todo, del tamaño de la muestra, puesto que es quien determina el punto en que nos hallamos a la función de potencia estadística. Diciéndolo brutalmente, si Vd. dispone del suficiente número de casillas y si sus medidas no son totalmente inválidas, la hipótesis nula será siempre refutada, independientemente de la verdad de la teoría sustantiva» (Meehl, 1978, p. 822).

«Si... disponemos de una muestra grande... podemos casi siempre encontrar que la relación entre dos variables cualesquiera es mayor que cero. Ésta es una consecuencia de las interrelaciones multivariadas y muy complejas de las variables sociales» (Kish, 1975, p. 233 de la traducción presentada en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979).

«Por poco que exista cualquier desviación en relación con la hipótesis nula en una población, **no importa cuán pequeña** —y no hay duda de que tal desviación existe habitualmente—, un número suficientemente elevado de observaciones conducirá al rechazo de la hipótesis nula» (Bakan, 1966, p. 426).

La razón estriba en que cualquier diferencia, por mínima que sea, introduce una constante en el numerador de t , y como el denominador, es decir, la medida de la variabilidad, decrece cuando se incrementa el número de sujetos, siempre se llegará a un momento en que el valor de t será suficientemente alto para refutar la hipótesis nula.

Bien es verdad que también se han levantado algunas voces para defender el sentido de las pruebas de significación en los experimentos. En efecto, si «de verdad» no existe relación entre las variables explicativas, y si el experimento está bien diseñado, no hay razón para que aparezca

una constante en el numerador de la prueba estadística y para que esto conduzca a una refutación sistemática de la hipótesis nula. En teoría, si se cumplen las condiciones de validez interna y de ausencia de efectos entre variables explicativas, se puede incrementar indefinidamente el número de sujetos sin que crezca la probabilidad de obtener una diferencia significativa (Oakes, 1975). Pero esta argumentación subestima la importancia de dos factores cruciales. En primer lugar, es muy poco probable que, tratándose de sujetos humanos, dos variables cualesquiera no presenten interacciones, aunque sean interacciones de orden muy elevado. En segundo lugar, los experimentadores no eligen aleatoriamente sus variables, sino que lo hacen en base a que disponen de ciertos argumentos teóricos para pensar que están relacionadas entre sí. Sus teorías deberían ser, por lo tanto, extraordinariamente inverosímiles para que llegaran a postular una relación allí donde no existe la más mínima conexión entre variables. Como lo dice Meehl, ¡incluso las teorías psicológicas de su inculta abuela tenían un mínimo de verosimilitud!

Por lo tanto, **siempre** existe un determinado efecto diferenciador imputable a los diversos tratamientos y el único problema radica en que esta diferencia pueda no ser **detectada**, ya sea porque no se utilizan pruebas estadísticas suficientemente potentes, ya sea porque se deja penetrar demasiado «ruido» en la situación experimental, es decir, porque el experimento está mal concebido y/o mal controlado. Si esto es cierto, es obvio que la detección de efectos significativos depende simplemente de la **ingeniosidad** del investigador más que de la validez de sus teorías:

«Disponiendo de los suficientes conocimientos culturales, sería posible engendrar evidencia (empírica) a favor de cualquier hipótesis razonable así como de su antítesis» (Gergen, 1978, p. 1.352).

«Dado el amplio margen de elección para seleccionar la forma en que una determinada hipótesis puede ser testada, es muy difícil que el investigador que busca respaldo para esa hipótesis seleccione un conjunto de operaciones empíricas que no sean susceptibles de proporcionar ese respaldo» (id.).

«Puede darse por seguro que siempre puede encontrarse un conjunto de circunstancias para confirmar cualquier relación que se pueda formular... con tal que el investigador tenga el suficiente empeño... habilidades, recursos,... tarde o temprano encontrará o constituirá un contexto situacional en que la relación predicha emerja de forma creíble» (McGuire, 1983, p. 16).

Quizá sea debido a la confusa certidumbre de que las diferencias **siempre** existen por lo que las revistas no aceptan publicar aquellas investigaciones donde no se consigue rechazar la hipótesis nula. En efecto, existe el sentimiento muy generalizado de que la confirmación de la hipótesis nula significa que han existido importantes fallos en la realización o en el planteamiento de la investigación, y que los resultados inconclusivos se deben achacar a la propia **incompetencia** del experimentador. Es cierto, en efecto, que la incapacidad para controlar las perturbaciones en un experimento introduce una serie de errores a-sistemáticos que hacen prácticamente imposible la aparición de diferencias significativas. También es cierto que, si las revistas aceptaran sin más los resultados no significativos, sería muy fácil producir muchos artículos en muy poco tiempo, bastaría con realizar malos experimentos o con formular hipótesis descabelladas.

Sin embargo, cuando se recurre a este tipo de argumentos, se olvidan dos cosas de primera importancia. En primer lugar, se pasa por alto el hecho fundamental de que el rechazo de la hipótesis nula, por su misma trivialidad y por lo que implica a nivel sustantivo, no aporta ninguna indicación sobre la verosimilitud o el interés de las teorías sustantivas:

«Es importante mantener claramente la distinción entre la teoría sustantiva que nos interesa y las hipótesis estadísticas que derivamos a partir de ella» (Meehl, 1967, p. 107).

«... el hallazgo de una significación estadística es quizá la característica menos importante de un buen experimento: **nunca** constituye una condición suficiente para concluir que una teoría ha sido corroborada, que se ha establecido con suficiente seguridad un hecho empíricamente útil —ni que el informe del experimento merece ser publicado—» (Lykken, 1968, p. 150).

El hecho de mantener siempre una clara diferenciación entre las «hipótesis estadísticas», por una parte, y las «hipótesis científicas», por otra, constituye una exigencia irrenunciable a la que muchos investigadores no prestan, sin embargo, la menor atención (Bolles, 1962).

En segundo lugar, lo que olvidan también quienes critican la posible falta de competencia de los investigadores que no consiguen obtener datos significativos es que la refutación de la hipótesis nula no significa, ni mucho menos, que se haya realizado una investigación de calidad. En efecto, si bien es cierto que el investigador inexperto introduce errores a-sistemáticos («ruido») en el experimento, también es verdad que el investigador cualificado es propenso a introducir **errores sistemáticos** que reducen indebi-

damente el «ruido», con la consiguiente amplificación de las diferencias a favor de su propia hipótesis (Greenwald, 1975b). Ahí están las controvertidas afirmaciones de Rosenthal y de Orne para recordarnos que el experimentador dispone de muchos recursos para crear «inadvertidamente» las diferencias que espera encontrar.

Sin olvidar que con cierta frecuencia la principal función del análisis de datos en psicología social no es otra que la de santificar las conclusiones de los investigadores, es decir, otorgarles los signos distintivos que les aseguran la respetabilidad científica (Tukey, 1969). El conjunto de las consideraciones avanzadas hasta aquí permite entender por qué ciertos autores no han dudado en hablar de «**la falacia de la hipótesis nula** de las pruebas de significación» (Rozebaum, 1960).

Tras este análisis, estamos ahora en posición de entender con mayor precisión el «efecto paradógico» señalado por **Meehl**. En efecto, si tomamos el ejemplo paradigmático de la física, podemos constatar que los incrementos en la potencia del instrumental técnico utilizado en las investigaciones obliga a formular teorías más rigurosas y, de algún modo, incrementa la probabilidad de que estas teorías no consigan pasar el test de la experiencia y deban ser **reformuladas**. Esto se traduce en definitiva por un constante desarrollo de los conocimientos. La razón de esta situación es que los físicos realizan predicciones en las que, o bien se precisa la forma exacta que debe adoptar una determinada función, o bien se estipulan valores numéricos «puntuales» que dicen cuál debería ser el valor exacto registrado si la hipótesis fuera cierta. La mayor precisión de los instrumentos disminuye la probabilidad de que se verifique exactamente el valor puntual que se ha pronosticado, puesto que se incrementa la sensibilidad para detectar posibles diferencias que pasarían desapercibidas con un instrumento menos fino. En el experimento psicosociológico no se recurre por supuesto a tales predicciones puntuales y ni siquiera se predicen intervalos numéricos definidos. Lo único que se postula es que existe una relación entre unas variables independientes cuya ortogonalidad se ha comprobado. Es fácil entender entonces que cualquier incremento en la potencia de los instrumentos estadísticos y en la precisión de los instrumentos de medida se traducirá simplemente por una **mayor probabilidad** de detectar las diferencias o las interacciones, acrecentando de esta forma el apoyo empírico a las hipótesis teóricas. En otras palabras, la refutabilidad de las teorías físicas crece con los adelantos técnicos mientras que la refutabilidad de las teorías psicosociales disminuye con los adelantos de la instrumentación técnica. No es preciso suscribir en su integridad las tesis popperianas sobre la refutación para intuir que esta paradoja plantea un importante problema para la investigación experimental en psicología social.

Es preciso reconocer, sin embargo, que la creciente sofisticación estadística de la psicología social permite abordar de forma más satisfactoria el problema de las interacciones entre variables y estudiar por lo tanto fenómenos menos simplistas que los que se estudiaban hace tan sólo veinte años. Pero esto no quita que el problema de fondo seguirá siendo el mismo mientras la confirmación de las hipótesis sustantivas se asiente básicamente sobre pruebas estadísticas de significación. Una de las soluciones que se han sugerido consiste en especificar de antemano la **magnitud** de los efectos esperados y de considerar que la hipótesis ha sido refutada si no se consiguen dichas magnitudes, por mucho que las pruebas de significación nos digan que las diferencias observadas son efectivamente significativas.

En cualquier caso, parece que se haya acabado la época en que los asteriscos indicadores de la confianza con la cual se podía asegurar que los datos no se debían al azar, connotaban, como si de un hotel se tratase, la excelencia de la investigación realizada y la solidez de las hipótesis sustantivas «verificadas» en la investigación.

10.3.3. Las polémicas sobre la inadecuación del método experimental en ciencias sociales

Los problemas planteados al método experimental no se agotan con el cuestionamiento de la validez, ni con la contestación del sentido que tienen sus demostraciones estadísticas. Otros frentes, igualmente devastadores, se han abierto en relación con diversos temas problemáticos. Pero todos ellos hacen referencia en última instancia a la contribución que puede aportar el método experimental para la elaboración de conocimientos científicos, y, más precisamente, a su adecuación para una eventual **contrastación de los conocimientos teóricos**.

El modelo epistemológico en que se inserta el método experimental es obviamente el modelo **hipotético-deductivo** según el cual se deducen hipótesis empíricamente contrastables a partir de formulaciones teóricas y se reinyectan los resultados conseguidos, por medio de dichas contrastaciones, en el propio corpus teórico para corregirlo, mejorarlo o, eventualmente, descartarlo. Es precisamente ese modelo el que ha sido acusado de promover «efectos corruptores» sobre la investigación psicosocial (McGuire, 1986), y de convertir toda la investigación psicosocial que se inspira en los procedimientos experimentales en un mero rito desprovisto de interés sustantivo.

Una de las primeras exigencias que plantea el método hipotético-deduc-

tivo es que las contrastaciones empíricas sean efectivamente capaces de corroborar o de refutar las afirmaciones teóricas, conduciendo eventualmente a su abandono. Sin embargo, Gergen constata con toda la razón que **ninguna** de las teorías elaboradas en psicología ha sido abandonada en razón de haber sufrido disconfirmaciones fácticas (Gergen, 1986).

Existen varias razones que permiten entender lo que parece constituir una grave «anomalía» en relación con el funcionamiento «normal» del modelo hipotético-deductivo. En primer lugar, es bien conocido que no se puede deducir un enunciado observacional a partir de una teoría sin recurrir simultáneamente a toda una serie de supuestos «auxiliares». Lo que se somete a contrastación empírica no es, por lo tanto, un elemento observacional «Q» deducido directamente de una teoría «T», sino un conjunto «(A,Q)» compuesto por la implicación «Q» de la teoría y por una serie de supuestos auxiliares «A» que sustentan el proceso mismo de la traducción empírica de «T» en el elemento «Q». Por ejemplo, toda observación presupone unos criterios previos acerca de lo que se acepta como evidencia observable, sobre lo que se acepta como «un hecho empírico» y sobre la validez de las indicaciones proporcionadas por los instrumentos de observación. En consecuencia, nunca se contrasta la relación $T \rightarrow Q$, sino la relación $T \rightarrow (A,Q)$. Las reglas de la lógica formal nos indican claramente que, si se produce una disconfirmación de (A,Q) no se puede sacar ninguna conclusión, mediante el «modus tollens», acerca de la negación de «T». En efecto, no hay manera de decidir si es efectivamente «Q» el que ha sido refutado, con lo cual se demostraría la falsedad de «T», o si ha sido «A», con lo cual la negación de «T» constituiría una falacia (Meehl, 1978).

Este problema, que afecta por supuesto a todos los campos del saber científico donde se aplica el modelo hipotético-deductivo, adquiere en ciencias sociales una transcendencia particular, no sólo por el impresionante acopio de **teorías auxiliares** al que es preciso recurrir en la investigación, sino también por la propia naturaleza de esas hipótesis auxiliares que carecen por lo general de la sustentación teórico-empírica que las caracteriza en otros sectores de la ciencia. Las consecuencias del peculiar «contexto de hipótesis auxiliares» que acompaña a la investigación psicosocial son claras. En efecto, lo que suele producirse cuando una hipótesis ha sido desconfirmada en un experimento es simplemente que se atribuye el fallo a las hipótesis auxiliares y que se procede a una reformulación de la investigación para conseguir finalmente encontrar evidencias a favor de la hipótesis.

En esta misma línea, conviene señalar que tampoco cabe la posibilidad de diseñar investigaciones susceptibles de dirimir la oposición entre teo-

rías contrapuestas, como bien se ha visto en las polémicas que enfrentaron la Teoría de la Disonancia cognitiva y la Teoría de la Auto-percepción, en la medida en que la base **interpretativa** de los resultados obtenidos es demasiado amplia y presupone la aceptación previa de elementos que pertenecen a la propia teoría que se pretende contrastar. Si la única justificación para la experimentación consiste en la contrastación de hipótesis teóricas, como lo proclaman los propios experimentalistas, y si esta contrastación no es posible en términos mínimamente rigurosos, entonces la conclusión parece imponerse por sí misma...

Otras dudas que se han planteado en relación con el modelo hipotético-deductivo en psicología social hacen referencia a la **operacionalización** de los conceptos teóricos tal y como se realiza en las investigaciones habituales. No se trata exactamente del problema de la validez de constructo, aunque de alguna forma es posible subsumir esta cuestión bajo dicha problemática. En efecto, analizando los **procedimientos retóricos** que utilizan los investigadores en sus informes de investigación, Gergen muestra por ejemplo cómo se pasa desde unos términos que definen entidades teóricas que sólo tienen sentido **en** el marco de una determinada teoría y **para** los conocedores de esa teoría, a unos términos pretendidamente operacionales que otorgan, por así decirlo, el **espesor** de la vida misma a las entidades teóricas, **anclándolas** en el lenguaje profano o de sentido común. Hacia el final del informe, cuando se comentan los resultados, se vuelven a utilizar nuevamente los términos teóricos que se mencionaban en un principio. Este doble proceso de **concretización** primero, pasando de los términos teóricos a los terminos profanos, y de **abstracción** después, pasando desde el lenguaje cotidiano al lenguaje de la teoría, permite **reificar** las entidades teóricas, creando el sentimiento de que constituyen efectivamente **descripciones** válidas de la realidad. En otras palabras, se trata de un procedimiento a través del cual se dota de una base **referencial** a los términos teóricos, con la particularidad de que, a lo largo de ese proceso, se enmascara el carácter puramente **convencional** de la referenciación y se utiliza luego esta base referencial puramente «construida», como si se tratase de una **categoría «natural»** que la entidad teórica se limita a denominar de un modo particular. Al final del proceso no queda ya ninguna duda de que la entidad teórica se corresponde efectivamente con un elemento de la propia realidad. Así por ejemplo, la entidad puramente teórica «disonancia cognitiva» se operacionaliza en términos del lenguaje cotidiano, de todos conocido, y obviamente anclado en la realidad más palpable, tales como «comer», «cantidad», «espinacas», etc. Una vez que se ha constatado que los sujetos sometidos a cierto tratamiento experimental «comen efectivamente una mayor cantidad de espinacas»

que los demás sujetos, se vuelve al discurso teórico traduciendo esa constatación empírica en términos de un supuesto «proceso de reducción de disonancia cognitiva». Los sujetos ya no han comido más espinacas que los demás, sino que han experimentado una «mayor disonancia». Lo mismo ocurre con el «auto-concepto», con la «indefensión aprendida» o con «los esquemas cognitivos» por citar unos pocos ejemplos:

«Definiendo operacionalmente los términos teóricos, el investigador consigue un medio para definir el misterioso lenguaje (de la teoría) en términos de predicados reales... Si el término teórico X es equivalente al término del mundo real Y, y si se demuestra que Y existe, entonces se concluye que X también existe... A medida que se desarrolla la discusión final en el informe de investigación, se constata generalmente la completa supresión de los términos del lenguaje cotidiano. Los términos teóricos se tratan entonces como si poseyeran un estatus ontológico absolutamente legitimado» (Gergen, 1989).

Uno de los problemas de la psicología social radica efectivamente en la extraordinaria flexibilidad de las relaciones que unen los conceptos teóricos con sus traducciones operacionales; ninguna rigidez constriñe el ingenio del experimentador para formular cuáles son los referentes empíricos que pueden servir de indicadores para dar cuenta de las manifestaciones del fenómeno teóricamente definido. El carácter extremadamente tenue de los lazos que conectan una entidad teórica con sus expresiones operacionales autoriza nuevamente a plantear una pregunta y a sugerir una conclusión: si el propósito de la experimentación consiste en contrastar la validez de las formulaciones teóricas y si es cierto que las hipótesis empíricas derivadas de esas teorías se encuentran tan «débilmente» conectadas con las formulaciones teóricas, entonces..., las conclusiones vuelven aquí también a imponerse por sí mismas...

Un tercer elemento crítico surge a partir del momento en que se admite que las críticas en cuanto a la falta de validez externa de los experimentos carecen de sentido y que sólo cuenta su grado de validez interna. Ya hemos visto que la condición para que exista una validez interna pasa necesariamente por «cerrar» cuidadosamente el sistema sometido a estudio, **aislándolo** de tal forma que las variaciones que se producen en el exterior carezcan de influencia sobre él. Con estas constricciones, la condición para que el experimento no constituya un simple ritual metodológico pasa necesariamente por el hecho de que las variables estudiadas en el laboratorio **mantengan su identidad** (Greenwood, 1982). La situación de labo-

ratorio puede ser todo lo artificial que se quiera, y cuanto más mejor, pero lo que no debe ocurrir es que el necesario aislamiento del sistema **altere** los fenómenos estudiados. Si esto se produjera, es evidente que lo que en realidad se estaría investigando no tendría nada que ver con lo que se pretende investigar. Es como si un químico pretendiese estudiar las propiedades de la molécula de agua y en su laboratorio sólo estudiase por separado las propiedades del oxígeno y del hidrógeno. La cuestión que muy acertadamente han planteado una serie de autores, como por ejemplo Harré, consiste en saber si las variables sociales no cambian de identidad cuando, para poder estudiarlas experimentalmente, se las aísla de su contexto (Harré, 1977). La distinción que establece Harré entre **ciencias paramétricas** y **ciencias estructurales** parece clarificadora para llegar a una conclusión. Las ciencias sociales son, según Harré, ciencias estructurales, es decir, ciencias cuyos objetos de estudio se caracterizan por el hecho de estar estructurados por «variables internamente relacionadas». Esto significa que cada variable adquiere parte de su identidad en función del conjunto de relaciones que la ligan a otras variables, y que esta identidad sólo puede definirse adecuadamente en los términos precisos de la red relacional que la enmarca. Así por ejemplo, la variable puramente conductual «un apretón de manos» no es definible, en lo que la caracteriza esencialmente, si se desconocen las relaciones que la unen a las otras variables situacionales. Es obvio efectivamente que sellar formalmente el acuerdo que dos personas se comprometen a respetar no es la misma variable que el «apretón de manos» que dos amigos se dan al despedirse. Lo propio de las variables internamente relacionadas es que no se prestan a las operaciones de aislamiento exigidas por la situación experimental. Por tercera vez nos encontramos, por lo tanto, con la misma pregunta y con la misma conclusión. Si el laboratorio exige el aislamiento de las variables e incluso su ortogonalización, y si estas operaciones alteran radicalmente el fenómeno que se pretende estudiar, entonces... la conclusión vuelve a imponerse por su propio peso...

En definitiva, parece que las aporías con las que tropieza el método experimental son demasiado numerosas e importantes para albergar esperanzas razonables de que su utilización en el campo de las ciencias sociales pueda contribuir a la explicación de la realidad social. Esto no significa, sin embargo, que la experimentación esté totalmente desprovista de interés. En efecto, la experimentación puede utilizarse perfectamente como un **procedimiento heurístico** que ayude a engendrar ideas teóricas. Así es, el proceso de la elaboración teórica sigue siendo un proceso muy escasamente conocido, pero es razonable pensar que utiliza una serie de «muletillas» y de «heurísticas» más o menos formales para alimentar su propio

desarrollo. El experimento puede constituir sin duda alguna una de esas «muletilas». Sin embargo, lo que parece estar radicalmente fuera de su alcance es sencillamente producir conocimientos válidos, contrastar la validez de las teorías, y mucho menos fundar sobre bases sólidas el conocimiento psicosocial.

10.4. Elementos de reflexión

Tras el recorrido efectuado a través de los problemas metodológicos de la psicología social, es preciso extraer una serie de conclusiones, o por lo menos algunos elementos de reflexión, que permitan completar nuestro acceso a la inteligencia de la psicología social y acabar de perfilar lo que, tradicionalmente, se suele denominar como «el concepto» de la disciplina.

No es preciso ser un especialista de la Teoría de la Categorización Social, ni un profundo conocedor de la Sociología de la Ciencia, para entender que las divisiones disciplinares, académica y científicamente consagradas, promueven un afán **diferenciador** que puede conducir a derramar mucha tinta para perfilar la **especificidad irreductible** de cada disciplina. Sin embargo, por encima de las fronteras disciplinarias, el objetivo de la psicología social **no se diferencia en lo fundamental** del objetivo perseguido por las demás ciencias sociales, y particularmente por las que le son más cercanas. Se trata simplemente de intentar **dar cuenta de la realidad social**, de comprender tan rigurosamente como sea posible cuál es su naturaleza, tanto en el plano **ontológico** como en el plano del **tipo de conocimiento** que requiere su dilucidación. Esto implica que se preste una atención particular a los mecanismos mediante los cuales **se construye, se produce, se reproduce y se transforma** esa realidad social, centrando la mirada sobre las conductas y las acciones de los agentes sociales, pero también sobre su propia **«forma de ser»** en lo que comporta de determinantes sociales.

Por otra parte, la propia evolución reciente de los planteamientos que se formulan en sociología y en psicología ayuda considerablemente a definir cuál puede ser la **contribución específica** de la psicología social a ese empeño común por dilucidar la realidad social y la naturaleza social del ser humano. En efecto, el creciente reconocimiento de la imposibilidad de separar el «individuo» y la «sociedad», es decir, en definitiva, la creciente conciencia de los efectos distorsionantes que la **dicotomía individuo-sociedad** ha ejercido sobre la investigación social, se une al énfasis puesto sobre los **procesos mentales «superiores»** y sobre las **activi-**

dades simbólicas, para dibujar el tipo de problemática en la que debería centrarse la psicología social. En relación con el primero de los aspectos que acabo de mencionar, todo apunta a que la realidad social no puede entenderse con independencia de **las actividades tangibles y concretas de los individuos en sus quehaceres cotidianos**, de la misma forma que, a su vez, estas actividades pierden su inteligibilidad si se las contempla con independencia del **marco en el cual se desarrollan y del cual participan como elementos constitutivos**. En relación con el segundo de los aspectos mencionados, es obvio que estas actividades cotidianas presuponen la **constante intervención de los mecanismos de pensamiento en sus más altos niveles de expresión**.

Esta mirada centrada en el individuo pero equipada, conceptual y metodológicamente para ver en él la **«dimensión social» que le instituye como tal**, y que **él mismo también instituye como tal**, constituye el signo de identidad de la psicología social.

Lo que pueda resultar de esta mirada psicosocial en cuanto a conocimiento sistemático no puede formularse en términos nomotéticos ni en objetivos de predicción de las acciones sociales. Tan sólo puede tratarse, y ya es mucho, de un conocimiento que faculte una **comprensión** cabal de la realidad social y una **dilucidación** de sus procesos, es decir, en definitiva, un **incremento de su inteligibilidad**.

Por otra parte, sin caer en una nueva filosofía de la ilustración, me agrada pensar que esa tentativa de acceder a la inteligencia de lo social encierra un **potencial «emancipador»**, en la medida misma en que contribuye a desvelar los **funcionamientos ocultos**, las **determinaciones latentes** y las **causalidades imperceptibles** que caracterizan a la vida social.

Esta concepción de la psicología social descansa, qué duda puede haber de ello, en una serie de opciones, tanto epistemológicas como normativas, de carácter personal. Pero también se nutre en buena medida de las lecciones y de las conclusiones que emergen a partir de un cuidadoso examen de la **historia de la psicología social**, de sus **resultados sustantivos** y de los **problemas metodológicos** que la caracterizan.

En este sentido, los problemas metodológicos con los que se ha enfrentado, y con los que se está enfrentando la psicología social proporcionan suficientes **argumentos racionales** para defender con cierta confianza la idea de que **los procedimientos inspirados en concepciones empírico-positivistas no son adecuados para elaborar el conocimiento psicosocial**. Sin entrar aquí en consideraciones epistemológicas de orden general, entiendo que esta inadecuación esencial del método empírico-positivo se debe esencialmente a que ese método nos obliga a ignorar algunas de las dimensiones más sustantivas que entran en la definición de la natura-

leza social del ser humano. Esta mutilación del objeto de conocimiento de la psicología social sólo puede desembocar en la producción de un corpus teórico incapaz de dar cuenta de lo que tiene de fundamental la dimensión social, y ni siquiera puede compensar esa incapacidad por otros logros sustantivos en el plano del conocimiento científico.

En definitiva, es la propia naturaleza del objeto de conocimiento de la psicología social la que nos indica cuáles son los procedimientos más adecuados para su esclarecimiento.

En este sentido, hay dos aspectos constitutivos de ese objeto que son inexcusables para elaborar una teoría psicosocial de la realidad social. Se trata, en primer lugar, de la **«reflexividad»** que caracteriza al ser humano y, en segundo lugar, del hecho de que el ser humano pueda ser **afectado eficazmente por los significados**.

Las consecuencias que se desprenden de estos dos aspectos tienen un alcance de indudable trascendencia. En primer lugar, se encuentran planteadas como temáticas vertebradoras de la psicología social, toda la problemática de la **construcción social de los significados**, toda la problemática de la **inter-subjetividad** y toda la problemática de la **«agencia» humana**. En segundo lugar, es obvio que estas problemáticas no pueden sino «desaconsejar», por utilizar un eufemismo, cualquier tentativa de acercarse al objeto psicosocial a partir de los supuestos del método empírico-positivista.

Volviendo a la problemática metodológica, es preciso subrayar que, de alguna forma, los propios psicólogos sociales que utilizan la experimentación reconocen la importancia de la reflexividad y del significado, puesto que recurren la mayoría de las veces al engaño sistemático de los sujetos, ideando ingeniosos procedimientos para que éstos no perciban el significado real de la manipulación a la que se les somete. En virtud de su reflexividad, el sujeto puede, por así decirlo, distanciarse de sí mismo, mirarse desde la perspectiva de los demás y desarrollar la conducta que estime más oportuna estratégicamente. Si se quiere evitar esta consecuencia de la reflexividad, que invalidaría toda posibilidad de extraer conclusiones de la investigación, es imprescindible que el sujeto no disponga de indicadores fiables acerca del significado que conviene atribuir a la situación experimental y que, incluso, le atribuya un significado que no interfiera con las variables realmente manipuladas. En otras palabras, sólo se puede experimentar con sujetos que sean **inconscientes** de lo que el investigador les está realmente haciendo. Lo curioso es que, a través de estas precauciones, el experimentador no hace sino dar la razón al argumento hermenéutico.

Esta paradoja conduce a otra que tiene un carácter no menos preocu-

pante; en efecto, ¿cómo sabe realmente el experimentador que ha conseguido engañar al sujeto, es decir, cómo puede tener la seguridad de que ha controlado con éxito la atribución de significados a la situación experimental? Recurriendo, como es sabido, a la entrevista post-experimental, es decir, a los comentarios que realizan los sujetos. El problema es que, con este procedimiento, el experimentador vuelve a basar parcialmente la validez de la experimentación precisamente sobre aquello mismo contra lo cual la experimentación se ha instituido, es decir, sobre la confianza otorgada a los **relatos** introspeccionistas de los propios sujetos.

El énfasis sobre las propiedades absolutamente diferenciadoras del objeto social y del agente social en relación con cualquier otro objeto existente en el mundo natural no debería interpretarse, sin embargo, como una adhesión al dualismo metodológico de Dilthey y de la corriente hermenéutica. La dicotomía entre naturalismo y antinaturalismo sólo se puede justificar si se considera que las ciencias «naturales» encuentran una fundamentación válida en los supuestos positivistas. De no ser así, el reconocimiento de que cada tipo de objeto de conocimiento impone ciertas exigencias a los procedimientos utilizados para su investigación, y que esto sucede también, como es obvio, con el objeto social, no implica en absoluto que se tenga que proceder a una partición cualitativa de la razón científica en dos categorías diferenciadas. Más allá de un debate que nos parece obsoleto entre naturalismo y antinaturalismo, el reto ante el cual se encuentra la psicología social, es el de recoger y conciliar en un enfoque original diversas aportaciones que pertenecen a orientaciones a veces contrapuestas. Me estoy refiriendo, como ya lo he indicado en la conclusión del anterior capítulo, al neopragmatismo, al realismo, a la hermenéutica, al legado del segundo Wittgenstein y a la teoría crítica, entre otras orientaciones de pensamiento. Estoy convencido de que, en el estado actual del conocimiento, la reapertura de un diálogo que permita integrar en la psicología social los aspectos más sustantivos de estas corrientes de pensamiento constituye la forma más efectiva de potenciar el progreso de esta disciplina.

Esta sensibilidad hacia nuevas perspectivas que alejan la psicología social de sus modelos dominantes, y especialmente, de su credo empírico-positivista, puede resultar inquietante para quienes exigen de esta disciplina una pronta, fiable y operativa respuesta para enfrentarse a los problemas sociales que aquejan a nuestras sociedades. Es obvio que el camino que sugiero es un camino incierto, probablemente lento, y que no ofrece ninguna seguridad en cuanto a que sea realmente practicable y pueda conducir a soluciones satisfactorias. Sin embargo, frente a los escollos que se acumulan en los caminos más habitualmente transitados por la psicología

social, merece la pena por lo menos intentar la aventura.

En cualquier caso, se trata actualmente de la manera más segura de fomentar el carácter **acumulativo** de los saberes psicosociales, en un sentido particular que **Cronbach** definió con sugerentes palabras:

«En mi opinión, las ciencias sociales son acumulativas, pero no en el sentido de poseer conocimientos siempre más refinados sobre cuestiones permanentes, sino en el sentido de poseer un repertorio cada vez más rico de preguntas» (Cronbach, 1986, p. 91).

EPÍLOGO

En cierto modo, lo que he intentado hacer a lo largo de todas las páginas que anteceden no ha sido sino aportar elementos para ayudar a la comprensión de lo que significa la psicología social en tanto que **institución social** comprometida con la producción, la organización y la sistematización del conocimiento en un campo, más o menos claramente delimitado, de la realidad social. Sería absurdo pretender condensar en una fórmula más o menos ingeniosa y acertada las múltiples perspectivas que se deben adoptar para alcanzar una inteligencia de la disciplina. Ofrecer una definición **esencialista** no constituiría sino un nuevo juego de palabras desprovisto de interés sustantivo.

La comprensión de la psicología social exige una larga peregrinación por la historia de la disciplina, intentando sortear los escollos de la **falacia teleológica** que nos empuja a considerar el producto actual como aquello a lo que se tendía necesariamente desde un principio o que nos incita, en otras palabras, a analizar el **proceso constitutivo** de la disciplina a la luz del **producto** ya constituido que se presenta ante nuestros ojos en el momento presente. También es necesario sortear los escollos de la historia «**wighish**», y emprender de hecho una «**genealogía crítica**» que permita entender el presente en términos de sus condiciones de constitución histórica sin privilegiar aquellas orientaciones que, por múltiples razones, se han convertido en las orientaciones vertebradoras de la configuración actual de la disciplina. Un acercamiento cabal a la psicología social exige además que se preste una atención muy particular al momento contemporáneo de la disciplina. Para ello es preciso analizar detenidamente los

temas y las orientaciones actualmente dominantes, pero sin dejar de prestar atención a los puntos de tensión y a los movimientos, a veces contradictorios, que se originan en los márgenes de la disciplina.

Al finalizar ese recorrido cabe extraer algunos elementos de conclusión y presentar algunas reflexiones de tipo general.

El estudio combinado de la historia de la psicología social y de las características actualmente dominantes en la psicología social desemboca en una constatación cuya validez reúne suficientes argumentos para que sea asumida como razonablemente fundamentada. Esta constatación puede formularse en muy pocas palabras: la «americanización» de la psicología social ha tenido un impacto esencialmente **reduccionista** sobre la disciplina. Más precisamente, este **proceso reduccionista** ha afectado simultáneamente:

- al campo sustantivo de los fenómenos abarcados por la psicología social,
- a la fundamentación epistemológica de la disciplina,
- a su apertura interdisciplinar,
- a las raíces históricas y a la pluralidad cultural de la psicología social,
- al propio concepto de lo «social»
- y, por fin, al ámbito de las metodologías disponibles.

a) Reducción del campo sustantivo de la psicología social

Aunque la psicología social naciera como disciplina **«intersticial»** entre la psicología y la sociología (Back, 1963; Torregrosa, 1974), esto no implicaba en absoluto que sus **unidades de análisis** tuvieran que ser de un **tamaño «intermedio»** entre las unidades de la psicología y las de la sociología. En efecto, el estudio de las motivaciones o de las inferencias **individuales** pertenece tanto al campo de la psicología como al de la psicología social, de la misma forma que la investigación de los fenómenos **macro-sociales** requiere tanto de una aproximación sociológica como de un enfoque psicosocial. Tampoco significaba que los fenómenos estudiados por la psicología social tuvieran que ser fenómenos **«residuales»**, en el sentido de no pertenecer claramente ni al campo de la psicología ni al campo de la sociología. El estudio de la memoria, por ejemplo, es tan propio de la psicología como de la psicología social, sólo que recurriendo a distintas perspectivas de análisis; así mismo, el estudio de los funcionamientos ideológicos se puede llevar a cabo tanto desde la sociología como desde la psicología social. Sin embargo, la tónica dominante en psicología social consistió en ceñir el alcance de la disciplina a los estrictos límites marcados

por una situación de disciplina intersticial entendida en el sentido más restrictivo de la palabra. La psicología social redujo paulatinamente su ángulo de miras hasta hacerlo coincidir prácticamente con el estudio del **«impacto de los factores sociales sobre el individuo»**. En sugestivas palabras de Graumann, se individualizó, de esta forma, lo social y se desocializó lo individual (Graumann, 1986b), legitimando de paso una insostenible dicotomía entre el individuo y la sociedad.

b) Reducción de la fundamentación epistemológica

La psicología social se constituyó en un rico contexto de **tensiones epistemológicas**, donde las perspectivas positivistas coexistían con las tendencias historicistas, realistas, fenomenológicas y pragmáticas entre otras. Pero, paulatinamente, el horizonte epistemológico se fue restringiendo hasta dejar en posición de predominio casi hegemónico la **racionalidad analítica del empiricismo positivista**. Con ello, el interés por el control y por la predicción copaba la delantera de la escena excluyendo prácticamente el interés por la comprensión y por la emancipación (Habermas, 1968).

c) Reducción de la apertura interdisciplinar

El diálogo inicial que la psicología social mantenía, no sólo con sus dos disciplinas más cercanas, sino también con la antropología, con la historia, con la filosofía, con la ciencia política..., se fue convirtiendo en un **diálogo casi exclusivo con la psicología general**. Se perdió de esta forma, no sólo la posibilidad de que la psicología social se enriqueciera con perspectivas más diversificadas y más amplias, sino también la posibilidad de que la psicología social incidiera a su vez sobre los conocimientos producidos desde otras perspectivas.

d) Reducción del trasfondo histórico y del pluralismo cultural de la psicología social

El hecho innegable de que durante varias décadas la psicología social sólo existió prácticamente en suelo norteamericano, con interesantes pero ínfimas excepciones, tuvo dos consecuencias. La primera consistió en limitar el caudal de formulaciones teóricas que alimentó la emergencia y la constitución de la psicología social como disciplina específica, reducién-

dolo a las aportaciones americanas de principios de siglo. Por muy ricas que éstas pudieran ser, no cabe duda que estas restricciones sólo podían tener efectos empobrecedores. Como ocurre con toda disciplina en busca de respetabilidad institucional, se mentaban, por supuesto, muchos antecesores prestigiosos en la historia del pensamiento europeo, pero la constitución propiamente disciplinar de la psicología social apenas trascendía los límites de la **tradición norteamericana** (Allport, 1954). La segunda consecuencia está relacionada con la conocida sensibilidad de la psicología social ante las circunstancias ideológicas y las problemáticas culturales de su medio circundante. Al desarrollarse esencialmente en Estados Unidos, la psicología social se convirtió lógicamente en una disciplina hecha a la medida de los problemas y de las características de la sociedad norteamericana, perdiendo, aquí también, oportunidades de diversificar sus producciones teóricas.

e) Reducción del propio concepto de lo «social»

Las diversas «reducciones» a las que me he referido hasta ahora, pero sobre todo la primera y la segunda de ellas, condujeron a buscar unas definiciones de los aspectos sociales que respondieran a la vez a los criterios «operacionales» y a las exigencias de la «observabilidad». La amplia y diversificada, pero difícilmente operacionable, **«dimensión social»** de los fenómenos humanos tendió a equipararse con «objetos» concretos cuyas características pudieran ser manipuladas con el rigor de una ciencia basada en el «control y la predicción». De esta forma, lo «social» se limitó en muchos casos a designar simplemente a los **«demás»**, es decir a otros congéneres puestos en relación «real o imaginada» con el individuo estudiado.

f) Reducción metodológica

La reducción epistemológica trajo como consecuencia el hecho de que casi todos los **sistemas de incentivación** articulados por la disciplina para «recompensar» a sus miembros descansaran sobre la realización de **investigaciones experimentales**. Tanto las promociones académicas, como los recursos para la investigación, y los reconocimientos institucionales, eran función esencialmente de las investigaciones **publicadas**, y las revistas sólo aceptaban publicar textos con resultados **«estadísticamente significativos»**. De esta forma, el método experimental tendió a constituir-

se como el método de validación cuasi-exclusivo de los conocimientos psicosociales.

En definitiva, parece claro que la configuración contemporánea de la psicología social se desarrolló a través de una **serie de reducciones** que dejaban **al margen de la disciplina** muchas otras opciones teóricas y procedimientos prácticos tan legítimos desde el punto de vista sustantivo como los que quedaron instituidos.

Durante la década de los ochenta se ha manifestado una clara tendencia a sobrepasar esos reduccionismos y a abrir la psicología social hacia horizontes más plurales en todos los aspectos que he mencionado. Sin duda, no ha sido ajeno a ello el hecho de que el positivismo lógico fuese sometido a una durísima crítica y de que la psicología en su conjunto se abriese a otras perspectivas igualmente «científicas» pero menos «cientistas» (Seoane, 1981). En cualquier caso, el resultado de esta rebelión contra los **reduccionismos heredados** puede ayudar a situar la psicología social en un lugar estratégico con respecto al problema del conocimiento y con respecto a los fenómenos sociales, reintegrándola plenamente en el ámbito de las **ciencias sociales**:

«Un creciente sector de psicólogos sociales europeos y norteamericanos ha estado trabajando desde finales de los sesenta para reintegrar su disciplina en el seno de las ciencias sociales» (Graumann, 1986a, p. 4).

Esta reintegración de la psicología social en las ciencias sociales no significa ni mucho menos sustituir unas dependencias por otras ni tampoco intentar someter la psicología social a una nueva, aunque distinta, ortodoxia unificadora en el plano de los métodos o de los supuestos epistemológicos. Julio Seoane tiene razón cuando recalca que la existencia de **varias** psicologías sociales, lejos de constituir un problema, es incluso algo deseable, no sólo porque cada contexto cultural debe incidir sobre ciertos aspectos de **su** psicología social (Seoane, 1985b), sino también porque la diversidad de perspectivas y de planteamientos sólo puede contribuir a enriquecer nuestro conocimiento de lo social. En este sentido, más que hablar de **diversas psicologías sociales**, quizá sería conveniente pensar en **una psicología social plural** y fecundada por una multiplicidad de perspectivas. Esto no significa optar por un mero eclecticismo más o menos receptivo a las circunstancias y a las modas. Dentro de un **marco plural**, cada investigador puede desarrollar sus propias opciones que no tienen por qué ser en absoluto eclécticas, y situarse en la orientación precisa que le parezca más convincente.

Tras defender el pluralismo y denunciar las **operaciones reductoras**, quizá sea el momento de formular mis propias opciones y de exponer mi propia concepción de la psicología social.

Desde mi punto de vista, las vías de desarrollo más provechosas para la disciplina pasan por tres cuestiones esenciales:

- la reformulación de lo «social»,
- la redefinición de los supuestos epistemológicos,
- la necesaria integración de las principales aportaciones del pensamiento contemporáneo.

a) La reformulación de lo «social»

Está claro que la **dimensión social** no puede definirse en términos de una **tipología** de los objetos. No es la **naturaleza** del objeto sino **el tipo de relación** en que está prendido quien **le confiere** su dimensión social. Otro ser humano puede ser tratado con absoluta independencia de sus propiedades sociales, cosa que lamentablemente ocurre con cierta frecuencia, es decir, como un simple objeto biológico, funcional o físico, de la misma forma que un animal o una casa pueden transformarse en objetos «sagrados» es decir, en objetos investidos de una dimensión claramente social (Moscovici, 1982).

Pero esa relación presenta a su vez unas características particulares tanto en cuanto a su naturaleza como a su génesis.

El ejemplo anterior indica ya varias de las propiedades de lo social.

Cabe resaltar, en primer lugar, su consustancialidad con lo **simbólico**. En efecto, lo social no aparece hasta el momento en que se constituye un mundo de **significados compartidos** entre varias personas. Es este fondo común de significaciones el que les permite investir a los objetos con una serie de propiedades que no poseen «de por sí», sino que son **construidas conjuntamente** a través de la **comunicación** y que se sitúan por lo tanto en la esfera de los signos.

Una importante consecuencia que se desprende de la afirmación anterior es que lo «social» es **distinto de lo «colectivo»**, e incluso de las **relaciones inter-individuales** y de las **actuaciones conjuntas**. Se comete por lo tanto un abuso de lenguaje cuando se habla del carácter social de ciertas especies animales o de las conductas sociales de los animales. Es cierto que se encuentran en las especies animales tanto conductas colectivas como estructuras relacionales más o menos jerarquizadas, y conductas inter-individuales, así como actuaciones concertadas, más o menos genética-

mente programadas, pero **nada de todo esto es propiamente social** en sentido estricto.

Por su vinculación con la **dimensión simbólica** y con la construcción y circulación de **significados**, queda claro que cualquier cosa que denominemos «social» está íntima y necesariamente relacionado con el **lenguaje** y con la cultura.

Otra de las características de lo social que está implicada en el ejemplo anterior es que lo social sólo existe en el marco y por medio de la **inter-subjetividad**. En efecto, nada es social si no es instituido como tal en el mundo de significados comunes propios de una colectividad de seres humanos. Esto implica que lo social no radica **en** las personas, ni tampoco **fuera** de ellas, sino que se ubica precisamente **entre** las personas, es decir, en el espacio de significados del que participan o que construyen conjuntamente, como muy bien lo vio **Vigotski** entre otros. Quizá sea sintomático que para definir la naturaleza de lo social me haya visto obligado a referirme a sus **condiciones de producción**, es decir, a su **génesis**. Lo social se construye efectivamente, al igual que los significados y la inter-subjetividad, **en** la interacción entre las personas. Pero esto no significa que sea suficiente con que exista una interacción o una relación interpersonal para que también exista la dimensión social, como lo ha considerado tradicionalmente parte de la psicología social. En efecto, la **interacción** es tan sólo una **condición**, necesaria pero no suficiente, para que emerja lo social.

No sería adecuado deducir a partir de este planteamiento que lo social es pura cuestión de comunicación «inter-mental», o «inter-psicológica», por retomar una expresión de Tarde, y también de Vigotski. La interacción de la que surge lo social se articula en torno a una serie de **prácticas** muy concretas, entre las cuales figura la comunicación en un lugar privilegiado. Tampoco sería exacto concluir que lo social se construye en base a la pura **subjetividad** de los actores en el momento mismo de sus interacciones. En efecto, es obvio que el propio lenguaje, sin ir mas lejos, conlleva, como muy bien lo han visto Wittgenstein y Gadamer entre otros, una serie de **preinterpretaciones** constitutivas. Por lo tanto, los significados elaborados en el espacio intersubjetivo no son ni mucho menos independientes del bagaje acumulado a través de la **historia** de la colectividad a la que pertenecen las personas.

Una última implicación que se puede extraer del ejemplo antes mencionado guarda relación con la **construcción** del ser humano como agente social. He dicho, en efecto, que, en determinadas circunstancias, se trata a las personas como si fuesen meros objetos físicos. Si este hecho tiene un carácter moralmente inaceptable es, en parte, porque sabemos

que las personas **son** seres sociales **independientemente** de la forma en que se les trate. El ser biológico empieza a constituirse como ser social en el preciso momento en que viene al mundo, y esta construcción se prosigue precisamente a través de la **comunicación** que establece con los demás y a través de su participación en el espacio de la intersubjetividad. Lo social no es, por lo tanto, algo que **«incide sobre»** la persona o que le **«condicione»** de alguna forma, sino que es la sustancia misma con la que esa persona está constituida como tal persona. El individuo es un organismo biológico, es también un conjunto de átomos, y es muchas cosas más, pero cuando lo reconocemos como persona **es**, esencialmente, una **entidad socialmente construida**. Sin embargo, cuando decimos «socialmente construida», no habría que imaginar que la sociedad transforma **«desde fuera»** una materia prima biológica en objetos sociales.

El individuo **se** construye como realidad social gracias a la **reflexividad**, como muy bien lo han apuntado William James y George Herbert Mead, y mediante su participación en la construcción de la intersubjetividad. La psicología social está, por lo tanto, perfectamente legitimada a tomar el individuo como objeto de investigación (Morales, 1985), puesto que éste es **intrínsecamente** un objeto social, pero sería absurdo **separar individuo y sociedad** como si se trataran de **objetos distintos**. Desde esta concepción de lo social, es obvio que las **estructuras sociales** tan sólo existen a través de su continua producción por parte de los individuos a través de las prácticas que desarrollan y de los significados que construyen, pero también es obvio que los individuos sólo existen a través de su participación en unas estructuras sociales. Estas estructuras pueden seguir existiendo con independencia de cada uno de ellos, individualmente considerados, pero no con independencia de todos ellos a la vez, de la misma forma que las estructuras preexisten a **cada uno** de ellos pero nunca a **todos** ellos. En este sentido, el concepto de **dualidad estructural** de Anthony Giddens se revela particularmente acertado.

Después de tantos reduccionismos, son muchas las implicaciones que esta «ampliación» del concepto de lo social tiene para la psicología social. En primer lugar, **el lenguaje, la comunicación y las actividades simbólicas** adquieren un estatus particular en las **prioridades** de investigación de la disciplina, y esto es tanto más sugerente cuanto que, si bien es cierto que la psicología social ha realizado su revolución cognitiva, **su revolución simbólica** aún está, obviamente, por hacer (Moscovici, 1982). El interés por el lenguaje implica a su vez conceder una importancia particular al enfoque histórico de la **cultura de los pueblos**, tal y como lo quería Wundt, e implica, a nivel metodológico, prestar una especial atención a las aportaciones de la **hermenéutica**. Por otra parte, está claro que el cam-

po de la psicología social se extiende de esta forma mucho más allá de la unidad individual, para abarcar las **prácticas sociales**, la **intersubjetividad**, la **construcción de los significados** sociales y la continua **reproducción y transformación de las estructuras sociales** a través de las prácticas sociales individuales y colectivas. La difuminación de la dicotomía **individuo/sociedad** obliga a la consideración **simultánea** de varios niveles de realidad, desde los más amplios a los más reducidos, en un constante movimiento entre los «elementos» y el «sistema», como sugiere Ángel **Rodríguez**, con resonancias que evocan la orientación contextualista (Rodríguez, 1977). Una última consecuencia es que, sin duda, el modo de acceso al **conocimiento de lo social** presenta una peculiaridad diferenciadora y específica en relación al conocimiento de otros aspectos de la realidad. En efecto, el hecho de que lo social sea obra de los seres humanos y resulte de sus **propias** actividades de construcción, al contrario de lo que ocurre con los fenómenos «naturales» y con la propia estructura biológica del ser humano (por lo menos hasta el momento), le otorga un estatus particular en cuanto a objeto de conocimiento, en la línea a la que apuntaba Giambatista **Vico** con su teoría del «Verum factum».

b) La redefinición de los supuestos epistemológicos

Además de considerar que el **interés por el control y la predicción** no debería primar sobre otros intereses, como por ejemplo el de la **comprensión**, entiendo que la concepción **verificacionista** del conocimiento y la teoría de la verdad como **correspondencia** con la realidad han dejado de constituir un punto de referencia legítimo para la investigación científica. Frente a la epistemología neo-positivista es preciso recoger las aportaciones de la «nueva filosofía de la ciencia» y, especialmente, los aspectos más interesantes de esas dos epistemologías contrapuestas que son el **realismo** por una parte y el **neo-pragmatismo** por otra. Del realismo resulta sin duda provechoso conservar la idea de que los fenómenos que observamos obedecen a **causas** que radican en las estructuras de la realidad, y están conectadas con sus efectos mediante relaciones **necesarias** contrariamente al postulado de **contingencia** formulado en la concepción humana de la causalidad. Junto con Rom **Harré**, Peter **Manicas**, Roy **Bhaskar** y Karl **Popper**, por ejemplo, cabe sostener que la realidad que describimos **existe con independencia de nuestras descripciones**, aunque sólo pueda ser conocida bajo descripciones particulares. Esto no contradice el hecho de que ciertas realidades, como por ejemplo el propio ser social, estén constituidas, en parte, por las propias descripciones que

de ellos mismos formulan los seres sociales. El realismo es compatible además con la idea de que las causas pueden no producir necesariamente sus efectos porque, por ejemplo, se ven neutralizadas por otras causas que actúan en la estructura de la realidad. El realismo permite rehabilitar de esta forma el concepto de **«causas sociales»** e impide que, llevando a sus últimas consecuencias formulaciones como las de William Thomas cuando afirma que algo es real en cuanto a sus consecuencias si las personas lo consideran como real, **se disuelva la realidad de las estructuras sociales en el nivel fenomenológico de su percepción**. Jiménez Burillo traduce muy sugestivamente la idea de que no se puede descuidar la «realidad» de las estructuras sociales cuando dice que:

«pero en orden a cambiar comportamientos el B.O.E. no debe ser subestimado como poderoso modificador de conducta» (Jiménez Burillo, 1985, p. 79).

Del neo-pragmatismo creemos que resulta provechoso retener su **anti-cartesianismo** y, sobre todo, la negación de la dicotomía entre espacio mental «interior» y realidad «exterior», así como su **anti-esencialismo** radical según el cual no hay esencias, sino tan sólo existencias concretas. También es preciso retener su rechazo de todo **fundamentalismo** epistemológico, ya que una serie de conceptos, como por ejemplo el de «verdad», no tienen ninguna fundamentación última y, más generalmente, parece claro que no se puede fundar el conocimiento sobre ningún principio último y básico. Así mismo, es preciso aceptar su crítica del conocimiento como **espejo de la realidad** y, consecuentemente, su concepción **«construccionista»** del conocimiento científico. Por fin, se pueden considerar como plenamente válidas tanto su **crítica de la epistemología** y la correspondiente sugerencia de sustituirla por una **sociología de la ciencia**, como su consideración del **diálogo racional** en tanto que criterio de aceptación de los conocimientos científicos en el seno de la comunidad social constituida por los científicos.

Las consecuencias del neo-pragmatismo para la psicología social son de indudable importancia. En efecto, la reinserción de **la ciencia** en el seno de la comunidad social y el énfasis sobre la naturaleza social del conocimiento científico no sólo contribuyen a «desacralizarla», sino que sitúan en primer plano la necesidad de investigar los **procesos psicosociales** que regulan las **prácticas de las comunidades científicas**, así como el funcionamiento de la **intersubjetividad científica** construida a través del diálogo, de la argumentación y, finalmente, de la **retórica**. La sociologización de la epistemología torna más creíble la hipótesis de Gergen se-

gún la cual la psicología social está llamada a ocupar un lugar privilegiado en la investigación de la **propia racionalidad científica**.

Esta misma reconceptualización de la ciencia como producto y como práctica social orienta la atención hacia los ineludibles **efectos sociales** que el diálogo científico ejerce sobre la conformación misma de la sociedad. Los conceptos y el lenguaje científico, sobre todo los que se elaboran en las ciencias sociales, infiltran el lenguaje del sentido común engendrando nuevas formas de concebir el mundo social y el propio ser social, como muy bien lo han captado tanto Serge Moscovici como Kenneth Gergen. Por otra parte, la dicotomía entre **ciencia fundamental** y **ciencia aplicada** tiende a difuminarse, cosa tanto más reconfortante cuanto que la denominación misma de «aplicada» dejaba suponer erróneamente el carácter **a-teórico** de las aplicaciones y enmascaraba el hecho de que toda «aplicación» engendra a su vez elementos teóricos que revierten sobre los llamados planteamientos «básicos».

Tres importantes consecuencias se desprenden de esta reunificación de lo «básico» y de lo «aplicado». En primer lugar desaparece toda posibilidad de considerar la actividad científica en términos de **neutralidad normativa** y de **asepsia política**.

Las tesis «generativistas» de Gergen se ven confortadas de esta forma, al igual que la llamada a que los psicólogos sociales asuman sus responsabilidades normativas y se centren sobre el estudio de los **problemas sociales** que aquejan a la sociedad concreta en la que viven (Blanco, 1980).

En cierta forma, esto plantea, como muy bien lo ha visto Federico Munné, la necesidad de considerar la psicología social no sólo en términos de su «objeto», sino también de sus **«objetivos»** (Munné, 1986):

«Asumir el objetivo de la psicología social, reconocer el sujeto, tiene sendas implicaciones prácticas y teóricas que van desde el moverse en la cotidianidad, al menos como punto de partida, hasta aceptar las escalas de valores como ingredientes contextuales de toda situación» (Munné, 1986, p. 214).

En segundo lugar, junto con la pérdida de credibilidad del modelo neopositivista, vuelve a cobrar legitimidad científica el interés por la **comprensión** como forma de dar cuenta de la realidad. El papel del conocimiento producido por las ciencias sociales y la estructura misma de ese conocimiento exige nuevas formulaciones. En este sentido, Seoane afirma que:

«(La psicología social) ... es científica si enfatizamos el aspecto de **conocimiento organizado** con la función de **producir in-**

interpretaciones sistematizadas de su campo de estudio... En cualquier caso, como conocimiento fundamentado socialmente, produce **interpretaciones** que, **como tales**, alteran **necesariamente**, y en mayor o menor grado, la propia organización social» (Seoane, 1985b, p. 33) (Énfasis míos).

Y José Ramón **Torregrosa** nos indica muy oportunamente que:

«... existe la posibilidad de adscribir un **sentido distinto** al quehacer científico en general y al quehacer científico social, que es la **comprensión**, la **amplificación de la autoconsciencia** y, por tanto, la **emancipación**, la liberación...

»Como psicólogos sociales somos, en ese sentido, personas que se proponen **de modo riguroso** hacer transparentes ciertos **procesos del vivir cotidiano** que no aparecen con claridad a primera vista» (Torregrosa, 1985, p. 21) (Énfasis míos).

El paradigma sobre el que se ha sustentado casi toda la psicología social, y que consiste esencialmente en derivar **hipótesis** a partir de **construcciones teóricas**, traducirlas en términos **operativos** y **contrastarlas empíricamente** en situaciones **necesariamente artificiales**, ya no constituye, por lo tanto, el **único** acercamiento legítimo a la producción de conocimientos científicos.

En tercer y último lugar, la reinserción teórico-práctica del conocimiento científico en el seno de la sociedad reinserta también ese tipo de conocimiento en el contexto más amplio del conocimiento humano, difuminando de esta forma la tajante **«ruptura epistemológica»** introducida por el neo-positivismo. En consecuencia, el conocimiento científico vuelve a compartir muchas de sus características con el conocimiento elaborado por las personas en el transcurso de sus prácticas cotidianas. En el campo de las ciencias sociales se restablecen de esta forma vías de diálogo con los «saberes populares» a la vez que con la filosofía o incluso con la narrativa literaria. Por otra parte, también queda subrayada la **interdependencia** de los saberes científicos y, por lo tanto, la artificialidad de muchas de las fronteras disciplinares. La psicología social es a la vez autónoma y dependiente. Dispone, en efecto, de un plano que le es específico pero que resulta precisamente de la intersección de otros planos con los que guarda profundas conexiones:

«El modelo prismático del comportamiento muestra la entidad de (la psicología social), entidad que si bien no implica

ningún estatus independiente, sí implica un **estatus autónomo** dentro del campo de las ciencias del comportamiento, y más específicamente dentro del campo de las ciencias sociales» (Munné, 1986, p. 206-207) (Énfasis mío).

Dentro de estas interdependencias la psicología social debería estrechar sus relaciones con la **«historia de las mentalidades»** desarrollada por ciertos sectores de las ciencias históricas.

c) La necesaria integración de las principales aportaciones del pensamiento contemporáneo

A lo largo de los últimos años se ha afianzado cada vez más el reconocimiento de la enorme influencia que han tenido los «presupuestos» filosóficos y epistemológicos sobre la conformación misma de las ciencias sociales y, más específicamente en lo que aquí nos interesa, sobre la conformación de la psicología social. En efecto, tanto el racionalismo y el mentalismo heredados de Descartes, como la epistemología heredada de Kant y el positivismo heredado de Comte y de los vieneses, han proporcionado más o menos explícitamente los **ingredientes meta-teóricos** para desarrollar un cierto entendimiento de la psicología social.

Para situar con precisión el alcance de esas influencias meta-teóricas y desvelar las presuposiciones que conllevan, es preciso conocer los planteamientos **contemporáneos** que se han elaborado desde una perspectiva de superación crítica de las mencionadas herencias. Además, la **integración explícita** de esas aportaciones contemporáneas en el dispositivo meta-teórico de la psicología social no sólo es susceptible de sugerir nuevas orientaciones para dilucidar lo social, sino que constituye la única forma de suscitar una conciencia **crítica** acerca de los nuevos presupuestos que, sin duda, infiltrarán subrepticamente los fundamentos meta-teóricos de las ciencias sociales a medida que los nuevos planteamientos contemporáneos adquieran carta de ciudadanía.

En este sentido, lejos de considerar que una preocupación por estas cuestiones aminora su respetabilidad científica, la psicología social debería **abrirse plenamente al debate filosófico** e integrar, tanto las formulaciones de Wittgenstein y de la filosofía de la acción, como las formulaciones de Gadamer y de la tradición hermenéutica, sin olvidar las propuestas de Rorty y de la tradición pragmática o, por fin, las reflexiones de Habermas y de la tradición crítica. Así mismo, la psicología social debería prestar una atención muy particular a las nuevas formulaciones que se desarrollan actual-

mente en el campo de la sociología del conocimiento científico.

En definitiva, desde la perspectiva trazada en este libro, la psicología social se sitúa como una ciencia orientada hacia la **comprensión** de la **naturaleza**, de las **características**, de la **génesis** y de los **efectos** de la **dimensión social**. Pero esta concepción no sería plena si la psicología social no fuese **reflexivamente** consciente de que forma parte **ella misma** de esa dimensión social que se propone dilucidar.

Con todas las consecuencias que esto implica.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELSON, R. P., et al. (1968). *Theories of cognitive consistence: a sourcebook*. Chicago, Rand McNally.
- ABRAMSON, L. Y.; SELIGMAN, M. E. P. y TEASDALE, J. D. (1978). «Learned helplessness in humans: critics and reformulation». *Journal of Abnormal Psychology*. 87, 49-74.
- ABRIC, J. C. (1987). *Coopération, compétition et représentations sociales*. Cousset, Del Val.
- ADAMS, J. S. (1963) «Toward an understanding of inequity.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 67, 422-436.
- ADAMS, J. S. (1965). «Inequity in social exchange.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol.2, 266-300.
- ADORNO, T. W; Et al. (1950). *La personalidad autoritaria*. Buenos Aires, Proyección. 1965.
- ALEXANDER, C. N. y WILEY, M. G. (1981). «Situating activity and identity formation.» En: ROSENBERG, M. y TURNER, R. H. (Eds.) *Op. Cit.*
- ALTMAN, I; VINSEL, A. y BROWN, B. B. (1981). «Dialectics conceptions in social psychology. An application to social penetration and privacy regulation». En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 14, 108-160.
- ALVIRA, F. (1982). «La perspectiva cualitativa y cuantitativa en las investigaciones sociales.» *Estudios de Psicología*. 11, 35-69.
- ALVIRA, F., AVIA, M. D., CALVO, R. y MORALES, J. F. (Eds.) (1979). *Los dos métodos de las ciencias sociales*. Madrid, C.I.S.
- ALLPORT, F. H. (1924). *Social Psychology*. Boston, Houghton-Mifflin.
- ALLPORT, F. H. (1961). «The contemporary appraisal of an old problem.» *Contemporary Psychology*. 6, 195-197.
- ALLPORT, G. W. (1954a). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires, Eudeba. 1968.
- ALLPORT, G. W. (1954b). «The historical background of modern social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). *Op. Cit.* Vol. 1, 1-80.
- ALLPORT, G. W. (1985). «The historical background of social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). *Op. Cit.* Vol. I, 1-46.
- ALLPORT, G. W. y POSTMAN, L. (1947). *Psicología del rumor*. Buenos Aires, Psique. 1982.

- AMES, A. JR. (1951). «Visual perception and the rotating trapezoidal window.» *Psychological Monograph*. 65, 7.
- ANSCOMBE, G. E. M. (1957). *Intention*. Oxford, Basil Blackwell.
- ANTAKI, C. (Ed.) (1981). *The psychology of ordinary explanations of social behavior*. London, Academic Press.
- ANTAKI, C. (Ed.). (1988). *Analysing everyday explanation. A casebook of methods*. London, Sage.
- ANTAKI, C. y LEWIS, A. (Eds.). (1986). *Mental mirrors: meta-cognition in social knowledge and communication*. London, Sage.
- APFELBAUM, E. (1981). «Origines de la psychologie sociale en France.» *Revue Française de Sociologie*. 22. 397-407.
- APFELBAUM, E. (1985a). «La psicología social y sus trabas.» El cómo y el porqué. *Revista de Psicología Social*. 0, 5-12.
- APFELBAUM, E. (1985b). «Prolegomena for a history of social psychology: some hypotheses concerning its emergence in the 20th century and its raison d'être.» En: LARSEN, K. (Ed.) *Dialectics and ideology in psychology*. Norwood, NJ, Ablex. 3-15.
- APFELBAUM, E. y HERZLITCH, C. (1970). «La théorie de l'attribution en psychologie sociale.» *Bulletin de Psychologie*. 24, 16-18. 961-976.
- APFELBAUM, E. y LUBECK, I. (1976). «Resolution versus revolution? The theory of conflicts in question.» En: STRICKLAND, L. H.; ABBOD, F. E. y GERGEN, K. J. (Eds.) *Op. Cit.* 71-94.
- APFELBAUM, E. y LUBECK, I. (1982). «Augustin Hamon aux origines de la psychologie sociale française.» *Recherches de Psychologie Sociale*. 4, 35-48.
- APFELBAUM, E. y MCGUIRE, G. R. (1986). «Models of suggestive influence and the disqualification of the social crowd.» En: GRAUMAN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 27-50.
- ARCHIBALD, P. W. (1976). «Psychology, sociology and social psychology: bad fences make bad neighbours.» *British Journal of Sociology*. 2, 2, 115-129 ARGUMENTS. (1962). *Vers une psycho-sociologie politique*. No. 25-26. París.
- ARGYLE, M. (1951). «Social Pressure in Public and Private Situations.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 54, 172-175.
- ARGYRIS, C. (1969). «The incompleteness of social-psychological theory: examples from small group, cognitive consistence and attribution research.» *American Psychologist*. 24, 893-908.
- ARGYRIS, C. (1975). «Dangers in applying results from experimental social psychology.» *American Psychologist*. 30, 4. 469-485.
- ARMISTEAD, N. (Ed.) (1974). *La reconstrucción de la psicología social*. Barcelona, Hora. 1983.
- ARONSON, E. y CARLSMITH, J. M. (1963). «Effect of the severity of threat on the devaluation of forbidden behavior.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 66, 583-588.
- ARONSON, E.; BRENNER, M. y CARLSMITH, J. M. (1985). «Experimentation in social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* 441-485.
- ASCH, S. (1946a). «Max Wertheimer's contribution to modern psychology.» *Social Research*. 13, 81-112.
- ASCH, S. (1946b). «Forming impressions of personality.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 41, 258-290.
- ASCH, S. (1951). «Effects of group pressure upon the modification and distortion of judgment.» En: GETSKOW, H. (Ed.) *Groups, leadership and men*. Pittsburg, Carnegie Press. 177-190.
- ASCH, S. (1952). *Psicología social*. Buenos Aires, Eudeba. 1979.

- ASCH, S. (1956). «Studies on independence and conformity: a minority of one against a unanimous majority.» *Psychological Monograph*. 70, 9.
- ATKINSON, J. M. y HERITAGE, J. (Eds.). (1984). *Structure of social action: studies in conversation analysis*. Cambridge, Cambridge University Press.
- AVERILL, J. R. (1980). «A constructivist view of emotions.» En: PLUTCHIK, R. y KELLERMAN, H. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1, 305-339.
- BACKMAN, C. W. (1983). «Toward and interdisciplinary social psychology.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 16, 220-261.
- BACK, K. (1963). «The proper scope of social psychology.» *Social Forces*. 41, 368-375.
- BACON, F. (1627). *Nova Atlantis*. Madrid, Península. 1976.
- BAGEHOT, W. (1869). *Physics and politics*. New York, Appleton. 1948.
- BAKAN, D. (1966). *The duality of human existence*. Chicago, Rand McNally.
- BALES, R. F. (1950). *Interaction process analysis: a method for the study in small groups*. Cambridge, Mass., Addison Wesley.
- BANDURA, A. (1965). «Influence of models of reinforcement contingencies on the acquisition of imitative responses.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 1, 589-595.
- BANDURA, A. (1973). *Aggression: a social learning analysis*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.
- BANDURA, A. (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- BANDURA, A. (1986). *Pensamiento y acción*. Barcelona, Martínez Roca. 1988.
- BANDURA, A. y WALTERS, R. H. (1963). *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Madrid, Alianza Universidad. 1977.
- BARBER, T. X. y SILVER, M. J. (1968). «Fact, fiction and the experimenter bias effect.» *Psychological Bulletin Monograph*. 70, 5, 1-29.
- BARKER, R. G. (1963). «On the nature of the environment.» *Journal of Social Issues*. 4, 17-38.
- BARKER, R. G. (1968). *Ecological psychology: concepts and methods for studying the environment of human behavior*. Stanford, Stanford University Press.
- BARON, R. A. y BYRNE, D. (1987). *Social psychology*. Boston, Allyn & Bacon.
- BARTLETT, F. (1925). *Organización grupal y compromiso social*. Buenos Aires, Paidós. 1986.
- BARTLETT, F. (1932). *Pensamiento: un estudio de psicología experimental y social*. Madrid, Debate. 1988.
- BAR-TAL, D. y KRUGLANSKI, A. W. (Eds.) (1988). *The Social Psychology of knowledge*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BAUMGARDNER, S. P. (1976). «Critical history and social psychology's crisis.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2, 460-465.
- BAUMGARDNER, S. P. (1977). «Critical studies in the history of social psychology.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 697-706.
- BAUMRIND, D. (1983). «Specious causal attributions in the social sciences: the reformulated stepping-stone theory of heroin use as exemplar.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 45, 6, 1289-1298.
- BAVELAS, A; Et al. (1965). «Experiments on the alteration of group structure.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 1, 57-70.
- BEAUVOIS, J. L. y JOULE, R. (1981). *Soumission et ideologie: Psychosociologie de la rationalisation*. Paris, PUF.
- BECKER, H. S. (1953). «Becoming a marihuana user.» *American Journal of Sociology*. 59, 235-242.
- BECKER, H. S. (1963) *Outsiders*. New York, Free Press.
- BEM, D. (1965). «An experimental analysis of self-persuasion.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 1, 199-218.

- BEM, D. (1972). «Self-perception theory.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 6, 1-62.
- BENEDICT, R. (1934). *Patterns of culture*. Boston, Houghton-Mifflin.
- BENTHAM, J. (1789). *An introduction to the principles of morals and legislation*. Oxford, Clarendon Press.
- BERGER, P. L. y LUCKMANN, T. (1966). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu. 1979.
- BERKOWITZ, L. (Ed.) (1965-1988). *Advances in Experimental Social Psychology*. New York, Academic Press. Vol. 1-Vol. 21.
- BERKOWITZ, L. (1962). *Agression. A social psychological analysis*. New York, McGraw Hill.
- BERKOWITZ, L. (1969). «Social motivation.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 3, 50-135.
- BERKOWITZ, L. (1969). *The frustration-aggression hypothesis revisited*. New York, Atherton Press.
- BERKOWITZ, L. y DONNERSTEIN, E. (1982). «External validity is more than skin deep. Some answers to criticism of laboratory experiments.» *American Psychologist*. 37, 3, 245-257.
- BERSCHID, E. y WALSTER, E. H. (1969). *Interpersonal attraction*. Reading, Mass., Addison Wesley. (2ª. edición 1978).
- BHASKAR, R. (1978). «On the possibility of social scientific knowledge and the limits of naturalism.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 8, 1-28.
- BHASKAR, R. (1979). *The possibility of naturalism: a philosophical critique of the contemporary human sciences*. Brighton, Sussex, Harvester Press.
- BHASKAR, R. (1982). «Emergency, explanation and emancipation:» En: SECORD, P. (Ed.). *Op. Cit.* 275-310.
- BIDDLE, B. J. (1979). *Role theory: expectations, identities, and behaviors*. New York, Academic Press.
- BIDDLE, B. J. y THOMAS, E. J. (Eds.) (1966). *Role theory. Concepts and research*. New York, Wiley.
- BILLIG, M. (1987). *Arguing and thinking. A rhetorical approach to social psychology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BILLIG, M. et al. (Eds.) (1988). *Ideological dilemmas*. London, Sage.
- BINDRA, D. (1984). «Cognition: its origin and future in Psychology.» En: ROYCE, J. y MOS, L. (Eds.) *Op. Cit.* 1-29.
- BINET, A. (1900). *La suggestibilité*. Paris, Scheicher Frères.
- BITTNER, E. (1967). «Police discretion in emergency apprehension of mentally ill persons.» *Social Problems*. 14, 285-290.
- BLANCO ABARCA, A. (1980). «La psicología social: desorientación y aplicación a la realidad española.» *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 12, 159-194.
- BLANCO ABARCA, A. (1982). «Con Hans Anger.» (Entrevista). *Estudios de Psicología*. 11, 7-22.
- BLANCH, J. M. (1982). *Psicologías sociales. Aproximación histórica*. Barcelona, Hora.
- BLAU, P. M. (1964). *Intercambio y poder en la vida social*. Barcelona, Hora. 1983.
- BLODEL, C. (1928). *Introduction a la psychologie collective*. París, Armand Colin.
- BLOOR, D. (1983). *Wittgenstein. A social theory of knowledge*. London, McMillan.
- BLUMER, H. (1937). «Social psychology. In Schmidt, E. P.» (Ed.) *Op. Cit.* 144-198.
- BLUMER, H. (1951). «Collective behavior.» En: LEE, A. M. (Ed.) *Principles of Sociology*. New York, Barnes and Noble. 167-222.
- BLUMER, H. (1954). «What is wrong with social theory?» *American Sociological Review*. 19, 3-10.

- BLUMER, H. (1969). *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona, Hora. 1982.
- BODEN, M. A. (1972). *Purposive explanation in psychology*. Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- BOGARDUS, E. S. (1925). «Measuring social distance.» *Journal of Applied Sociology*. 9, 299-308.
- BOLLES, R. C. (1962). «The difference between statistical hypothesis and scientific hypothesis.» *Psychological Records*. 11, 639-645.
- BORGATA, E. (1961). «Role-Playing specification, personality and performance.» *Sociometry*. 24, 218-233.
- BOWERS, K. S. (1973). «Situationism in psychology: an analysis and-critique.» *Psychological Review*. 80, 307-336.
- BREHM, J. W. (1966). *A theory of psychological reactance*. New York, Academic Press.
- BREHM, J. W. y COHEN, A. R. (1962). *Explorations in cognitive dissonance*. New York, Wiley.
- BRENNER, M. (Ed.) (1980). *The structure of action*. Oxford, Basil Blackwell.
- BRENNER, M; Et al. (Eds.). (1979). *The social context of method*. London, Cromm Helm.
- BRENTANO, F. (1874). *Psychologie von empirische standputke*. Leipzig. Vol. 1. Lib. 2. Cap. 1.
- BREWER, M. B. y COLLINS, B. E. (Eds.). (1981). *Scientific inquiry and the social sciences*. London, Jossey-Bass.
- BREWSTER SMITH, M. (1977). «A dialectical social psychology? Comments on a symposium.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 719-724.
- BRITISH JOURNAL OF SOCIAL PSYCHOLOGY. (1987) 27, 1.
- BROWN, R. (1986). *Social psychology. The second-edition*. New York, The Free Press.
- BRUNER, J. S. (1957). «On perceptual readiness.» *Psychological Review*. 64, 132-152.
- BRUNER, J. S. y GOODMAN, C. C. (1947). «Value and need as organizing factors in perception.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 42, 33-44.
- BRUNER, J. S; Et al. (1957). *Contemporary approaches to cognition*. Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- BRUNSWIK, E. (1949). *Systematic and representative design of psychological experiments*. Berkeley, University of California Press.
- BRUNSWIK, E. (1955). «Representative design and probabilistic theory in a functional psychology.» *Psychological Review*. 50, 255-272.
- BUCETA, L. (1968). «Lo objetivo y lo afectivo en los grupos pequeños.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 91, 23, 45-58.
- BUCK-MORSS, S. (1977). «The adorno legacy.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 707-713.
- BUSS, A. R. (1975). «The emerging field of sociology of psychological knowledge.» *American Psychologist*. 988-1002.
- BUSS, A. R. (1979). *Psychology in social context*. New York, Irvington.
- BUSS, A. R. (Ed.). (1979). *A dialectical psychology*. New York, Halstead.
- BUTTERFIELD, H. (1931). *The high interpretation of history*. New York, Scribner's. 1951.
- BYRNE, D. y NELSON, D. (1965). «Attraction as a linear function of proportion of positive reinforcements.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 1, 659-663.
- CAMPBELL, D. T. (1986). «Science's social system of validity enhancing collective belief change and the problems of the social sciences.» En: FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. (Eds.) *Op. Cit.* 108-135.
- CAMPBELL, D. T. y STANLEY, J. C. (1963). *Diseños experimentales y cuasiexperimentales en la investigación*. Buenos Aires, Amorrortu. 1973.

- CANNELL, CH. F. y KAHN, R. L. (1984). «Some factors in the origins and development of the institute for social research, the university of Michigan.» *American Psychologist*. 39, 2, 1256-1266.
- CANTRIL, H. (1948). «The nature of social perception.» *Transactions of the New York Academy of Sciences*. 6, 4, 142-153.
- CARLSMITH, J. M.; ELLSWORTH, P. C. y ARONSON, A. (1976). *Methods of research in social psychology*. Reading, Mass., Addison Wesley.
- CARROLL, J. y PAYNE, J. W. (Eds.) (1976). *Cognition and social behavior*. Hillsdale, Erlbaum.
- CARTWRIGHT, D. (1959a). «Lewinian theory as a contemporary systematic framework.» En: KOCH, S. (Ed.) *Op. Cit.* II, 7-91.
- CARTWRIGHT, D. (Ed.) (1959b). *Studies in social power*. Ann Arbor, Michigan, University of Michigan Press.
- CARTWRIGHT, D. (1973). «Determinants of scientific progress: the case of research on the risky shift.» *American Psychologist*. 28, 222-231.
- CARTWRIGHT, D. (1979). «Contemporary social psychology in historical perspective.» *Social Psychology Quarterly*. 42, 1, 82-93.
- CARTWRIGHT, D. y ZANDER, A. (Eds.) (1953). *Dinámica de grupos. Investigación y teoría*. México, Trillas. 1979.
- CASTORIADIS, J. (1978). *Les carrefours du labyrinthe*. Vol. 1. Paris, Seuil.
- CATTANEO, C. (1864). «Dell'antitesi come metodo di psicologia sociale.» *Il Politecnico*. 20, 262-270.
- CICOUREL, A. V. (1964). *El método y la medida en sociología*. Madrid, Editorial Nacional. 1982.
- CICOUREL, A. V. (1973). *Cognitive Sociology*. Middlesex, Penguin.
- CODOL, J. P. (1975). «On the so-called superior conformity of the self behavior: twenty experimental investigations.» *European Journal of Social Psychology*. 5, 4, 457-501.
- CODOL, J. P. (1982). «Differentiating and non-differentiating behavior: an approach to the sense of identity.» En: CODOL, J. P. y LEYENS, J. P. (Eds.). *Op. Cit.* 267-293.
- CODOL, J. P. (1984). «Social differentiation and non-differentiation.» En: TAJFEL, H. (Ed.) *The social dimension*. Cambridge, Cambridge University Press. Vol. 1, 314-337.
- CODOL, J. P. y LEYENS, J. P. (Eds.) (1982). *Cognitive analysis of social behavior*. The Hague, Martinus Nijhoff.
- COHEN, J. (1962). «The statistical power of abnormal-social psychological research.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 65, 3, 145-153.
- COLLET, P. (Ed.) (1977). *Social rules and social behavior*. Oxford, Basil Blackwell.
- COMTE, A. (1830). *Curso de filosofía positiva*. Madrid, Aguilar. 1934.
- COMTE, A. (1851). *Système de politique positive*. Paris, Mathias, Vol. 2.
- COOK, T. D. y CAMPBELL, D. T. (1979). *Quasi-experimentation: design and analysis issues for field settings*. Chicago, Rand McNally.
- COOLEY, C. H. (1902). *Human nature and the social order*. New York, Scribner's.
- COOMBS, C. H. (1952). *A theory of psychological scaling*. Ann Arbor, Michigan, Engineering Research Institute, University of Michigan.
- COSER, L. (1975). «Presidential address: two methods in search of a substance.» *American Sociological Review*. 40, 6, 691-700.
- COTTRELL, L. S. (1942). «The adjustment of the individual to his age and sex roles.» *American Sociological Review*. 7, 617-620.
- COULON, A. (1986). «Qu'est ce que l'ethnométhodologie?» *Quel Corps?* 32-33, 10-36.
- COULTER, J. (1986). «Affect and social context: emotion definition as a social task.» En: HARRE, R. (Ed.) *Op. Cit.* 120-183.

- COUTU, W. (1951). «Role playing versus role-taking: an appeal for clarification.» *American Sociological Review*. 16, 180-187.
- CRANO, W. D. y BREWER, M. (1973). *Fundamentos de la investigación en psicología social*. México, El Manual Moderno. 1977.
- CRONBACH, L. J. (1957). «The two disciplines of scientific psychology.» *American Psychologist*. 12, 671-684.
- CRONBACH, L. J. (1975). «Beyond the two disciplines of scientific psychology.» *American Psychologist*. 30, 116-127.
- CRONBACH, L. J. (1986). «Social inquiry by and for earthlings.» En: FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. (Eds.) *Op. Cit.* 83-107.
- CRONBACH, L. J. y MEEHL, P. E. (1955). «Construct validity in psychological testing.» *Psychological Bulletin*. 52, 281-302.
- CRUTCHFIELD, R. S. (1955). «Conformity and character.» *American Psychologist*. 10, 195-198.
- CVETKOVICH, G. (1977). «Dialectical perspectives on empirical research.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 688-696.
- CHISHOLM, R. M. (1967). «Intentionality.» En: EDWARDS, P. (Ed.) *The encyclopedia of philosophy*. New York, MacMillan. Vol. 4, 201-204.
- CHOMSKY, N. (1959). Review: B. F. «Skinner, verbal behavior.» *Language*. 35, 26-58.
- CHRISTIE, R. y WEISS, F. L. (1970). *Studies in Machiavellianism*. New York, Academic Press.
- DANZIGER, K. (1985). «The origins of the psychological experiment as a social institution.» *American Psychologist*. 40, 2, 133-140.
- DARLEY, J. M. y LATANE, B. (1968). «Bystander intervention in emergencies: diffusion of responsibility.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 8, 337-383.
- DARWIN, C. R. (1859). *El origen de las especies*. Madrid, EDAF. 1977.
- DARWIN, C. R. (1872). *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*. Buenos Aires, Sociedad de Ediciones Mundiales. 1967.
- DASHIELL, J. F. (1930). «An experimental analysis of some group effects.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 25, 190-199.
- DAVAL, R. et al. (1963). *Traité de psychologie sociale*. París, PUF.
- DAVIDSON, D. (1963). «Actions, reasons and causes.» *Journal of Philosophy*. 60.
- DE MIGUEL, A. (1966). «Actitudes y valores relacionados con la personalidad maquiavélica.» *Revista Española de la Opinión Pública*. 3, 103-126.
- DEAUX, K. y WRIGHTSMAN, L. S. (1988). *Social psychology*. Pacific Grove, California, Brooks/Cole.
- DECONCHY, J. P. (1971). «Regulation et signification dans un cas de compromis ideologique (eclesiastiques catholiques et propositions marxistes).» *Bulletin de Psychologie*. 30, 10-30.
- DECONCHY, J. P. (1980). *Orthodoxie religieuse et sciences humaines*. Paris, Mouton.
- DECONCHY, J. P. (1981). «Laboratory experimentation and social field experimentation; an ambiguous distinction.» *European Journal of Social Psychology*. 11, 323-347.
- DENNET, D. C. (1981). *Brainstorms. Philosophical essays on mind and psychology*. Sussex, The Harvester Press.
- DERRIDA, J. (1972). *Positions*. Paris, Seuil.
- DESCHAMPS, J. C. (1977). *L'attribution et la catégorisation sociale*. Berne, Lang.
- DESCHAMPS, J. C. y CLEMENCE, A. (1987). *L'explication quotidienne. Perspectives psychosociologiques*. Cousset, Del Val.
- DEUTSCHER, I. (1984). «Choosing ancestors: some consequences of the selection from intellectual traditions.» En: FARR, R. M. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 71-100.

- DEUTSCH, M. (1949). «A theory of competition and cooperation.» *Historical Review*. 2, 129-152.
- DEUTSCH, M. (1974). «The social psychological study of conflict: rejoinder to a critique.» *European Journal of Social Psychology*. 4, 441-456.
- DEUTSCH, M. (1976). «Theorizing in social psychology.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2, 131-141.
- DEUTSCH, M. (1976). «Discussion of E. Apfelbaum's conflicts: resolution or revolution?» En: STRICKLAND, L. H.; ABOUD, F. E. y GERGEN, K. G. (Eds.) *Op. Cit.*
- DEUTSCH, M. y KRAUSS, R. M. (1965). *Teorías en psicología Social*. Buenos Aires, Paidós. 1976.
- DIEZ NICOLAS, J. y TORREGROSA, J. R. (1967). «Aplicación de la escala de Cantril en España: resultados de un estudio preliminar.» *Revista Española de la Opinión Pública*. 10, 77-100.
- DILTHEY, W. (1883). *Introducción a las ciencias del espíritu*. México, FCE. 1949.
- DILTHEY, W. (1976). «Selected writings.» En: RICKMAN, H. P. (Ed.) *Op. Cit.* Cambridge, Cambridge University Press.
- DOISE, W. (1976). *L'articulation psychosociologique et les relations entre groupes*. Bruxelles, De Boeck.
- DOISE, W. (1980). *Experiences entre groupes*. Paris, Mouton.
- DOLLARD, J; Et al. (1939). *Frustration and aggression*. New Haven, Conn., Yale University Press.
- DURKHEIM, E. (1895). *Les règles de la méthode sociologique*. París, Alcan.
- DUVAL, S. y WICKLUND, R. A. (1972). *A theory of objective self-awareness*. New York, Academic Press.
- EAGLY, A. H. y CROWLEY, M. (1986). «Gender and helping behavior: a meta-analytic review of the social psychological literature.» *Psychological Bulletin*. 100, 3, 283-308.
- EAGLY, A. H. y CHAIKEN, S. (1984). «Cognitive theories of persuasion.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.*
- EAGLY, A. H. y STEFFEN, V. J. (1986). «Gender and aggressive behavior: a meta-analytic review of the social psychological literature.» *Psychological Bulletin*. 3, 309-330.
- EISER, J. R. (1986). *Social psychology. Attitudes, cognition and social behaviour*. Cambridge, Cambridge University Press.
- ELMS, A. C. (1975). «The crisis of confidence in social psychology.» *American Psychologist*. 30, 967-976.
- ELLWOOD, C. A. (1899). *Some prolegomena to social psychology*. Chicago, University of Chicago Press. 1901.
- EMERSON, R. M. (1981). «Exchange theory.» En: ROSENBERG, M. y TURNER, R. H. (Eds.). *Op. Cit.*
- FARBROW, N. L. (1973). «The crisis is chronic.» *American Psychologist*. 28, 388-394.
- FARR, R. (1980). «On reading Darwin and discovering social psychology.» En: GILMOUR, R. y DUCK, S. (Eds.) *Op. Cit.* 111-136.
- FARR, R. (1981). «The social origins of the human mind: a historical note.» En: FORGAS, J. P. (Ed.) *Op. Cit.* 247-258.
- FARR, R. (1986). «The social psychology of William McDougall.» En: GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 83-96.
- FARR, R. y ANDERSON, T. (1983). «Beyond actor-observer differences in perspective: extensions and applications.» En: HEWSTONE, M. (Ed.) *Op. Cit.* 45-64.
- FARR, R. y MOSCOVICI, S. (Eds.) (1984). *Social representations*. Cambridge, Cambridge University Press.
- FAUCHEUX, L. y MOSCOVICI, S. (1958). «Etude sur la créativité des groupes II. Tâche,

- situation individuelle et groupe.» *Bulletin de Psychologie*. 11, 863-874.
- FERRY, J-M. (1987). *Habermas. L'éthique de la communication*. Paris, PUF.
- FESTINGER, L. (1950). «Informal social communication.» *Psychological Review*. 57, 217-282.
- FESTINGER, L. (1954). «A theory of social comparison processes.» *Human Relations*. 7, 117-140.
- FESTINGER, L. (1957). *A theory of cognitive dissonance*. New York, Harper.
- FESTINGER, L. (Ed.) (1980). *Retrospections on social psychology*. New York, Oxford University Press.
- FESTINGER, L. y ARONSON, E. (1960). «Activación y reducción de la disonancia en contextos sociales.» En: TORREGROSA, J. R. *Op. Cit.* 77-93.
- FESTINGER, L. y CARLSMITH, J. M. (1959). «Cognitive consequences of forced compliance.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 58, 203-210.
- FESTINGER, L.; RIECKEN, H. W. y SCHACHTER, S. (1956). *When prophecy fails*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- FESTINGER, L; Et al. (1950). *Theorie and experiment in social communication*. Ann Arbor, Michigan, Research Center for Group Dynamics Institute.
- FIEDLER, F. E. (1967). *A theory of leadership effectiveness*. New York, McGraw Hill.
- FIELDING, N. (Ed.) (1988). *Actions and structures*. London, Sage.
- FISHBEIN, M. y AJZEN, I. (1975). *Belief, attitude, intention and behavior*. Reading Mass., Addison-Wesley.
- FISKE, D. W. (1986). «Specificity of method and knowledge in social science.» En: FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. (Eds.). *Op. Cit.* 61-82.
- FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. (Eds.) (1986). *Metatheory in social science. Pluralism and subjectivities*. Chicago, University of Chicago Press.
- FISKE, S. T. y TAYLOR, S. E. (1984). *Social cognition*. Reading Mass., Addison-Wesley.
- FLAMENT, C. (1958). «La performance des groupes de travail: rapports entre la structure de l'activité et celle du réseau de communication.» *Année Psychologique*. 58, 71-89.
- FODOR, J. A. (1968). *La explicación psicológica*. Madrid, Catedra. 1980.
- FORGAS, J. P. (Ed.) (1981). *Social cognition: perspectives on everyday understanding*. London, Academic Press.
- FORSYTH, D. R. (1976). «Crucial experiments and social psychological inquiry.» *Personality and Social Psychological Bulletin*. 2, 454-459.
- FRAISSE, P. y PIAGET, J. (Eds.) (1965). *Tratado de psicología experimental*. IX. *Psicología social*. Buenos Aires, Paidós.
- FREEDMAN, J. L. y FRASER, S. C. (1966). «Compliance without pressure: the foot-in-the-door technique.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 4, 195-202.
- FRESE, M. y SABINI, J. (Eds.). (1985). *Goal directed behavior: the concept of action in psychology*. Hillsdale, Lawrence Erlbaum Associates.
- FREUD, S. (1912). *Totem y tabú*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- FREUD, S. (1921). *La psicología de las masas y el análisis del Yo*. Madrid, Biblioteca Nueva. 1973.
- FREUD, S. (1928). *El porvenir de una ilusión*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- FREUD, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- FREUD, S. (1939). *Moisés y la religión monoteísta*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- GADAMER, H. G. (1960). *Vérité et méthode. Les grandes lignes d'un hermèneutique philosophique*. Paris, Seuil. 1976.
- GADLIN, H. y INGLE, G. (1975). «Through the one-way mirror. The limits of experimental self-reflection.» *American Psychologist*. 30, 1.003-1.010.
- GARFINKEL, H. (1966). *Studies in ethnomethodology*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.

- GARRIDO MARTÍN, E. (1982). «La psicología social: cronista científica.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 37, 569-583.
- GATES, G. S. (1924). «The effect of an audience upon performance.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 18, 334-344.
- GAULD, A. y SHOTTER, J. (1977). *Human action and its psychological investigation*. London, Routledge and Kegan Paul.
- GECK, L. (1929). *Socialpsychologie in Deutschland: eine einfuhrung in die literatur*. Berlin, Rotshchild.
- GEORGOUDI, M. (1983). «Modern dialectics in social psychology. A reappraisal.» *European Journal of Social Psychology*. 13, 77-93.
- GEORGOUDI, M. y ROSNOW, R. L. (1985a). «The emergence of contextualism.» *Journal of Communications*. 35, 1, 76-88.
- GEORGOUDI, M. y ROSNOW, R. L. (1985b). «Notes toward a contextualist understanding of social psychology.» *Journal of Communication*. 1, 5-22.
- GERGEN, K. J. (1973). «Social psychology as history.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 26, 309-320.
- GERGEN, K. J. (1976). «Social psychology. Science and history.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2, 373-383.
- GERGEN, K. J. (1977). «On taking dialectics seriously.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 714-718.
- GERGEN, K. J. (1978). «Toward generative theory.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 36, 11, 1344-136.
- GERGEN, K. J. (1982). *Toward transformation in social knowledge*. New York, Springer Verlag.
- GERGEN, K. J. (1984a). «Aggression as discourse.» En: MUMMENDEY, Y. (Ed.) *Op. Cit.* 51-68.
- GERGEN, K. J. (1984b). «The cognitive movement: a turn in the Möbius strip?» En: ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) *Op. Cit.* 95-100.
- GERGEN, K. J. (1984c). «Theory of the self: impasse and evolution.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol 17, 49-117.
- GERGEN, K. J. (1985). «Social constructionist inquiry: context and implications.» En: GERGEN, K. J. y DAVIES, K. A. (Eds.) *Op. Cit.* 3-18.
- GERGEN, K. J. (1985). «The social constructionist movement in modern psychology.» *American Psychologist*. 40, 3, 266-275.
- GERGEN, K. J. (1986). «Correspondance versus autonomy in the language of understanding human action.» En: FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. *Op. Cit.* 136-162.
- GERGEN, K. J. (1988). «Knowledge and social process.» En: BAR-TAL, D. y KRUGLANSKI, A. W. (Eds.) *Op. Cit.* 30-47.
- GERGEN, K. J. (1989). «La Psicología Postmoderna y la retórica de la realidad.» En: IBÁÑEZ, T. (Ed.) *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona, Sendai.
- GERGEN, K. J. y DAVIS, K. A. (Eds.) (1985). *The social construction of the person*. New York, Springer-Verlag.
- GERGEN, K. J. y GERGEN, M. M. (Eds.) (1984). *Historical social psychology*. Hillsdale, NJ. Lawrence Erlbaum Associates.
- GERGEN, K. J. y GERGEN, M. M. (1986). *Social psychology*. New York, Springer Verlag.
- GERGEN, K. J. y MORAWSKI, J. (1980). «An alternative metatheory for social psychology.» En: WHEELER, L. (Ed.) *Review of Personality and Social Psychology*. 326-346.
- GERMANI, G. (1952). «La psicología social en los Estados Unidos.» *Revista de Investigaciones Sociológicas*. 38.
- GETZELS, J. W. y GUBA, E. G. (1954). «Role, role conflict and effectiveness: an empiri-

- cal study.» *American Sociological Review*. 19, 364-373.
- GIDDENS, A. (1971). *El capitalismo y la moderna teoría social*. Barcelona, Ed. Labor. 1977.
- GIDDENS, A. (1979). *Central problems in social theory*. Berkeley, University of California Press.
- GIDDENS, A. (1982). *Profiles and critiques in social theory*. London, MacMillan.
- GIDDENS, A. (1983). «Comments on the theory of structuration.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 13, 75-80.
- GIDDENS, A. (1984). *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*. Cambridge, Polity Press.
- GIDDINS, F. H. (1896). *The principles of sociology*. New York, MacMillan.
- GILMOUR, R. y DUCK, S. (Eds.) (1980). *The development of social psychology*. London, Academic Press.
- GILLES, H. (Ed.). (1977). *Language, ethnicity and intergroup relations*. London, Academic Press.
- GINSBURG, G. P. (Ed.) (1979). *Emerging strategies in social psychological research*. New York, Wiley.
- GINSBURG, G. P.; BRENNER, M. y VON CRANACH, M. (Eds.). (1985). *Discovery strategies in the psychology of action*. London, Academic Press.
- GLASER, B. G. y STRAUSS. (1967). *The discovery of grounded theory*. Chicago, Aldine.
- GLASER, B. G. y STRAUSS. (1968). *Time for dying*. Chicago, Aldine.
- GLASS, G. (1978). «Integrating findings: the meta-analysis of research.» *Review of Research in Education*. 5, 351-379.
- GODOW, R. A. (1976). «Social psychology as both science and history.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2, 421-427.
- GOFFMAN, E. (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu. 1976.
- GOFFMAN, E. (1963). *Stigma: notes on the management of spoiled identity*. Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.
- GOFFMAN, E. (1967). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo. 1970.
- GOFFMAN, E. (1971). *Relations in public: microstudies of the public order*. New York, Basic Books.
- GOFFMAN, E. (1981). *Forms of talk*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- GOTTLIEB, A. (1977). «Social psychology as history or science: an addendum.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 206-210.
- GOULDNER, A. W. (1970). *The coming crisis of western sociology*. New York, Basic Books. (B.A. Amorrortu, 1973).
- GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.). (1986a). *Changing conceptions of crowd mind and behavior*. New York, Springer-Verlag.
- GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.). (1986b). *Changing conceptions of leadership*. New York, Springer-Verlag.
- GRAUMANN, C. F. y SOMMER, M. (1984). «Schema and inference: models in cognitive social psychology.» En: ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) *Op. Cit.* 31-76.
- GREENBERG, J. y FOLGER, R. (1988). *Controversial issues in social research*. New York, Springer Verlag.
- GREENWALD, A. (1975). «On the inconclusiveness of crucial cognitive tests of dissonance versus self-perception theories.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 1, 490-499.
- GREENWALD, A. (1975). «Consequences of prejudice against the null hypothesis.» *Psychological Bulletin*. 82, 1-20.
- GREENWALD, A. (1976). «Transhistorical lawfulness of behavior: a comment on two papers.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2. (1976-77).

- GREENWALD, A. (1981). «Cognitive response analysis: an appraisal.» En: PETTY, R. E.; OSTROM, T. M. & BROCK, T. C. (Eds.) *Cognitive responses in persuasion*. Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- GREENWALD, A. y PRATKANIS, A. R. (1984). «The self.» En: WYER, R. S. y SRULL, T. K. (Eds.). *Op. Cit.*
- GREENWOOD, J. D. (1982). «On the relation between laboratory experiments and social behavior.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 12, 225-250.
- GREENWOOD, J. D. (1989). *Explanation and experiment in social psychological science*. New York, Springer Verlag.
- GRISEZ, J. (1975). *Métodos de la psicología social*. Madrid, Morata. 1977.
- HABERMAS, J. (1968). *Erkenntnis und interesse*. Frankfurt, Suhrkamp Verlag.
- HABERMAS, J. (1985). *Théorie de l'agir communicationnel. Tome I. Rationalité de l'agir et rationalisation de la société*. Paris, PUF. (Trad. de la 3a edición revisada del 1985). 1987.
- HACKER, W. V. y VON CRANACH, M. (Eds.). (1982). *Cognitive and motivational aspects of action*. Amsterdam, North-Holland.
- HAINES, H. y VAUGHAN, G. M. (1979). «Was 1898 a great date in the history of experimental social psychology?» *Journal of the History of the Behavioral Sciences*. 15, 323-332.
- HALBWACHS, M. (1925). *Les cadres sociaux de la mémoire*. Paris, PUF. 1974.
- HALES, S. (1985). «The rediscovery of self in social psychology: theoretical and methodological implications.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 15, 3, 228-235.
- HARRE, R. (1977). «The ethogenic approach: theory and practice.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.). *Op. Cit.* Vol. 10. 283-314.
- HARRE, R. (1979). *Social being: a theory for social psychology*. Oxford, Basil Blackwell.
- HARRE, R. (Ed.). (1986). *The social construction of emotions*. Oxford, Basil Blackwell.
- HARRE, R. y LAMB, R. (Eds.) (1986). *The dictionary of personality and social psychology*. Oxford, Basil Blackwell.
- HARRE, R. y SECORD, P. (1972). *The explanation of social behavior*. Oxford, Basil Blackwell.
- HARRE, R.; CLARKE, D. y DE CARLO, N. (1985). *Motives and mechanisms. An introduction to the psychology of action*. London, Methuen. (Barcelona, Paidós, 1989).
- HARRIS, R. J. (1976). «Two factors contributing to the perception of the theoretical interactivity of social psychology.» *Personality and Social Psychology*. 2, 411-417.
- HARVEY, J. H. y SMITH, W. P. (1977). *Social psychology. An attributional approach*. St. Louis. Missouri, Mosby.
- HARVEY, J. H. y WEARY, G. (Eds.) (1985). *Attribution. Basic issues and applications*. New York, Academic Press.
- HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. (1976). «Historical perspective. A conversation with Fritz HEIDER.» En: HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1, 1-18.
- HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. (1978). «A conversation with Edward E. Jones and Harold H. Kelley.» En: HARVEY, J. M.; ICKES, W. y KIDD, R. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 2, 371-388.
- HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. F. (Eds.) (1981). *New directions in attribution research*. Vol. 3, Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- HASTIE, R. y CARLSTON, D. E. (1980). «Theoretical issues in person memory.» En: HASTIE, R. Et al. (Eds.). *Op. Cit.*
- HASTIE, R; Et al. (Eds.) (1980). *Person memory, the cognitive basis of social perception*. Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- HEGEL, L. (1930). *Lecciones sobre la filosofía de la historia*. Barcelona, Planeta, 1971.
- HEIDDEGER, M. (1927). *El ser y el tiempo*. México, F.C.E. 1975.

- HEIDER, F. (1944). «Social perception and phenomenal causality.» *Psychological Review*. 51, 358-374.
- HEIDER, F. (1946). «Attitude and cognitive organization.» *Journal of Psychology*. 21, 107-112.
- HEIDER, F. (1958). *The psychology of interpersonal relations*. New York, Wiley.
- HEIDER, F. (1976). «A conversation with Fritz Heider.» En: HARVEY, G. y ICKES, W. J. y KIDD, R. F. (Eds.) *Op. Cit.* 3-18.
- HEISE, D. R. (1979). *Understanding events*. Cambridge, Cambridge University Press.
- HEISS, J. (1981a). *The social psychology of interaction*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.
- HEISS, J. (1981b). «Social roles.» En: ROSENBERG, M. y TURNER, R. H. (Eds.) *Op. Cit.*
- HELMREICH, R. (1975). «Applied social psychology: the unfulfilled promise.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 1, 548-560.
- HELLPACH, W. (1938). *Einführung in die Völkerpsychologie*. Stuttgart, Enke-Verlag.
- HELLPACH, W. (1946). *Lehrbuch der sozial psychologie*. Stuttgart, Enke-Verlag.
- HELLPACH, W. (1956). «Sozialpsychologie.» En: ZIEGENFUSS, W. (Ed.) *Handbuch der Soziologie*. Stuttgart, Enke-Verlag.
- HENDRICK, C. (1976a). «Social psychology as history and as traditional science: an appraisal.» *Personality and Social Psychology*. 2, 392-403.
- HENDRICK, C. (1976b). «A comment on the lack of historical study of experimental social psychology.» *Newsletter of the History of Social Psychology*. 3, 3.
- HENDRICK, C. (Ed.) (1977). *Perspectives on social psychology*. Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum Associates.
- HENRIQUES, J; Et al. (Eds.) (1984). *Changing the subject*. London, Methuen.
- HENSHEL, R. L. (1980). «The purposes of laboratory experimentation and the virtues of the deliberate artificiality.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 16, 466-478.
- HENSHEL, R. L. y KENNEDY, L. W. (1973). «Self-altering prophecies: consequences for the feasibility of social predictions.» *General Systems*. 18, 119-126.
- HERBART, J. F. (1825). *Psychologie als Wissenschaft*. 2 Vols.
- HERDER, J. G. (1784). *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad*. Barcelona, Bruguera (1784-1791). 1976.
- HERITAGE, J. (1984). *Garfinkel and ethnomethodology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- HEWITT, J. P. (1977). «The dissipation of social psychology.» *American Sociologist*. 12, 14-17.
- HEWSTONE, M. (Ed.) (1983). *Attribution theory: social and functional experiences*. Oxford, Basil Blackwell.
- HEWSTONE, M.; JASPARS, J. y LALLJEE, M. (1982). «Social representations, social attributions and social identity: the intergroup images of public and comprehensive school boys.» *European Journal of Social Psychology*. 12, 241-269.
- HIMMELWEIT, H. T. et al. (1981). *How voters decide: a longitudinal study of political attitudes and voting extending over fifteen years*. London, Academic Press.
- HOBBES, T. (1651). *Leviathan*. Barcelona, Planeta, 1976.
- HOLTON, G. (1978). *The scientific imagination*. Cambridge, Cambridge University Press. 25-83.
- HOLZKAMP, K. (1976). *Kritische psychologie*. Frankfurt, Fischer Taschen buch Verlag.
- HOMANS, G. C. (1950). *The human group*. New York, Harcourt.
- HOMANS, G. C. (1961). *Social behavior: its elementary forms*. New York, Harcourt Brace Jovanovich.
- HOUSE, J. S. (1977). «The three faces of social psychology.» *Sociometry*. 40, 161-167.

- HOVLAND, C. I. y JANIS, I. L. (1959). *Personality and persuability*. New Haven, Yale University Press.
- HOVLAND, C. I. y WEISS, W. (1951). «The influence of source credibility on communication effectiveness.» *Public Opinion Quarterly*. 15, 635-650.
- HOVLAND, C. I.; JANIS, I. L. y KELLEY, H. H. (1953) *Communication and persuasion*. New Haven, Yale University Press.
- HOVLAND, C. I.; LUMSDAINE, A. A. y SHEFFIELD, F. D. (1949). *Experiments on mass communications*. Vol. III. *Studies in social psychology in World War II*. Princeton, NJ, Princeton University Press.
- HOVLAND, C. I. et al. (1957). *Order of presentation in persuasion*. New Haven, Yale University Press.
- HUICI, C. (1986). «Psicología social cognitiva: algunas contribuciones europeas.» En CARRTERO, M. et al. *Psicología cognitiva y ciencia cognitiva*. Madrid, UNED. 249-296.
- HUME, D. (1739). *Tratado sobre la naturaleza humana*. (1939-1940). Madrid, Sarpe, 1984.
- HUSBAND, R. W. (1931). «Analysis of methods in human maze learning.» *Journal of General Psychology*. 39, 258-278.
- HYMAN, H. H. (1942). «The psychology of status.» *Archives of Psychology*. 269.
- HYMAN, H. H. y SHEATSLEY, P. B. (1954). «The authoritarian personality. A methodological critique.» En: CHRISTIE, R. y JAHODA, M. (Eds.) *Studies in the scope and methods of The authoritarian personality*. New York, Free Press. 50-122.
- IBÁÑEZ, T. (1982). «Aspectos del problema de explicación en la psicología social.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 37, 161-171.
- IBÁÑEZ, T. (1983a). «La crisis de la psicología social: apuntes para una lectura.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 38, 4, 661-680.
- IBÁÑEZ, T. (1983b). *Poder y libertad*. Barcelona, Hora.
- IBÁÑEZ, T. (1983c). «Los efectos políticos de la psicología social.» *Cuadernos de Psicología*. 2/7, 95-106.
- IBÁÑEZ, T. (1987a). «Complejidad, sistemas auto-organizativos y psicología social.» *Boletín de Psicología*. 15, 13-21.
- IBÁÑEZ, T. (1987b). «Pouvoir, conversion et changement social.» En: MOSCOVICI, S. y MUGNY, G. (Eds.). *Op. Cit.* 219-238.
- IBÁÑEZ, T. (1988). «Las representaciones sociales. Teoría y método.» En: IBÁÑEZ, T. (Ed.) *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona, Sendai. 13-90.
- IBÁÑEZ, T. e ÍÑIGUEZ, L. (1988). «El poder y los sistemas políticos.» En: SEOANE, J. y RODRÍGUEZ, A. (Eds.). *Psicología Política*. Madrid, Pirámide. 331-358.
- ICHHEISER, G. (1934). «Ueber zurechnungstauschungen.» *Monatsschrifts fuer kriminalpsychologie und strafrechtsreform*. 25, 129-142.
- ICHHEISER, G. (1943). «Misinterpretations of personality in everyday life and the psychologist's frame of reference.» *Character and Personality*. 12, 145-166.
- ICHHEISER, G. (1949). *Misunderstanding in human relations: a study of false social perception*. Chicago, Chicago University Press.
- ISEN, A. M. (1984). «Toward understanding the role of affect in cognition.» En: WYER, R. y SRULL, T. (Eds.). *Op. Cit.*
- ISENBERG, D. J. (1986). «Group polarization: a critical review and meta-analysis.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 50, 6, 1141-1151
- ISRAEL, J. y TAJFEL, H. (Eds.) (1972). *The context of social psychology: a critical assessment*. London, Academic Press.
- ITTELSON, W. H. (1960). *Visual Space Perception*. New York, Springer.
- JAHODA, M. (1983). «The emergence of social psychology in Vienna: an exercise in long-term memory.» *British Journal of Social Psychology*. 22, 343-349.

- JAHODA, M.; LAZARSELD, P. F. y ZEISEL, H. (1933). *Marienthal. The sociology of an unemployed community*. London, Tavistock. 1972.
- JAMES, W. (1890). *Principles of psychology*. (2 vols.). New York, Holt.
- JANIS, I. L. y MANN, L. (1977). *Decision making: a psychological analysis of conflict, choice, and commitment*. New York, Free Press.
- JASPARS, J. (1986). «Forum and focus: a personal view of european social psychology.» *European Journal of Social Psychology*. 16, 1, 3-16.
- JASPARS, J.; FINCHAM, F. y HEWSTONE, M. (Eds.) (1983). *Attribution theory and research*. New York, Academic Press.
- JIMÉNEZ BURILLO, F. (1976). «Psicología social en España.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 31, 139, 235-284.
- JIMÉNEZ BURILLO, F. (1977). «Sobre algunas cuestiones de la psicología social actual.» *Revista Española de la Opinión Pública*. 47, 139-146.
- JIMÉNEZ BURILLO, F. (1985). «Algunas (hipo)tesis sobre la psicología social.» *Boletín de Psicología*. 6, 75-79.
- JODELET, D. (1984). «Reflexions sur le traitement de la notion de représentation sociale en psychologie sociale.» *Communication and Information*. 6, 2-3, 15-41.
- JONES, E. E. (1964). *Ingratiation. A social psychological analysis*. New York, Appleton.
- JONES, E. E. (1985). «Major developments in social psychology during the past five decades.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. *Op. Cit.* Vol. 1, 47-107.
- JONES, E. E. y DAVIS, K. E. (1965). «From acts to dispositions: the attribution process in person perception.» En: BERKOWITZ, L. (ed.) *Op. Cit.* Vol. 2, 219-266.
- JONES, E. E. y NISBETT, R. E. (1972). «The actor and the observer: divergent perceptions of the cause of behavior.» En: JONES, E. E. Et al. (Eds.) *Op. Cit.*
- JONES, E. E. y PITTMAN, T. S. (1982). «Toward a general theory of strategic self presentation.» En: SULS, J. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 1, 231-262.
- JONES, E. E.; Et al. (1972). *Attribution, perceiving the causes of behavior*. Vol. 2, Morristown, General Learning.
- JUNG, J. (1969). «Current practices and problems in the use of college students for psychological research.» *Canadian Psychologist*. 10, 280-290.
- KARDINER, A. (1939). *El individuo y la sociedad*. México, FCE. 1968.
- KARPF, F. B. (1932). *American social psychology: its origins, development and European background*. New York, McGraw Hill.
- KATZ, D. (1960). «The functional approach to the study of attitudes.» *Public Opinion Quarterly*. 24, 163-204.
- KATZ, D. (1978). «Social psychology in relation to the social sciences: the second social psychology.» *American Behavioral Scientist*. Vol. 25, 5, 779-793.
- KELMAN, H. C. (1958). «Compliance, identification and internalization: three processes of attitude change.» *Journal of Conflict Resolution*. 2, 51-60.
- KELMAN, H. C. (1965). «Manipulation of human behavior: an ethical dilemma for the social scientists.» *Journal of Social Issues*. 21, 2, 31-46.
- KELMAN, H. C. (1967). «Human use of human subjects: the problem of deception in social psychological experiments.» *Psychological Bulletin*. 67, 1-11.
- KELMAN, H. C. (1968). *A time to speak: on human values and social research*. San Francisco, Jossey Bass.
- KELMAN, H. C. (1972). «The rights of the subject in social research: an analysis in terms of relative power and legitimacy.» *American Psychologist*. 27, 989-1016.
- KELLEY, H. H. (1967). «Attribution theory in social psychology.» En: LEVINE, D. (Ed.) *Nebraska Symposium of Motivation*. Lincoln, University of Nebraska Press. Vol. 15, 192-298.

- KELLEY, H. H. y THIBAUT, J. W. (1954). *Experimental studies of group problem solving and process*. Reading, Mass., Addison Wesley.
- KENNY, D. A. (1985). «Quantitative methods for social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1. 487-508.
- KESSLER, S. y MCKENNA, W. (1978). *Gender: an ethnomethodological approach*. New York, Wiley.
- KHUN, S. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, FCE. 1971.
- KIESLER, C. A. (1971). *The psychology of commitment: experiments linking behavior to belief*. New York, Academic Press.
- KIHLSTROM, J. F. y CANTOR, N. (1984). «Mental representations of the self.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 17, 2-48.
- KLINEBERG, O. (1940). *Psicología social*. México, FCE, 1977.
- KOCH, S. (Ed.) (1959). *Psychology: a study of a science*. New York, Mac Graw Hill.
- KOGAN, N. y WALLACH, N. W. (1964). *Risk taking: a study in cognition and personality*. New York, Holt, Rinehart and Winston.
- KRECH, D. y CRUTCHFIELD, R. S. (1948). *Theory and problems of social psychology*. New York, McGraw Hill.
- KRUGLANSKI, A. W. (1984). «Schemata and inferences across time and space: on the thematic continuities of cognitive psychology.» En: ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) *Op. Cit.* 85-94.
- KUHN, M. H. (1964). «Major trends in symbolic interaction theory in the past twenty five years.» *Sociological Quarterly*. 5, 61-84.
- KUHN, M. H. y MCPARTLANDS, T. S. (1954). «An empirical investigation of self-attitudes.» *American Sociological Review*. 19, 60-76.
- KYTLE, J. (1977). «Ideology and planned social change: a critique of two popular change strategies.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 697-706.
- LAKATOS, I. (1978). *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid, Alianza editorial. 1983.
- LALLJEE, M. (1981). «Attribution theory and the analysis of explanations.» En: ANTAKI, C. (Ed.) *Op. Cit.* 119-137.
- LALLJEE, M. y ABELSON, R. P. (1983). «The organisation of explanations.» En: HEWSTONE, M. (Ed.) *Op. Cit.* 65-80.
- LAMBERT, R. (1957). «Structure d'influence dans des petits groupes de travail.» *Psychologie Française*. 2, 213-226.
- LAMPREECHT, K. (1900). *Die Kulturhistorische methode*. Berlín, H. Heyfelder.
- LANA, R. E. (1986). «Descartes, Vico, Contextualism and social psychology.» En: ROSNOW, R. y GEORGOUDI, M. (Eds.) *Op. Cit.* 67-88.
- LANDMAN, J. y MANIS, M. (1983). «Social cognition: some historical and theoretical perspectives.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 16.
- LANGER, E. J. (1978). «Rethinking the role of thought in social interaction.» En: HARVEY, J. H.; ICKES, W.; KIDD, R. E. (Eds.). *Op. Cit.* Vol. 2. 33-58.
- LATOUR, B. (1987). *Science in action*. England. Milton Reyner, Open University Press.
- LAZARUS, M. (1860). «Einleitende gedanken über völkerpsychologie» y, también, «Einleitung zu einer zeitschrift für völkerpsychologie und sprachwissenschaft.» *Zeitschrift für völkerpsychologie und sprachwissenschaft*. 1, 1-73.
- LE BON, G. (1895). *Psicología de las masas*. Madrid, Morata. 1983.
- LEAVITT, H. J. (1951). «Some effects of certain communication patterns on group performance.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 46, 38-50.
- LEMAINE, J. M. (1959). «Quelques réflexions sur la dynamique de groupe et sur les groupes de diagnostic.» *Bulletin de Psychologie*. 12, 158-161, 437-439.

- LEVINE, N. (1976). «On the metaphysics of social psychology: a critical view.» *Human Relations*. 29, 4, 385-400.
- LEVY-BRUHL, L. (1922). *La mentalité primitive*. París, F. Alcan. 1926.
- LEVY, A. (1965). *Psychologie sociale. Textes fondamentaux anglais et américains*. París, Dunod.
- LEWIN, K. (1926). «Comments concerning psychological forces and energies, and the structure of the psyche.» En: RAPAPORT, D. (Ed.). *Organization and pathology of thought*. New York, Columbia University Press. 1951. 76-94.
- LEWIN, K. (1935). «The conflict between Aristotelian and Galileian modes of thought in contemporary psychology.» En: LEWIN, K. *A dynamic theory of personality*. New York, McGraw Hill.
- LEWIN, K. (1936). *Principles of topological psychology*. New York, McGraw Hill.
- LEWIN, K. (1938). «The conceptual representation and measurement of psychological forces.» *Contributions to Psychological Theory*. 1, 4.
- LEWIN, K. (1943). «Forces behind food habits and methods of change.» *Bulletin of the National Research Council*. 108, 35-65.
- LEWIN, K. (1951). *La teoría del campo en la ciencia social*. Buenos Aires, Paidós. 1978.
- LEWIN, K. y LIPPITT, R. (1938). «An experimental approach to the study of autocracy and democracy: a preliminary note.» *Sociometry*. 1, 292-300.
- LEWIN, K.; LIPPIT, R. y WHITE, R. K. (1939). «Patterns of aggressive behavior in experimentally created social climates.» *Journal of Social Psychology*. 10, 271-299.
- LEWIN, M. A. (1977). «Kurt Lewin's view of social psychology: the crisis of 1977 and the crisis of 1927.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 3, 159-172.
- LEYENS, J. P. (1983). *Sommes-nous tous des psychologues?* Bruxelles, Pierre Mardaga.
- LIKERT, R. (1932). «A technique for the measurement of attitudes.» *Archives de Psychologie*. 140.
- LINDESMITH, A. R. y STRAUSS, A. L. (1949). *Social psychology*. New York, Dryden Press.
- LINDNER, G. A. (1871). *Ideen zur psychologie der gesellschaft als grundlage der socialwissenschaft*. Vienna, Carl Gerold's Sohn.
- LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). (1954). *The handbook of social psychology*. Reading, Mass., Addison Wesley, 2 Vols.
- LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). (1968). *The handbook of social psychology*. Reading, Mass., Addison Wesley, 5 Vols.
- LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). (1985). *Handbook of Social Psychology*. New York, Erlbaum. 2 Vols.
- LINTON, R. (1936). *The study of man*. New York, Appleton Century.
- LINTON, R. (1945). *The cultural background of personality*. New York, Appleton-century-crofts.
- LISKA, A. E. (1977). «The dissipation of sociological social psychology.» *American Sociologist*. 12, 2-8 y 29-33.
- LOCKE, J. (1690). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Madrid, Sarpe. 1984.
- LOTT, A. y LOTT, B. (1972). «The power of liking: consequences of interpersonal attitudes derived from a liberalized view of secondary reinforcement.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 6.
- LOTT, B. y LOTT, A. (1985). «Learning theory in contemporary social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1, 109-135.
- LUBECK, I. (1976). «Power, structure in social psychology.» En: STRICKLAND, L.; ABOUD, F. y GERGEN, K. J. (Eds.). *Op. Cit.*
- LUBECK, I. (1981). «Histoire de psychologies sociales perdues: le cas de Gabriel Tarde.» *Revue Française de Sociologie*. 22, 361-395.

- LUBECK, I. y APFELBAUM, E. (1979). «Analyse psycho-sociologique et historique de l'emprise d'un paradigme: l'apprentissage S-R, l'hypothèse Frustration-agression et l'effet Garcia.» *Recherches de Psychologie Sociale*. 1, 123-149.
- LUCK, H. E. (1987). «A historical perspective on social psychological theories.» En: SEMIN, G. R. y KRAHE, B. (Eds.) *Op. Cit.* 16-35.
- LYKEEN, D. T. (1968). «Statistical significance in psychological research.» *Psychological Bulletin*. 70, 3, 151-159.
- MACKENZIE, B. D. (1977). *El behaviorismo y los límites del método científico*. Bilbao, Desclee de Brower. 1982.
- MAISONNEUVE, J. (1950). *Psychologie sociale*. Paris, PUF.
- MAISONNEUVE, J. (1952). «L'étude des petits groupes aux Etats-Unis.» *Année Sociologique*. 281-286.
- MAISONNEUVE, J. (1956). «Un bilan de la sociométrie.» *Année Psychologique*. 56, 67-73.
- MALLART, J. (1946). «Reseña de Mayo, E.: problemas sociales de una civilización industrial.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 1.
- MANICAS, P. T. (1987). *A history and philosophy of the social science*. New York, Basil Blackwell.
- MANICAS, P. T. y SECORD, P. F. (1983). «Implications for psychology of the new philosophy of science.» *American Psychologist*. 38, 399-413.
- MANIS, M. (1975). «Comments on Gergen's social psychology as history.» *Personality and Social Psychology*. 1, 450-455.
- MANIS, M. (1976). «Is social psychology really different?» *Personality and Social Psychology*. 2, 428-437.
- MAQUIAVELO, N. (1513). *El principe*. Barcelona, Bruguera. 1975.
- MARGOLIS, J.; MANICAS, P. T.; HARRE, R. y SECORD, P. F. (1986). *Psychology: designing the discipline*. New York, Basil Blackwell.
- MARKUS, H. (1977). «Self-schemas and processing information about the self.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 35, 2, 63-78.
- MARKUS, H. y ZAJONC, R. B. (1985). «The cognitive perspective in social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1.
- MARSH, P.; ROSSER, E. y HARRE, R. (1974). *The rules of disorder*. London, Routledge and Kegan Paul.
- MARTIN, R. M. y MARCUSE, F. L. (1958). «Characteristics of volunteers and non volunteers in psychological experimentation.» *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. 22, 475-479.
- MARX, K. (1859). *Crítica de la economía política*. Barcelona, Bruguera, 1980.
- MASS, A. y CLARK, R. D. (1984). «The hidden impact of minorities: fourteen years of minority influence research.» *Psychological Bulletin*. 95, 448-450.
- MATALON, B. (1988). *Décrire, expliquer, prévoir. Démarches expérimentales et terrain*. Paris, Armand Colin.
- MAYO, E. (1933). *The human problems of an individual civilization*. New York, Macmillan.
- MCCLELLAND, D. C. (1955). *Studies in motivation*. New York, Appleton.
- MCCLELLAND, D. C. (1961). *La sociedad ambiciosa*. Madrid, Guadarrama. 1968.
- MCDUGALL, W. (1908). *Introduction to social psychology*. London, Methuen.
- MCDUGALL, W. (1920). *The group mind*. New York, Putnam's Sons.
- MCDUGALL, W. (1930). «La psicología Hormica.» En: BRETT, G. S.; CARR, H. y MCDUGALL, W. *Psicología del acto. Psicología funcionalista. Psicología hormica*. Buenos Aires, Paidós. 1965.
- MCGINNIES, S. (1970). *Social behavior, functional analysis*. New York, Houghton-Mifflin.
- MCGUIRE, W. J. (1961). «Resistance to persuasion conferred by active and passive prior

- refutation of the same and alternative counterarguments.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 63, 326-332.
- MCGUIRE, W. J. (1967). «Some empendings reorientations in social psychology.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 3, 124-139.
- MCGUIRE, W. J. (1969). «The nature of attitudes and attitude change.» En: G. LINDZEY; E. ARONSON (Eds.). *Op. Cit.* Vol. 3. 136-314.
- MCGUIRE, W. J. (1973). «The yin and yang of progres in social psychology: seven koans.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 26, 446-456.
- MCGUIRE, W. J. (1983). «A contextualist theory of knowledge: its implication for innovations and reform in psychology research.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 16. 1-47.
- MCGUIRE, W. J. (1984). «Search for the self: going beyond self-steem and the reactive self.» En: ZUCKER, R. A.; ARONOFF, J. y RAVIN, A. I. (Eds.) *Op. cit.* 73-120.
- MCPHAIL, C. y REXROAT, C. (1979). «Mead vs. Blumer: the divergent methodological perspectives of social behaviorism and symbolic interactionism.» *American Sociological Review*. 44, 449-467.
- MEAD, G. H. (1909). «Social psychology as conterpart to physiological psychology.» *Psychological Bulletin*. 6, 401-408.
- MEAD, G. H. (1934). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires, Paidós. 1965.
- MEAD, M. (1928). *Coming of age in Samoa: a psychological study in primitive youth for western civilization*. New York, William Morrow.
- MEEHL, P. E. (1967). «Theory-testing in psychology and physics: a methodological paradox.» *Philosophy of Science*. June, 103-115.
- MEEHL, P. E. (1978). «Theoretical risk and tabular asteriks. Sir Karl, Sir Popper and the slow progress of the soft psychology.» *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. 46, 4, 806-834.
- MEEHL, P. E. (1986). «What social scientist don't understand.» En: FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. (Eds.) *Op. cit.* 315-338.
- MELTZER, B. M. (1959). *The social psychology of G. H. Mead*. Kalamazoo. Center for Sociological Research.
- MELTZER, B. M.; PETRAS, J. W. y REYNOLDS, L. T. (1975). *Symbolic interactionism: genesis, varieties and criticism*. London, Routlegde and Kegan Paul.
- MERTON, R. K. (1957). «The role-set: problems in sociological theory.» *British Journal of Sociology*. 8, 106-120.
- MILGRAM, S. (1963). «Behavioral study of obedience.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 67, 371-378.
- MILGRAM, S. (1974). *Obediencia a la autoridad*. Bilbao, Desclee de Brouwer. 1980.
- MILLER, D. L. (1982). *The individual and the social self: unpublished work of Mead, G. H.* Chicago, University of Chicago Press.
- MILLER, D. T. y ROSS, M. (1975). «Self-serving biases in the attribution of causality: fact or fiction?» *Psychological Bulletin*. 82, 213-225.
- MILLER, N. E. y DOLLARD, J. (1941). *Social learning and imitation*. New Haven, Yale University Press.
- MILLS, C. W. (1940). «Situating action and vocabularies of motives.» *American Journal of Sociology*. 5, 904-913.
- MISCHEL, T. (1975). «Psychological explanations and their vicissitudes.» En: LEVINE, D. (Ed.) *Nebraska Symposium on motivation*. Lincoln, University of Nebraska Press. 133-205.
- MOEDE, W. (1920). *Experimentale massenpsychologie*. Leipzig, Hirzel.
- MONTAIGNE, M. (1586). *Ensayos*. Barcelona, Bruguera. 1976.

- MONTESQUIEU, M. (1748). *L'esprit des lois*. Barcelona, Planeta. 1976.
- MONTMOLLIN, G. (1955). «Effets de groupe sur la structuration perceptive.» *Année Psychologique*. 55, 1-25.
- MONTOYA, N. (1961). *Utilización pedagógica de la sociometría*. Madrid, Rialp.
- MOORE, H. T. (1921). «The comparative influence of majority and expert opinion.» *American Journal of Psychology*. 32, 16-20.
- MORALES, J. F. (1981). *La conducta social como intercambio*. Bilbao, Desclee de Brouwer.
- MORALES, J. F. (1985). «El concepto de psicología social.» *Boletín de Psicología*. 6, 81-104.
- MORAWSKI, J. G. (1979). «History, social structure, and the development of social psychology.» En: STRICKLAND, L. H. (Ed.) *Op. Cit.* 25-54.
- MORENO, J. L. (1923). *The theater of spontaneity*. Beacon, New York, Beacon House, 1947.
- MORENO, J. L. (1934). *Who shall survive*. Washington D. C., N.D.P.C.
- MORGAN, G. (1983). «Toward a more reflective social science.» En: MORGAN, G. (Ed.) *Op. Cit.* 368-376.
- MORGAN, G. (Ed.). (1983). *Beyond method. Strategies for social research*. London, Sage.
- MORO, TH. (1516). *Utopía*. Barcelona. Ed. Bruguera. 1975.
- MORRISON, D. E. y HENKEL, R. E. (Eds.). (1970). *The significance test controversy*. Chicago, Aldine.
- MOSCOVICI, S. (1953). «Remarques sur les problèmes structuraux dans l'étude des opinions.» *Bulletin de Psychologie*. 6, 420-429.
- MOSCOVICI, S. (1955a). «Logique et langage dans la propagande: quelques résultats.» *Bulletin de Psychologie*. 8, 434-451.
- MOSCOVICI, S. (1955b). «Notes sur les fondements théoriques et pratiques de la méthode d'enquête en psychologie appliquée.» *Bulletin du Centre d'Etudes et de Recherche Psycho-Techniques*. 4, 125-141.
- MOSCOVICI, S. (1961). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Huemul. 1979.
- MOSCOVICI, S. (1963). «Attitudes and opinions.» *Annual Review of Psychology*. 14, 231-260.
- MOSCOVICI, S. (1967). «Communication processes and the properties of language.» En: BERKOWITZ, L. *Op. Cit.* Vol. 3.
- MOSCOVICI, S. (1970). «La psychologie sociale science en mouvement: sa spécificité et ses tensions.» En: JODELET, D.; VIET, J. y BESNARD, PH. *La psychologie sociale une discipline en mouvement*. Paris, Mouton. 9-64.
- MOSCOVICI, S. (1972a). «Society and theory in social psychology.» En: ISRAEL, J. y TAJFEL, H. (Eds.). *Op. Cit.* 17-68.
- MOSCOVICI, S. (Ed.) (1972b). *Introducción a la psicología social*. Barcelona, Planeta. 1975.
- MOSCOVICI, S. (1976). *Psicología de las minorías activas*. Madrid, Morata. 1981.
- MOSCOVICI, S. (1980). «Toward a theory of conversion behavior.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 13.
- MOSCOVICI, S. (1982). «The coming era of social representation.» En: CODOL, J. P. y LEYENS, J. P. (Eds.) *Op. Cit.* 115-151.
- MOSCOVICI, S. (Ed.) (1984). *Psicología social*. Barcelona, Paidós. 1986.
- MOSCOVICI, S. (1985). «Social influence and conformity.» En: LINDZEY, L. y ARONSON, E. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 2, 347-412.
- MOSCOVICI, S. (1986a). «The discovery of the masses.» En: GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 5-26.
- MOSCOVICI, S. (1986b). «Introduction.» En: GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 1-15.

- MOSCOVICI, S. (1988). «Notes towards a description of social representations.» *European Journal of Social Psychology*. 18, 3, 211-250.
- MOSCOVICI, S. y FAUCHEUX, C. (1972). «Social influence, conformity bias, and the study of minorities.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 6, 149-202.
- MOSCOVICI, S. y MUGNY, G. (Eds.). (1987). *Psychologie de la conversion*. Cousset, Del Val.
- MOSCOVICI, S. y ZAVALLONI, M. (1969). «The group as polarizer of attitudes.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 12, 125-136.
- MOSCOVICI, S.; LAGE, E. y NAFFRECHOUX, M. (1969). «Influence of a consistent minority on the responses of a majority in a color perception task.» *Sociometry*. 32, 365-379.
- MOYA, G. (1955). «Estudio psicológico del rumor.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 33, 129-136.
- MUGNY, G. (1981). *El poder de las minorías*. Barcelona, Rol.
- MUGNY, G. (Ed.). (1985). *Psychologie sociale du developpement cognitif*. Berne; Peter Lang.
- MUGNY, G. y CARUGATY, F. (1985). *L'intelligence au pluriel. La représentation sociale de l'intelligence et son developpement*. Cousset, Del Val.
- MUGNY, G. y DOISE, W. (1983). *La construcción social de la inteligencia*. México, Trillas.
- MUGNY, G. y PÉREZ, J. (1986). *Le déni et la raison. Psychologie de l'impact social des minorités*. Cousset, Del Val.
- MULDER, M. (1959). «Power and satisfaction in task oriented groups.» *Acta Psychologica*. 16, 178-275.
- MULDER, M. (1960). «The power variable in communication experiments.» *Human Relations*. 13, 241-257.
- MULKAY, M. (1985). *The word an the world: explorations in the form of sociological analysis*. London, Allen Unwin.
- MULKAY, M.; POTTER, J. y YEARLEY, S. (1982). «Why an analysis of scientific discourse is needed.» En: KNORRETINA, K. D. y MULKAY, M. (Eds.). *Science observed: perspectives on the social study of science*. California, Sage.
- MUMMENDEY, Y. (Ed.) (1984). *Social Psychology of aggression*. New York, Springer Verlag.
- MUNNE, F. (1969). «Los medios de comunicación social.» *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*. 14, 125-140.
- MUNNE, F. (1982). *Psicologías sociales marginadas. La línea de Marx en la psicología social*. Barcelona, Hispano-Europea.
- MUNNE, F. (1982). *Psicología social*. Barcelona, CEAC.
- MUNNE, F. (1985). «El desarrollo de la psicología social en la Unión Soviética.» *Revista de Historia de la Psicología*. 6, 1, 19-46.
- MUNNE, F. (1986). *La construcción de la psicología social como ciencia teórica*. Barcelona, Alamex.
- MURCHISON (Ed.) (1935). *A handbook of social psychology*. Worcester, Clark University Press.
- MURPHY, G. y MURPHY, L. B. (1931). *Experimental social psychology*. New York, Harper.
- NEIMAN, L. J. y HUGHES, J. W. (1951). «The problem of the concept of role-a resurvey of the literature.» *Social Forces*. 30, 141-149.
- NEISSER, U. (1967). *Cognitive psychology*. New York, Appleton: century crofts.
- NELSON, C. E. y KENNENBERG, P. H. (1976). «Social psychology in crisis: a study of references in the handbook of social psychology.» *Personality and Social Psychological Bulletin*. 2, 1, 14-21.
- NEMETH, C. y WACHTLER, J. (1974). «Creating the perceptions of consistency and confidence: a necessary condition for minority influence.» *Sociometry*. 37, 4, 529-540.
- NEWCOMB, T. M. (1943). *Personality and social change*. New York, Dryden Press.

- NEWCOMB, T. M. (1950). *Manual de psicología social*. Buenos Aires, Eudeba. 1974.
- NEWCOMB, T. M. (1953). «An approach to the study of communicative acts.» *Psychological Review*. 60, 393-404.
- NEWCOMB, T. M. (1961). *The acquaintance process*. New York, Holt, Rinehart and Winston.
- NEWTON, L. (1690). *Principia Mathematica*. Barcelona, Planeta. 1974.
- NISBETT, R. E. y WILSON, T. D. (1977). «Telling more than we can know: verbal reports on mental processes.» *Psychological Review*. 84, 231-259.
- NUTTIN, J. M. (1966). «Attitude change after rewarded dissonant and consonant forced compliance.» *International Journal of Psychology*. 1, 39-57.
- NUTTIN, J. M. (1975). *The illusion of attitude change*. London, Academic Press.
- ORANO, P. (1902). *Psicologia sociale*. Bari, Bins, Laterza e Figli.
- ORNE, M. T. (1962). «On the social psychology of the psychological experiment: with particular reference to demand characteristics and their implications.» *American Psychologist*. 17, 776-783.
- ORTEGA Y GASSET. (1930). *La rebelión de las masas*. Barcelona, Planeta. 1983.
- ORTEGA Y GASSET. (1935). *Historia como sistema*. Revista de Occidente.
- OSGOOD, C. E. (1952). «The nature and measurement of meaning.» *Psychological Bulletin*. 49, 197-237.
- OSGOOD, C. E. y TANNENBAUM, P. H. (1955). «The principle of congruity in the prediction of attitude change.» *Psychological Review*. 62, 42-55.
- OSGOOD, C. E.; SUCCI, G. J. y TANNENBAUM, P. H. (1957). *La medida del significado*. Madrid, Gredos. 1976.
- OUTHWAITE, W. (1987). *New philosophies of social science. Realism, hermeneutics and critical theory*. London, MacMillan Education.
- PÁEZ, D.; ECHEBARRIA, A.; VALENCIA, J. F. y SARABIA, B. (1987). *Teoría y método en psicología social*. Donostia, UPV/EHV.
- PÁEZ, D; Et al. (1987). *Pensamiento, individuo y sociedad*. Madrid, Fundamentos.
- PAGES, R. (1954). «La psychologie experimentale des groupes, variables et dimensions majeures.» *Bulletin de Psychologie*. 7, 366-375; 8, 442-453; 9, 536-544.
- PAGES, R. (1959). «Remarques sur les groupes de base et leur rôle dans un ensemble de procédés de formation psycho-sociale.» *Bulletin de Psychologie*. 12, 465-477.
- PAGES, R. (1961). «La experimentación en sociología.» En: KÖNING, R. (Ed.) *Tratado de sociología empírica*. Vol. 1. Madrid, Tecnos. 1973.
- PALMONARI, A.; POMBENI, M. L. y ZANI, B. (1987). «Social representation and professionalization of psychologist.» *Current Issues in European Social Psychology*. 2, 231-269.
- PAPASTAMOU, ST. (1986). «Psychologization and processes of minority and majority influence.» *European Journal of Social Psychology*. Vol. 16. 165-180.
- PARETO, V. (1907). *L'économie et la sociologie*. Paris, Alcan. 1974.
- PARKER, I. (1988). «Deconstructing accounts.» En: ANTAKI, C. (Ed.). *Op. Cit.* 184-198.
- PECHEUX, M. (1982). *Language, semantics and ideology: stating the obvious*. London, MacMillan.
- PEPITONE, A. (1976). «Toward a normative and comparative biocultural social psychology.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 34, 641-653.
- PEPITONE, A. (1981). «Lessons from the history of social psychology.» *American Psychologist*. 36, 9, 972-985.
- PEPPER, S. C. (1942). *World hypotheses: a study in evidence*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press.
- PERRETLERMONT, A. N. (1979). *La construction de l'intelligence dans l'interaction sociale*. Berne, Lang.

- PETTY, R. E. y CACIOPPO, J. T. (1981). *Attitudes and persuasion: classic and contemporary approaches*. Dubuque, IA, W. C. Brown.
- PINILLOS, J. L. (1963). «Análisis de la escala F en una muestra española: estudio comparativo.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 70, 18, 1155-1174.
- PINILLOS, J. L. (1965a). «La psychologie sociale en Espagne.» *Social Sciences*. 4,1, 23-39.
- PINILLOS, J. L. (1965b). «Aspectos psicodiagnósticos de la dinámica de grupos.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 20, 79, 583-592.
- PINILLOS, J. L. (1969). «Lenguaje, individuo y sociedad.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 99-100, 24, 499-509.
- PLON, M. (1974). «On the meaning of the notions of conflict and its study in social psychology.» *European Journal of Social Psychology*. 4, 389-436.
- PLUTCHIK, R. y KELLERMAN, H. (Eds.) (1980). *Theories of emotions*. New York, Academic Press.
- POITOU, J. P. (1974). *La dissonance cognitive*. París, Armand Colin.
- POPPER, K. (1935). *La lógica de la investigación científica*. Madrid, Tecnos. 1977.
- POSTMAN, L.; BRUNER, J. S. y MCGINNIES, E. (1948). «Personal values as selective factors in perception.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 43, 142-154.
- POTTER, J. (1981). «The development of social psychology: consensus, theory and methodology in the british journal of social and clinical psychology.» *British Journal of Social Psychology*. 20, 249-258.
- POTTER, J. y WETHERELL, M. (1987). *Discourse and social psychology*. Beverly Hills, Sage.
- POTTER, J.; STRINGER, P. y WETHERELL, M. (1984). *Social text and context. Literature and social psychology*. London, Routledge y Kegan Paul.
- PROSHANSKY, H. y MURPHY, G. (1942). «The effects of reward and punishment on perception.» *Journal of Psychology*. 13, 295-305.
- PROSHANSKY, H. y SEIDENBERG, B. (Eds.) (1965). *Estudios básicos de Psicología Social*. Madrid, Tecnos. 1973.
- PRUITT, D. G. (1962). «Pattern and level of risk in gambling decisions.» *Psychological Review*. 69, 187-201.
- PUTNAM, H. (1981). *Raison, Vérité et Histoire*. París, Minuit. 1984.
- RABINOW, P. y SULLIVAN, W. M. (Eds.) (1987). *Interpretative social science. A second look*. Berkeley, University of California Press.
- RAKOVER, S. S. (1981). «Social psychology theory and falsification.» *Personality and Social Psychological Bulletin*. 7, 123-130.
- RAPPOPORT, L. (1977). «Symposium: toward a dialectical social psychology.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 678-680.
- RAPPOPORT, L. (1984). «Dialectical analysis and psychosocial epistemology.» En: GERGEN, K. J. y GERGEN, M. M. (Eds.). *Op. Cit.*
- RATZENHOFER, G. (1898). *Die soziologische erkenntniss*. Leipzig, F. A. Brokhaus.
- REICHARDT, L. S. y COOK, T. D. (1981). *Paradigms lost: some thoughts on choosing methods in evaluation*. Beverly Hills, Sage.
- REIZLER, K. (1943). «Comments on the social psychology of shame.» *American Journal of Sociology*. 48, 457-465.
- REVISTA DE PSICOLOGÍA GENERAL Y APLICADA. (1963). 18, 68 y 69.
- RICKMAN, H. P. (Ed.) (1976). *Dilthey. Selected writings*. Cambridge, Cambridge University Press.
- RICOEUR, P. (1986). *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique, II*. Paris, Seuil.
- RIECKEN, H. W. (1962). «A program of research on experiments in social psychology.» En: WASHBURNE, N. F. (Ed.) *Decision, values and groups*. Elmsford, NJ, Pergamon. Vol. 2, 25-41.

- RIGGS, M. M. y KAESSE, W. (1955). «Personality differences between volunteers and non-volunteers.» *Journal of Psychology*. 40, 229-245.
- RIME, B. (1983). «Nonverbal communication or nonverbal behavior? Towards a cognitive-motor theory of nonverbal behavior.» En: MOSCOVICI, S. y DOISE, W. (Eds.) *Current Issues in European Social Psychology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- RING, K. R. (1967). «Experimental Social Psychology. Some sober questions about some frivolous values.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 3, 113-123.
- RISK, L. (1975). «Representation, Randomization and Control.» En: BLALOCK, H. M. Et al. (Eds.). *Quantitative Sociology*. 261-284.
- ROCHEBLAVE-SPENLE, A. M. (1962). *La notion de rôle en psychologie sociale*. Paris, PUF.
- ROCHEBLAVE-SPENLE, A. M. (1964). *Les rôles masculins et féminins*. Paris, PUF.
- RODRÍGUEZ, A. (1977). «Psicología social: perspectivas después de una crisis.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 32, 849-862.
- ROKEACH, M. (1960). *The open and closed mind*. New York, Basic Books.
- ROMMETVEIT, R. (1954). *Normas y roles sociales*. Buenos Aires, Paidós. 1967.
- RORTY, R. (1979). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid, Cátedra. 1983.
- RORTY, R. (1982). *Consequences of pragmatism*. Sussex, The Harvester Press.
- ROSCHE, E. (1978). «Principles of categorization.» En: ROSCH, E.; LLOYD, B. B. (Eds.). *Cognition and categorization*. Hillsdale, NJ., Erlbaum.
- ROSE, A. M. (Ed.) (1962a). *Human behavior and social process. An interactionist approach*. London, Routledge and Kegan Paul.
- ROSE, A. M. (1962b). «A systematic summary of symbolic interaction theory.» En: ROSE, A. M. (Ed.). *Op. Cit.* 3-19.
- ROSEN, E. (1951). «Differences between volunteers and non volunteers for psychological studies.» *Journal of Applied Psychology*. 35, 185-193.
- ROSENBERG, M. (1965). «When dissonance fails: on eliminating evaluation apprehension from attitude measurement.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 1, 28-42.
- ROSENBERG, M. y TURNER, R. H. (1981). *Social psychology: sociological perspectives*. New York, Basic Books.
- ROSENBERG, M; Et al. (1960). *Attitude organization and change*. New Haven, Yale University Press.
- ROSENTHAL, R. (1958). «Projection, excitement and unconscious experimenter bias.» *American Psychologist*. 13, 345-346.
- ROSENTHAL, R. (1963a). «On the social psychology of the psychological experiment: the experimenter's hypothesis as unintended determinant of experimental results.» *American Scientist*. 51, 268-283.
- ROSENTHAL, R. (1963b). «Experimenter attributes as determinants of subjects' responses.» *Journal of Projective Techniques and Personality Assessment*. 27, 324-331.
- ROSENTHAL, R. (1966). *Experimenter effects in behavioral research*. New York, Appleton-century-rofts.
- ROSENTHAL, R. y ROSNOW, R. L. (Ed.) (1969). *Artifact in behavioral research*. New York, Academic Press.
- ROSENZWEIG, S. (1933). «The experimental situation as a psychological problem.» *Psychological Review*. 40, 337-354.
- ROSNOW, R. L. (1978). «The prophetic vision of Giambattista Vico: implications for the state of social psychological theory.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 36, 1322-1331.
- ROSNOW, R. L. (1981). *Paradigms in transition: the methodology of social inquiry*. New York, Oxford University Press.
- ROSNOW, R. L. y GEORGOUDI, M. (1986). *Contextualism and understanding in beha-*

- vioral science: implications for research and theory. New York, Praeger.
- ROSS, E. A. (1908). *Social psychology: an outline and source book*. New York, MacMillan.
- ROSS, L. (1977). «The intuitive psychologist and his shortcomings: distortions in the attribution process.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 10.
- ROSS, L.; RODIN, J. y ZIMBARDO, P. G. (1969). «Toward an attribution therapy: the reduction of fear through induced cognitive-emotional misattribution.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 12, 279-288.
- ROSS, M. y SICOLI, F. (1979). «Egocentric biases in availability and attribution.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 37, 322-336.
- ROTTER, J. B. (1966). «Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement.» *Psychological Monographs*. 180, 1.
- ROUSSEAU, J. J. (1762). *El contrato social*. Barcelona, Bruguera. 1978.
- ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) (1984). *Annals of Theoretical Psychology*. New York, Plenum.
- ROZEBAUM, W. W. (1960). «The fallacy of null hypothesis significant test.» *Psychological Bulletin*. 57, 5, 416-428.
- RUDMIN, F; Et al. (1987). «Gustav Ichheiser in the history of social psychology: an early phenomenology of social attribution.» *British Journal of Social Psychology*. 26, 165-180.
- SABUCEDO, J. M. y GODAS, A. (1986). *Métodos y técnicas de investigación en Psicología Social*. Santiago, Torcullo Textos.
- SAHAKIAN, W. S. (1975). *Historia y sistemas de la psicología*. Madrid, Tecnos. 1982.
- SAINT-SIMON, H. (1825). *Nouveau Christianisme*. Paris, Calman-Levy, 1968.
- SAMELSON, F. (1974). «History, origin myth and ideology: discovery of social psychology.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 4, 2, 217-231.
- SAMPSON, E. E. (1977). «Psychology and the american ideal.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 35, 767-782.
- SAMPSON, E. E. (1978). «Scientific paradigms and social values: wanted a scientific revolution.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 36, 11, 1332-134.
- SAMPSON, E. E. (1981). «Cognitive psychology as ideology.» *American Psychologist*. 36, 7, 730-743.
- SAMPSON, E. E. (1986). «What has been inadvertently rediscovered? A commentary.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 16, 33-39.
- SARBIN, T. R. (1954). «Role theory.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). *Op. Cit.* 223-258.
- SARBIN, T. R. (1977). «Contextualism: a world view for modern psychology.» En: COLE, J. K. y LANDFIELD, A. W. (Eds.) *Nebraska Symposium of Motivation*. Vol. 24, Lincoln, University of Nebraska Press.
- SARBIN, T. R. (Ed.). (1986). *Narrative psychology: the storied nature of human conduct*. New York, Praeger.
- SARNOFF, I. (1960). «Psychoanalytic theory and social attitudes.» *Public Opinion Quarterly*. 24, 251-279.
- SAVAGE, R. I. (1957). «Nonparametric statistic.» *Journal of the American Statistical Association*. 52, 332-333.
- SCHACHTER, S. (1951). «Deviation, rejection, and communication.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 46, 190-207.
- SCHACHTER, S. (1959). *Psicología de la afiliación*. Buenos Aires, Paidós. 1966.
- SCHACHTER, S. y SINGER, J. E. (1962). «Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state.» *Psychological Review*. 69, 379-399.
- SCHAEFFLE, A. (1875). *Bau und leben des sozialen körpers*. 4 Vols. Tübingen, H. Laupp. 1875-78.

- SCHANK, R. C. y ABELSON, R. P. (1977). *Scripts, plans, goals, and understanding*. New York, Wiley.
- SCHLEGLOFF, E. A. (1979). «Identification and recognition in telephone conversation openings.» *Psathas*. 23-78.
- SCHLEIBE, K. E. (1985). «Historical perspectives on the presented self.» En: SCHLENKER, B. R. (Ed.) *Op. Cit.* 33-64.
- SCHERER, K. R.; WALLBOTT, H. G. y SUMMERFIELD, A. B. (Eds.) (1986). *Experiencing emotion. A cross-cultural study*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SCHLEIERMACHER, F. (1804). *Hermeneutik*. Editado por M-Kimmerle, Heidelberg. 1959.
- SCHLENKER, B. R. (1974). «Social psychology and science.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 29, 1-15.
- SCHLENKER, B. R. (1976). «Social Psychology and science: another look.» *Personality and Social Psychological Bulletin*. 2, 384-390.
- SCHLENKER, B. R. (1977). «On the ethogenic approach: etiquette and revolution.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 10, 315-330.
- SCHLENKER, B. R. (1980). *Impression management: the self concept social identity and interpersonal relations*. Belmont, Cal, Brooks/Cole.
- SCHLENKER, B. R. (1985). «Identity and self-identification.» En: SCHLENKER, B. R. (Ed.) *Op. Cit.* 65-99.
- SCHLENKER, B. R. (Ed.) (1985). *The self and social life*. New York, McGraw-Hill.
- SCHMIDT, E. P. (Ed.) (1937). *Man and Society*. New York, Prentice Hall.
- SCHUTZ, A. (1932). *The phenomenology of the social world*. Evanston, ILL, Northwestern University Press. 1967.
- SCHUTZ, A. (1962). *Collected papers I: the problem of social reality*. The Hague, Nijhoff.
- SCHUTZ, A. (1964). *Collected papers II: studies in social theory*. The Hague, Nijhoff.
- SCHUTZ, A. (1966). *Collected papers III: studies in phenomenological philosophy*. The Hague, Nijhoff.
- SEARLE, J. R. (1983). *L'intencionalité. Essai de philosophie des états mentaux*. Paris, Les Editions de Minuit. 1985.
- SECORD, P. F. (1977). «La psicología social en busca de un paradigma.» En: FINLEY, J. F. y MARIN, G. (Eds.) *Avances en psicología contemporánea*. México, Trillas, 30-43.
- SECORD, P. F. (1977). «Making one-self behave: a critique of the behavioural paradigm and an alternative conceptualization.» En: MISCHER, T. (Ed.). *The self*. Oxford, Blackwell.
- SECORD, P. F. (Ed.) (1982). *Explaining human behavior: consciousness, human action and social structure*. Beverly Hills, Sage.
- SELIGMAN, M. E. P. (1975). *Helplessness*. San Francisco, Freeman.
- SEMIN, G. R. y KRAHE, B. (Eds.) (1987). *Issues in contemporary german social psychology*. London, Sage.
- SEOANE, J. (1981). «Problemas epistemológicos de la psicología social.» En: PELECHANO, V.; PINILLOS, J. L. y SEOANE, J. *Psicologema*. Valencia, Alfaplus, 11-25.
- SEOANE, J. (1982). «Del procesamiento de información al conocimiento social.» En: DELCLAUX, L. y SEOANE, J. (Eds.) *Psicología cognitiva y procesamiento de la información*. Madrid, Pirámide, 85-91.
- SEOANE, J. (1985a). «Conocimiento y representación social.» En: MAJOR, J. (Ed.) *Actividad humana y procesos cognitivos. (Homenaje a J.L.Pinillos)*. Madrid, Alhambra, 383-397.
- SEOANE, J. (1985b). «Sobre el concepto de psicología social.» *Boletín de Psicología*. 8, 23-33.
- SERRANO, G. (1986). «Problemática metodológica de la psicología social.» En: SABUCEDO, J. M. y GODAS, A. *Op. Cit.* 7-30.

- SHAW, M. (1974). «New science or non-science?» *Contemporary Psychology*. 19, 96-99.
- SHERIF, M. (1936). «La formación de las normas sociales. El paradigma experimental.» En: PROSHANSKY, H. y SEIDENBERG, B. (Eds.) *Op. Cit.* 566-577.
- SHERIF, M. (1970). «On the relevance of social psychology.» *American Psychologist*. 25, 144-156.
- SHERIF, M. (1977). «Crisis in psychology: some remarks towards breaking through the crisis.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 362-382.
- SHERIF, M. y HOVLAND, C. I. (1961). *Social judgement: assimilation and contrast effects in communication and attitude change*. New Haven, Yale University Press.
- SHERIF, M. et al. (1961). *Intergroup conflict and cooperation. The Rover Cave Experiment*. Norman, Oklahoma, The University Book Exchange.
- SHIBUTANI, T. (1955). «Reference groups as perspectives.» *American Journal of Sociology*. 60, 562-596.
- SHIBUTANI, T. (1961). *Sociedad y personalidad*. Buenos Aires, Paidós. 1971.
- SHOTTER, J. (1975). *Images of man in psychological research*. London, Methuen.
- SHOTTER, J. (1984). *Social Accountability and Selfhood*. New York, Basil Blackwell.
- SHOTTER, J. (1986). «A sense of place: Vico and the social production of social identities.» *British Journal of Social Psychology*. 25.
- SHOTTER, J. (1987). «The rethoric of theory in psychology.» *Current Issues in Theoretical Psychology*. 283-296.
- SHOTTER, J. (1988). *What is special about normal circumstances: contest and illusions*. Utrecht (Paper).
- SHOTTER, J. y BURTON, M. (1983). «Common sense accounts of human action: the descriptive formulations of Heider, Smedslund y Ossorio.» En: WHEELER, L. (Ed.). *Review of Personality and Social Psychology*. Vol. 4. Beverly Hills, Sage.
- SHOTTER, J. y GERGEN, K. (Eds.) (1988). *Texts of identity*. London, Sage.
- SIGHELE, S. (1895). *Psychologie des sectes*. Paris, V. Girard et Brière. 1898.
- SIGUAN, M. (1947). «Reseña de Young, A. Social Psychology.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. Vol. 2.
- SIGUAN, M. (1957). «El individuo y el grupo en el trabajo industrial.» *Revista Internacional de Sociología*. 60, 593-618.
- SIGUAN, M. (1958). «Role-playing en la enseñanza de psicología industrial.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 45, Vol. 13, 117-127.
- SIGUAN, M. (1962). «El hombre y los demás. El fundamento antropológico de la psicología social.» *Revista de Filosofía*. 80-81, 39-52.
- SILVERMAN, I. (1971). «Crisis in social psychology. The relevance of relevance.» *American Psychologist*. 26, 583-584.
- SILVERMAN, I. (1977). «Why social psychology fails. 18, 353-358.» *Canadian Psychological Review*.
- SIMONS, H. W. (Ed.) (1988). *Rethoric in the human sciences*. London, Sage.
- SKINNER, Q. (Ed.). (1985). *The return of gran theory in the human sciences*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SMITH, A. (1759). *A theory of moral sentiments*. London, A. Millar.
- SMITH, A. (1776). *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*. London, W. Strahan and T. Cadell.
- SNYDER, M. (1979). «Self-monitoring processes.» En: L. BERKOWITZ (Ed.). *Op. Cit.* Vol. 12.
- SPENCER, H. (1873). *The study of sociology*. 2 Vols. New York, Appleton. 3ª Ed. 1955.
- SRULL, T. K. y WYER, R. S. J. (1984). «Progress and problems in cognitive social psychology.» En: ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) *Op. Cit.* 77-84.

- STAATS, A. W. (1975). *Conductismo social*. México, El Manual Moderno. 1979.
- STAATS, A. W. (1983). «Paradigmatic behaviorism: unified theory for social and personality psychology.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 16, 125-179.
- STEINER, I. (1986). «Paradigms and groups.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 19, 251-289.
- STOCKING, G. (1965). «On the limits of Presentism and Historicism in the historiography of the behavioral sciences.» *Journal for the History of the Behavioral Sciences*. 1, 211-219.
- STOETZEL, J. (1943). *Theorie des opinions*. Paris, PUF.
- STOETZEL, J. (1963). *Psicología social*. Alcoy, Marfil. 1965.
- STOLTENBERG, H. L. (1914). *Soziopsychologie*. Berlin, Verlag Karl Curtius.
- STONER, J. A. (1961). *A comparison of individuals and group decision involving risk shift*. Unpublished M. A. Thesis M. I. T.
- STOTLAND, E. y CANNON, L. K. (1972). *Social psychology. A cognitive approach*. Philadelphia, Saunders.
- STOUFFER, S. A. et al. (1949). *The American soldier: adjustment during army life*. Princeton, Princeton University Press.
- STRAUSS, A. (1956). *The social psychology of George Herbert Mead*. Chicago, University of Chicago Press.
- STRAUSS, A. (1978). *Negotiations: varieties, contexts, processes and social order*. San Francisco, Jossey Bass.
- STRICKLAND, L. (Ed.). (1979). *Soviet and western perspectives in social psychology*. Oxford, Pergamon.
- STRICKLAND, L.; ABOUD, F. y GERGEN, K. G. (Eds.) (1976). *Social psychology in transition*. New York, Plenum Press.
- STRYKER, S. (1957). «Role taking accuracy and adjustments.» *Sociometry*. 20, 286-296.
- STRYKER, S. (1959). «Symbolic interaction as an approach to family research.» *Marriage and Family Living*. 21, 111-119.
- STRYKER, S. (1977). «The developments in two social psychologies: toward an appreciation of mutual relevance.» *Sociometry*. 40, 146-160.
- STRYKER, S. (1980). *Symbolic interactionism. A social structural version*. Menlo Park, Cal, Benjamin and Cummings.
- STRYKER, S. (1984). «Science as rhetoric: nothing to lose but our gains.» *Contemporary Sociology*. 13, 251-254.
- STRYKER, S. (1987). «The vitalization of symbolic interactionism.» *Social Psychology Quarterly*. 50, 1, 83-94.
- STRYKER, S. y GOTTLIEB, A. (1981). «Attribution theory and symbolic interactionism: a comparison.» En: HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 3.
- STRYKER, S. y STATHAM, A. (1985). «Symbolic interaction and role theory.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1, 311-378.
- SULS, J. (Ed.) (1982). *Psychological perspectives of the self*. Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- TAGIURI, R. y PETRULLO, L. (1958). *Person perception and interpersonal behavior*. Stanford, Stanford University Press.
- TAJFEL, H. (1959). «Quantitative judgement in social perception.» *British Journal of Psychology*. 50, 86-92.
- TAJFEL, H. (1959). «The anchoring effects of value in a scale of judgements.» *British Journal of Psychology*. 50, 294-304.
- TAJFEL, H. (1972). «La catégorisation sociale.» En: MOSCOVICI, S. (Ed.) *Introduction a la psychologie sociale*. Paris, Larousse.
- TAJFEL, H. (1981). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona, Herder. 1984.

- TAJFEL, H. (1982). «Experiments in a vacuum.» En: ISRAEL, J. y TAJFEL, H. (Eds.) *Op. Cit.* 69-119.
- TAJFEL, H. y WILKES, A. L. (1963). «Salience of attributes and commitment to extreme judgments in the perception of people.» *British Journal of Social and Clinical Psychology.* 2, 75-84.
- TAJFEL, H. y WILKES, A. L. (1963). «Classification and quantitative judgment.» *British Journal of Psychology.* 54, 101-114.
- TAJFEL, H.; JASPARS, J. M. F. y FRASER, C. (1984). «The social dimension in european social psychology.» En: TAJFEL, H. (Ed.) *The social dimension.* 2 Vols. Cambridge, Cambridge University Press.
- TARDE, G. (1890). *Les lois de l'imitation.* Paris, Alcan.
- TARDE, G. (1895). *La logique sociale.* Paris, Alcan.
- TARDE, G. (1898). *Etudes de psychologie sociale.* Paris, Girard et Brière.
- TARDE, G. (1901). *La opinión y la multitud.* Madrid, Taurus. 1986. (Traducción 2a edición. 1904).
- TAYLOR, C. (1964). *The explanation of behaviour.* London, Routledge and Kegan Paul.
- TAYLOR, C. (1985). *Human agency and language. Philosophical Papers I.II.* Cambridge, Cambridge University Press.
- TAYLOR, C. (1985). *Philosophy and the human sciences. Philosophical papers II.* Cambridge, Cambridge University Press.
- TAYLOR, S. E. y CROCKER, J. (1981). «Schematic bases of social information processing.» En: HIGGINS, E. T.; HERMAN, C. P. y ZANNA, M. P. (Eds.). *Social cognition: the Ontario symposium.* Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- TAYLOR, S. E. y FISKE, S. T. (1978). «Salience, attention, and attribution: top of the head phenomena.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 11, 249-288.
- TEDESCHI, J. y NORMAN, N. (1985). «Social power, self-presentation and the self.» En: SCHLENKER, B. R. (Ed.) *Op. Cit.* 293-322.
- TEDESCHI, J. (Ed.) (1981). *Impression management. Theory and social psychological research.* New York, Academic Press.
- TEDESCHI, J.; SCHLENKER, B. R. y BONOMA, T. V. (1971). «Cognitive dissonance: private ratiocination or public spectacle?» *American Psychologist.* 26, 253-261.
- TEDESCHI, J; Et al. (1981). «Social psychology and cumulative knowledge.» *Personality and Social Psychology Bulletin.* 7, 161-172.
- THIBAUT, J. W. y KELLEY, H. H. (1959). *The social psychology of groups.* New York, Wiley.
- THOMAS, W. I. (1905). *Primitive behavior.* New York, McGraw Hill.
- THOMAS, W. I. y THOMAS, D. S. (1957). *The child in America.* New York, Knopf.
- THOMPSON, J. B. (1981). *Critical hermeneutics. A study in the thought of Paul Ricoeur and Jürgen Habermas.* Cambridge, Cambridge University Press.
- THORNGATE, W. (1975). «Process invariance: another red herring.» *Personality and Social Psychology Bulletin.* 1, 485-488.
- THURSTONE, L. (1928). «Attitudes can be measured.» *American Journal of Sociology.* 32, 529-554.
- THURSTONE, L. y CHAVE, E. J. (1929). *The measurement of attitudes.* Chicago, Chicago University Press.
- TOLMAN, E. C. (1932). *Purposive behavior in animals and man.* New York, Century.
- TÖNNIES, F. (1887). *Comunidad y asociación.* Barcelona, Península.
- TORREGROSA, J. R. (1968). «El estudio de las actitudes. Perspectivas psicológicas y sociológicas.» *Revista Española de la Opinión Pública.* 11, 155-166.
- TORREGROSA, J. R. (1969). «Algunos datos y consideraciones sobre el autoritarismo de

- la clase trabajadora.» *Revista Española de la Opinión Pública*. 16, 33-46.
- TORREGROSA, J. R. (1974). *Teoría e investigación en la psicología social actual*. Madrid, Instituto de la Opinión Pública.
- TORREGROSA, J. R. (1985). «Sobre el concepto de psicología social.» *Boletín de Psicología*. Valencia, 8.
- TORREGROSA, J. R. (1986). «Ortega y la psicología social histórica.» *Revista de Psicología Social*. 0, 55-63.
- TORREGROSA, J. R. y CRESPO, E. (Eds.) (1984). *Estudios básicos de psicología social*. Barcelona, Hora.
- TORREGROSA, J. R. y SARABIA, B. (Eds.) (1983). *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona, Hispano-Europea.
- TRAVIS, L. E. (1925). «The influence of the group upon the stutter's speed in free association.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 20, 142-146.
- TRIPLETT, N. (1897). «The dynamogenic factors in pacemaking and competition.» *American Journal of Psychology*. 9, 507-533.
- TUKEY, J. W. (1969). «Analizing data: sanctification or detective work?» *American Psychologist*. 24, 83-91.
- TURNER, J. C. (Ed.) (1987). *Rediscovering the social group. A self categorization theory*. Oxford, Basil Blackwell.
- TURNER, R. H. (1956). «Role-taking, role standpoint and reference group behavior.» *American Journal of Sociology*. 61, 316-328.
- TURNER, R. H. (1978). «The role and the person.» *American Journal of Sociology*. 84, 1-23.
- TURNER, R. H. y KILLIAN, L. M. (1957). *Collective behavior*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.
- TVERSKY, A. y KAHNEMAN, D. (1974). «Judgement under uncertainty: heuristics and biases.» *Science*. 185, 1124-1131.
- VALINS, S. (1966). «Cognitive effects of false heart-rate feedback.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 4, 400-408.
- VICO, G. (1725). *La nueva ciencia*. Barcelona, Planeta, 1973.
- VICTOROFF, D. (1953). *G. H. MEAD sociologue et philosophe*. Paris. PUF.
- VIGOTSKY, L. (1931). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona, Crítica. 1978.
- VOLTAIRE, F. (1756). *La philosophie de l'histoire*. Vol. 1.
- VON CRANACH, M. (1982). «The psychological study of goal-directed action: basic issues.» En: VON CRANACH, M. y HARRE, R. (Eds.) *Op. Cit.* 35-73.
- VON CRANACH, M. y HARRE, R. (Eds.). (1982). *The analysis of action. Theoretical and empirical advances*. Cambridge, Cambridge University Press.
- VON WRIGHT, G. H. (1971). *Explicación y comprensión*. Madrid, Alianza Universidad. 1980.
- WALLAS, G. (1908). *Human nature in politics*. London, Archibald Constable.
- WALLER, W. (1938). *The family*. New York, Dryden Press.
- WARD, L. F. (1883). *Dynamic sociology*. Vol 2. New York, Appleton.
- WEBB, E. J. et al. (1966). *Unobtrusive measures: nonreactive research in the social sciences*. Chicago, Rand McNally.
- WEBER, M. (1901). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península. 1969.
- WEBSTER, M. y KERUIN, J. B. (1971). *Artificiality in experimental sociology*. Canadian Review of Sociology and Anthropology. 8, 263-272.
- WEISS, D. J. (1953). «A sleeper effect in opinion change.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 48, 173-180.

- WEISS, R. F. (1968). «An extension of Hullian Learning theory to persuasive communication.» En: GREENWALD, A. G.; BROCK, T. C. y OSTROM, T. M. (Eds.) *Psychological foundations of attitudes*. New York, Academic Press, 109-145.
- WERTSCH, J. V. (1985). *Vygotsky and the social formation of mind*. Cambridge, Cambridge University Press.
- WEXLER, P. (1982). *Critical social psychology*. London, Routledge y Kegan Paul.
- WHYTE, W. F. (1943). *Street corner society: the social structure of an Italian slum*. Chicago, University of Chicago Press.
- WINCH, P. (1958). *The idea of the social science and its relation to philosophy*. London, Routledge and Kegan Paul.
- WINDELBAND, W. (1894). *Geschichte und naturwissenschaft*.
- WITTGENSTEIN, L. (1953). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona, Crítica. 1988.
- WOHLWILL, J. F. (1970). «The emerging discipline of environmental psychology.» *American Psychologist*. 25, 303-312.
- WOODWARD, W. R. (1982). «The 'discovery' of social behaviorism and social learning theory.» *American Psychologist*. 37, 396-410.
- WOOLGAR, S. (Ed.) (1988). *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London, Sage.
- WORCHEL, ST.; COOPER, J. y GOETHALS, G. R. (1988). *Understanding social psychology*. Chicago, The Dorsey Press.
- WRONG, D. (1961). «The oversocialized conception of man.» *American Sociological Review*. 26, 184-193.
- WUNDT, W. (1900). *Völkerpsychologie*. 10 Vols. Leipzig, Engelmann.
- WYER, R. S. y SRULL, T. K. (Eds.) (1984). *Handbook of social cognition*. 2 Vols. Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum Associates.
- YARDLEY, K. y HONESS, T. (1987). *Self and identity: psychosocial perspectives*. Chichester, John Wiley and Sons.
- ZAJONC, R. B. (1965). «Social facilitation.» *Science*. 149, 269-274.
- ZAJONC, R. B. (1980a). «Cognition and social cognition: a historical perspective.» En: FESTINGER, L. (Ed.) *Op. Cit.* 180-204.
- ZAJONC, R. B. (1980b). «Feeling and thinking: preferences need no inferences.» *American Psychologist*. 35, 151-175.
- ZIMBARDO, P. (1969a). «The human choice: individuation, reasons, and order versus deindividuation, impulse and chaos.» En: ARNOLD, W. J. y LEVINE, D. (Eds.). *Nebraska symposium on motivation*. Vol. 17. Lincoln, University of Nebraska Press. 237-307.
- ZIMBARDO, P. (1969b). *The cognitive control of motivation*. Glenview, Ill, Scott and Foresman.
- ZIMMERMAN, D. (1969). «Record keeping and the intake process in a public welfare agency.» En: WHEELER, S. (Ed.). *On record: files and dossiers in American life*. New York, Sage. 319-354.
- ZIMMERMAN, D. (1976). «A reply to professor Coser.» *The American Sociologist*. 11, 4-13.
- ZUCKER, R. A.; ARONOFF, J. y RAVIN, A. I. (Eds.) (1984). *Personality and the prediction of behavior*. New York, Academic Press.